



WILLIAM OSPINA

**El año del verano
que nunca llegó**

LITERATURA RANDOM HOUSE

*El año del verano
que nunca llegó*

WILLIAM OSPINA



LITERATURA RANDOM HOUSE



© William Ospina, c/o Guillermo Schavelzon & Asoc., Agencia Literaria.

www.schavelzon.com

© De esta edición:

2015, Penguin Random House Grupo Editorial, SAS

Cra. 5A N.º 34A - 09

Bogotá, Colombia

PBX (57-1) 743 0700

www.megustaleer.com.co

ISBN ebook: 978-958-8894-38-6

© Ilustración de cubierta: Ashley Vandervelde, Study of Caspar David Friedrich's Cemetery Cloister in the Snow 2104.

© Diseño de cubierta: Patricia Martínez Linares

Conversión ebook: MEEMO (www.meemo.com.co)

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares de copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

William Ospina (Padua, Tolima, 1954) es autor de numerosos libros de poesía, entre ellos *Hilo de Arena* (1986), *La luna del dragón* (1992), *El país del viento* (Premio Nacional de Poesía del Instituto Colombiano de Cultura, 1992); de ensayo, entre ellos *Los nuevos centros de la esfera* (Premio de Ensayo Ezequiel Martínez Estrada de Casa de las Américas, La Habana, 2003), *Es tarde para el hombre* (1992), *¿Dónde está la franja amarilla?* (1996), *Las auroras de sangre* (1999), *La decadencia de los dragones* (2002), *América mestiza* (2004), *La escuela de la noche* (2008) y *Pa que se acabe la vaina* (2013), y de las novelas *Ursúa* (2005), *El País de la Canela* (2008, Premio Rómulo Gallegos 2009) y *La serpiente sin ojos* (2012).

*Para Andrea,
con todo mi amor*

*A Nicolás y Martín,
bajo las lunas del futuro*

*Pero cuanto más minuciosamente contemplé,
oh fortaleza de Notre-Dame,
las costillas monstruosas de tu estructura,
con más frecuencia me dije: un día yo también
crearé algo bello con una hosca sustancia.*

Osip Mandelstam

No son los brillantes colores, los alegres sonidos y el aire cálido lo que nos entusiasma así en la primavera. Es el callado espíritu profético de infinitas esperanzas, como un presentimiento de muchos días felices, de la fecunda presencia de naturalezas tan diversas; es la intuición de flores y frutos superiores y eternos, la oscura simpatía con un mundo que amistosamente se aproxima.

Novalis

En las tierras del oeste

A principios de abril, la temperatura descendió bruscamente y cesaron las lluvias. En toda la extensión del Labrador y en los campos de Nueva Inglaterra debía haber comenzado la primavera, pero esa combinación de frío y sequedad impidió el avance de la vegetación. Los campos seguían yermos, los árboles seguían deshojados, los pastizales estaban resecos. A lo largo del mes el alimento para el ganado empezó a escasear de tal manera que todo el heno de la provincia se agotó y hubo que destinar a las reses el maíz reservado para consumo humano.

Ya bien entrado mayo, la situación no había cambiado. La primavera seca y fría tenía inquietos a los granjeros y a los comerciantes, pero nadie esperaba aún lo que ocurrió. Fue el 12 de mayo cuando una onda fría avanzó por el noreste desde las bocas del San Lorenzo, donde se alimentan las ballenas azules, y llevó heladas súbitas al sur hasta Virginia y Pensilvania y al oeste hasta la bahía del Trueno. En la noche del 12 la ciudad de Quebec estaba helada otra vez como en diciembre, y el 14 amaneció completamente cubierta de nieve. Entonces todo un sistema de tormentas se instaló sobre el valle del río San Lorenzo.

“Un coletazo del invierno”, dijeron los vecinos, y así parecía ser, porque poco después la niebla y una lluvia suave mejoraron el ánimo de los granjeros y el aspecto de los campos. Los diarios de Quebec registraron complacidos el 30 de mayo que la primavera por fin parecía llegar. Un leve aumento de las temperaturas hizo brotar el trigo y las alverjas del suelo apenas húmedo, los prados empezaron a reverdecer, dos o tres días después almendros y ciruelos estallaron en flores rosadas y blancas, y las primeras hojitas doradas asomaron en todas las ramas.

Fue entonces cuando llegó la segunda helada. Un aire frío de temperatura

polar pasó con grandes vientos hacia el sur, azotando las costas arenosas de New Haven, los caminos de agua de Kingston y los laberintos marinos de Rhode Island; la nieve cubrió otra vez la provincia de Quebec, y en el río se formó una capa de hielo de media pulgada. Los árboles frutales se estancaron, la miel del otoño siguiente se malogró en los arces, los maizales se secaron de frío, las flores cayeron con el viento y, como en un verso de Milton, los últimos arañazos del invierno arrasaron los primeros brotes de la primavera.

La segunda oleada se alejó. La mole de aire helado perdió su fuerza a medida que se apartaba del litoral y derivaba por el continente. El país era pequeño entonces, pero más allá había un mundo inconquistado donde podían perderse las tempestades: praderas con aldeas de tiendas cónicas, de las que saltaban sobre potros de grandes manchas los dakotas armados, expertos en diezmar las manadas continentales y vender a los colonos de la Northwest Company las pieles y el *pemmican*: carne rebanada de bisonte que maceraban con cerezas y secaban al sol.

El soplo que siguió era más suave, casi dulce, así fuera por contraste con el frío reciente, y los labios de los granjeros pronunciaron a su modo el verso agradecido que después nos daría Wordsworth: *Hay bendiciones en esta suave brisa*. Sin embargo, algo más inusual y peor se cernía sobre Nueva Inglaterra.

El 4 de junio ya tiritaban los pájaros. El 5, una ola de frío severísimo cayó sobre el país, precipitando heladas en los campos. Los abrigados bisontes se echaban en la nieve resoplando un vapor tibio, y ya no querían levantarse. Sobre Quebec al principio llovía, pero la caída brusca de la temperatura cambió en granizo las lluvias tempranas. Según nos ha contado Keith C. Heidorn, vigilante del clima, el día 6 de junio Nueva York estaba totalmente cubierta de nieve y durante todo el día 7 la nieve borró el mundo.

Casi debía comenzar el verano. Lo que comenzó en cambio fueron los diez días más fríos del año, y algunos en su desesperación dijeron que eran las semanas más frías del siglo. Pero el siglo era joven y hoy sabemos que lo que ocurría era más grave: estaba llegando el verano de 1816, el verano más frío de todo el milenio.

Las noches fueron del hielo, empezaron a morir las aves, y murieron las ovejas recién esquiladas porque nadie podía prever que aquel año despojarlos de su lana resultaría mortal para los rebaños. El maíz, la cebada, las papas, los nabos, todo fue pasado a cuchillo por aquel frío que sepultaba al mundo;

los frutales que habían comenzado a florecer estaban saqueados y su producción destruida. De los manzanos y los durazneros pendían agujas de hielo, los frijoles exprimidos se secaron en sus vainas, los siguieron la soya y el pepino, el amaranto y la calabaza. Casi todas las granjas dependían del ganado, pero desde el año anterior la producción de heno había sido mínima, y todo el norte de Nueva Inglaterra, devastado por las heladas sucesivas, empezó a padecer los efectos del hambre.

El anómalo invierno añadía a las incomodidades de esa estación el desastre de que nada estuviera preparado para afrontarlo. A la escasez de alimentos se sumaban las dificultades del transporte, y este frío desordenado sorprendió a todo el mundo sin reservas, sin acopio de granos y sin leña. Todo el *pemmican* de los viejos veranos se consumió en semanas.

Los pájaros y los mapaches, los osos, los ciervos y las ardillas parecían correr sin rumbo por los campos. Al comienzo sólo pareció que los osos eran más invasores, los mapaches más fisgones, los zorros más ladrones y las ardillas más indiscretas, pero después desfallecían cuando los encontraba el frío sorpresivo, morían a la vista de las gentes como no ocurre casi nunca. Hasta los infalibles salmones, que remontan las cascadas a finales de la primavera, parecieron perder el sentido del rumbo.

En los últimos días de julio el paisaje seguía tan desolado como a comienzos de marzo, con el agravante de que los días de invierno suelen ser luminosos y de cielos azules, y este fue un julio de cielos cerrados con nubarrones plomizos y negros, con oscuras bandadas entristeciendo los horizontes, y hasta los sonidos más frecuentes de los bosques, gritos de pájaros, ulular de lechuzas y aullidos de lobos, se hicieron más lúgubres a medida que se sucedían los frentes de hielo.

En el Lejano Oriente

Era el año de la rata de 4513, y acababa de pasar en la China la Rebelión del Loto Blanco, que le costó al imperio doscientos millones de onzas de plata, el equivalente de cinco años de tributos. Como un último ramalazo de aquella rebelión, la secta de los Ocho Trigramas se sublevó contra el trono y avanzó con pasos sangrientos hacia la Ciudad Prohibida, provocando en su campaña setenta mil muertos en las provincias. La secta fue derrotada, y una hilera de horcas ilustró a los viajeros sobre la severidad de la justicia imperial.

Una embajada de 75 ingleses, encabezados por lord Amherst, vio al pasar esas horcas mientras procuraba ser recibida por el emperador Jiaqing, quien se oponía con firmeza a los negocios turbios de los británicos en China. Amherst finalmente no pudo ver al señor de los cielos, fue despedido sin cortesía porque se negó a realizar el *kowtow*, a arrodillarse con su séquito ante el emperador, y emprendió un azaroso regreso que incluiría un naufragio en aguas del mar Amarillo, una entrevista con el afantasmado Napoleón en Santa Elena y un helado recibimiento en Londres, pues su orgullo había malogrado florecientes negocios.

Justo por aquellos días, atendiendo a los reclamos de su pueblo, el emperador Jiaqing se había visto obligado a dictar a los amanuenses un decreto que condenaba a su ministro Huong a beber una copa fatal de zumo de adormideras, e Inglaterra tenía su parte de responsabilidad en esa historia.

Habitados a importar de la China mercancías exóticas, y endeudados de un modo excesivo, los británicos habían encontrado una manera infame de pagar la deuda sin gastar sus reservas de oro: vender a los chinos el opio que cultivaban en Turquía y en la India Británica. Era un negocio feliz para los ingleses, pero hundía a los chinos en la degradación y en la ruina, y acababa de revelarse que el ministro Huong, sacrificando la salud de su pueblo, se

había aliado con los extranjeros en esa maniobra oprobiosa.

El opio visionario era la peste del imperio y Jiaqing no entendía cómo, mientras la China exportaba a Rusia y a Europa sólo bienes sofisticados: algodón, té verde y té de flores, seda, porcelana, juguetes ingeniosos, flores artificiales, resplandecientes pieles de tigre y tenebrosas pieles de pantera, arroz, almizcle, ruibarbo y sustancias para teñir, Inglaterra quería pagarles con una sustancia perversa que entorpecía las mentes y anulaba las voluntades.

Jiaqing se disponía a prohibir para siempre la venta de opio y la costumbre maldita de fumarlo, cuando llegó la noticia de que el clima había enloquecido en todas las provincias. En el registro de las dinastías, desde los tiempos remotísimos del Emperador Amarillo, no existía memoria de una primavera tan fría.

Desde las montañas del Tíbet, el Tuotuo, el río de los glaciares, descendió con más agua que nunca hasta el lugar donde se convierte en Dangqu o río de los pantanos. Las lluvias arreciaron sobre las pendientes donde el caudal lleva ya el nombre de Tongtian, o río que pasa por el cielo. Al llegar a la Garganta del Salto del Tigre, donde el caudal se encajona entre laderas que alcanzan dos mil metros de altura, ya era una muralla en movimiento, y al convertirse en Jinsha, o río de las arenas de oro, se desbordó en avalancha. Era una fuerza incontenible y mortífera cuando, convertido en Yangtsé, inundó las planicies de la China central y se deslizó como mole de fango hacia los puertos.

Más de un millón y medio de personas vivía en el puerto de Shanghái, cerrado aquellos días con mil barcos adentro, y el caudal inundó la ciudad dejando millares de casas bajo el agua. Nadie contó los muertos, pero en esas regiones todo se mide por miles y por cientos de miles. Informes de los funcionarios del emperador decían con alarma que sobre los techos sumergidos pasaban flotando hinchados e incontables cuerpos de búfalos. La intemperie, la lluvia, la falta de alimentos y la mortandad desataron oleadas de peste.

Una nueva inundación, esta vez en el río Amarillo, ahogó a cien mil personas, un huracán devastó la ciudad de Pekín, gran parte de la costa oriental fue barrida por las olas del mar y el emperador mismo sucumbió a las irregularidades del clima. Aunque muchos cronistas sostienen que su muerte se debió al dolor que le causaba la desolación de su imperio, la verdad es que el invierno, que había provocado la muerte de dos de sus seis concubinas, también descargó su furia sobre la cabeza del reino, y en un día de borrascas

un rayo cayó sobre la tienda de campaña de Jiaqing, que inspeccionaba el desastre, y sin pleitesía alguna dejó al emperador convertido en un leño humeante.

Nadie pareció saber entonces a qué se debían el frío extremo, la escarcha en pleno junio, la oscuridad de los días, los colores extravagantes y temibles de los atardeceres, la tempestad repetida en los lagos, las nubes negrísimas suspendidas sobre los países, el hemisferio de frío y penumbra en que se había convertido el cielo septentrional.

Ahora lo sabemos. Sabemos qué sombra cubrió la península de Indochina, entendemos el desbordamiento del Yangtsé y la muerte de innumerables búfalos, rastreamos la epidemia de cólera que desataron las inundaciones del Ganges. No resultan ya inexplicables el frío y la oscuridad que cubrieron el Oriente Medio y ensombrecieron los Balcanes y los puertos de Grecia. Acompañamos con dolor pero sin angustia a quienes vieron cómo el verano de 1816 se convertía en un solo azote de frío desde los litorales de China hasta las más inaccesibles comarcas de Nueva Inglaterra.

Viajando en carruajes accidentados y sucesivos de Londres a Roma, William Turner pintó en sus cuadernos de viajero atardeceres como muros ensangrentados, con manchas de morado y de barro. En aquel tiempo murieron más pájaros que nunca porque se quemaron de frío todas las bayas y todas las cerezas, y como suele ocurrir en los cambios abruptos del clima, bandadas enteras se abatían de pronto sobre los campos, nubes de estorninos perdían la orientación, mirlos amarillos llovían como guijarros, los tejados amanecían punteados de pájaros muertos.

En los campos devastados por las guerras napoleónicas los huesos de los soldados no descansaron en paz, y el hambre y la muerte, pesadillas de Brueghel, cubrieron los países. Terminado el período que debió corresponder a la primavera, las gentes se sentaron a esperar el verano, pero el verano no llegó a ningún lugar en todo el norte de este mundo.

Tal vez sólo un hombre habría sido capaz de adivinar entonces la causa de que el verano no llegara, de que 1816 fuera el año más helado del siglo y quizá del milenio. Precisamente en Nueva Inglaterra, donde el clima agostaba los trigales y enfermaba las granjas, poco antes un sabio había tenido un atisbo genial sobre la causa de las mutaciones del clima, que la humanidad atribuyó siempre a la suerte, a la ira divina o al dictado de los astros aciagos.

Hace poco un periodista de la *Boston Gazette* encontró en el diario de

Benjamín Franklin, en una entrada correspondiente al mes de junio de 1784, estas palabras: “Es posible establecer una relación directa entre las temporadas de frío anormal, los años sombríos y la actividad volcánica”.

Esa observación era como un rayo de luz en la noche. La sabiduría les habría podido ofrecer aquel año a los habitantes de Nueva Inglaterra su modesto consuelo, pero por desgracia el viejo sabio había muerto en 1790, y así como Thomas Jefferson registró en su diario el frío extremo que atormentaba a Norteamérica en los meses centrales de 1816, quizá sólo Franklin, de haber vivido todavía, habría podido escribir en el suyo: “En algún lugar de la Tierra debió de producirse una erupción volcánica”.

El volcán

Hay en el mar de Bali, en el archipiélago indonesio, una pequeña isla famosa por sus caballos, sus árboles que producen tinte rojo, sus bosques de sándalo y sus pomos de miel. La parte oriental, cuyo suelo está lleno de cobre y de oro, vista desde el aire tiene la forma de una tortuga que alza la cabeza. La isla se llama Sumbawa, y justo en el lugar donde estaría el ojo de la tortuga se levanta un monte volcánico que hace dos siglos tenía 4.300 metros de altura pero ahora tiene sólo 2.850, porque una enorme erupción destrozó el cono superior a comienzos del siglo XIX.

Como la Gran Muralla China, esta isla podría advertirse desde la Luna, pero en el mundo pocos saben que existe, y muchos se asombrarán de saber que hace tiempo, en una sucesión de días aciagos, ese ojo de tortuga, el monte Tambora, diminuto en el mapa, alzó contra el cielo una nube de azufre, de ceniza y cristales en polvo que ocultó el sol sobre una inmensa región entre Indochina y Australia, produjo en el mundo una temporada de frío y desolación, desencadenó una ola arrasadora que acabó con la vida de noventa mil personas, arrojó lluvias de ceniza sobre una superficie del tamaño de la isla de Borneo, hizo extremo el invierno, heló la primavera, dejó a las gentes esperando en vano la luz del verano, y muy lejos de su origen, en las montañas de Occidente, hizo nacer algunas de las pesadillas más persistentes de los tiempos modernos.

Los estudiosos del clima han intentado reconstruir, tiempo después, el largo recorrido de aquella nube. Para entender su magnitud basta pensar que otra erupción muy famosa, la del volcán Krakatoa, en 1883, que afectó las puestas del sol durante varios años, lanzó al aire veinte kilómetros cúbicos de materiales volcánicos; esta erupción del Tambora en 1815 arrojó a los cielos ciento ochenta kilómetros cúbicos de azufre, ceniza y cristales en polvo, que

una vez insuflados a la atmósfera permanecieron en ella mucho tiempo.

La noche del volcán no sólo volvió negro el cielo de Indonesia y transformó en infierno los paraísos de Bali: ensombreció la vida de las gentes en Yakarta y en Sumatra, en Borneo y en Singapur. Arrastrada al noroeste por los monzones, se fue fundiendo a la atmósfera hasta cubrir el hemisferio norte, y produjo en todo el mundo el año más frío de aquellos tiempos. Fue la erupción más grande de los últimos mil años, y en el índice de explosividad volcánica alcanzó una intensidad de siete entre ocho posibles. Sin duda, un grado más produciría en todo el mundo un invierno final.

Mientras la nube, más grande y más negra que las más colosales montañas, ensombrecía los mares del sur, el tsunami originado por la conmoción del subsuelo en la propia isla de Sumbawa, carcomida por la erupción, barrió las islas blancas del archipiélago sumando millares de víctimas, unas ahogadas por la ola implacable y las otras marcadas por la hambruna y la peste, que hicieron quemar arrumes de cadáveres en los arrabales malayos.

El estruendo no sólo se oyó a miles de kilómetros de distancia: los ancianos de hoy alcanzaron a oírlo de labios de sus abuelos, y saben que la lluvia de ceniza cubrió quinientos mil kilómetros. La nube impidió el paso de los rayos del sol, y la noche cayó sobre los países llevando peste y muerte a la península de Indochina, hambre a las llanuras indostánicas y guerra a los desiertos del Oriente Medio. Ensombreció las islas griegas; hizo brotar lobos en los pinares de Valaquia y de Transilvania; hizo caer una inquietante nieve color carne en los bosques de Hungría; oscureció más aún las selvas altas de Alsacia y llevó el hambre a las aldeas de Suabia, quemando leguas de trigales en las llanuras de Stuttgart; amargó los viñedos de la ronda toscana; hizo que en Irlanda lloviera 142 días seguidos, y a comienzos de junio todavía se desataba en tempestades sobre las regiones centrales de Europa.

Las gentes veían criaturas fantásticas en los atardeceres del Mediterráneo. La influencia de aquella capa de ceniza modificó los colores de los crepúsculos septentrionales, haciendo aparecer en ellos tonos ámbar y morado, granate y escarlata, rosado y rojo tierra y rojo sangre, de modo que por momentos el cielo de esa Europa que acababa de escapar a la tormenta de las guerras napoleónicas parecía salpicado de barro y de heridas abiertas.

Muchos dejaron testimonio de lo que habían visto. Cómo la oscuridad se hizo más siniestra al asomarse sobre los paisajes alpinos, y cómo en las jornadas de junio de 1816 soltó sus fríos y sus sombras sobre los lagos suizos

y envolvió a Ginebra en tres días tan oscuros que pareció en realidad una larga noche interrumpida por crepúsculos. Nadie vio nada parecido desde los tiempos míticos en que fue engendrado Heracles, a quien las gentes llamaban “el León de la triple noche” porque su padre Zeus sintió tanto deleite en el abrazo de Alcmena, que hizo que la noche de sus amores durara como tres.

Y fue muy cerca de Ginebra, en las orillas del lago Lemán, donde aquella sombra inesperada, en el momento en que debía comenzar el verano, mantuvo encerrados por varios días a un grupo de extranjeros que se había reunido casi por azar.

En el sur

El tema se apoderó de mí en Buenos Aires, a mediados de septiembre. Yo estaba invitado a dictar una conferencia en el teatro Gran Rex, y la víspera, después de almorzar con Freya Quintana en el barrio San Telmo, mientras revisaba el texto que leería ante tres mil personas, hubo una tempestad que oscureció de pronto mi ventana, en el piso décimo del hotel, cerca de la avenida 9 de Julio.

Recuerdo que pensaba salir a encontrarme con Juan Eduardo Fleming, quien en vano me había invitado meses atrás a un simposio sobre Jorge Luis Borges y Franz Kafka, organizado en alianza por la Sociedad Borges de Buenos Aires y la Fundación Kafka de Praga. Quería disculparme con Juan Eduardo por no haber podido atender su invitación al simposio, cuyo tema era “El gólem y la literatura”, y quería aprovechar para conocerlo, después de un año de espaciados correos electrónicos.

Retenido por la lluvia, que arreciaba con furia casi tropical y que borró los barrios dilatados del puerto, aproveché para consultar en internet si tenía bien escrito el apellido de Mary Wollstonecraft, a quien había citado en el texto de mi conferencia.

El apellido estaba bien, pero la biografía de la escritora me demoró mientras duró la lluvia, y allí encontré un relato detallado de algo que yo había leído en *La vida de Byron* de André Maurois, y también en *Ariel*, el libro que el mismo autor escribió sobre Shelley. Curiosamente, Maurois, en esos libros admirables, no se había detenido a contar lo que ahora me intrigaba: cuáles fueron las circunstancias del encuentro entre los dos poetas, en Ginebra, en el falso verano de 1816, y cómo en esos tres días oscuros como una sola noche nacieron algunas de las pesadillas más recordadas de los tiempos modernos.

Ya se sabe cómo es: de Mary Wollstonecraft pasé a Shelley, de Shelley a

Byron, de Byron a Polidori, de Polidori a Villa Diodati, y a medianoche estaba leyendo sobre *El paraíso perdido* y sobre la visita que hizo Milton en 1638 a Galileo Galilei en Italia. En los días siguientes me interesé por la isla de Sumbawa, y por el contrahecho monte Tambora, que hoy tiene 2.850 metros de altura pero que hace dos siglos tenía más de 4.300. Me sorprendió que la erupción de un volcán a mediados de 1815, en Indonesia, hubiera sido una de las causas eficientes del nacimiento en Occidente de la moderna leyenda del vampiro y de la pesadilla del ser viviente hecho con fragmentos de cadáveres.

Sentí el extraño agrado de ver cómo se unían en una sola historia, que yo presentía vagamente, las vidas de Byron y Shelley con la catástrofe de una erupción volcánica en los mares del sur, con un tsunami en las costas de Bali, con esa nube de azufre y ceniza y cristales volcánicos que ennegreció el cielo de la península de Indochina y que los monzones se fueron llevando hacia el norte, desatando el cólera en la India y ahogando muchedumbres en las inundaciones del Yangtsé y del río Amarillo.

Aquella historia unía cosas extremas, abarcaba medio mundo, conjugaba fenómenos geológicos y meteorológicos con hechos históricos, personajes literarios y criaturas fantásticas. Y me era imposible, al comienzo, encontrar su orden, su secuencia y sus límites. “Una historia así –me dije– no se agota en diez años, y tal vez no va para ninguna parte”. “Ni siquiera sé si es posible convertirla en relato, o si puede tener forma distinta a la de un ensayo sobre curiosidades literarias e históricas”. “Sus protagonistas más vistosos –me dije también– son apenas momentos del tema, pinceladas pequeñas en el cuadro”.

El asunto me atraía de un modo anormal: sentía curiosidad extrema por todos sus acontecimientos, por sus menores ramificaciones. Supongo que a lo que llamamos inspiración es a ese estado alterado que nos hace capaces de leer centenares de páginas de estilo intratable sólo por la esperanza de encontrar algún dato que cuadre en el mosaico, algún nombre que abra perspectivas a la historia, un detalle trivial que en nuestra curiosidad valoramos más que un diamante. Y cuanto más indócil me parecía el tema y más difícil convertirlo en argumento o relato, tanto más se apoderaba de mí, haciéndome rastrear detalles y minucias.

Pocas cosas me entusiasman tanto como viajar, pero en cuanto llego a una ciudad desconocida, e incluso a alguna que conozco y donde tengo a quién visitar, es frecuente que no se me ocurra nada mejor que permanecer leyendo en la habitación del hotel, escribiendo, o investigando alguna cosa. Ahora me

encontraba en el estado perfecto, preñado de una historia casi inagotable, y con una buena conexión de internet para ramonear en los bosques virtuales.

Los libros

Cuando logré escapar a la primera oleada de entusiasmo, y salí a la ciudad, pronto me vi en la calle Irigoyen entrando en una librería a comprar un par de ediciones de *Frankenstein*: una que escogí por el tamaño del prólogo, porque me interesaba menos el monstruo que su gestación, y una edición ilustrada para adolescentes, con la que me proponía, sin duda, trivializar la obsesión y tratar de convertirla apenas en algo pintoresco y curioso.

Paseé un rato ante los edificios de Puerto Madero, que siempre me recuerdan los días fugaces de Laura Antonella y unas noches amorosas a orillas del Paraná, bajo una luna grande y roja. Caminando después por la Avenida 9 de Julio, vi en los muros un afiche que invitaba a los jóvenes a reunirse con Néstor. “Néstor habla a los jóvenes, los jóvenes hablan a Néstor”. Tardé en comprender que se trataba de Néstor Kirchner, el expresidente, y me propuse asistir la semana siguiente a aquel curioso encuentro del político con las juventudes argentinas. Visité más tarde El Ateneo, y cuando menos pensé, ya estaba buscando libros sobre el gótico en la arquitectura, sobre los paisajes del romanticismo, sobre lord Byron.

Sin darme cuenta de que lo hacía por esquivar un poco la obsesión, busqué en los anaqueles algo nuevo de Borges, pues siempre siento que en Buenos Aires se seguirá encontrando algo nuevo de Borges aunque hayan pasado quinientos años. Tenía prometido dar una charla en Suiza sobre Borges y Ginebra tres semanas más tarde, en la Sociedad de Lectura, aprovechando el comienzo de la temporada de una obra de teatro de Ómar Porras sobre Bolívar en que yo había participado, y quería documentarme un poco más sobre el período del bachillerato de Borges en el Colegio Calvino. Esperaba encontrar algo, pero lo que encontré me sorprendió: tres nuevos tomos de artículos desconocidos, reseñas y entrevistas, para sumar a los cuatro que ya demasiado

conocía.

Caminé de regreso al hotel mucho rato en la noche de primavera, disfrutando del cielo en calma y pensando en Borges y en sus caminatas nocturnas con Carlos Mastronardi y con Francisco Luis Bernárdez por los barrios viejos de Buenos Aires. Hay un tango de Piazzolla y Horacio Ferrer que no es de los que prefiero, pero uno de sus versos siempre me alcanza cuando voy solo por las calles porteñas. *¿No ves que va la luna rodando por Callao?*, me canté una y otra vez en silencio, mientras jugaba a no tener que consultar un mapa para encontrar la calle Piedras.

Me había instalado ya en la habitación cuando asocié por fin las dos cosas: con un sobresalto me dije que esa charla sobre Borges en Ginebra tal vez me permitiría conocer Villa Diodati, la mansión a orillas del lago Lemán donde ocurrieron los hechos de 1816.

Llovió otras veces en aquellas tardes de Buenos Aires, aunque nunca con la misma intensidad de la primera. Un día después de mi conferencia, pude encontrarme al fin con Juan Eduardo y con Susana Reinoso en un café frente a la Recoleta, allá donde el mundo se abre en terrazas con estatuas ecuestres y prados con parejas enamoradas. Pero fue una de las poquísimas veces en que salí del hotel. La mayor parte del tiempo la pasé encerrado en el décimo piso, y no era ya la lluvia lo que me retenía. Y contrariando la promesa copiosa de los avisos callejeros, un episodio vascular impidió el anunciado encuentro de Néstor con las juventudes argentinas, la única otra cosa que prometía sacarme de mi encierro.

De regreso en Bogotá, recuerdo que tuve un encuentro con Andrés Gómez, quien trabajaba conmigo en la frustrada programación cultural de la Alcaldía Mayor para el Bicentenario de la Independencia. Quedamos de vernos en la librería circular del Centro García Márquez, en el barrio viejo de La Candelaria, y allí, mientras caminábamos entre hondos estantes, le conté a Andrés mi reciente obsesión por los hechos de Villa Diodati. Nos separamos unos minutos, examinando cada uno distintas secciones de la librería, y poco después Andrés puso en mis manos un regalo invaluable: el libro de Trelawny *Memorias de los últimos días de Byron y Shelley*, que comencé a leer esa misma noche.

Ginebra

Dos semanas después, cuando llegué a Ginebra, creía conocer mejor a los dos poetas. Y si bien mi admiración por Shelley había crecido, mi actitud hacia Byron empezaba a ser más conflictiva. Hacía muchos años había leído los libros de Maurois, pero las *Memorias* de Trelawny me dieron detalles nuevos y apasionantes de sus vidas, y una vez más comprobé que los biógrafos preferían a Shelley.

Había hecho una escala de dos horas en París, y venía casi muerto después de doce horas de vuelo, de modo que me metí en la cama en una habitación confortable que ya conocía del viejo Hotel Cornavin, una habitación cuya ventana mira entrar y salir los trenes de Suiza hacia todos los confines de Europa, y dormí hasta el atardecer. Ómar Porras me despertó como a las ocho de la tarde, para decirme que estábamos invitados a cenar en casa de su amiga española Belén Ferrier.

“Tú la recuerdas, estuvo en el estreno de la obra de Bolívar en el teatro Grec de Barcelona, y tomamos una copa con ella, con Ricardo Szwarczer y otros amigos, después de la función, junto a los cipreses, bajo las estrellas del verano”.

Me dijo que una parte de la tropa de actores nos acompañaría en la cena. Yo me sentía descansado y eufórico. La cena fue estupenda, y además del risotto Belén nos ofreció almendras ginebrinas espolvoreadas de chocolate, que producen adicción inmediata. Estábamos terminando el postre cuando les conté que tenía en Ginebra el propósito adicional de conocer una vieja casa de campo llamada Villa Diodati.

“Ese es el lugar de irás y no volverás”, me dijo pensativa Belén. “¿Por qué quieres conocer ese sitio?”. Les conté entonces de mi obsesión por Byron y Shelley, y tratando de abreviar un cuento demasiado largo les dije con torpeza

que era el sitio donde, en una noche de 1816, se habían gestado al mismo tiempo Frankenstein y el Vampiro.

“Hubieras venido un poco antes –me dijo–, porque esa casa perteneció a unos parientes míos hasta hace unos años, después fue subastada por Christie’s, y al parecer sus nuevos dueños son unos rusos a los que nadie ha visto”.

Me sorprendió, claro, que una casa que pertenecía para mí más a la leyenda que al mundo físico empezara a tener esa aura de realidad. La había mirado a la distancia, en los grabados de las enciclopedias, y sabía que para Mary Wollstonecraft tenía el carácter de un sitio sagrado, de una suerte de templo cultural, porque antes de la temporada que pasaron encerrados en ella, el año del verano que nunca llegó, la habían ocupado, en momentos distintos, Rousseau y

Voltaire, dos grandes enemigos que sin embargo y sin saberlo trabajaban para una obra común: la Revolución francesa.

“Villa Diodati está a cinco minutos de aquí”, dijo Belén de repente. “Si quieres, puedo llevarte esta misma noche”.

Hacía frío, pero la promesa no podía ser más tentadora. Lo último que habría imaginado es que podría conocer la casa la noche misma de mi llegada a Ginebra. Acepté, entre el entusiasmo del resto de los contertulios, y media hora después estábamos merodeando entre los grandes árboles por los alrededores de Villa Diodati, en la oscuridad, bajo *las estrellas de menta* del otoño temprano.

La casa

¿Cuándo fue construida Villa Diodati? ¿Quiénes fueron sus dueños? ¿Por qué en aquellos tiempos había dejado de ser una casa de familia para convertirse en una villa de alquiler? ¿Era ya de alquiler dos siglos atrás, cuando pasó por ella otro joven poeta inglés, que venía de visitar en Italia a un sabio perseguido por la Santa Inquisición? ¿Cómo era la amistad que unía a aquel joven poeta con los primeros Diodati? ¿Y quiénes eran los primeros Diodati? ¿De dónde nacía esa fascinación de los ingleses por el mundo italiano? ¿Qué otros hechos habían ocurrido, a lo largo del tiempo, en esa villa que se alza entre los árboles, serena frente al lago, dominando el paisaje de la ciudad que se extiende a lo lejos y que en la noche llena de resplandores el espejo del agua? ¿Cuáles eran sus materiales?, ¿cómo era su estructura?, ¿cuáles sus proporciones con respecto al lago y a las montañas? ¿Tenía en su diseño alguna relación especial con el clima? Todas esas cosas, unas lógicas y otras acaso absurdas, me preguntaba yo cuando me dirigía hacia Villa Diodati la primera noche, la noche en que nuestra amiga aceptó llevarnos, después que, para mi asombro, nos contó que esa casa en la que yo pensaba obsesivamente desde hacía varias semanas había sido propiedad de parientes suyos unos años atrás, y ahora pertenecía a algún magnate que buscaba alejarse del mundo en el cerco de murallas de los hielos de Suiza.

¿Qué relación hay entre las casas y los sueños? ¿Está predispuesta una casa para albergar cierto tipo de fantasías, cierto tipo de fiebres? Yo pensaba con minuciosidad en las escaleras, las ventanas, las puertas, los pasillos. Pensaba en las ventanas convertidas en marcos por los cuales se delimitan unas zonas del paisaje. Pensaba en la relación de las arquitecturas con el entorno. ¿Cómo era el paisaje de Villa Diodati? ¿Y cómo eran los árboles que se quemaron aquella noche? ¿Qué humo salía de sus chimeneas?

Porque después de tantos años, yo estaba pensando en una noche precisa. Esa noche del 16 de junio de 1816, cuando, retenidos por la lluvia insidiosa que salpicaba el lago, y acosados por el viento frío y por los raudales negros, cinco jóvenes estuvieron encerrados en la villa, viendo por las ventanas los extraños colores del cielo y del lago, colores que acaso no se habían visto nunca en el aire del continente.

Me preguntaba esas cosas, e incluso otras menos razonables. Y tiempo después, mientras el vapor Savoie avanzaba tranquilo entre pequeños veleros más frágiles a merced de los peligrosos vientos del lago, que hacen que la navegación sea más difícil en estas aguas que en las bahías italianas, mirando una tras otra las grandes villas que se asoman en la pendiente, yo volvía a preguntarme qué es una casa, si las casas sienten, si las casas piensan, de qué modo dialogan con los sueños de sus habitantes.

Mientras lo vivían, seguramente ninguna de las personas que coincidieron en aquel verano pensó que estaban protagonizando un hecho histórico. Esas cosas sólo se saben después, a menudo cuando ya no queda nadie con quién conversarlo y asombrarse. Por eso ninguno de quienes estuvieron en Villa Diodati entre el 16 y el 19 de junio de 1816 pudo saber de aquellos hechos más que nosotros, que vivimos dos siglos después y volvemos a examinar en detalle los hechos y los personajes.

No fue mucho lo que pudimos ver la primera noche, y creo que nos cautivó más la imagen de Ginebra resplandeciendo sobre el espejo, millares de luces doradas y algunas de colores, el reflejo de los edificios, los faros de los coches que resbalan en el agua negra, la raya iluminada de la torre de agua que es el surtidor en medio del lago, y el prado en pendiente que se extiende al lado de los muros negros de la villa. Una placa con un largo relato nos reveló que ese prado lleva el nombre de Byron, que en ese sitio se celebra siempre el día nacional de Suiza.

“¿Qué será esta locura con Byron? –le dije a Belén–, ¿qué pudo hacer este hombre para que Suiza asocie su nombre a la fiesta nacional?”. Ella me respondió que Byron aprovechó su estadía en Suiza para escribir un poema sobre uno de los grandes héroes nacionales, y que ese poema se ha convertido en la epopeya de la Confederación. Y si a eso añadimos que Byron también es considerado un héroe nacional griego, semejante aureola mitológica resulta sorprendente para alguien que parecía siempre tan atormentado y tan perdido en su vida privada. Quizás él sería el primer sorprendido al descubrir que el

mundo recuerda más sus poemas y sus hazañas generosas que el sonido y la furia de sus pasiones, su locura y sus supuestos crímenes.

Me apoyé en la gran piedra que hay en lo alto del prado, y me quedé mirando el lago, perdido en vagos pensamientos. Pero mi mano, que recorría distraída la aspereza de la piedra, se encontró de pronto en la oscuridad con una fisura que se alargaba sobre la roca formando un surco. Me alejé un poco entonces, y a la luz débil de un farol de la calle, vi que también en la roca estaba grabado su nombre.

Byron

El propio Byron decía que su padre fue un aristócrata en andrajos que murió de hastío en Francia en medio de las tempestades de la revolución. Su madre, Catherine, pertenecía al linaje turbulento de los Gordon de Escocia, nobles bandidos cuya historia estuvo llena de leyendas y escándalos. A Byron le gustaba recordar que en su árbol genealógico anidaban como águilas algunos reyes de Escocia, pero André Maurois afirma que de cada rama de ese mismo árbol pendía un Gordon ahorcado por asesinato, y lo cierto es que el poeta terminó envaneciéndose más de las sogas que de las coronas.

El padre calavera había disipado en la lujuria y el juego su propia fortuna y la de su mujer, y el pequeño George se crio en la pobreza. A los doce años, un almuerzo ceremonial en la rectoría del colegio le reveló que había dejado de ser pobre y que se había transformado en *Domine Byron*. La muerte de su tío abuelo, Juan el Malo, que perdió en las guerras napoleónicas a su único heredero, acababa de convertirlo en futuro lord del Imperio británico, señor de los bosques de Sherwood y dueño de un palacio gótico llamado la Abadía de Newstead.

En este punto de la historia uno siempre se pregunta por qué una abadía inglesa, un palacio eclesiástico, podía ser propiedad privada de unos nobles. Para entenderlo hay que conocer una historia de crímenes y arrepentimientos. El rey Enrique II, quien patrocinó la construcción de monasterios y templos para hacerse perdonar del papa el asesinato en sitio sagrado del obispo Becket, contribuyó a la fundación de una abadía dedicada a la Virgen de los bosques de Sherwood, y en ese palacio gris con grandes rosetones y arcos piadosos la vida de los monjes penitentes se reflejó en el lago por tres siglos, hasta cuando otro Enrique, el octavo, alzado contra Roma, ordenó confiscar los monasterios y subastar como mercancías los bienes de la Iglesia.

Al fondo del lago fueron a dar los venerables documentos de la abadía, y en el lecho fangoso se perdió un facistol coronado por un águila de oro, que los monjes arrojaron para que no cayera en manos de los esbirros del rey. Un trasabuelo de Byron, sir John, caballero pequeño y robusto de barba enorme, que parecía un endriago del bosque, compró el edificio por ochocientas libras, y desde entonces la abadía de Newstead fue propiedad de los Byron, testimonio de viejos combates entre Dios y el demonio que habían tenido lugar en remotos años del reino.

Byron era bello como una estatua griega, y no es extraño que se haya convertido finalmente en una estatua griega. Jane Porter dijo que era “como un vaso de alabastro iluminado desde adentro”. De inteligencia rápida y brillante, había aprendido a responder con sagacidad y con veneno a las palabras de los otros porque el destino lo favoreció con un defecto: una cojera que al parecer no era al comienzo fruto de una deformidad de los miembros sino de la debilidad de un ligamento del tobillo, que él mismo atribuía al excesivo pudor de su madre a la hora de darlo a luz. Esa cojera provocaba las burlas de sus compañeros de estudio y el desprecio de algunas muchachas a las que el joven pretendía, de modo que él para protegerse afiló su lengua hasta convertirla en un arma temible.

Por fortuna, Byron nunca entendió ese defecto de su pie derecho como lo que realmente era: la marca de la divinidad que lo hizo poeta. Si no hubiera sido por ella, dado su carácter arrogante y licencioso, tal vez no habría sido más que un aristócrata decadente, abusivo con sus amigos y chupador de la sangre de sus amores; pero la conciencia física de su imperfección, ese pie que dejaba siempre una raya larga en la arena, lo obligaba a pensar y a sufrir, y su genio encontró en ese encogerse sobre sí mismo la ocasión de destilar unas gotas de sabiduría divina.

Tenía, como su madre, cierta tendencia a engordar, y ello le repugnaba tanto que pasaba días enteros sin comer, o alimentándose sólo de agua y de galleta. Su imaginación era viva y grandiosa, sus recursos verbales inagotables, su lenguaje magnífico, pero su estilo se cargaba de desplantes irónicos y mensajes secretos, ya que en él la poesía tendía a ser por momentos un adorno más de una personalidad exuberante, que pasaba de gestos desmesurados y trágicos a vanidosos juegos de ingenio.

Era apasionado y egoísta, era valiente y cruel, era sensual y violento, era brillante y sombrío: la personalidad más vistosa de Inglaterra y uno de los

seres más fascinantes de su tiempo. La riqueza y el nombre le llegaron cuando ya se había cargado de rencor y de resentimiento. Como era miembro de la nobleza, se hizo liberal; como era su deber ser patriota, se hizo partidario del enemigo Napoleón; como era rico, idealizó su pobreza previa. Se dedicó, dijo alguien, a la inspiración, a la insurrección y al adulterio. Era un buen aristócrata, y emprendió en cuanto pudo su viaje al continente; pero era también un buen poeta romántico, y se enamoró de verdad de Italia y de Grecia.

Daba la impresión de estar siempre en guerra con los demás y consigo mismo. Pero era un misántropo absurdo que necesitaba ser venerado; un ateo que vivía de la adoración; un ser bello y atormentado, de sexualidad poliforme. Su vanidad de poeta lo hacía abundar en desplantes prosaicos, y si el matrimonio lo despeñaba en el adulterio, el amor lo envolvía en una telaraña de contrarias lealtades, como un pecado que se enmarañaba en remordimientos. Después de cada exceso el muchacho arrastraba por el mundo su contrición, se castigaba y se perdonaba alternativamente, y era Mefistófeles y era Fausto, y era Caín y era Don Juan.

Finalmente, abrumado de pasiones y placeres privados, quiso redimirse por la historia, y en la crisálida de un libertino se fue formando el guerrero que moriría en las trincheras de Missolonghi luchando por la independencia de Grecia y que se desintegraría en luz en las piras de la libertad.

De su primer viaje por Europa, a los veintidós años, había vuelto a Inglaterra convertido en poeta: conmovió a la aristocracia con la noticia de que en su seno todavía podía gestarse el genio, y hartos sabemos que el año 1812 lo único que se escuchaba en los salones y terrazas de Londres era ese nombre, Byron, Byron, Byron, susurrado por la admiración y por la envidia, por el amor y por la veneración. Los coches de caballos de la aristocracia formaban continuos nudos de tráfico ante las escaleras del número 13 de Piccadilly Terrace, para presentar tarjetas e invitaciones a Byron y a su esposa exquisita, lady Annabella Milbanke.

Pero tres años después el mismo nombre se escuchaba con la misma frecuencia, en todas partes, por la razón contraria; ahora lo pronunciaban el odio y la indignación, la vergüenza y la ira. El poeta venerado se había envilecido a los ojos de la alta sociedad, Annabella Milbanke ahora era su víctima, la aristocracia que se envanecía de tener un poeta descubrió que había acunado a un rebelde que transgredía todas las normas, y como lo había

hecho con sus mayores, empezó a preparar la sogá.

Childe Harold

Mi conocimiento de Byron había comenzado en Cali, junto a los guaduales de la avenida Guadalupe, en una tarde de hace treinta años. Allí, Estanislao Zuleta me confió su asombro de que España, que no tuvo en realidad un romanticismo, hubiera inspirado en cambio a todos los románticos. “Hay que entender que el romanticismo fue una respuesta de la pasión y de la fantasía ante los excesos de la razón: por ello sólo donde había existido un racionalismo surgió un romanticismo. La reacción apasionada de los jóvenes al empirismo inglés, a la ilustración francesa, al racionalismo alemán”.

Muchos habían ido gestando esa pasión: los que veían en la naturaleza la perfección divina, y aquellos para quienes las cosas eran signos apenas de un lenguaje secreto. Goethe, maestro de románticos en su juventud y discípulo de ellos en su larga vejez, consiguió sucesivamente ser el inspirador y el inspirado. Pero nadie encarnó esa actitud vital de un modo tan vigoroso y extremo como Byron. Unía la pasión y la sensibilidad con la tensión nerviosa, la sensualidad desenfrenada con la ingeniosa elocuencia, la cultura enciclopédica con el encanto personal bajo una suerte de posesión demoníaca. Y el primer viaje que emprendió, en cuanto pudo disponer de su herencia, habría de convertirse en el arquetipo de los viajes románticos: la peregrinación por los países mediterráneos.

En Sintra, hace quince años, nos hospedamos con Natalia Granada y con Enrique López del Hierro en un hotel de las montañas, una casona cuyas ventanas se abren a hondas arboledas, y donde en la distancia los peñascos sostienen viejos castillos del reino de los moros. El sitio era muy bello pero, para nuestra sorpresa, no había más huéspedes. El hombre encargado de la recepción, que parecía ser también el propietario, nos instaló en las habitaciones del segundo piso, y después nos contó, con tranquilidad

admirable, que tendría que ausentarse en la noche, y que el hotel quedaba en nuestras manos. Mostrándonos la sala mayor del primer piso, nos dijo: “Aquí pueden bajar a conversar en la noche, aquí están los licores, la chimenea estará encendida desde ahora”.

Nos sentimos en casa. Cada quien tomó su baño al atardecer y bajamos a cenar. El hombre se fue y nosotros, después de dar un paseo por los bosques, nos instalamos en la sala. Habíamos cruzado media España, desde Madrid, por Castilla, por Extremadura; habíamos entrado a Lisboa al atardecer, después de cruzar los tranquilos campos portugueses, donde, a diferencia del resto de Europa, todavía quedaban campesinos habitando los campos; habíamos visto el sol poniéndose tras los trazos inmensos del puente sobre el Tajo; habíamos vivido la gracia de los barrios altos de Lisboa que siempre tienen luz de atardecer, y ahora llegábamos a la magia de los bosques de Sintra.

No sé por qué el diálogo nos fue llevando hacia Byron. Yo recordé algunos episodios de su infancia; su amor por su perro, para el que construyó un mausoleo de príncipes en la Abadía de Newstead; sus fiestas libertinas y después sus amores incestuosos con Augusta Byron, de los que nació su hija Medora; la estrategia de Caroline Lamb, quien, enamorada de Byron y conociendo las aficiones eróticas del poeta, se disfrazó de muchacho para seducirlo; la amistad de Byron con Goethe, que hizo que el viejo llorara en su casa de Weimar cuando se enteró de que Byron había muerto a los 36 años en los pantanos de Grecia y que los cañones de Atenas habían disparado durante tres días en su honor.

También recordamos que Byron, esforzándose por superar la condena de su cojera, se había convertido en el mejor nadador de Inglaterra, y que a su llegada a Constantinopla, en 1810, fue el primer europeo en ir nadando desde Europa hasta el Asia, hazaña digna de una medalla olímpica. Conversamos hasta muy tarde, y pasamos alegremente del oporto al coñac mientras el fuego de la chimenea contaba sus viejas leyendas.

A la mañana siguiente el dueño del hotel nos regaló un prospecto con la historia de la casa, y descubrimos casi con miedo que en aquella casona se había hospedado Byron dos siglos atrás. Nos costó salir del asombro de ese descubrimiento, y todavía cuando volvemos a encontrarnos hablamos de ello, porque fue como si la casa nos hubiera puesto a conversar sobre él, o como si una sombra que cojeaba hubiera vigilado por las ventanas mientras creíamos

estar solos, siglos más tarde, junto a las piedras verdes de Sintra.

No sé de otro poeta que en su tiempo emprendiera tan metódicamente la tarea de poetizar su propia vida, sus experiencias, sus viajes, sus amores y sus pensamientos. Vida y poesía se confundían en Byron, y su primer libro célebre de poemas, *La peregrinación de Childe Harold*, configura la invención del destino romántico. El personaje que habla en él es una suerte de Marco Polo que quiere contar a su gente cómo son las costumbres de los países lejanos, sus fiestas, sus maneras, sus ciudades, sus guerras; pero allí, a diferencia de otros libros de viajes, el viajero es tan importante como el mundo que describe, todo pasa a través del tamiz de su personalidad, de sus gustos, prejuicios y pasiones.

Los castillos de Portugal, la guerra de independencia de España, la vida pastoril entre las ruinas de la Grecia clásica, la dominación de los turcos sobre ese mármol de dioses destrozados, todo nos llega a través de las emociones y los caprichos de un joven atormentado y febril, mezcla de Hamlet y Don Juan. Cómo en Portugal se detenía a escuchar las músicas de las tabernas; cómo en Sevilla, un siglo antes de García Lorca, asistía fascinado al espectáculo cruel de las corridas de toros y al esplendor de la fiesta que las envuelve, llena de color y de bellas criaturas; cómo se detiene en aventuras de mujeres guerreras, versifica los conflictos políticos y hace honor a las bravas gentes que va conociendo. Todo es a la vez relato de viajes, autobiografía, crónica política, cuadros históricos, versos de amor, los monólogos de una conciencia atormentada y lúcida.

No es de extrañar que la sedentaria aristocracia inglesa, presa en *esa fortaleza de muros de agua*, haya quedado deslumbrada por aquel poema que mostraba a uno de los suyos convertido a la vez en héroe intelectual y aventurero. Jamás las noticias del continente hostil, jamás las noticias del mundo habían llegado a la isla al mismo tiempo con esa precisión periodística y ese rumor de trovadores, salpicadas de historias galantes, teñidas de ironía. Byron era curioso, Byron era elocuente, Byron era ocurrente, Byron era apasionado: era Inglaterra recorriendo el mundo sin fragatas, sin cañones y sin mercaderías, con sólo elegancia y desplantes, ingenio y sabiduría.

La vieja aristocracia halagada y atónita se volcó a las librerías a hojear su propia grandeza, y Byron despertó convertido en la mayor celebridad de su reino. A partir de ese momento, escribiera o no, estaba en el centro de la escena: *un monstruo hecho de ojos* lo miraba sin tregua, y muy pronto esa

gloria que repetía su nombre por los salones, empeñada en celebrar todos sus epigramas, se convertiría en una hidra decidida a no perdonar ni uno solo de sus errores.

El verano

Ahora sé que para entender bien los hechos es preciso recordar en detalle las circunstancias que precipitaron el exilio de Byron, su fuga melancólica hacia el continente. El hombre más visible y admirado de su tiempo se iba acostumbrando a vivir en el ojo de un huracán. Había conseguido que Inglaterra espiera sus menores movimientos, y el mundo sólo ofrece su desvelo y su veneración a los vivientes a cambio de que entreguen su alma.

Byron era un laberinto de pasadizos desconocidos incluso para sí mismo. La violenta luz que inundó esas galerías dejó a la vista no sólo las ventanas por donde entraba el resplandor de los últimos cielos, sino también los sótanos donde se arrastran las criaturas más deformes de la mente. Aquel hombre bello y resentido, rico y postergado, era un océano cruzado de espinas y de tentáculos, de miedos y naufragios.

Entonces se supieron nuevas cosas de su linaje: que su padre extravagante había sido apodado Juan el Loco, y que su abuelo el comodoro era llamado por todos Juan Borrasca porque le bastaba embarcarse para que sobre sus velas se encrespara la tempestad: sufrió un naufragio famoso en el estrecho de Magallanes, fue prisionero de los españoles, participó en la guerra de los siete años contra Francia. Enviado a Norteamérica a ayudar a lord Howe contra los patriotas rebeldes, su escuadra fue deshecha por las tormentas en mitad del Atlántico; finalmente fue nombrado jefe de las tropas británicas en la guerra de las Antillas pero bajo su mando Inglaterra fue vencida en la isla de Granada el 6 de julio de 1779, y tuvo que abandonar el Caribe.

Uno de los deleites del poeta era envanecerse de su linaje turbulento: hacer sentir que antes de él su nombre ya corría por el mundo como símbolo de aventura y desorden. Todavía hoy, por el otro extremo del planeta, un lugar en Australia se llama cabo Byron en honor de su abuelo, y al lado está la Byron

Bay, que los surfistas del mundo conocen por sus olas altísimas.

Byron sentía, como el abuelo, la fascinación por la adversidad, y tenía menos interiorizados aún que su padre los códigos de la sociedad inglesa. La franqueza era su defecto, y la virtud que menos poseía era la más necesaria para vivir en aquel reino, el aire mismo de la vida en sociedad: la hipocresía.

La muchacha con la que se había casado era bella y sutil, pero inglesa hasta la punta de sus cabellos de roble, y para una delicada princesa la compañía de aquel hombre desordenado, irascible, impaciente, se fue transformando en infierno. Intentaba cuidarlo, protegerlo de sí mismo, ayudarlo a convertirse en una especie de ángel de la poesía, pero oía desplegarse en los tensos silencios las alas membranosas de una criatura indefinible; padecía sus explosiones de ira y sus desvelos neurasténicos, y los escasos momentos de felicidad que alcanzaban por la sola virtud de su juventud y de su belleza fueron demasiado fugaces.

Es posible que la proximidad de Annabella despertara en Byron oscuras pasiones, avivara su crueldad, su capacidad de ofender y de profanar. Ella, además, intuía o adivinaba cosas que no estaba en su lenguaje nombrar, y lo más inquietante fue descubrir la extraña relación que se había formado entre su marido y Augusta Byron, la hermana que acababa de aparecer de ninguna parte, pero que era un testimonio irrefutable de las licencias de su padre, porque se parecía a George Gordon Byron como una rosa se parece a otra.

Los dos hermanos se buscaban sin fin, se amaban, se necesitaban más de lo aconsejable, y llegó el día en que Byron invitó a Augusta a vivir en su casa. Annabella se deslizó en silencio con la firme determinación de separarse, pero esa partida secreta estaba al otro día en labios de todo Londres. No es necesario repetir lo que decían los rumores, pero, como suele pasar, si bien las interpretaciones eran malignas, los hechos distaban mucho de ser falsos, y Augusta concibió finalmente a Medora, la hija de su hermano. Inglaterra, que lo había admirado en extremo, vio llegada la hora de pasarle la cuenta de cobro, y después de los cuatro años de adoración comenzaron los cuarenta de odio.

Ya que Inglaterra lo odiaba, Byron optó por odiarla con la misma pasión: aprovechó su fortuna para irse a un exilio dorado por el continente, y una de sus primeras estaciones fue Suiza, en aquella primavera tormentosa de 1816, que oscurecía los lagos con el reflejo negro de las montañas; una primavera tan sombría como el espíritu del poeta en aquel momento de su fuga, porque

fue entonces cuando dijo en un poema que hasta las montañas eran sentimientos.

Pero la historia del muchacho cojo arrojado desde las alturas del cielo es una historia muy antigua, y hay seres cuya extraña originalidad consiste en volver a encarnar borrosos episodios de la mitología, en volver a cometer el pecado original.

Poco antes de salir de Inglaterra, Byron había conocido a John William Polidori, que acababa de graduarse, y lo contrató enseguida como su médico personal quizá más por sus atractivos físicos que por sus habilidades terapéuticas. Lo convenció de que viajara con él a Suiza a vivir un hermoso verano remando en el lago y escalando las primeras pendientes de los Alpes. De modo que, terminando la primavera, Byron y Polidori se sentaron en el porche de Villa Diodati, al pie de las columnas dobles y bajo las rejillas de hierro forjado del segundo piso, de cara al lago, a esperar el verano que nunca llegó.

Los encuentros

Llegó en cambio una temporada de borrascas. Pero no hay que pensar que por el hecho de que estuviera atormentado por la pérdida de su esposa, Byron había dejado de entretenerse. Antes de salir de Inglaterra empezó a recibir mensajes de una mujer que, siempre con la misma caligrafía y proponiendo siempre lo mismo, firmaba cada vez su esquila con nombres distintos.

Estaba dispuesta a reunirse con él en cualquier parte, estaba enamorada pero no pretendía siquiera ser amada: se conformaba con estar alguna vez a su lado. A veces en las cartas se ofrecía de una manera impúdica. No ignoraba que él estaba pasando por un momento de alta presión emocional y necesitaba distraerse: ella podía ser su distracción y no aspiraba a más. Si el poeta temía que Londres los viera, podían encontrarse en alguna posada del campo. Los últimos mensajes venían ya con su firma: Clara Clairmont.

El nombre no le dijo nada a Byron, porque la joven procedía de la clase media, aunque formaba parte de una familia ilustre. Su padrastro era uno de los intelectuales más brillantes de aquel tiempo: William Godwin, pero eso Byron tardaría en saberlo. Acostumbrado a seducciones y asedios, nunca había visto a alguien más insistente y finalmente aceptó.

Resultó ser una chica de sólo diecisiete años, bella y bien educada, que expresaba su amor en cuatro lenguas y cantaba como un ángel. Byron estaba agobiado por la situación con su mujer y con su hermana, y ya estaba buscando la puerta para fugarse de la isla. En sus citas clandestinas en las afueras de Londres, se dijo que la chica no pasaría de ser una de sus cotidianas aventuras, una distracción en tiempos oscuros, y le aclaró que nunca le permitiría ser parte de su vida. Pero cualquiera de nosotros conoce las cuatro palabras que una muchacha como ella diría ante semejante advertencia: “Eso ya lo veremos”.

Ya en su primer viaje al continente, Byron no había podido visitar la tierra donde murió su padre. Por mucho que le coqueteara a Bonaparte desde el Parlamento, Byron, como todo inglés, corría riesgos en la vasta Europa ocupada por los franceses, de modo que su travesía por Portugal, España, Sicilia, Malta, Grecia, Albania y Turquía había sido una aventura bordeando cuidadosamente el mapa de aquel tiempo, para no correr el riesgo de pisar por descuido la sombra gigantesca de Napoleón. Seguir el rastro de Childe Harold por el sur es dibujar los contornos del mundo napoleónico.

En esta segunda ocasión, aunque ya Bonaparte se afantasmaba en Santa Elena, Francia igual le negó a Byron un visado para cruzar su territorio, y esa negligencia de un funcionario, o brusca decisión de un ministro de la Santa Alianza, privó a París del recuerdo, que se habría convertido en leyenda, de ver sus calles, sus tabernas y sus catedrales, sus salones, sus jardines y sus burdeles convertidos en escenarios del mayor de los destinos románticos. Quizá por ese trámite fallido no hay boulevard Byron, ni poema de Byron tallado en piedra alguna del jardín de Luxemburgo, ni una estatua de Byron ante la estatua de su admirado Simón Bolívar junto al puente Alejandro III.

Pero Francia añoró siempre la presencia de Byron, y la prueba no está sólo en las casacas de Théophile Gautier, en la langosta de Gerard de Nerval, en las efusiones de Hugo, en las flores enfermizas de Baudelaire o en la tumba de Oscar Wilde jaspeada de besos, sino en la pasión y la elegancia con que André Maurois reconstruyó su vida. También Emmanuel Carrère se ha dejado atraer por el tema, pero aún es posible que Jean Teulé o el propio Pierre Michon o algún joven desconocido intenten la novela del espectro ausente, del huésped diabólico que no llegó nunca pero que parecía hecho como nadie para cojear por París.

Así que el poeta cruzó Bélgica, no dejó de visitar la llanura victoriosa de Waterloo, y ascendió por el Rin buscando los Alpes. El clima era sombrío, el frío inusual era tema de conversaciones melancólicas con sus acompañantes, y Byron pudo sentir que aquellos nubarrones y aquellos vientos cortantes parecían salir de su alma.

Se sentía libre por fin e iba en busca de otra vida, pero al llegar a Ginebra descubrió que la muchacha pertinaz se le había adelantado y lo estaba esperando en el gran hotel donde iba a hospedarse con su cortejo. No era Byron hombre que se negara a tener compañía grata en medio de aquellas borrascas, pero, para su sorpresa, la muchacha no andaba sola. Le contó que

había viajado al continente con su hermana media, Mary, y que el novio de ésta, que viajaba con ellas, también era inglés y también era poeta. Byron, que había escrito un libro brillante y malvado contra los bardos y los críticos de la isla, ya iba a prohibirle a la joven que le llevara a su poetastro, cuando se enteró de que el poeta que andaba con aquellas muchachas era, por así decirlo, la tercera persona de la Santísima Trinidad: Percy Bysshe Shelley.

Por entonces ya había conseguido alquilar por 125 lises, desde junio hasta diciembre, Villa Diodati, que tenía vista plena sobre el lago y cuyo terreno se extendía hasta el embarcadero. Byron comenzaba a llevar como el caracol su casa a costas, una caravana que fue desde entonces de muchos carruajes, y a la villa llegaron con él su médico, sus sirvientes, las mascotas, el guardarropa, los libros, las pinturas y las vajillas. La ropa, los libros, las obras de arte y las mascotas crecerían con el tiempo.

Dicen que en Cambridge había amaestrado un oso y andaba por las calles con él; era famoso el epitafio que había puesto en el mausoleo de su perro Boatswain: “Aquí yace alguien que tuvo belleza sin vanidad, fuerza sin insolencia y valor sin ferocidad, todas las virtudes de los hombres y ninguno de sus defectos”. Y tiempo después, en su palacio de Venecia, los viajeros iban encontrando al ascender las escalinatas, además de los perros afganos y los gatos persas, cuervos, pavos reales, simios y papagayos. Tal vez obedeciendo una información digna de fe, o dejándose inspirar por la leyenda, los directores que han hecho filmes sobre él suelen poner alguna pantera en los salones vacíos, una grulla egipcia saltando por las columnatas y hasta una jirafa caminando despreocupada sobre los pisos de mármol.

Desde las pendientes de Coligny se podía ver a la distancia, al otro lado del agua, el castillo de Coppet, la residencia suiza de una de las amigas y confidentes de Byron: madame de Staël. Allí se reunían por entonces grandes personalidades del continente. Y también desde allá los impertinentes y los inestables catalejos husmeaban sobre el agua tratando de descubrir, a pesar del mal tiempo, cosas interesantes en las terrazas de Villa Diodati.

El poeta guardaba la esperanza de que el clima mejoraría y de cumplir su sueño de pasar junto al lago un verano apacible. Y fue así como en una tarde de rayos y tempestades vinieron a Villa Diodati, deseosos de conocer a Byron, el joven poeta Percy Bysshe Shelley, quien también venía huyendo de un matrimonio infortunado, y su nueva novia, Mary Wollstonecraft. Y si bien fue Clara Clairmont quien los presentó, fue la tiniebla la encargada de que ya no

podrían separarse.

Hacía tan mal tiempo que la visita de una noche se convirtió en visita de varios días; ahora llovía permanentemente, el cielo estaba oscuro todo el tiempo, las nubes cubrían las montañas lejanas y ennegrecían el lago; la ciudad, a lo lejos, sólo era visible en las tardes por sus antorchas agitadas, y una sombra desconocida parecía habitar todas las cosas.

Los jóvenes poetas estaban exaltados de conocerse: habían encendido un gran fuego en la sala principal, y durante tres días hablaron de todo, de la poesía de Wordsworth y de Coleridge, de los paseos de Rousseau por aquellas mismas montañas y de sus conflictos con Voltaire, del Lucifer bíblico y de ese otro Lucifer que era el Yago de Shakespeare, de los poderes que habitan en las entrañas de la tierra, de la electricidad que Benjamín Franklin acababa de arrebatarse a los cielos, de las pruebas de Galvani electrizando las ancas de las ranas, de los juegos macabros del doctor Dippel en su castillo, de los experimentos de Erasmus Darwin, de los secretos de la vida y de la muerte.

Además de Byron y Polidori, de Shelley y las dos hermanas adolescentes, coincidían por momentos en la casa Matthew Lewis, autor famoso de *El monje*, una novela gótica sobre los terrores de la Inquisición española, y la condesa Anna Potocka, sobrina nieta del último rey de Polonia, Estanislao Augusto Poniatowski, de quien Byron decía, aunque tal vez no delante de la condesa, que le debía su corona al hecho de haber sido amante en Rusia de la emperatriz Catalina.

Phantasmagoriana

La mañana llegó y se fue y llegó, y no trajo consigo el día. Más bien el clima se hizo siniestro. A Byron le fascinaban las historias de terror, y como era perverso, le gustaba sobre todo asustar a los otros con ellas. Pero todos compartían su pasión por lo oculto y en esos años jóvenes el mundo se abría frente a ellos como un jardín de enigmas. En algún momento de la larga conversación, Polidori les dijo que había llevado al viaje *Phantasmagoriana*, un volumen de historias alemanas de fantasmas, y Byron insistió en que las leyeran juntos en la noche bajo los fulgores fantásticos del gran fuego de la chimenea, de modo que el clima de nerviosismo había ido creciendo, alimentado por los paisajes sombríos que desde media tarde llenaban las ventanas de Villa Diodati.

Hay que añadir a esto la red de afectos y pasiones que se iba tejiendo en la casa, la curiosa energía que llenaba el salón principal pero también los cuartos, donde los jóvenes se dispersaban, o se encerraban por parejas, en algunos momentos de su estancia. Byron tenía relaciones afectivas, o al menos eróticas, con su médico, pero su relación con la adolescente Clara Clairmont persistía, y aunque por el momento lo ignorara, esa relación muy pronto cambiaría de tono porque ya la muchacha estaba embarazada. Shelley, el compañero sentimental de Mary, que predicaba la libertad sexual, miraba a Clara con un deseo más antiguo. Entre Byron y Shelley sólo había una relación intelectual, cruzada por relámpagos de admiración y de perplejidad. Y no es difícil que Matthew Lewis (Byron lo llamaba Monk Lewis, por el personaje de su novela) se sintiera atraído por Polidori.

A Lewis, oh paradoja, lo habían recibido en el Parlamento británico para reemplazar al lujoso y extravagante William Beckford, despojado de su curul por su sexualidad escandalosa. Beckford era famoso por su inmensa fortuna,

por los castillos disparatados que construía y por los aristócratas adolescentes que seducía, pero pocos estaban enterados entonces de que años antes había sido capaz de escribir en tres días, sin levantarse de su escritorio y en francés, una novela fantástica sobre un califa de la estirpe de los abasidas que vendió su alma al demonio y que terminó vagando por las cavernas del infierno, *el primer infierno verdaderamente atroz de la literatura*, con una brasa viva dentro del pecho. La novela de Lewis era más escandalosa, pero el Parlamento veía menos peligro en los libros que en los actos.

Cada uno de los huéspedes venía de una historia precisa, algo en la casa o en la atmósfera parecía avivar los recuerdos, y es posible que en aquellas circunstancias fueran el joven médico Polidori y la novia de Shelley los que entre todos se sentían más frágiles. El fuego no podía iluminarlos más que a los otros, pero sobre ellos acabó por ejercer su influjo más potente la sombra inquietante que cubría las cosas, que enfriaba los montes y parecía querer congelar el lago en la inverosímil vecindad del verano.

Porque era el año 1816, cuando a la primavera siguió el invierno, y las oscuras fuerzas de la naturaleza también estaban trabajando en las almas. Terminadas las guerras napoleónicas, los campos de Europa estaban llenos de esqueletos sin nombre y hay quien dice que antes de aquel año hubo más buitres que nunca en el cielo.

Todos saben cuándo comienza una revolución, pero nadie sabe con certeza cuándo termina. Nadie estaba seguro de que esa vasta rebelión que había cortado primero la cabeza de Carlos I en Inglaterra y había terminado cortando en Francia la cabeza de Luis XVI y de su reina no fuera una vasta culpa colectiva, como lo predicaba ahora la Santa Alianza, un momento en que la humanidad se había salido de su cauce, se había alzado contra el cielo y se había extraviado en la locura.

Los jóvenes de Villa Diodati no lo creían así, o no querían creerlo. Byron y Shelley habían puesto sus sueños y sus esperanzas en aquella insurrección que dejaba al mundo cabeza abajo, que prometió dejar atrás una edad de opresión y de tiranía, y que en algún momento estuvo a punto de instaurar en la tierra una Grecia sin esclavos. Pero el espanto se había apoderado de todo, la guillotina le puso al sueño un multiplicado collar de sangre y los poetas mismos se sentían amenazados desde cuando André Chénier fue llevado a la muerte por las carretas del terror. Un terror que, por razones muy cercanas, estaba sobre todo en la memoria de John Polidori.

En aquellas tardes de Suiza, la antigua promesa milenarista de los tres días de oscuridad parecía a punto de cumplirse, todos podían vivir la oscuridad como un castigo, y uno esperaba que los más afectados por el clima y por sus proyecciones fantásticas fueran Byron y Shelley que, desterrados de Inglaterra en la plenitud de sus facultades y en el momento central de sus vidas, se estaban convirtiendo, con el joven e iluminado John Keats, en las primeras voces de la poesía inglesa.

De ellos cabía esperar las sorpresas literarias, pero la vida se burla de las convenciones. En esa noche que duró tres días, los grandes poetas fueron apenas instrumentos para que la imaginación visitara a quienes de verdad concibieron las oscuras leyendas de aquel tiempo.

Dos poderosos mitos de nuestra época se estaban gestando en las habitaciones de Villa Diodati. Fuerzas brotadas de las profundidades del magma terrestre, del fuego subterráneo que para muchos se confunde con el fuego infernal, habían sido insufladas al aire planetario en forma de cristales impalpables, de ceniza y de azufre; suspendidas después en las regiones más altas rechazaron los rayos solares y engendraron un frío hemisférico que invadió la sangre de humanos y de bestias; ya en la tiniebla de junio, resueltas en borrasca, sacudieron abajo las aguas como si el propio Ariel estuviera obedeciendo las órdenes del mago, y encontraron su forma en la mente y en el corazón de unos jóvenes muertos de miedo.

Porque para concebir las fantasías más terribles no precisamos ser poetas sino estar de verdad aterrados. Nutridos del poder de la tierra, del grito hecho de abismos del Monte Blanco, del viento que curvaba los árboles de la orilla y que filtraba su quejido entre las celosías de Villa Diodati, los seres nunca vistos venían en camino.

Las lentas galerías

El edificio de la Sociedad de Lectura de Ginebra es una vieja casa agradablemente dividida en secciones, una casa de letras, de manera que ciertas disciplinas se pueden leer en las grandes alcobas, otras en la sala central, otras en los pasillos, otras, casi, en las escaleras, y otras en los altillos y las buhardillas.

Delphine de Candolle, la directora, nos condujo antes de la conferencia por los distintos salones, para hacernos sentir la grata atmósfera de actividad familiar y no de especialidad fría y erudita que tiene allí la lectura. Una de las habitaciones altas, recuerdo, estaba dedicada a la geografía, y era posible ver desde sus ventanas el lago Lemán, junto al cual yo había caminado en los días recientes, y la torre de agua que discretamente le ha opuesto Ginebra a cierta entramada y gótica torre de hierro. Vi los tranvías desplazándose por la ciudad tranquila, y, más allá del surtidor y del lago recorrido por lentos veleros, pude ver diminuta, a lo lejos, bella e intacta en su pendiente de árboles, dos siglos después de la triple noche y llena para mí de cosas que otros no podían ver, la tranquila Villa Diodati.

Había llegado la hora de descender al salón de conferencias cuando cruzamos una sala dedicada a la teología. “Veo que aquí tenemos *le coin de Dieu*”, dije a las personas que me acompañaban. Uno de los bibliotecarios, señalando la habitación siguiente, respondió: “Y justo al lado está *le coin du diable*”. Era la sala de literatura policial.

Pensé que esa extraña distribución del espacio le habría gustado a Chesterton, que esas salas vecinas de Tomás de Aquino y de Arthur Conan Doyle habrían llegado a ser sus preferidas. *Una novela que no tenga un muerto me parece falta de vida*: repetí en mi mente la frase de Chesterton y me dije que si entre todas las religiones aquel inglés prefirió el cristianismo,

es porque esta religión gira alrededor de un muerto: más aún, pone la trama de la historia universal a girar alrededor de un solo muerto, de la rememoración de los detalles de su ejecución y de la reconstrucción de su agonía.

Eran buenos lugares Ginebra y la Sociedad de Lectura, y buen momento la antesala de una charla sobre Borges, que duerme a unos centenares de metros de allí, bajo la hierba del cementerio de Plainpalais, para pensar que esa novela cósmica en la que Cristo es la víctima y la humanidad el verdugo tiene un argumento digno de la retorcida imaginación de Borges y Chesterton: allí el verdugo es el beneficiario del crimen, la ejecución pública es también una traición privada, y la víctima termina siendo el autor intelectual del asesinato.

Mi charla en la Sociedad de Lectura me permitió pensar un poco más en los secretos de Ginebra. Recordé a Joyce exiliado en Zúrich escribiendo el *Ulises* en los días en que Borges adolescente por esas mismas calles descubría su vocación de poeta. Y supe que lo más importante de la charla era recordar a los ginebrinos que fue allí donde Borges encontró su destino:

*Cuando en Ginebra o Zúrich la fortuna
quiso que yo también fuera poeta,
me impuse como todos la secreta
obligación de definir la Luna.
Con una suerte de estudiosa pena
agotaba modestas variaciones,
bajo el vivo temor de que Lugones
ya hubiera usado el ámbar o la arena.*

No dejé de mencionar nuestra visita nocturna a la casa del lago, para recordarle a aquel público cordial que en Ginebra también está esa mansión misteriosa que fue uno de los hornos del romanticismo, y sólo callé que, mientras volvíamos de noche por las pendientes de Cologny, Belén me había prometido mover cielo y tierra para lograr que antes de mi regreso a Suramérica se abrieran para nosotros las puertas de Villa Diodati.

En las librerías de Ginebra no había mucha información sobre la estancia de los poetas ingleses, y me asombró que una historia tan apasionante no hubiera producido una buena novela gótica en la tradición ginebrina. En esos momentos aún no sabía que somos legión los que intentamos relatar aquellos días de Villa Diodati. Todavía ignoraba la existencia de la novela *Bravoure*,

de Emmanuel Carrère, y de *El médico de lord Byron*, de Paul West, de las biografías *La muchacha y el monstruo*, de Cathy Bernheim, y *Mary Shelley*, de Muriel Spark, pero también ignoraba que en Buenos Aires, la ciudad donde el tema se había apoderado de mí varias semanas atrás, el clima delirante y siniestro de las orillas del Lemán en 1816 ya le había dictado a Federico Andahazi un delirio fantástico, un pequeño fragmento de infierno, al que engañosamente tituló *Las piadosas*.

Ginebra se estaba haciendo cómplice de mis obsesiones: terminada la conferencia, la directora me ofreció la hospitalidad de la Sociedad de Lectura para mi investigación, y al día siguiente Belén me llamó por teléfono. Había movido en verdad cielo y tierra, había hablado con el alcalde de la ciudad, pero éste se había declarado incapaz de ayudarnos en el proyecto de la visita porque Villa Diodati era una propiedad privada. Ella no se rindió: logró que su abogada consiguiera el teléfono del nuevo dueño, que no parecía ser ruso sino británico, y me dijo que las puertas de Villa Diodati se abrirían para nosotros el lunes siguiente a las once de la mañana.

El fin de semana visitamos con una amiga suya el más extraño museo de Suiza, el Museo de Arte Bruto de Lausana. No puede asombrarnos que en el país de la extrema racionalidad, de la puntualidad y la cronometría, en el país de los mecanismos inexorables, exista un lugar que aproxima de un modo tan persuasivo y tan inquietante el arte y la obsesión, la enfermedad y la genialidad. Lo que vimos en ese sitio estaba más cerca del Vampiro y de Frankenstein que todo lo que yo había imaginado. Formas orgánicas hechas con fragmentos de dolor y de muerte, obras de arte que nacieron de desgastar a sus creadores, la extravagante combustión de seres que creyeron en sus obsesiones hasta el delirio y el éxtasis.

Recuerdo en la primera planta un caballo hecho con leños recogidos al azar en los campos, que tiene toda la fuerza, la elegancia, la tensa elasticidad y la contenida energía de un caballo viviente; un artificio hecho no sólo con un conocimiento finísimo de la anatomía y la estética, sino con esa precisión y esa abnegación que sólo tienen los dioses cuando distraen su eternidad haciendo cosas tan exquisitas e innecesarias como el universo.

Esos recuerdos del museo, del viaje, de los apacibles campos de Suiza, estaban vivos en mí cuando a las once de la mañana del lunes siguiente dejamos atrás las orillas del lago, avanzamos por las arboledas de Coligny y vimos abrirse las puertas de hierro de los jardines de Villa Diodati.

Un tributo de sangre

Tal vez yo había visto demasiado la casa a través de los grabados del siglo XIX y de las fotografías mucho más recientes que abundan en la iconoteca universal, pero también había empezado a adornarla con hiedras y gárgolas de la leyenda gótica. No esperaba encontrar la mansión de los monstruos de las ferias de diversiones ni la decadencia demasiado humana de la casa Usher, pero sí una vieja casa ginebrina con algo de cansancio y mucho de misterio. Yo sabía que había sido construida más de tres siglos atrás, y que había sido epicentro de herejías y de pesadillas, de modo que me sorprendió encontrar una casa normal, serena y bella, menos majestuosa que otras que la rodean por la pendiente de grandes árboles de Cologny, aunque firme en su piedra, con tres sólidas plantas y un tejado de pizarra en el que asoman las ventanas de las mansardas.

El automóvil de nuestra amiga, la abogada de Belén, quedó afuera. Cruzamos el portal, pasamos frente a una casa también espaciosa y antigua a la izquierda, y avanzamos por el sendero de piedra triturada hasta las puertas de Villa Diodati, donde un caballero cortés de unos sesenta años nos esperaba. Nos miró con sus ojos clarísimos, nos estrechó la mano a todos, no esperó a entablar ninguna conversación. No podíamos entrar en la casa, pero podíamos pasearnos a nuestro gusto por todo el espacio exterior. Enseguida se dio la vuelta y entró para siempre en la sala.

Me pregunté si desde la ventana seguiría nuestro paseo por los prados, pero no vi ningún movimiento tras esos cristales donde hace dos siglos los huéspedes ingleses espiaban las mutaciones de un verano tenebroso. Aquel día costaba imaginar el verano de 1816: todo era bello y radiante, a lo lejos el lago se estremecía con un azul intenso, los árboles amarillos y ocres y rojos del otoño se perfilaban sobre el agua cruzada por los veleros, y había tanta

claridad que por momentos la ciudad parecía reverberar y disolverse sobre las aguas temblorosas. El surtidor, la torre de agua, se alzaba allá a lo lejos como un árbol blanco.

Después de dar algunas vueltas alrededor de la casa para observar la arquitectura, las dobles columnas del piso inferior, las barandas de hierro forjado de la segunda planta, los escudos, los tejados, bajamos por la pendiente hacia las pérgolas que estaban llenas de rosas, caminamos un rato siguiendo el rastro de sangre de un sendero de pétalos rojos, y después remontamos de nuevo la pendiente para bordear el largo estanque de piedra amarilla adornado con una fuente clásica. Yo no estaba especialmente interesado en interrogar con detalle las cosas, porque si bien la casa sigue siendo la misma de hace dos siglos, los detalles han de haber cambiado sin cesar. Mi interés principal era sentirme allí, decirle a mi corazón y a mi imaginación que la villa venerable de tantas historias fantásticas era un lugar verdadero en el mundo, habitado por seres reales.

Desde el invernadero contemplamos el lago, tomamos fotografías, pusimos fin a nuestra visita sin que el propietario apareciera de nuevo. Ómar, fiel a su destino de actor, no pudo dejar de responder a mis relatos sobre Byron cojeando sobre el patio de piedrecillas menudas, de modo que su pierna derecha iba dejando un surco profundo en el piso pedregoso. Todo estaba tan impecablemente ordenado en aquellos jardines y patios, que tuve la sensación de que el dueño vería las líneas como una intromisión de los visitantes y torpemente intenté con mis propias huellas borrar esos surcos burlones.

Ómar y yo les expresamos nuestro agradecimiento por igual a Belén, que se empeñó en hacer posible la visita, y a la abogada, que descubrió el camino para que pudiéramos visitar la casa. Volvimos al Prado Byron, que ya no era una misteriosa colina nocturna llena de evocaciones siniestras, sino una pendiente verde y fragante abierta al sol del mediodía y rayada por las sombras de los grandes árboles, y leímos la inscripción de homenaje, con la mención del poema que convirtió a Byron en parte de la historia de Suiza, *El prisionero de Chillon*.

Había algo inquietante en el hecho de que Villa Diodati no pareciera inquietante. Tal vez yo habría preferido algo tenebroso, unos bosques sombríos, unos muros desvencijados, alguna losa rota bajo las pérgolas. No dejé de preguntarme qué había dentro del invernadero del que salía en la noche la pequeña humareda. Y pensé en el descuido de las casas de campo de

otro tiempo, cuando las ciudades eran amasijos de casas contrahechas y edificios tortuosos, cuando las calles llevaban arroyos pestilentes y en los parques sin canales se formaban charcos de barro, cuando la luz nocturna no había ahuyentado a los cuervos ni a los ruiseñores. Tal vez porque nuestra época no tiene lugar para la pesadumbre y para el miedo en su espacio visible, porque hasta la muerte ha sido expulsada de las casas hacia los tanatorios del duelo improbable, el horror y el misterio se repliegan ahora a las oscuras galerías de la mente, y el monstruo se agazapa confinado en lo indecible, bajo lluvias de leches antiácidas y granizadas de antidepresivos.

Decidimos almorzar en uno de los restaurantes, allá abajo, a la orilla del lago. Por los callejones que descienden sinuosos entre mansiones ocultas a medias bajo los árboles, la abogada nos condujo a su sitio favorito, en el Club de Pesca, una plataforma de dos plantas que se interna en el lago, entre el balanceo de los veleros anclados.

El *fondue* delicioso, la emoción de la visita, la conversación, el calor, el vino blanco, la superficie agitada del lago, el paso de los veleros, todo empezó a girar en torno como un carrusel, y en algún momento sentí en la nariz un escozor conocido. Tiempo después, navegando en el Savoie por el lago, bajo el rocío del surtidor que borraba las letras de tinta en mi cuaderno, y remontando solitario los mismos callejones bajo la lluvia, lo recordaría. Tuve que correr a buscar el lavabo del restaurante, y pensando en Villa Diodati dejé caer gota a gota la sangre sobre el agua en la taza de porcelana, sin hacer el menor esfuerzo por contenerla.

Mi demora había sido muy larga. Cuando por fin salí, pálido y avergonzado, ya nuestra amiga la abogada había tenido que irse a su oficina. Caminamos con Ómar y Belén por la orilla del lago, volvimos en un taxi hasta el lugar donde nos esperaba el automóvil, y ahora vuelve insistente como una pregunta a mi memoria la sangre que vertí después de mi visita, en los embarcaderos de Villa Diodati.

Obsesiones junto al lago Lemán

Haber encontrado la casa en la noche convirtió de repente mi curiosidad en un propósito. Ahora no me interesaba sólo saber qué había ocurrido en sus salones y sus alcobas sino qué fuerzas condujeron hasta Villa Diodati a aquellos muchachos que no se conocían y qué lazos se habían ido creando entre ellos.

Antes de que ocurran, creemos que el azar gobierna los hechos, pero cuando éstos se revelan poderosos y significativos la sospecha de que todo era casual se desvanece: empezamos a sentir que hasta las circunstancias más menudas obedecieron a un propósito y llevaban un rumbo. Que para un fin preciso se encrespaban las nubes sobre los barcos desventurados de Juan Borrasca; que algo remoto en el futuro andaba buscando un viejo médico italiano que alternaba el estudio de vértebras y astrágalos con los metros y las eufonías del verso; que para unas visiones precisas una combativa muchacha inglesa se hizo novia del suizo Füssli, pintor de pesadillas, y se hizo amiga de William Blake, en cuyos ojos tomaban forma los misterios y los fantasmas.

Miles de fuerzas se entrelazaron para convertir el carbón en diamante, y hacia esa casa construida por herejes y visitada por rebeldes, frecuentada por poetas y venerada por soñadores, se movían sin saberlo desde la cuna los pasos indecisos de Mary Wollstonecraft y los pasos decididos de Clara Clairmont, los merodeos del doctor Polidori, las fugas de Shelley y el andar asimétrico de lord Byron, que resuena en el tiempo como una cadencia de estrofas de pie quebrado.

Desde el primer momento, fechas y retratos empezaron a llenar mis vigiliadas, los libros se acumulaban en las mesas de trabajo y en las maletas del viajero. El tema más frecuente en los mostradores de las aerolíneas era el sobrepeso del equipaje, porque lo que medimos en revelaciones y jornadas de asombro

otros sólo saben contarlo en kilogramos. Pero toda obsesión mental acaba contagiando el mundo físico: al comienzo yo veía casualidades y coincidencias en los personajes y los hechos de Villa Diodati, después hasta los azares de mi vida cotidiana me parecían cargados de intencionalidad.

Cualquiera puede ahora, en los asombrosos mapas satelitales, mirar los Alpes, acercarse a Ginebra, recorrer las orillas del lago, acercarse a las colinas de arboledas de Cologny, mirar el triángulo del Prado Byron y ver inmóvil frente al lago a la serena Villa Diodati, pero yo en la fiebre callada del otoño sentí que veía lo que de verdad está allí. Sobre aquella casa convergían las canciones de Ariel y las blasfemias de Calibán, las perfidias de Yago y las promesas de Mefistófeles, las burlas de Don Juan y los murciélagos de *El paraíso perdido*, los pasos del paseante solitario y la sonrisa burlona de los demonios góticos. Hacia ese sitio no sólo habían volado con picos teñidos de rojo los buitres de la revolución y no sólo había remado en el cielo el dragón de ceniza y azufre de un volcán indonesio, sino que hasta los hechos de mi propia vida giraban desde el comienzo en torno a sus columnas y sus prados.

Porque no hay idea fija que no acabe por contaminar todas las cosas, pero también es verdad que todo está comunicado en secreto. Al libro del universo se puede entrar por cualquier página: no hay comienzo ni fin, todo orden es tan arbitrario como la clasificación alfabética de los diccionarios, y una trama de hilos invisibles une sutilmente las cosas.

Fue en Ginebra, en el lugar de su ceniza, donde Borges adolescente leyó por primera vez *El gólem*, de Meyrink, donde empezó su fascinación por los misterios de la cábala y por las palabras que articulaban los rabinos sobre la arcilla de sus criaturas rudimentarias.

Las recientes jornadas de Buenos Aires me perseguían: volví a pensar en Juan Eduardo Fleming, que sin proponérselo me había puesto a rastrear el gólem meses atrás, y recordé los versos de Borges que transmiten el mismo asombro de las páginas de Mary Shelley, el momento en que un rabino de Praga, después de pronunciar el nombre terrible sobre la arcilla, ve a la criatura inerte cobrar vida:

*El simulacro alzó los soñolientos
párpados y vio formas y colores
que no entendió, perdidos en rumores,*

y ensayó temerosos movimientos.

*Gradualmente se vio (como nosotros),
aprisionado en esta red sonora
de Antes, Después, Ayer, Mientras, Ahora,
Derecha, Izquierda, Yo, Tú, Aquellos, Otros...*

*El rabí le explicaba el universo:
Esto es mi pie; esto el tuyo; esto la sogá,
y logró, al cabo de años, que el perverso
barriera bien o mal la sinagoga.*

Recuerdo con extraña nitidez esos días: en el lugar donde el Ródano se desprende del lago Lemán, yo caminaba pensando en el modo como los humanos ambicionaron siempre los atributos de la divinidad. ¿Cómo habrían sido los hombres de arcilla de Prometeo y la antorcha que ese titán robó para ayudarles? ¿Cuál sería la sustancia de ese creador capaz de hacer la luz con palabras, de separar lo superior de lo inferior y de modelar en barro un Adán a su imagen y semejanza? Porque es la idea de esa semejanza lo que hace que la criatura aspire también a ser demiurgo.

Era como una fiebre ese otoño. Yo acumulaba en mi mente ejemplos de humanoides fraguados por el arte y por el artificio: las tallas en madera que se atribuyeron a Dédalo y de las que Pausanias dijo que a despecho de su aspecto informe efundían algo divino; los muñecos de trapo de los hechiceros, que transmiten dolor a los cuerpos sensibles; las torpes efigies adornadas de cantos y runas con que los sajones intentaron suscitar la divinidad ante altares sangrientos; el bellissimo mármol desnudo que convirtieron en carne viva los deseos de Pigmalión, y ese momento de locura creadora en que Miguel Ángel golpeó la rodilla de su varón de piedra instándolo a que se levantara...

La tentación era antigua; el deseo de hacerse Dios produciendo la vida no era el sueño de un doctor satánico en un castillo alemán sino el propósito común de los artistas, aprendices eternos de hechicería, jugando a combinar elementos inertes para hacer surgir algo vivo. Y recordé al científico que dijo que si de verdad ocurriera el parto de los montes, y una enorme montaña después de terremotos y convulsiones dejara salir por todo resultado un ratón diminuto, habría que gritar que ha ocurrido el más grande de los milagros.

Pero ese penoso hombre que amasa barro, o reúne fragmentos caóticos para producir un ser contrahecho, es el verdadero parto de los montes: algo que las victorias o los ángeles debieron mirar con alarma en la primera luz del sexto día.

Hasta el agua ascendente del surtidor parecía contar historias fantásticas, y terminé pensando en la incómoda leyenda de las resurrecciones. La materia atrapada por la muerte parece tan afanosa por descomponerse, por disgregarse *en materia irresponsable*, que se entiende que hayamos atribuido al mago simoníaco que despertaba cadáveres en los sepulcros una condición más diabólica que angélica. Y es curioso que el propio Cristo hubiera *roto así las leyes del abismo*, haciendo otra vez carne viva de la materia descompuesta.

Yo caminaba por las calles de Ginebra mirándolo todo con recelo, como si de cada esquina fuera a salir el monstruo. La ciudad, como el mismo Borges decía, parece no darse cabal cuenta de que existe, y está en un país que parece pesar sobre el mundo sin sobresaltos, pero es en realidad una ciudad fantástica en un país que, más allá de sus cavernas de lingotes y de su manía de tasar el tiempo en relojes, ha engendrado cismas y revoluciones, convulsiones del arte y cataclismos de la fe, cerebros iluminados por tempestades eléctricas y obras que significaron la aniquilación de cánones y estéticas. Me dije que esa ciudad que se finge tan serena y tan clásica, esa ciudad de relojes y de lingotes de oro, ocultaba detrás de la máscara su rostro verdadero de pesadillas y de cismas, y que eso la hacía más atractiva.

Si no parecía tener su museo del horror era quizás porque llevaba el horror en el trasfondo de una manera más silenciosa y eficiente, o porque sabía transformar el horror en ideas tremendas, la revolución en sinfonías, el desorden del mundo en metáforas desconcertantes. Y mientras aguardaba al monstruo concluí que Suiza era el país perfecto para las pesadillas de Füssli y para la chispa incendiaria de Rousseau, para la sonrisa regicida de Voltaire, para los laberintos espaciales de Joyce y para los laberintos mentales de Borges; que en cada rincón de aquellas montañas parece posible la rosa que resurge de la ceniza en las manos de Paracelso.

El clima levantisco de la Revolución francesa había renovado esa rebelión contra las leyes naturales. Ya los iluminados cedían su lugar a los iluministas, ya anhelábamos que el secreto de la vida estuviera en nuestras manos, y ya empezábamos a desear que el instrumento de esa resurrección o de esa creación no fuera la magia simoníaca o los conjuros medievales: si habíamos

alcanzado la edad de la razón, ya sólo la razón tenía suficiente confianza en sí misma para tratar de ensamblar los fragmentos.

Pero un muchacho alemán había exclamado que *el hombre es un dios cuando sueña y sólo un mendigo cuando piensa*, y un pintor español de guerras y embrujos había revelado en sus planchas qué cosas engendra el sueño de la razón.

Una pausa en las ciénagas

Así terminó mi viaje a Ginebra. Ya empezaba a sentir la necesidad de quedarme una temporada en mi apartamento de Bogotá, mirando las nubes color de plomo sobre los cerros del norte, pero dos meses atrás le había prometido a Gloria Isabel Ocampo viajar con ella a la Mojana.

Es la región de Colombia donde se juntan el Cauca y el Magdalena, los ríos que recogen el agua de las cordilleras andinas. Los caudales que descienden desde el sur y desde el suroeste han formado en aquella convergencia un lecho fangoso que el peso de las aguas ha ido hundiendo a lo largo de las edades. Una raza de cultivadores y pescadores construyó allí hace siglos una red de canales de seiscientas mil hectáreas, para regular el régimen de las inundaciones; un laberinto gigante que, visto desde el aire, parece todavía sobre el plano la huella dactilar de un ser inmenso; alrededor de cada surco de agua trazaron surcos rectos en forma de espina de pescado, que en vastas zonas formaban tejidos delicados como las nervaduras de una hoja, y en la memoria el mapa es un gran pez vegetal tejido de aguas.

Volé de Bogotá a Medellín leyendo mi libro de Trelawny. Aquel hombre se había convertido en el compañero indispensable de Byron y Shelley al final de sus vidas, y cada comentario suyo me producía la sensación de que los estaba conociendo, de que los estaba viendo vivir. En Medellín el clima era cálido, pero ya hablaban los noticieros de lluvias que arreciaban en los pasos altos de la cordillera. Muy pronto la llanura del litoral atlántico estaría inundada.

En un campero tomamos la ruta del norte, por las montañas, hacia Caucasia, un pueblo de colonos que se alza en las orillas del río. Era una noche oscura sobre los riscos, pero una misteriosa claridad invadía el cielo. Le pregunté a Manuel Santiago, que conducía, si podía ser un incendio reflejándose en las nubes, pero él me contestó que una luz tan clara no podía deberse a un fuego

terrestre.

Era una nube blanca sola en el cielo, y brillaba así porque tenía escondida tras ella la luna llena enorme de finales de octubre. A la luz de esa luna que formaba perfiles fantásticos con los árboles por los altos de Santa Rosa de Osos, también les conté a Gloria Isabel y a Manuel Santiago mi propósito de escribir sobre la vida de los poetas, y les relaté mi visita a Ginebra la semana anterior. Todavía me quedaban almendras suizas espolvoreadas de chocolate, y paladeando ese recuerdo acompañamos mis conjeturas sobre los secretos de Villa Diodati.

Por las carreteras de Antioquia, cerca de la cuna del poeta Barba Jacob, viajando hacia el Cauca hondo bajo una luna espectral, era extraño recordar los grandes aguaceros de Buenos Aires del mes anterior, los soles de Ginebra y del lago Lemán una semana antes. Nada parecía vincular aquellas cosas, aunque es verdad que en algún momento la historia tuvo la tentación de aproximar los fantasmas de Villa Diodati a las orillas salvajes del río Magdalena.

Aquella noche, en una habitación cálida de las llanuras, entre el rumor interminable de los grillos, recordé que cinco años después de los hechos de Villa Diodati, Byron estuvo a punto de embarcarse para América, y de enrolarse en el ejército de Simón Bolívar, que luchaba por la independencia de Colombia. De nada habló tanto el poeta en las reuniones de los carbonarios en Italia, incluso antes de la muerte de Shelley. Bolívar se había convertido en su ídolo, el símbolo del héroe romántico que él mismo aspiraba a ser, y cuando los dos poetas encargaron a Trelawny sus navíos para navegar por la bahía de Spezia, mientras Percy llamaba a su barco Don Juan, en homenaje a Byron, éste hizo poner el nombre de Bolívar en el casco del suyo.

Volví a sentir viva la fantástica locura de Byron: así como lo logró en Suiza y en Grecia, aquel hombre también había estado a punto de ser el poeta de estas selvas equinocciales. En el calor de la llanura, ya comenzando a disgregarme en el sueño, alcancé a ver su estatua ecuestre centrando una plaza que parecía estar a la vez en Mompox, junto al río, en Bogotá bajo los cerros negros y en Cartagena junto a las murallas.

Estábamos en el año del Bicentenario. Una obra de teatro sobre Bolívar me había llevado el mes anterior a Ginebra; ahora sentía el llamado de hombres *de ligeras canoas por los ríos salvajes*, vértigo de vivir en un mundo casi virgen, donde la tierra alimenta otras pesadillas. Por esas orillas del

Magdalena donde Bolívar libró sus viejos combates, acabábamos de salir de los horrores de la guerra paramilitar, la guerra de los narcotraficantes contra los campesinos atravesados con sus tierras en las rutas de la droga, y todavía en los bosques eran inquietantes las sombras.

La sequedad de la llanura quedó atrás y entramos en paisajes de invierno: ya las carreteras estaban inundadas. Por Sincelejo fuimos a Magangué, en otro tiempo orillas de caimanes y manatíes donde Bolívar libró su primera campaña. En una chalupa de motor saltamos varias horas sobre el río, y luego atravesamos una ciénaga inmóvil bajo el vuelo moroso de los cormoranes. En el pecho del agua, un pueblo extenso de pescadores habita casas escondidas detrás de los juncos, bajo el bestiario de las nubes fantásticas. Es asombroso cómo logran orientarse los pilotos en ese laberinto de agua, entre cañaverales y troncos donde las garzas lentas parecen brotar del mercurio.

En el confín de los confusos canales nos esperaba el primer pueblo sumergido. Lo digo así, porque en aquel momento no imaginé que lo que veíamos como una población inundada en el encuentro de las aguas era el preludio del invierno más crudo que haya vivido Colombia en mucho tiempo. Me conmovió llegar a la Depresión Momposina, tierra que sólo conocía por la literatura. Una novela famosa, *Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez, había nacido allí, en Sucre, Sucre, cerca de *la ciénaga cubierta de anémonas moradas*.

Habían programado en varios pueblos un encuentro de escritores de la Gran Mojana, al que tenía el honor de ser invitado, y la llegada no pudo ser más irreal: la iglesia parecía flotar sobre el río, habían hecho puentes improvisados más allá del embarcadero, unas niñas de colegio vestidas de sirenas con colas de papel brillante recibían a muchachos de pieles doradas, mohanes que emergían del pozo de las calles para bailar con ellas entre la música de acordeones y de tambores.

Allí era imposible pensar en el verano negro de Villa Diodati, y de repente me vi libre de los monstruos de la imaginación de Polidori y de Mary Wollstonecraft. Esos monstruos lejanos eran estampas pintorescas, sombras góticas recortadas en papel de luto en alguna región menguante de la memoria. Me encontraba ahora de verdad en el mundo de García Márquez: en la iglesia invadida por las aguas, sobre los sumergidos baldosines de colores, pasaban los peces.

Nos pusimos las botas pantaneras compradas en Magangué antes de la

navegación, y ante la casa de enfrente escuchamos el relato de cómo Cayetano Gentile fue acuchillado hasta la muerte en ese sitio por un par de mellizos borrachos, por dónde lo persiguieron los hermanos mientras él intentaba entrar en la casa, cuál fue la puerta precisa que su madre cerró desde adentro, creyendo que el hijo ya había entrado en la casa, y convencida de que así impedía el ingreso de los perseguidores.

No se podía caminar: el agua había subido más de un metro y alguien trajo una canoa para llevarnos sobre el reflejo del atardecer por esas calles de un pueblo de sueños. Las señoras adormecidas nos saludaban desde sus mecedoras de mimbre, iban niños remando en pequeñas canoas, el cielo se apagaba sobre la historia, venía un soplo de acordeones de patios invisibles, en una casa encendida como una lámpara vimos una canoa flotando en la sala inundada, y en ella un muchacho con un sombrero de alas amplias rayado en círculos y con la gaita en sus manos empezó a tocar para nosotros una melodía de la sierra.

Unas horas más tarde entró una llamada telefónica de mi casa en Bogotá: había recibido una invitación para participar en un acto literario en Londres a comienzos de noviembre. Casi no presté atención. Con el agua a la rodilla en el fango elemental de la Mojana, no cabía imaginar los barrios largos de Londres bajo el cielo negro de otoño. La vida había vuelto a su cauce en estos paisajes equinocciales. Pero esa noche debí comprender que los sueños de la Mojana no eran más que una pausa, porque aquella invitación venía otra vez llena de tiniebla gótica, y unas semanas más tarde me pondría de nuevo en la pista de Byron y de Villa Diodati.

Al volver de la Mojana leí con cuidado la invitación. Un año después se celebrarían en Londres los Juegos Olímpicos, el poeta Solomon había concebido la idea de invitar otra vez poetas a las olimpiadas como en los tiempos griegos, y el lanzamiento de ese proyecto se haría en el Southbank, frente al Támesis, a principios de noviembre. Ya tenía previsto participar en las jornadas de Colombia en Francia: no sería gran esfuerzo llegar una semana antes a Londres, leer poemas en el Southbank con poetas de Estonia, Guinea, Canadá y Nueva Zelanda, y entrar a Francia por el túnel de la Mancha.

Algo en mí volvió a sentirse como una hoja al viento. El llamado de Londres parecía significar que mi mente no podía distraerse todavía de su obsesión por Byron y por Shelley, el vuelo de esas sombras me devolvía al año del verano que nunca llegó.

Hacia los cielos negros

Eran los últimos días del otoño, pero Londres resplandecía como detenida en un agosto eterno. Era mi primer regreso en diez años, y aproveché para caminar como sólo allí se camina, al azar y con la sensación de estar recorriendo una ciudad infinita.

Dos veces en los últimos años había soñado con Londres. Al menos así se llamaba una urbe fantástica que yo recorría en el sueño con mi hermano Juan Carlos, una urbe llena de monumentos neoclásicos y esculturas monumentales de potros y de conjuntos mitológicos, con un puente que se movía como un barco uniendo las orillas, un zoológico disparatado y un horizonte de barriadas de cristal verde, más allá de los bosques de cazadores.

Ahora, hospedado en un pequeño hotel junto a la City, donde la vieja arquitectura londinense empieza a disolverse entre edificios de vanguardia, diagramas posmodernos de terrazas de metal y paredes de vidrios oscuros, sentí que Londres no pierde nunca su aire babilónico. Pero este viaje sería breve y yo sabía ya que no alcanzaría a visitar los sitios y las calles de comienzos del siglo XIX, donde De Quincey buscaba a su amiga extraviada entre las muchedumbres, donde los coches de caballos formaban atascos formidables ante la casa de los Byron en Piccadilly, donde Shelley buscaba comprensión y consuelo entre las flores huérfanas de Skinner Street.

No serían muchas mis horas libres, antes de la lectura a la orilla del Támesis. El vuelo de diez horas hacia el este desordena relojes y cadastros: a medianoche, la hora en que Londres empieza a tener sueño, en las llanuras inundadas de la Mojana apenas son las cinco de la tarde, de modo que yo seguía despierto. A la hora en que Londres se levanta, en Bogotá es medianoche: una hora en que ni siquiera he pensado en acostarme. Era una locura pretender cumplir citas en la mañana; sólo después del mediodía estaba

en condiciones de hacer algo: caminar, conversar, oír instrucciones de los organizadores del encuentro.

Y de pronto descubrí que el viernes tendría la tarde libre: la única oportunidad de viajar fuera de la ciudad. Antes, mis fugas de Londres siempre terminaban en Bath, en Windsor o en Stratford-on-Avon: ahora otras obsesiones podían conducirme a otros trenes, y la brújula loca señaló sin excusas la ruta del norte: era la ocasión de visitar por unas horas Nottingham, de buscar en Newstead la conspicua abadía de los Byron.

Iban a ser las dos de la tarde cuando llegué a King Cross, a la estación de Saint Pancrass, y me enteré de que el tren para Nottingham salía a las dos y cuarto. Corrí a buscar el andén correspondiente, y muy pronto estaba instalado en el coche, viendo desfilan hacia atrás los suburbios que vuelve vagamente fantásticos el sol que desciende. Pero bastó salir de Londres para que el clima cambiara de un modo inquietante. Un techo gris como de piedra se instaló sobre el horizonte, y pronto el tren estaba entrando en un inmenso túnel de frío y de invierno. Cuando descendí en la estación de Nottingham, el cielo era oscuro y el mundo se había sumergido en una estación de pizarra, aunque debían faltar tres horas para el anochecer.

Para colmo, el tren a Newstead tardaba cuarenta minutos en salir: no tendría mucho tiempo para mi visita. Pero ahora abunda la información de detalle sobre todo sitio, las fotografías del viaje que aún no hemos hecho ya fueron tomadas, y a veces nos basta la certeza de haber estado en un lugar, o el milagro indudable de algún hecho menudo que sólo nuestros ojos podían ver. En mi confusión horaria no preví la brevedad del día, y por magia homeopática pensé que Londres podía dictar el clima de toda la isla. Pero como era mi única oportunidad en aquel viaje de acercarme al mundo de los locos Byron de Sherwood y de los salvajes Gordon de Escocia, estaba decidido a no desperdiciarla.

Y fue mientras esperaba en la estación el tren que me llevaría a Newstead cuando volví a preguntarme quién podría narrar esta historia. ¿Alguno de los huéspedes de Villa Diodati?, ¿acaso el mismo Polidori, tan maltratado por la suerte? Comprendí que la historia requería alguien que pudiera ver las cosas desde más lejos: el trágico Polidori abandonó demasiado pronto este mundo, cuando aún no se fijaba la leyenda, cuando ni el mar de La Spezia ni los fuegos de Missolonghi habían trabajado todavía en la piedra los rostros y los versos de los poetas.

Pensé también en Clara Clairmont, que sobrevivió a casi todos los otros y pudo mirar aquellos hechos desde el horizonte de otra edad, que pudo ponderar su propia historia desde los ríos del futuro. Hablaba a su favor el haber sido un personaje casi invisible, porque en ese momento yo todavía no adivinaba el papel tan complejo que Clara jugó en esta historia: hacía apenas dos meses que la fiebre Diodati me poseía.

Sentado a una mesa de la estación, esperando ese tren que viajaba al invierno, volví a repasar los datos que había obtenido hasta entonces, y comprendí que inventar un narrador me obligaría a falsear los hechos. No sabía si lo que necesitaba escribir era una novela, pero comprendí que me estaba vedado recurrir a las licencias de la ficción. Sólo podía contar las cosas como fueron: no los hechos sino apenas mi lenta aproximación a los hechos. Contar que una tormenta de Buenos Aires me condujo a una historia que muchos han contado, y que también a mí, como a tantos otros, la magia de sus personajes y acontecimientos me dominó.

Cuando media hora después me levanté para tomar el tren, ya había escrito varias páginas del relato contado por mí mismo, y empezaba a sentir que ese era el único tono posible para dar cuenta, no de la verdad de la historia, sino de los azares y las incertidumbres de mi propia búsqueda.

En el país de Juan el Loco

El tren avanzaba por un mundo de pizarra y crepúsculo. Era grato aunque vagamente inquietante viajar por Inglaterra en las lindes de la noche, sin haber explorado previamente en el mapa, sin la menor idea de qué clase de pueblo podía estar esperándome. Había visto, claro, la abadía de Newstead en las estampas de las enciclopedias, la abadía de Newstead en los grabados medievales, la abadía de Newstead al fondo de los relatos de Robin Hood, la abadía de Newstead en las iconografías de Byron, la abadía de Newstead en las fotografías de los viajeros de internet, pero como suele pasar con los sitios famosos, no me había formado idea alguna de la región o del vecindario de esas estampas góticas.

Cuarenta minutos después el tren se detuvo, pero no en una estación sino en una parada lóbrega en mitad de la nada, junto a un farol y un letrero. Descendí sin pensarlo, el tren partió de nuevo, y de repente me vi solo en el campo, en un mundo ya oscuro y bajo un cielo que acababa de apagarse. La carrilera estaba unos metros arriba del pueblo, sólo había hierbas altas, una larga malla de metal y una casona muerta que había sido un hotel pero que ahora callaba a orillas de la vía, las ventanas cerradas, más inexpresiva que una piedra. Luces en la distancia parecían señalar que allí estaba el pueblo.

Caminé hacia ellas, pasé cerca del hotel clausurado, me interné por una calle imprecisa. Lo más extraño era el silencio del lugar, como si la oscuridad amortiguara los sonidos. Ya cerca del invierno, muchos árboles estaban despojados de su vegetación, sobre otros la brisa trabajaba arrancando hojas negras y llevándolas hacia ninguna parte. Pronto comenzaron las casas, pero las casas parecían tan inexpresivas como el hotel de la entrada. Jardines devastados por el frío, zaguanes ciegos, una vaga niebla alrededor de los faroles le daba a todo un aire de otra época, no de la época de Byron, a la que

asociamos venturosamente con los colores apasionados de las estampas románticas, sino tal vez de la segunda mitad del siglo XIX, cuando ya el humo de la industria había entristecido los arrabales.

Avancé por la calle central, entre casas en las que tal vez había gente, por los vagos ruidos que se escuchaban, pero no vi un solo ser humano, ni un gato, ni un perro callejero; sólo los perfiles un poco espectrales de los ramajes meciéndose en la oscuridad, y el repentino rumor de los árboles altos rasgados por el viento.

“Nunca he visto nada más triste”, me dije. Yo conocía en invierno las sórdidas *banlieues* parisinas; los parques de Bruselas despoblados por las ráfagas del norte, que congelan en minutos los charcos y endurecen las fuentes; los pueblos encogidos de Francia donde las casas de piedra se arraciman como rebaños alrededor de los campanarios, pero en todas partes en invierno la gente opone luces y leyendas a la adversidad, los parques se llenan de tirovivos y de mercados, vuelven a inventar cada figura de la fábula cristiana, renos milagrosos, pastores, ángeles, estrellas de papel de colores que mienten la esperanza, conejos de Pascua, ratoncillos de invierno con bufandas y gorros; un mundo ameno de cuentos de hadas se opone como una hoguera a los avances del hielo, pero en aquel lugar de Inglaterra el invierno era mudo y sin alma. Y nada parecía más fuera de lugar y más disparatado que un caminante de tierras lejanas buscando a la hora menos propicia una abadía improbable. Nada llevaba de aquella sordidez a los rosetones de la Edad Media; yo iba doblando esquinas maltratadas por el viento, en todas partes con la misma impresión de abandono.

Es curioso: yo tuve siempre la sensación de haber nacido en un pueblo muy triste. Recordaba a Padua, en lo alto del Tolima, en la ruta para Manizales, invadido al anochecer por una niebla que sólo perforan los faros de los camiones que van hacia el páramo. Y de repente, en la tiniebla lóbrega de Newstead, *entre la ramazón supersticiosa*, en un escenario para crímenes de Arthur Conan Doyle o del padre Brown, pensé en Padua en los días de la violencia de los años cincuenta: con su cura salvaje, sus bandadas de palomas, su campanario que efundía a las seis de la tarde el *Ave María* de Schubert, con ese jinete borracho que entra en las cantinas gritando rancheras y pidiendo un aguardiente para él y otro para el caballo, con sus perros callejeros y sus muchachos traviesos que corren por los callejones, con bares borrascosos envueltos en canciones de Óscar Agudelo y de Los Trovadores de Cuyo, y

sentí que aquel pueblo brumoso de Colombia era el árbol de la vida comparado con estos callejones siniestros.

“Con razón Byron huyó a Italia –me dije–; esta quietud de ciénaga puede apagar el corazón y matar la esperanza”. No quería abandonar la búsqueda de la abadía, y persistí por calles cada vez más borrosas de bruma. Me pareció que la gente, si la había, estaba encerrada desde hacía siglos. A lo mejor allá dentro habría tibieza y luz, bebidas calientes, panes al horno, abrazos, compañía, pero nada de eso se dejaba filtrar hacia afuera.

De pronto, casi con miedo, vi salir de una casa una figura. No sé decir ahora si era un hombre, una mujer o un niño: era una forma gris que avanzó por la calle sin mirarme y me hizo sentir como un fantasma. En ese momento comprendí que había llegado al límite de mi búsqueda. La abadía de Newstead, si existía, si no me había equivocado de planeta, si el tren fantasma no me había llevado en otra dirección hacia un mundo muerto, estaría en los campos, lejos de aquellos bloques de inexpresiva tiniebla. En la verja de un jardín, de repente un letrero: “Byron Street”, parecía conducir fuera del pueblo, pero no me fue posible ver a esa hora, ya con el viento en contra, bajo el frío creciente, qué habría más allá, en los llanos vecinos.

Faltaba todavía una hora para que pasara el tren de regreso, pero ya no podía permanecer en aquel pueblo, donde el color de la vida estaba guardado en recintos herméticos y no se contagiaba al mundo circundante, donde todo extraño tenía que sentirse rechazado incluso por las cosas, indeseable y vagamente monstruoso. “Cualquier cosa menos permanecer un minuto más en este sitio”, me dije. Y empecé a deshacer mi camino casi entendiendo la prisa con la que Byron deshizo el suyo, y huyó de su origen, y antes de huir a la colmena de Italia se fue a buscar siquiera el cosmos rumoroso de Londres, donde según el doctor Johnson están todas las cosas.

Mientras caminaba a punto de encontrarme con mi propio fantasma, recordé la plaza de Londres donde está uno de los monumentos más sencillos que conozco, la estatua de Hodge, el gato de Johnson, en tamaño natural, enroscando la cola sobre un libro de bronce en el pedestal exornado por aquella frase de su amo: “Amigo mío, si alguien está cansado de Londres está cansado de la vida, porque Londres tiene todo lo que la vida puede ofrecer”. Y sentí piedad por la invisible comunidad de aquel pueblo fantasma que no parece tener nada de lo que la vida puede ofrecer, y les deseé en mi fuga veranos felices, días en que se quiere salir de la casa en la noche, y caminar

por los campos en parejas o en grupos, cantando bajo los árboles, saludando, enorme sobre el horizonte, la luna llena de viejas historias.

Pero las sombras insistían contra mí, y un miedo sobrenatural me fue dominando. Eran hostiles los ruidos del viento en las ramas, y bajo los árboles la noche estaba sola en poder de algo lúgubre. Caminé más de prisa y vi en la distancia la luz del farol de la carrilera. Empezaba una llovizna de escarcha. Estaba en un lugar al que era absurdo y grotesco llegar, un sitio que acaso fuera humano en el día, en el sol, pero al que la temprana tiniebla volvía desconocido, ajeno el jardín y tierra de nadie la calle, y el campo más allá la morada de un miedo sin cuerpo, y sentí un amor cómplice y entrañable por mi país de mala fama, donde siempre hay gente en todas partes, y todo lo que ocurre es demasiado humano, y hay niños corriendo por los campos y gentes caminando por las carreteras, y gabilanes que bajan a calentarse en el asfalto, y serpientes que se deslizan junto a los arrozales, y peligros medievales o prehistóricos también por todas partes, pero jamás esa tristeza desoladora.

Llegué por fin a la parada del tren, a la luz de un farol que temblaba bajo el cielo más negro, y le rogué a un dios que estaba muy lejos, detrás de ese cielo negro, que me permitiera salir de allí. Entonces creció por los campos el fragor de las ruedas sobre el camino de acero, y sentí el alivio de saber que el dios me había escuchado. Pero increíblemente el tren pasó de largo. Cruzó como un viento de hierro y se perdió por la ruta codiciable de Nottingham, y quedé otra vez solo en aquella estación rudimentaria, cerca del hotel tapiado.

Bajé corriendo a consultar el cartel con el horario de los trenes, preguntándome si tendría que pasar la noche en un pueblo sin rostro, sin canciones, sin gatos, bajo la negra lluvia victoriana, pero sentí también que ese viaje extraño me había sido dado para que yo sintiera cómo brotaba hace dos siglos el puro sentimiento de lo siniestro.

“Tal vez pueda visitar la abadía alguna vez, cuando llegue el verano”, me dije. Sentí como un fuego alegre en la mente, y el cartel piadoso me explicó que el tren que no se detuvo iba rumbo a otra tiniebla y que el tren verdadero llegaría más tarde. Esperé resignado junto a las paralelas, escuchando las migraciones del viento, y pensando en las noches sucesivas de Villa Diodati. “Cómo sería de horrible que esto llegara en lugar del verano”, pensé. Y no sé cuánto tiempo después oí venir el tren por los campos, y vi su sombra brillante emerger de la sombra. Y el tren llegó. Y el tren se detuvo. Y entrar en el vagón estridente fue entrar con alivio en la vida, entrar casi sin rostro en la

muchedumbre de Londres.

El salón de las piedras

Volví a Londres avergonzado de no haber sabido encontrar la abadía, pero contento de haber explorado una fracción de viejas tinieblas inglesas.

Por una llovizna de oscuridad quería seguir rastreando el pasado pero los relojes urbanos imponen su ritmo, los buses de dos pisos pasan como un viento rojo, las multitudes de Piccadilly Circus se persiguen sin tregua, las plazas cubiertas parecen bazares de sueños, puentes modernos unen las alejadas orillas del río y laberintos del arte ocupan las viejas factorías de ladrillo con buitrones enormes como surtidores de niebla.

No pude merodear en las noches leyendo al azar las placas azules que todo lo cuentan: dónde estaba la casa que Dickens miraba desde niño, yendo de la cárcel de su padre a la fábrica de betún, y que después sus novelas le permitieron comprar; dónde anotó De Quincey sus pesadillas de opio; por qué calles armaban sus tropes nocturnos los actores de El Globo; dónde estaba el taller de relámpagos de Turner; dónde soñaba Spencer con sus hadas.

Una noche, yendo al Southbank, nos encontramos de pronto frente a la National Gallery, y le pedí a Viviana, la hermosa muchacha que me acompañaba, que viéramos en poco tiempo qué nos deparaban las salas. Era la gruta del tesoro, y nada me conmovió tanto como encontrar enseguida El Temerario llevado al desguace, sobre el que había escrito un poema muchos años atrás pero que en verdad no había visto nunca: ese lienzo de postrimerías en el que un enorme navío es arrastrado por los remolcadores a su viaje final. Yo tenía el recuerdo de un adiós melancólico, la imagen del barco como un anciano enorme, pero ahora sólo quería ver detrás del barco esos colores que Turner arrebató a los cielos manchados por un volcán indonesio.

Otro Turner había en la sala, el barco de Ulises escapando a la furia de Polifemo entre peñascos de luz, y advertí algo que no me habían dado las

reproducciones fotográficas: que el pintor trazó en las velas del barco escenas de la guerra de la que el barco vuelve. Hasta el perfil del caballo de madera entre las torres alcanzaba a verse en el lienzo abigarrado. Algo así era caminar por Londres: encontrar historias en cuyos rincones están escritas otras historias, seguir el camino de una leyenda por el que cruzan muchísimas leyendas distintas y que se contagia de ellas, oír de qué manera en cada cuento resuenan relatos incontables.

Ya sabía algunas cosas de Byron; ignoraba mucho aún de Shelley, de Polidori, de Mary, y de las ruedas que movieron aquellos comienzos del siglo XIX, cuando los muchachos se aferraban a las hiedras de la tradición mientras un viento los mecía en el vértigo. Yo sabía que si seguía caminando al azar por las calles de Londres las historias vendrían como enjambre a mi encuentro: en esa ciudad uno no traza el rumbo, y en mi caso suelen ser las calles las que deciden hacia dónde iremos, qué revelaciones nos saldrán al encuentro. Sólo que las ciudades no son sólo lugares sino momentos, y por ahora Londres no sería infinito, para mí tenía apenas la extensión de unos cuantos días de otoño.

La semana siguiente debía viajar a Francia. Doce escritores colombianos habíamos sido invitados a recorrer el país, conversar con los lectores, hablar con los muchachos de los liceos. Era una oportunidad de no volver simplemente a París, que siempre retiene a los viajeros, sino de visitar Marsella y Lyon, Rennes y Dijon, Grenoble, Bordeaux, Montpellier o Biarritz, Toulouse o Nantes. En cada tren, un escritor viajando hacia una ciudad distinta de la que buscaban los demás pasajeros. Nadie sabía qué monstruos andaban persiguiendo sus compañeros, pero yo no imaginé cuánto me serviría para mi libro ver con Evelio Rosero las nubes de estorninos oscureciendo el cielo sobre el cementerio marino de Sete, visitar con Annie Morvan y con Santiago Gamboa los altos vitrales góticos de la iglesia de los jacobinos de Toulouse, donde Tomás de Aquino reposa y sueña bajo las jerarquías angélicas, ver las murallas de La Rochelle, o visitar con Antonio Caballero las monstruosas fortalezas que los nazis construyeron en Saint-Nazaire para la protección de sus submarinos, espacios abrumadores como pesadillas de Anselm Kiefer, tan difíciles de destruir que los gobiernos han optado por transformarlas en auditorios, bibliotecas y talleres de arte.

Todo aquello aguardaba al otro lado de la Mancha. Entre tanto, para despedirme de Londres, decidí visitar por fin, porque nunca había podido hacerlo, la abadía de Westminster. Esperaba encontrar un templo cristiano,

pero encontré una necrópolis. Si no había podido ir por las calles buscando las huellas de Wordsworth y de Coleridge, de Blake y de Southey, por un momento me sentí en su presencia, rodeado de sombras y fantasmas en un salón de piedras piadosas arañadas de letras latinas. Casi se oye la música detenida en la piedra cuando uno mira la losa de Alfred Tennyson, y *un atareado rumor de multitudes que se alejan*, en el mármol contiguo, donde reposa Robert Browning.

Pero no caben allí las reliquias de todos los poetas de Inglaterra, y de algunos sólo han sido admitidos sus nombres artísticamente tallados. Ninguno de los contertulios de Villa Diodati logró llegar a esa necrópolis, aunque quizás sólo el diablo de Byron fue expresamente rechazado desde el comienzo: “Porque llevó una vida disoluta y dejó una poesía licenciosa –reza su condena– es indigno de ocupar un lugar en la abadía, entre los grandes escritores ingleses”.

Con todo, la historia se abre camino. Finalmente, la Sociedad Londinense de Poesía fue autorizada para colocar una placa que recuerda “su desvelo constante por la justicia social y la libertad”. Ni Shelley, el ángel sin cielo, ni el náufrago Lewis, ni el suicida Polidori, ni Mary y Clara, las muchachas de la calle Skinner, pudieron llegar a reposar bajo las bóvedas de la abadía, en el rincón de los poetas, en el centro de Londres.

Otro templo los protege, lejos de allí, y no lo presiden los ángeles. Al salir a la calle, junto a la torre del reloj y ante el temblor de las barcas en las aguas negras del Támesis, sentí que en el antiguo tablero de noches y de días se impusieron los ángeles rebeldes. Días después, en el sur de Francia, la increíble bandada de estorninos que oscurecía el cielo de Sete trajo a mi mente otro recuerdo literario: la nube de murciélagos de las grutas de Karlsbad, como el cuerpo gigantesco de un genio replegándose de nuevo a la lámpara, en un poema soberbio del más reciente huésped de la abadía, el poeta laureado Ted Hughes. Era una imagen más adecuada para la sombra grande que cayó sobre el mundo y que cubrió de gárgolas medievales el confín de los rascacielos. Mucho de lo que hoy vivimos, mucho más de lo que creemos, viene de aquellos cielos de Ginebra, el año del verano que nunca llegó.

Volví a los libros y a los trenes, a las cartas de Byron y a los versos de Shelley, y no dejé de pensar en ellos mientras viajaba por el Eurotúnel hacia el continente, lejos del cielo sin luna de finales de otoño, y repitiendo en voz

baja versos de allí arriba, de la playa de Dover:

*Y estamos aquí como en una sombría llanura,
rodeados por confusas alarmas de guerra y de fuga,
donde ignorantes ejércitos chocan de noche.*

Shelley

Si Byron vivía el mundo como un escenario donde él era el protagonista de un drama a veces íntimo y a veces histórico, Shelley sentía el mundo más bien como un templo, donde él mismo era un oficiante menor, siempre dispuesto a desaparecer sin sentir que eso fuera una pérdida importante para el conjunto.

A Byron no le importaba sacrificar un ganso o una gallina para ejercitar su puntería, Shelley lamentaba matar un mosquito por accidente o por brusca reacción a su picadura. Veía el acto común de alimentarse como un ritual que supone una cuota de sacrificio de los seres vivos para nuestro bienestar, y lo aceptaba como una fatalidad de la naturaleza, pero rechazaba la cacería, aun con fines alimenticios, y odiaba los pretendidos deportes o espectáculos que se complacen en aniquilar seres vivientes bajo supuestas justificaciones culturales o estéticas. En realidad se alimentaba con vegetales, y poco le faltó para terminar diciendo que debería bastarnos con el agua y el aire, como a los árboles.

Byron amaba a Shelley porque era parte importante de su representación y porque su amistad le daba una alta idea de sí mismo. Shelley no andaba buscando ni su riqueza ni su aprobación, como solía pasar con los seres que se acercaban a Byron; Shelley podía vivir sin él, y Byron apreciaba sus juicios y sus opiniones, emitidas con la serenidad y la firmeza que nacen de una gran convicción y no de un arrebato emocional. Shelley jamás mentía, ni por guardar las apariencias, ni por temor a incomodar, y sus palabras tenían tan alto valor porque las emitía de un modo firme y austero, sin considerar intereses personales.

Shelley, a su vez, amaba a Byron porque lo sabía distinto, contradictorio, a veces frívolo, a veces cruel, dolorosamente atrapado en su propia trampa de poses y desplantes, pero sobre todo porque lo consideraba parte significativa

del complejo mundo que era su destino atestiguar y venerar. Si rechazaba conocer a más gente no era porque los otros no le interesaran sino porque excedían su capacidad de observación, de atención y de pensamiento.

Nada podía resultarle más amenazante que la decisión súbita de Mary de hacer una fiesta para alternar con las personalidades de la región donde estuvieran viviendo. De haber tenido pulsiones suicidas activas, una fiesta le habría bastado para la exasperación, y el suicidio sería un recurso fuerte para no asistir. Pero su espíritu suicida era fundamentalmente pasivo: no buscaba la muerte, se dejaba llevar hacia ella con docilidad, y por la misma razón, como había siempre personas interesadas en él, que lo cuidaban y lo amaban, terminaba salvándose. Se necesitaron de verdad una gran tempestad, un gran desamparo, y todo el mar y todo el cielo, para que la inermidad de Shelley lo dejara reposar finalmente en el lecho del agua, sin nadie que acudiera a salvarlo.

Trelawny, quien los conoció unos años después, advirtió enseguida que, si por Shelley fuera, se quedaría a dormir en el fondo del agua. Él mismo lo convenció una vez de lanzarse a un estanque, asegurándole que nadar era fácil, pero Shelley, en vez de intentar subir de nuevo a la superficie, se quedó en el fondo, tendido como si fuera su lecho definitivo. El aventurero tuvo que arrojarlo al agua y sacarlo en momentos en que el poeta ya estaba perdiendo el conocimiento.

Quién creería que ese ser que parecía tan indiferente al mundo era el que en su lenguaje más apasionadamente se aferraba a él. Tomaba como propios los sufrimientos no sólo de los pueblos sino de las bestias y de los árboles, parecía sentirse responsable por los países y por los bosques, por los mares y por los continentes. A pocos oíría la humanidad abogar de un modo tan personal y tan conmovido por cosas aparentemente tan lejanas como las órbitas de los planetas o como la cabellera de las galaxias.

Hay quien piensa que el barro es algo inerte. Pero como la lava que se agita en las profundidades, el barro pugna por ser fuego y por ser vida, y el Adán rojo de las mitologías y el torpe gólem de los cabalistas son apenas signos de que la tierra contiene el germen de la vida y de la conciencia, del lenguaje y del espíritu. Creo que eso es lo que Shelley sentía. Yo, que nunca lo vi, que nunca lo oí hablar, a veces creo escuchar frases que vienen de sus labios: “Mira la tierra muda, parece que no sabe de canciones, pero alas y flautas y toda la música del tiempo germinan en sus cántaros”.

Por lo que me contó Trelawny en sus páginas memorables, no había conocido nunca alguien para quien estuvieran tan vivos los elementos: Shelley miraba al agua, en las copas o en los ríos, como a una diosa fascinante y temible, y es como si presintiera que iba a morir en sus brazos, que ella misma le quitaría el aire con la leche de sus pezones. Vivía lejos de las ilusiones de la civilización, como un pastor arrobado por las sombras de los árboles y por los giros del viento, que esperara ver aparecer ante él un joven con iris talaes ofreciéndole una manzana tentadora. Pasaba inmóvil horas enteras, dedicado al goce del pensamiento, de pie, hojeando sus libros, y a veces, sinceramente, daba compasión: soportaba las situaciones más absurdas por física incapacidad de extender la mano y tomar una frazada para abrigarse en la noche, por falta de ese instinto que hace que los pequeños ciervos busquen el calor de las ubres en la oscuridad de la cueva, que las gaviotas busquen en la noche los techos entibiados por las grandes chimeneas.

Era un niño perdido en una habitación demasiado grande, a quien sus juguetes no le han ayudado a tomar posesión del espacio. Esos seres no exageran en sus metáforas: confiesan su manera infantil de vivir, ven en la luna un gran espejo, en el agua de un estanque el mar de los sueños, en las luces que giran en la noche por las habitaciones un vuelo de navíos o de galaxias. No están del todo en el mundo, y por eso son tan benéficos para quienes sí estamos en él; nos ayudan a extrañarlo por momentos, nos dan unas gotas de perplejidad y maravilla, estrellas para atenuar el horror de la oscuridad, pero dan esas cosas al precio de que todo para ellos es perplejidad y vértigo, y si avanzan hacia el fin con tanta resolución es porque están aterrados con la vida, no por parecerles avara sino excesivamente pródiga, porque desde el comienzo les dio demasiado.

Y son ellos los que en lugar de pedir más, alzan la voz para rogarle al cielo que no lleve tantas estrellas, al mar que no engendre más olas ni más dioses, al cuerpo que no surta sin fin tantos deseos.

Voltaireana

Shelley había crecido lleno de soledad y de rebeldía, quizá porque los muchachos de los institutos y de los liceos, esos que después iban a arrasar a los ejércitos de Napoleón en los campos de Europa, eran demasiado toscos y rudos, demasiado faltos de imaginación y de sutileza, frente a este muchacho que en sus tiernos años parecía una niña y prefería estar con las niñas y con los libros antes que con sus semejantes. A pesar de ser el rico heredero de un baronet poderoso, acabó viviendo casi en la indigencia, porque sus ideas terminaron provocando el rechazo de casi todo el que lo conocía.

Dicen los biógrafos que en Eton, una institución tan respetable como abominable, en aquel país donde todos sabemos cómo era de brutal la cacería del zorro, los alumnos inventaron una modalidad brutal de esa cacería, que se llamó “la cacería de Shelley”.

Lo avistaban a la distancia, leyendo un libro junto a los alerces, y empezaba la persecución por caños y sotos hasta que le daban alcance, lo derribaban, lo revolcaban por tierra, le prodigaban burlas y golpes, y se deleitaban viéndolo tratar de defenderse en vano con el alma entera y con la ropa arruinada. Porque Shelley no era cobarde: es cierto que se defendía más con las uñas que con los puños, pero no sólo no se dejaba quebrantar en su alma sino que se iba llenando de cólera, de indignación, de una rebeldía que no cedió nunca sino que se tradujo en palabras, palabras poderosas que casi pusieron fin a una época.

Shelley no lo sabía, pero esa había sido antes la historia de Voltaire, quien, cuando ya empezaba a ser un escritor reconocido en la Francia del Antiguo Régimen, un día fue injuriado por un aristócrata en un sitio público. Voltaire tenía lengua acerada, y respondió con gracia a su enemigo que mientras él, como escritor, sería recordado por la posteridad, el otro no sería nadie por los

siglos de los siglos. El señor de Rohan se indignó tanto con esa respuesta que pagó a dos sicarios para que apalearan a Voltaire a la salida de un teatro, y presencié la humillación desde un coche de caballos, gritando a los bandidos con compasión fingida que sobre todo no lo golpearan en la cabeza. Molido a palos, Voltaire acudió a la prefectura de policía, pero allí le dijeron que no era conveniente enfrentarse a la nobleza: a pesar de su prestigio literario, no era más que el hijo de un notario de la burguesía urbana. Recurrió a sus amistades influyentes: en todas partes recibió la prudente recomendación de no tentar las furias de la aristocracia. Cada vez más dolido, visitó finalmente a su amiga todopoderosa, la marquesa de Pompadour, la favorita del rey, pero ella misma desestimó aquel pleito para no fastidiar sus buenas relaciones y le aconsejó olvidarse del asunto.

Ninguno de ellos sabía en realidad con quién estaban tratando, y es posible que ni siquiera Voltaire supiera todavía del todo quién era, pero aquella furia era como la lava de un volcán y su ceniza llenaría el cielo. La humillación le reveló muy bien al joven escritor en qué país vivía y qué clase de gente lo rodeaba: un país cuyo mayor talento literario podía ser maltratado y humillado sin que nadie reaccionara, donde la ley protegía la arbitrariedad, y donde una red de compadrazgos y convencionalismos autorizaba toda injusticia con tal de no incomodar a la buena sociedad.

Entonces Voltaire comprendió por fin quién era y qué poder había en él. Un aristócrata lo había ofendido, pero él ya no se vengó del aristócrata: aquello no era un enemigo abusivo sino un mundo. La lucha contra la injusticia se convirtió en la fuerza de su lenguaje, y Voltaire no sólo escribió la mejor prosa de su lengua y de su tiempo, sino que sacudió con ella los cimientos de su época. Una de las consecuencias de aquella erupción fue la Revolución francesa, y fue así como Voltaire no se vengó en un aristócrata estúpido mediante un acto privado sino que convirtió su indignación en una fuerza histórica y destruyó a la aristocracia.

El viejo

Las autoridades de Eton no sólo toleraban sino que estimulaban esas costumbres bárbaras, pero todas aquellas persecuciones de sus condiscípulos hicieron sentir al joven Shelley que lo que estaba podrido no era la juventud sino el orden mental de su tiempo, y a los diecinueve años escribió un libro con el que se proponía dinamitar (sí, ya lo sé, el verbo no existía aún, pero el acto y la intención sí que existían) la hipocresía de su clase social y de su país. Con su amigo Hogg, y con una sinceridad demasiado cercana al candor, publicó aquella invectiva que en una sola tarde puso en su contra toda la maquinaria de la tradición.

Necesidad del ateísmo, el libro que imprimió en la propia universidad, que exhibió en sus vitrinas y puso a circular por centenares entre los lectores, era una suerte de revolución personal. Que se supiera que si en Francia un pueblo se había alzado contra el rey, en Inglaterra un muchacho se alzaba contra Dios, y esperaba que derribando la cabeza del orden histórico todo lo demás se derrumbaría. La magnitud del propósito no nos puede ocultar la desproporción de la lucha: en Francia rodó la cabeza de Luis XVI pero en Inglaterra Shelley fue expulsado de la universidad, de la mansión de sus padres y del orden social que se proponía demoler. Rechazado por sus maestros, temido por sus amigos y repudiado por su padre, el muchacho firme en sus convicciones sólo encontró consuelo, para decirlo con palabras de Proust, a la sombra de las muchachas en flor.

Su hermana Elizabeth y su prima Harriet fueron sus primeros refugios, después lo fue la bella y alocada Harriet Westbrook, con la que se casó por compasión –contrariando sus propias convicciones–, y con quien vivió algunos relámpagos de felicidad. Tarde o temprano amigos, parientes y amores iban descubriendo que los altos ideales de Shelley, su franqueza sin límites, su

entrega apasionada a las causas más altruistas, eran insostenibles. Shelley se veía obligado a encontrar nuevos cómplices para esa decisión inquebrantable de ser libre, de vivir sin prejuicios, de sólo obedecer a la naturaleza, y de entregarse a la causa de la lucidez y de la belleza. Todos sus aliados cayeron en la tentación de parecerse un poco al mundo, y sólo Shelley siguió firme en la proa, persiguiendo su estrella.

¿Por qué sólo las muchachas lo comprendían? Su hermana, sus primas, sus amigas, todas veían en él un ángel arrojado del cielo, y a sus ojos el fracaso no le restaba méritos porque desde Satanás nadie había escogido un enemigo más poderoso. Formaban un cerco en torno al poeta y él las llenaba de proclamas y de historias fantásticas: el mundo abandonaría sus tronos y sus convencionalismos, los hermanos podrían amar a las hermanas, el amor sería libre, sobre el mundo no quedarían más potestades que la libertad y la belleza. Ellas a todo le decían que sí porque era bello y frágil, en sus inmensos ojos oscuros ardían la verdad y la sinceridad, con sus cabellos largos al viento parecía a la vez un dios y una diosa, y aunque parecía siempre a punto de hacer caer el cielo en pedazos, daba más una impresión de fragilidad que de poderío, y les despertaba infinitas ganas de cuidarlo y de protegerlo, no lo fuera a matar de repente la caída de alguna estrella.

Era imposible que un lector apasionado y radical como él no se encontrara en algún momento con las obras de William Godwin, gran negador de todo poder, de toda tradición y de toda institución. Shelley bebió en los libros sulfúricos del viejo el único licor que embriagaría su mente, el alimento espiritual para su corazón airado.

Era verdad: había un alma tan indignada como la suya pero mucho más sabia y llena de argumentos. Shelley veneró esos libros e idealizó a aquel hombre hasta el punto de no imaginar siquiera que estuviera vivo todavía. Ya se iba a consagrar al culto de su memoria cuando se enteró de que el viejo rebelde vivía en uno de los infinitos barrios de Londres, y por supuesto no en los distritos de la aristocracia, donde no cabe el espíritu, sino en las barriadas austeras y decentes de la clase media, donde a veces viven los dioses mismos en cuartos de alquiler y sin calefacción.

Cuando Shelley supo que el viejo anarquista no estaba ardiendo en el infierno sino casado y con hijos en Skinner Street, se propuso buscarlo para declararle su fe, su admiración sin límites, su idolatría. El poeta ya se había casado con la bella Harriet, que lo siguió como un lucero a la Luna, o más

bien como la Luna a la Tierra, brillando con luz prestada pero con magia indudable, y dándole prestigio de seductor y de caudillo. Con ella fue un día a Skinner Street a conocer a Godwin, y es comprensible que en aquella ocasión sólo tuviera ojos para el viejo anarquista, sólo oídos para sus teorías y sus quejas del mundo, sólo interés por sus proyectos, y ni siquiera registrara en su alma a las tres jovencitas educadas y discretas que alrededor de Godwin y de su mujer volaban laboriosas como abejas.

El viejo aceptó ser sostenido por su joven discípulo. Shelley contrajo deudas cuantiosas a cuenta de su futura herencia para mantener viva aquella llama sulfúrica, y poco a poco se hizo amigo de las muchachas de la casa Godwin, Fanny y Jane, que vivían en el hogar del viejo pero no eran hijas suyas sino de sus esposas. Sólo de dos de ellas, por ahora, porque la tercera, apenas vista, se había ido a estudiar lejos de allí.

El viejo, el negador del matrimonio, había terminado casándose dos veces: primero con la más brillante intelectual de su tiempo, y después con la traductora al inglés de los hermanos Grimm. Fue así como el aporte del poeta para la rebelión terminó financiando una editorial de cuentos infantiles; de donde se esperaba que brotaran las turbas jacobinas y los grandes herejes brotaron elfos y silfos, hadas y sutiles endriagos, y lo que acabó consumiendo los recursos y los créditos de Shelley no fue la insurrección sino la fábula.

Skinner Street

Porque ni Byron ni Shelley ni Polidori encarnaron en su vida tantas y tan perplejas paradojas como el viejo señor Godwin, cuya casa es una de las moradas de esta historia. Godwin era el hombre que acababa recibiendo todo lo que siempre había rechazado, encarnando lo que había condenado y condenando todo aquello en lo que siempre había creído.

Tal vez un anarquista no debería meterse a escritor, porque todo texto está sometido a unas leyes, todo discurso aunque no lo quiera corteja un orden, y toda prédica corre el riesgo de encontrar adeptos. El vigoroso anarquista cuyo pensamiento era un incendio terminó descubriendo que toda casa necesita sala y tiene vecindario.

Primero encontró en las tertulias intelectuales de Londres a esa mujer rebelde y combativa, Mary Wollstonecraft, quien venía con una hija en los brazos de las tormentas de la revolución, y se casó con ella sintiendo que ese matrimonio sería una alianza contra el poder: ella jamás aceptaría ser dominada por nadie. Y cuando ella murió, al dar a luz a su segunda hija, Godwin volvió los ojos hacia su vecina, Mary Jean Vial Clairmont, que había venido de Alemania o de Suiza con dos pequeños y llena de historias mágicas, y se hizo padre de Charles y de la inquieta Jean, que fue Jean durante diecisiete años, pero que a partir de su encuentro con Byron se convirtió en Claire Clairmont, nuestra Clara Clairmont.

Está bien que esta muchacha haya cambiado su nombre a partir del momento en que ocurrió el hecho capital de su vida. Hay muchos pueblos que piensan que el nombre que los padres nos vierten en la cuna es sólo el nombre provisional que llevamos mientras encontramos nuestro nombre verdadero. Hay pueblos más radicales que piensan que todo nombre es provisional, porque alcanzar su nombre verdadero podría ser terrible para cualquiera. Pero

es bueno no extraviarse demasiado en la resonancia de los nombres, porque podemos terminar sintiendo que en el nombre de aquel apasionado ateo, William Godwin, ya resonaba de un modo inquietante no sé qué impredecible triunfo de Dios.

Así juegan los días con nosotros: el insurrecto que abominaba de la tradición era ya el centro de un cálido hogar inglés con chimenea encendida y cuentos al anochecer; un hogar donde la esposa escribía relatos infantiles y tres niñas soñaban con príncipes azules mientras se inclinaban sobre los grandes libros, esos libros de entonces llenos de ilustraciones y con cantos dorados, o veían pasar por la casa a todos esos extravagantes señores, cada uno inconfundible, que eran los filósofos y los poetas.

Hoy hay que ir a caminar sobre las losas de la catedral de Westminster para volver a encontrar juntas las sombras de esos señores que frecuentaban la casa de Godwin: a Wordsworth, que aprendió a hablar con los lagos y con los árboles; a Coleridge, que visitaba en sueños otros mundos; y a Blake, a quien los otros mundos venían a visitarlo despierto en su pequeña casa de Felpham, y que sabía de ángeles mendigos, de insectos con almas monstruosas y de árboles que están llenos de ojos y cantan alabanzas.

No me atrevo a afirmar que la casa cálida de Skinner Street fuera una típica casa inglesa de aquella época, pero bien podría serlo. Esa Inglaterra llena de memorias y visiones, de músicas y pesadillas, fue la que derrotó a Napoleón, porque acunaba grandes sueños y a la vez luchaba contra ellos, engendraba todas las insurrecciones y después corría a ahogarlas en sangre, hacía nacer a los grandes rebeldes y después los expulsaba, espantada por sus excesos. Godwin se parecía más a Inglaterra que aquel señor casi olvidado que ceñía la corona; este anarquista de la clase media remansado en editor de fábulas encarnaba mejor a la conservadora Inglaterra que Nelson en su fragata y que los lores pervertidos en su Cámara.

Y Godwin crio a las hijas de sus mujeres, y cualquiera de los cuentos que terminó publicando su editorial podía comenzar con su propia historia, a la manera clásica: este era un rey que tenía tres hijas... Pero enseguida tendría que alterar ese tono y contar que era un rey que odiaba las coronas, un marido que desconfiaba de la institución matrimonial, un padre que predicaba contra la tradición, un educador que no creía en el pasado, y que de esas tres hijas, ni Gonerila ni Cordelia, sólo la del medio era hija suya.

Pero empezaba la época en que los cuentos de hadas se desmoronan, y es

casi divertido contar que a ese castillo el príncipe azul no llegó a buscar a las hijas sino al padre.

Tres jovencitas

Las tres habían crecido juntas pero procedían de mundos distintos. Fanny, la hija mayor de Mary Wollstonecraft, había sido engendrada en Francia en las tormentas de la revolución por un dudoso capitán norteamericano, Gilbert Imlay, que hoy era agente comercial, mañana era geógrafo, pasado mañana era traficante de pieles y la semana próxima escritor de novelas sobre las tierras vírgenes. Fanny no perdió nunca la sensación de venir de muy lejos y de no tener sin embargo a dónde volver. Su padre apenas alcanzó a engendrarla antes de desaparecer del relato, y en esta historia tiene la condición de sombra. Pero su madre admirable apenas vivió después de darla a luz, y la dejó en manos de Godwin cuando tenía tres años.

La muchacha alta y gris nunca encontró un espejo en el cual reconocerse, ni un amante ni un hijo ni una firme amistad. Nadie le habló de su padre extraviado en las metamorfosis, no pudo retener a su madre, más tarde sus hermanas huyeron de la casa encantada con el único hombre que la había ilusionado, y a ella no le quedó más remedio que deshacerse en el bosque, como un espejismo.

Mary, a su vez, no conoció a su madre un solo día, porque el destino caprichoso decidió dejar al gran rebelde la tarea de cuidar a aquellas criaturas apenas nacidas. La legendaria feminista dejaba sus pequeñas en manos del gran anarquista, y fue ese deber repentino, una responsabilidad para la que no estaba preparado, lo que forzó a Godwin a volver sus ojos hacia la vecina culta y extranjera, aunque ello significara añadir dos chicos al listado de sus deberes.

Mejor cuatro hijos con una madre que dos niñas sin madre alguna, debió decirse, porque los viudos necesitan pensar que una madre puede reemplazar a otra. Para las chicas la nueva madre no fue una solución satisfactoria, aunque

en aquellos tiempos insalubres, tan peligrosos para los recién nacidos, hay que reconocer que haber logrado que todos esos chicos alcanzaran la adolescencia fue ya un mérito excepcional de aquella familia. Pero si del pensamiento liberal no se podían esperar entonces mínimos ingresos, con el anarquismo no había la menor posibilidad de alimentar a seis bocas. Las deudas se iban represando con amenaza de avalancha sobre aquella casa suburbana, de modo que la súbita aparición del discípulo iluminado y heredero de una gran fortuna fue para Godwin doblemente milagrosa, en términos intelectuales y prácticos.

Desterrado del bosque paterno, Shelley no había perdido su condición de futuro heredero de un baronet del Imperio británico, y aunque vivía con la bella Harriet alimentándola sólo de Propercio y Virgilio, de Dante y Shakespeare, porque la estrechez y la austeridad filosófica convenían a una pareja consagrada a la belleza y a la justicia, comprendió que esas virtudes no convenían en absoluto a un viejo maestro que había dedicado su vida a la verdad y a la demolición de un mundo injusto y que tenía que sostener a su familia.

Si para Godwin la aparición de Shelley fue la irrupción del príncipe proveedor que salvaría su hogar y su producción intelectual, para las hijas, Shelley reunía todos los atributos del príncipe azul largamente soñado. Podemos decir que desde el comienzo dos de ellas, Fanny y Clara, se enamoraron de él, y si Mary, la segunda, no lo hizo, fue sólo porque entonces viajó a Escocia y se quedó allí estudiando por algún tiempo.

La pequeña Clara miraba a Shelley y a Harriet con desconsuelo. Era lamentable que el príncipe ya hubiera encontrado su Cenicienta, porque el cuento de hadas se desmoronaba antes de comenzar. Y un cuento de hadas malogrado había sido siempre la existencia de aquellas jóvenes que habían perdido, una a su padre, otra a su madre y otra a ambos.

En los primeros años de orfandad había en la casa algo lúgubre, un silencio opresivo, que el propio Coleridge sintió en una visita, pero después el duelo se hizo más llevadero, y ya en la pubertad las chicas crecían en la pasión de la inteligencia, en la vivacidad del arte, a la sombra del pincel y la música, siempre en la vecindad espiritual de unas ideas explosivas, y sobre el fondo sombrío de una infancia cruzada por fantasmas.

Pero la serpiente espera el momento oportuno para ofrecer sus manzanas, y justo cuando Harriet, que ya tenía un hijo del poeta, quedó de nuevo embarazada, Shelley comprendió atónito que no tenía una diosa sino una

esposa. Después de haberlo acompañado en incontables aventuras poéticas y libertarias, Harriet Westbrook acababa de descubrir que su pasión verdadera eran los sombreros y los trajes elegantes, como corresponde a la esposa de un futuro baronet, y eso la había destituido como musa. Ese vacío emocional, la decepción de descubrir que Harriet sólo estudiaba latín y leía a Propercio para complacer a su marido, pero que sus sueños eran apenas los de una muchacha joven casada con un noble y madre de dos pequeñuelos, coincidió con el hallazgo en el hogar venerable de su maestro de dos muchachas encantadoras que de verdad leían por pasión, escribían por vocación, escuchaban sus poemas y los ajenos con el alma en vilo, y soñaban con un mundo nuevo de mujeres libres y hombres aventureros.

El cuento de hadas empezó a aparecer otra vez como algo posible: el poeta noble y aparentemente rico llegaba a la cabaña del viejo sabio y embrujaba a sus hijas con poemas y leyendas; para ellas era un emisario casi divino del mundo nuevo, para él la cabaña era un refugio en un bosque lleno de sordidez y de fieras.

El príncipe estaba cada vez más cerca de escoger entre Fanny y Clara a la consoladora de su corazón y a la musa perfecta, cuando de repente Mary volvió de Escocia y ante los ojos grandes de Shelley las otras dos hermanas desaparecieron. Ahora sólo quedaban los ojos almendrados y el rostro bello pero firme de Mary, que no tenía aún diecisiete años, y que enseguida encarnó para Percy al amor verdadero.

Ahora sí estaba decidido a poner en práctica todos los preceptos libertarios que había aprendido en los libros del padre de la joven, nada debía ser más libre que el amor, en vez de las cadenas del matrimonio la alegría de las alianzas voluntarias que también podían ser múltiples. ¿Por qué había que amarse sólo en pareja? Aún no había nacido Rimbaud, pero el amor siempre estaba a punto de ser inventado.

No nos sorprendería que esos propósitos llevaran a Godwin a pensar que el muchacho era un monstruo. El viejo de las contradicciones, de los hogares abiertos, de los hijos de otros y de las empresas incompatibles, que alumbraba con una lámpara casera sus ideales y con una estrella inaccesible sus asuntos cotidianos, no estaba preparado para que las criaturas de esos experimentos fueran sus propias hijas, y por esos días estaba también demasiado lleno de deberes y de deudas para comprender que él mismo había fabricado al engendro.

El poeta decidió embarcarse con su nueva amada hacia el continente, la joven Clara consideró apenas normal acompañar a la pareja en su aventura, y en el fondo de su alma enamorada debió de pensar que el amor del poeta alcanzaba para las dos. “¿Qué ha de hacer la pobre Cordelia? –se decía–. Amar y callar”. La travesía fue atormentada y en cierto modo feliz. Vivían en cualquier parte, comían de cualquier modo, dormían en posadas infectas donde a medianoche había que espantar a las ratas, pero un dios desnudo velaba los sueños de Percy y de Mary, y tal vez los desvelos de Clara no dejaban que las ratas eclipsaran la belleza de aquella fuga.

Volvieron a Inglaterra, a Londres, a Skinner Street, y a la cara indignada e inflexible de Godwin, sólo para comprender que tenían que irse de nuevo. Godwin no se reconoció en el espejo, condenó aquella aventura de modo inapelable, y los chicos supieron que el viejo repentinamente moralista no los recibiría en su corazón.

Clara vio que Percy y Mary estaban por el momento encerrados en una burbuja de felicidad, y eso la llevó a volver los ojos en otra dirección e intentar una aventura histórica. Hizo lo que sueñan hacer tantas adolescentes con las celebridades que admiran: comenzó a escribir mensajes cifrados de amor a un poeta famoso, se sintió con los días cada vez más audaz, y al final los firmó con su nombre. Era casi un juego infantil, pero hoy debemos convenir que aquella Ondina manejaba algún filtro que desconocían las muchachas de la aristocracia.

Ni Percy ni Mary supieron que la joven se las había arreglado para tentar al diablo, pero antes de que subieran al coche que los llevaría de nuevo a la costa, para embarcarse hacia la tempestad, Clara los convenció de que la felicidad los esperaba en Suiza. Les hizo sentir que estaba a punto de comenzar el verano, no sólo en la naturaleza sino en sus vidas. Como la vez anterior, tenía su equipaje listo, subió al coche sin preguntar si querían llevarla, y con ellos se embarcó hacia lo desconocido.

Qué habría sentido el señor Godwin de saber que esa hijastra adolescente, que se escapaba otra vez con su hija, había logrado ya lo que no lograron todas las sirenas de oro y de porcelana de la vieja Inglaterra: era la amante secreta de lord Byron, y estaba decidida a encontrarse con él en el verano radiante de los lagos de Suiza. Siempre es que los padres, por sutiles que sean, conocen poco a sus hijos. A Shelley, en cambio, le encantaban ese tipo de accidentes: estaba feliz de tener que viajar con dos muchachas luminosas a

las que había que proteger in this dark world and wide, *en este oscuro mundo inmenso*.

Mary

Mary Wollstonecraft llevaba en su sangre toda la larga rebelión de una raza. Su linaje materno venía de Irlanda, pero ella procedía de Evas vigorosas y audaces que se habían casado varias veces, que tenían participación en la vida pública, que creían en la historia. Trabajando con el publicista británico James Johnson se interesó por la agitación intelectual que precedió en Francia a la Revolución, y cuando Francia ardió en 1789, tomó la decisión de viajar con su amante, el capitán norteamericano Gilbert Imlay, a ver el incendio de cerca, de modo que en 1792, a los 33 años, estaba en París.

Quería saber si esa revolución tan anunciada cumplía el deber principal de liberar a la mujer de las ataduras y los servilismos de la tradición. La lucha por los derechos de la mujer, que para ella antes que derechos civiles eran derechos intelectuales y estéticos, no interrumpió su vida sentimental, y en 1794 dio a luz en plena revolución a una niña, Fanny, pero justo en ese momento su relación con Imlay perdió pasión y la ruptura vino poco después.

Mary Wollstonecraft no estaba dispuesta a permitir que su nueva condición de madre la privara de formar parte del mundo intelectual. De regreso a Londres, su hogar se convirtió en la sede de un grupo de pensadores y artistas radicales que incluía a Thomas Paine, a Thomas Holcroft, al poeta William Blake, al inspirado William Wordsworth y al azufrado rebelde Godwin. Discutía con ellos en todos los tonos y era el visible centro de la polémica. La ley de las afinidades obró: Godwin se enamoró de Mary, en 1796 empezaron a vivir juntos y en 1797 se casaron, poco antes de que ella diera a luz a su segunda hija.

Pero Mary tenía 38 años, y en aquellos tiempos una mujer de su edad enfrentaba serios problemas con el embarazo y el parto. Once días después del nacimiento de la niña que heredaría su pasión y su nombre, Mary

Wollstonecraft murió de fiebres puerperales, dejando tras ella una leyenda de valentía y de escándalos que Inglaterra tardaría mucho en perdonar.

Mary, la hija, pasó la infancia viendo su nombre escrito sobre una tumba. Una madre desconocida –que llevaba su mismo nombre– había muerto al darla a luz, y eso la llevó a cavilar la vida entera sobre los misterios del nacimiento, y sobre la asombrosa proximidad que hay entre la vida y la muerte. Se sentía parida por la tumba, una tumba ella misma, y su nombre y su epitafio tallados sobre una piedra gris la persiguieron en la luz y en la sombra.

También toda literatura tenía para Mary algo de piedra y de tumba. Más tarde, cuando, por un azar frecuente entonces pero inconsolable siempre, su primer hijo murió en la temprana infancia, se le agudizó ese sentimiento opresivo de que nada podía salir de ella sino muerte y desgracia. Trataba de aferrarse a la extraordinaria vitalidad del pensamiento de su padre, que había hecho de la crítica del Estado, de la lucha por la libertad y la igualdad, los ejes de su existencia; y trataba de aferrarse a la vehemencia con que su madre defendió los derechos de la mujer, contrariando una tradición milenaria. No estaba llena de certidumbres sino de contradicciones, pasaba del sol a la luna muchas veces, era un seno en continua fecundación, donde el miedo se combinaba con la rebeldía, toda postrimería con un comienzo.

El mundo en que creció era, con todo, de esplendor intelectual. Pocas niñas de su edad podían decir que habían estado en brazos de Blake y de Wordsworth, y todos podemos imaginar de qué modo pesó en su destino el hecho de que, cuando tenía nueve años, un inquietante poeta hubiera venido a su casa, y ante un grupo de personajes silenciosos y arrobados del que ella formaba parte hubiera leído para todos *La balada del viejo marinero*, el más alto poema de su tiempo.

Desde la infancia estaba concibiendo su criatura... No, desde más lejos; antes de ella, su linaje engendraba aquel monstruo, porque su padre era ya el gran rebelde, porque su madre era ya la gran rebelde, y las rebeliones que engendraron persistieron en el lenguaje. Las grandes proclamas de la anarquía y del feminismo se habían escrito en su casa antes de que ella naciera, y ella heredó toda esa audacia prometeica y esa furia volcánica, las lavas y los magmas del espíritu que engendrarían una nueva edad.

De los intelectuales ingleses, su padre era el más radical. No rechazaba, como los revolucionarios de Francia, a la aristocracia o a los poderes de la tradición: rechazaba todo poder, era el predicador de la anarquía. Esa actitud

extrema atraía a los jóvenes, como atraen las lámparas a las pequeñas mariposas nocturnas, y así empezaron a volar alrededor de su llama las alas de Shelley.

Y si, después de declarar a Godwin su admiración sin límites, y de comprometerse a aportar mensualmente una pensión para sostener sus luchas, el poeta volvió los ojos alrededor y vio a la muchacha de ojos grandes y rostro blanco y fue cautivado por esa mirada, ello se debe a que el destino existe, y a que alguien o algo estaba fraguando ya esta historia. Un año después Percy el generoso estaba huyendo de Inglaterra, y llevando consigo las flores más preciosas del jardín de su maestro: una chica de dieciocho años y otra de diecisiete.

Hoy quisiéramos explicarle a Godwin, a quien le gustaban las novelas góticas e incluso hizo el esfuerzo de escribir alguna, que su hija no huyó para dedicarse al libertinaje sino porque tenía que llegar a Suiza, al lago Lemán y a Villa Diodati, precisamente en aquel verano de sus dieciocho años, porque la estaban esperando una noche larga como tres, unas veladas fantasmagóricas y el libro que pondría su nombre en el cielo de la leyenda, para que, dos siglos después, todavía nos interese por los soles extintos de Skinner Street.

Pero, ay, el viejo Godwin no nos creería: nadie, ni siquiera un incendiario anarquista, se anima a justificar las cosas que reprueba considerando sus posibles consecuencias benéficas, y no sabríamos cómo explicar a un hombre del siglo XVIII, ni siquiera al mayor rebelde del siglo XVIII, que el nacimiento de un monstruo pueda ser algo digno de celebración.

Los dos poetas

Para Polidori fue motivo de asombro conocer por esos días a Shelley, porque aquel poeta era exactamente lo contrario de Byron. Sin ninguno de sus atributos espectaculares, sin su erotismo, sin su seducción, sin sus arrebatos histriónicos, Shelley lograba impresionar más.

Sí: Byron entraba en escena con sus trajes vistosos, sus turbantes turcos, sus capas negras, sus casacas respunteadas de oro, sus sombreros y sus alamares; entraba en el día cantando un aria de Rossini o una canción napolitana, y hablaba de política, de literatura, de asuntos editoriales, de contratos, de mujeres, cambiando de tema con una rapidez que se parecería demasiado a la frivolidad y a la ligereza si no fuera por el ingenio y la gracia que ponía en cada detalle, el conocimiento de la geografía y de la historia que mostraba aun con el tema más insignificante. Y si no fuera también por la pasión, por los arrebatos de indignación, por la mordiente ironía, por la burla brillante, por las caricaturas verbales que era capaz de hacer de los políticos y de los escritores, los comentarios amargos que revelaban en él a un escéptico y a un fatalista.

Shelley estaba lejos de todo eso: era sobrio, era casi imperceptible para quien sólo se detiene en el ruido y en los grandes gestos. Pero era la elocuencia misma y bastaba oírlo hablar para sentir que Byron no era más que hojarasca y acuarela. En Shelley había verdadero conocimiento y verdadera sabiduría, había principios, había convicciones, y si para Byron sólo existía Byron, en lo que menos pensaba Shelley era en sí mismo. Ante sus ojos parecía estar extendido el mundo entero, y cualquier tema que tocaba parecía afectar todas las cosas, modificar el sabor de los alimentos, el color de los salones, el significado del paisaje.

Es más, Polidori sentía que mientras Byron jugaba a ser malo, a ser el gran

rebelde y el gran negador del orden y de la ley, Shelley sí era capaz de destrozarse coronas y hacer temblar el cielo. No jugaba a ser malo, ni siquiera creía en el mal, creía en la fuerza de la razón, en el misterio de la belleza, en el poder de la verdad y de la convicción. Parecía haber pasado los años hablando con Platón y con Thomas Browne, con Kant y con Voltaire.

Y mientras Byron tejía variaciones patéticas sobre la medicina, a Shelley le interesaban en verdad los estudios fisiológicos de Polidori, sus investigaciones sobre la circulación de la sangre, sobre óptica y mecánica, sobre las propiedades de los músculos y sobre el funcionamiento del cuerpo humano. Todo esto ocurría en aquel año en que René Théophile Hyacinthe Laënnec, viendo en el bosque a dos niños que se transmitían sonidos de un extremo al otro de un tronco hueco, inventó en París el estetoscopio; en el año en que John Keats, alternando sus estudios de cirugía y su trabajo de farmacéuta con la traducción de los hexámetros de Virgilio, empezaba a sentir también el llamado de las costas lavinias.

El mundo de esos años hervía de preguntas, y lo que todos esos adolescentes discutían era lo que Novalis había interrogado en sus cuadernos: si es verdad que el cuerpo es prosaico y el alma es poética; si es a la organización de la materia a lo que llamamos la vida; si los labios y los párpados son los centinelas que abren una gruta sagrada; si el oxígeno, que es el alimento más continuo del ser vivo, no será también su más alta medicina; si lo más asombroso que se puede ver en el mundo no es precisamente el ojo mismo; si la razón está fuera de los límites de la legalidad mecánica; si es el espíritu el que percibe los colores y los contornos; si toda pasión es una fiebre; si toda enfermedad es fruto de un anhelo insatisfecho; si el sueño une químicamente al cuerpo y la vigilia lo polariza; si el sueño es la digestión del espíritu; si estar despiertos es ver hacia afuera y estar dormidos es ver hacia dentro; si se siente más cansancio el segundo día después del esfuerzo; si ser médico es comparar todo cuerpo con el cuerpo ideal de Platón y de los griegos; si se debe al oxígeno que la sangre sea más negra o más roja; si a lo que llamamos imágenes y sonidos es a un tipo particular de dolor o de irritación de los tejidos internos; si el aire es nuestro sistema circulatorio exterior; si el disfrute es químico y la razón es mecánica; si el cerebro no debería ser fosforescente; si la vida es una combustión y si los alimentos son el combustible que nos consume; si las plantas, que están arraigadas, son hijas de la tierra, y nosotros, que estamos desprendidos, somos hijos del aire; si no estamos en un mundo

lleno de remedios desconocidos; si la naturaleza es al mismo tiempo un animal infinito, una planta infinita y una piedra infinita; si la flora es femenina y la fauna es masculina; si el lenguaje es una secreción; si Dios es un metal infinitamente puro; si la oxidación es diabólica; si la nutrición es prosaica y los remedios son poéticos, lo cual sugeriría que entendemos como prosaico lo que sigue un curso lento y paulatino y como poético lo que presenta una forma condensada y mágica; si la medicina no debería ser preferentemente histórica y poética; si la saliva, la orina, el vómito, la evacuación seminal, los movimientos voluntarios, los roces, las presiones, los pellizcos y las mordeduras pueden ser mecanismos terapéuticos como los masajes y las sangrías; si el pensamiento, el placer y la belleza pueden ser medicinas; si el ser humano es una fuente de energía; si el arte médico no es, de todas formas, el arte de matar; si toda enfermedad es un problema musical y, en esa medida, la solución una solución musical; si la curación de una enfermedad no exige a veces la interrupción radical de una manera de vivir; si de todas las formas de provocar la muerte no se pueden aprender todas las formas de vivir y de provocar la vida; si al final no serán la misma cosa medicina y religión; si son susceptibles de uso médico el frío y el calor, el polen y el viento, escalar las montañas y montar a caballo, mirar el mar o mirar las estrellas; si así como la peor enfermedad de una persona suele ser otra persona, acaso el mejor remedio para un ser humano no será otro ser humano.

Y sólo en contacto con Shelley, Polidori comprendió para siempre que él mismo podía ser un buen escritor, un buen científico, un buen fabricante de especulaciones literarias, pero que no era un poeta. Carecía de ese poder intuitivo, de ese abandono lúcido a la magia de las palabras, de ese fuego casi sobrenatural que hace saltar de pronto la chispa creadora en medio de la situación más ordinaria y más casual. Y sobre todo carecía de ese don de sublimidad que hacía de Shelley una mezcla de duende, de mago y de santo, que le permitía tener a la vez ese palpito de milagro, ese florido desorden y ese ascetismo.

Pero ahora volvamos la vista, por un instante más, para ver al doctor Polidori.

El doctorcito

Uno se extraña menos de que haya sido médico y poeta cuando se entera de que su abuelo escribió un tratado de osteología en verso. El abuelo se llamaba Gaetano Ansino Polidori, y ese infolio de rimas sobre otro ilión y otro sacro está más escondido que el estribo en los laberintos del oído, pero nunca he perdido la esperanza de encontrarlo, porque sé que su propio hijo Gaetano Polidori lo publicó en la prensa que había instalado en su casa de Londres.

Si bien llama la atención que los poetas ingleses estuvieran tan atraídos por Italia y terminaran sus días allí, como Keats o como Shelley, o unieran de otro modo sus destinos a ese mundo meridional, como lo hicieron más tarde los Browning, hay aquí un extraño juego de idas y venidas, porque es más raro aún que estos médicos y literatos italianos se fueran a buscar a Inglaterra. Puedo entender a los ingleses buscando el sol del sur y los fantasmas de la antigüedad, las ruinas y paisajes que hoy llamamos románticos, pero qué podían buscar los italianos bajo los cielos negros del norte es algo que está más allá de mi capacidad de comprensión.

Tal vez interrogar el linaje de Polidori arroje alguna luz sobre el enigma, aunque los caminos estaban trazados sin duda desde la antigüedad, desde cuando el ejército romano cruzó en guerra las Galias y los 98 trirremes de César zarparon de Icio para ir a llenar de palabras latinas el aire brumoso de la ínsula Britania.

Lo cierto es que Gaetano Polidori había vivido una vida plena como estudiante, y después como secretario y hombre de confianza de Vittorio Alfieri, poeta, viajero, seductor y aventurero, de quien podría decirse que antes de Byron era el Byron de Italia. El joven Gaetano, de veintiún años, lo había conocido en Pisa, y lo acompañó en su tormentoso viaje a París, donde el poeta Alfieri iba a abrazar en el lecho del adulterio a su amada Luisa de

Stolberg-Gedern, condesa de Albany y esposa del pretendiente al trono de Inglaterra. Fueron cuatro años torrenciales de pasión humana y de frenesí literario, justo en vísperas de la revolución. Gaetano acompañó a Alfieri en los cenáculos de Francia, donde conocieron y frecuentaron a André Chénier, el gran poeta y la gran víctima de la tempestad revolucionaria.

De allí viajó Gaetano a Londres, donde permanecería el resto de su vida. Profesor de italiano, a los veintinueve años se casó con Ana María Pierce, y no siendo ya el secretario de un poeta célebre quiso aplicarse por sí mismo a las letras del modo más discreto, traduciendo notables obras inglesas a su lengua natal.

Y esto sólo significa que nada comienza donde parece comenzar: todo está lleno de precedentes y prólogos y vísperas. Si alguien nos hablara de un joven de origen italiano que acompañó desde los veintiún años a un poeta aristocrático y aventurero en sus viajes por Europa, pensaríamos que nos están hablando del joven Polidori, no de su padre. De tal manera ciertas historias parecen repetirse que, así como West escribió la novela *El médico de Byron* sobre Polidori, ya Joseph Heller había escrito *El secretario de Vittorio Alfieri*, una obra en un acto sobre las andanzas tempranas de Gaetano.

Y si alguien nos dice que en los últimos días de su vida, de su brevísima vida, el joven John William Polidori se aplicó a escribir un largo poema sobre la rebelión y la caída de los ángeles, conviene saber que su padre había sido el traductor al italiano de *El paraíso perdido*: que esa cascada de ángeles derrotados estaba ya en su sangre, como lo estaban también las atmósferas sombrías de *El castillo de Otranto*, de Horace Walpole, otra obra que Gaetano vertió a su lengua.

Polidori entró a los dieciséis años a estudiar Medicina en la Universidad de Edimburgo. No sabemos si en su adolescencia era ya el poeta hijo de su padre, pero a los diecinueve se convirtió sin duda en el médico nieto de su abuelo, y si bien no incurrió en la locura de escribir un tratado de medicina en verso, a imitación de Agostino, el viejo de Bientina, cerca de Pisa, hay que decir que al menos se graduó con un trabajo bien representativo de que sus inquietudes iban más allá de la fisiología: “Disputatio medica inauguralis, quaedam de morbo oneirodynia dicto, complectens”, una tesis sobre los efectos en el cuerpo y la mente del sonambulismo y de las pesadillas.

Pero no había completado un año como médico graduado cuando apareció en el horizonte de su vida el poeta Byron. Para un joven de veinte años, cuya

ambición secreta era ser escritor, tuvo que ser una experiencia tremenda, y lo fue más aún la posibilidad, que surgió casi enseguida, de convertirse en su médico personal y acompañarlo a su proyectado viaje al continente. Se sabe que Polidori aceptó de inmediato y se sabe también que el viejo Gaetano no vio con buenos ojos la aparición de aquel noble satánico que venía precedido de una leyenda negra y que se iba a llevar a su hijo a quien sabe qué aventuras en el continente. Seguramente intentó impedirlo: no sabía que el vampiro ya había clavado sus colmillos en el cuello del joven, que la sed de celebridad literaria y la embriaguez de andar en el séquito del hombre más famoso de su tiempo ya habían encendido una fiebre fatal en las venas del doctorcito.

Todos los jóvenes andaban obnubilados por el temperamento de Byron y por su fama desde cuando volvió convertido en poeta de su viaje de iniciación por Sintra y Ronda, por Nápoles, Atenas y Estambul. Polidori era testigo de que Byron era el tema de todas las conversaciones y hubo gente que dijo que se hablaba de él hasta en los cenáculos literarios.

El doctorcito no se le desprendía, y si su labor como facultativo hubiera tenido éxito, ¡qué adecuado espécimen habría sido Byron para las investigaciones de un médico inclinado por la neurología! Pero la afición literaria le dio otro carácter a esa relación. Sabía que Byron iba prácticamente al destierro después de tantos y tan turbios episodios en la abadía de Newstead y en los bosques de Sherwood, después de escándalos incesantes con sus amantes aristócratas como Caroline Lamb, capaz de llegar hasta la propia cámara del poeta disfrazada de paje, fingiendo que venía a traer una carta, y después del matrimonio ostentoso con la prima de ésta, Annabella Milbanke.

Annabella era hermosa y lo sabía todo del mundo en abstracto porque era geómetra y matemática, pero descubrió amargamente que las variables de Byron no cabían en ninguna fórmula. Londres murmuraba que el poeta se había casado con ella sólo para huir de su prima; ahora, cuando ya había dado a luz a una hija de Byron, Annabella acababa de abandonar la casa familiar, agobiada por el mal trato y casi enloquecida por los rumores que circulaban sobre su marido, sobre sus amores con hombres y mujeres, sus desplantes en el Parlamento, y el extraño afecto que lo unía a Augusta, la hermana recién encontrada.

Para un joven estudioso del sonambulismo, todo aquello era como estar soñando despierto.

El diario

Cómo fue realmente la relación entre Byron y su médico es algo que no podemos deducir por el diario que el joven doctor llevó desde su partida de Londres, pues si entre los dos ocurrían cosas, éstas no quedaron consignadas allí. Porque Polidori recibía un salario de su paciente; porque el editor de Byron, Mr. Murray, le había prometido al médico quinientas libras por su diario de viaje, o sea, que el texto estaba prometido a la imprenta; y porque, aunque Polidori y Byron vivieran la relación más turbulenta y el joven la hubiese confiado a las páginas, el celo de su propia familia no habría permitido que llegara a nosotros.

Ese celo familiar, sin embargo, permite suponer una intensa relación entre ambos. El sobrino William Michael, quien heredó la vocación de impresor del abuelo Gaetano, y finalmente publicó el diario del tío muerto temprano, ha confesado que una hermana de Polidori, Charlotte Lydia, expurgó el texto de todas las confesiones comprometedoras, lo que nos obliga a concluir que las hubo. La anciana “encontró algunos pocos pasajes que consideró ‘impropios’, y con esa severa virtud, tan característica de una soltera tía inglesa, determinó que esos pasajes no debían existir más. Puedo recordar uno sobre Byron y una camarera de Ostende, y otro, después, sobre Polidori mismo”. Esas mutilaciones que intentan corregir el pasado 48 años más tarde afirman más de lo que callan, de modo que el diario se publicó medio siglo después de la muerte del muchacho, casi purificado por los escrúpulos de la era victoriana.

A Polidori sin duda le bastaron pocos días para empezar a conocer a Byron en sus facetas menos atractivas. El amor que el poeta sentía por sí mismo hacía palidecer el amor que pudiera sentir por los demás, y hasta en la muerte de sus seres queridos la primera pregunta de Byron era cuál sería su propia suerte después de aquello, cómo sobrevivir sin desgaste a los tormentos de la

existencia.

El médico se había ido detrás de un espejismo: Byron era demasiado turbulento y cambiante como para esperar que la vida a su lado pudiera llegar a tener la intensidad y la grandeza de los amores griegos que él sin duda invocaba con elocuencia a la hora de la seducción. Don Juan se alimentaba de la energía vital de sus enamorados, parecía extraer toda la savia de esas plantas lozanas e ingenuas, y la melancolía lo hacía sombrío e incluso siniestro.

Hijo de la clase media, Polidori no podía dejar de sentir en Byron también a la aristocracia que se había bebido por siglos la sangre de los pobres. Había algo animal en aquel aristócrata, una suerte de instinto asesino y al mismo tiempo una llama inmortal. En su presencia, uno tendía a preguntarse de qué manera se fusionan los símbolos para dar lugar a los mitos, y a su lado hasta se empezaba a creer en cosas fantásticas: en criaturas que no se reflejan en los espejos; en seres extravagantes y lúgubres que duermen todo el día en sus féretros; en seres que abominan de la luz y sólo despiertan al atardecer. Un hombre tan poderoso y caótico contagiaba de un poco de caos todas las cosas.

Byron comenzó pronto a sentir impaciencia ante ese joven que no guardaba su lugar, que se creía con derecho a inmiscuirse en las conversaciones, que no afectaba la gravedad que se esperaba de un servidor profesional. Llegó a decir que su oficio era cuidar a su propio médico, pero pronto empezaría a burlarse de él, a llamarlo Polly Dolly y a convertirlo en objeto de crueles sarcasmos. Quizá la espontaneidad italiana del muchacho le parecía exceso de confianza al poeta libertino, que no dejaba de llevar en su interior a un tiránico señor de la casa Byron; quizá la proximidad que le había permitido al comienzo empezó a parecerle onerosa, como si el muchacho imprudente coartara su libertad; quizá tener cerca a un aspirante a escritor que no derrochaba talento o no tenía los papeles en regla lo ponía en conflicto con su propio papel de poeta demasiado seguro de sí mismo. Quizá, y esto sería al menos un homenaje secreto, a pesar de su juventud Polidori llegó a parecerle un rival. O quizá le estaba pasando con Polidori lo que el año anterior le pasaba con la hermosa Annabella: no podía impedirle torturar a esas criaturas que lo amaban, abusar de su fragilidad.

Polidori había aceptado leer para Byron y sus tertulios sus primeras tentativas poéticas: leyendo trozos trágicos se había convertido en personaje cómico y objeto de burlas. Con tal de acuñar una frase brillante, Byron era

capaz de sacrificar cualquier cosa, y Polidori padeció en carne propia la herencia maldita de los Byron de Newstead, del loco capaz de matar a otro por una frase hiriente, del almirante al que perseguían las tempestades, del tío excéntrico que organizaba en el lago combates de barcos a escala y carreras de grillos sobre su propio cuerpo.

No será calumnia decir que la lengua de Byron terminó siendo tan letal para su joven médico como la espada de su trasabuelo para los vecinos de los bosques de Sherwood.

Ganimedes

“El pobre Polidori”, decía Byron con ironía casi compasiva, y se burlaba de los poemas del muchacho. Polidori era un médico inexperto y un tímido escritor en ciernes, y su contacto con Byron y con Shelley parecía el momento más alto de su aproximación a la literatura, la aventura del joven Ganimedes recibido por una tarde en el banquete de los dioses.

Pero era mucho más que eso: pertenecía a un linaje esforzado pero también iluminado, aunque sus luces más altas estuvieran ocultas todavía. Gaetano, su padre, era un patriota y también había asistido a su turno a banquetes de dioses. Y si Mary Shelley había estado de niña en las rodillas de Wordsworth, y tenía una madre que había sido camarada de William Blake y había mirado de cerca esos ojos llenos de visiones; si la muchacha había navegado en su infancia por la altamar de una tertulia londinense donde el propio Coleridge leía con voz honda la *Balada del viejo marinero*; si esa muchacha hundía sus raíces, más que su amigo diabólico lord Byron y más que su marido angélico Percy Shelley, en el suelo más firme y fecundo de la lengua inglesa, John Polidori pertenecía a un linaje más esforzado.

Tenía sus ancestros en los acantilados de Italia pero había llegado a Inglaterra para alcanzar otras cumbres, todo en él estaba en germen, y su estirpe estaba prometida al futuro. Era un futuro que sus ojos grandes y jóvenes no podían penetrar, y lo que él hizo fue presentir, atreverse a entrar inesperadamente, sin permiso alguno, en la gran sala de la historia que en realidad estaba prometida a sus sobrinos.

Porque precisamente su hermana menor, Frances Mary Lavinia, nacida cinco años después que él, o sea que sólo tenía veinte cuando su hermano bebió la copa fatal, se casaría más tarde con otro exiliado italiano llamado Gabriele Rossetti, y sería la madre de los fundadores de la hermandad prerrafaelita. La

segunda mitad del siglo XIX les estaba destinada a esos muchachos, a María Francesca, a Dante Gabriel, a Christina Georgina y a William Michael, que llenaron con sus pinturas, sus poemas, sus ensayos y sus fantasías toda una época de la imaginación inglesa.

Aquí los estoy viendo, en esta fotografía en blanco y negro de la segunda mitad del siglo XIX, lejos ya del fantasma adorado que había partido cincuenta años atrás. Están en el patio de una mansión inglesa, junto a la baranda de la escalera: la madre, Frances Mary, a quien hemos visto convertida en santa Ana en los cuadros de Dante Gabriel, sentada aquí junto a la hija, Christina Rossetti, que la mira con dulzura desde la escalera, y a quien hemos conocido también, no sólo a través de los hermosos poemas que escribió, los más altos poemas que la sensibilidad femenina tejió entonces en tierra inglesa, como ese estremecido y mágico y trágico poema *El mercado de los duendes*, sino en los lienzos del hermano, que aparece en el extremo izquierdo de la fotografía, grueso, serio, pensativo: Dante Gabriel Rossetti, gran pintor y gran poeta; y en el otro extremo William Michael, el filósofo de la familia, el teórico de la hermandad prerrafaelita, que recuperó y reivindicó la memoria del joven tío sacrificado, que publicó su diario, que se esforzó por defender su memoria y recordarle a Inglaterra que aquel muchacho había sido grande, y que si había fracasado en el sueño de vivir no había fracasado en el alto deber de soñar y de herir la sensibilidad de las generaciones.

Allí están los cuatro en la plenitud de su vida, como testimonio perenne de que Polidori no había desaparecido de la historia ni del gran escenario de la cultura. Pero todo cuadro, como toda fotografía, es una mirada, y hay algo más que aumenta el aura fantástica de esta fotografía y de la historia que ella recoge: el invisible personaje que obturaba la cámara, el ser que estaba mirando a los Rossetti en esta mañana o tarde de un patio inglés. No era un fotógrafo cualquiera el que estaba ante ellos, el que nos dejó este cuadro del linaje de Polidori, sino otro de esos seres fantásticos que se alzaban contra la tradición y frente al cielo: el reverendo Charles Dogson, Lewis Carroll, de quien sabemos que también nutrió sus fantasías en esta atmósfera poética, y que concibió uno de sus personajes, el lirón de *Alicia en el país de las maravillas*, en la observación de un wómbat australiano que Dante Gabriel tenía como mascota.

El pobre Polidori no supo nunca del destino de sus parientes, pero nosotros ahora lo sabemos y lo celebramos por él. Se suicidó a los veinticinco años,

sintiendo que había fracasado como poeta, que tal vez había fracasado como artista y como ser humano, y quizá sin proponérselo demostró que no había podido escapar a la gravitación de la casa, al embrujo de aquellos días turbulentos y trágicos, pues se marchó del mundo apurando el veneno de Frankenstein.

Porque sabemos que el verdadero Frankenstein fue aquel doctor Dippel, inventor del ácido prúsico. Sí: Joham Conrad Dippel, nacido en 1673 en el castillo de Frankenstein, en Darmstadt; que estudió Teología y Filosofía en la Universidad de Giessen, que practicó la alquimia y estudió de un modo lóbrego la anatomía; que hacía experimentos con cadáveres dentro del castillo y que creía posible transferir el alma de un cadáver a otro. Engendró una leyenda sombría y perturbadora que se fue transmitiendo de boca en boca en aquellas regiones de Alemania, dándole al viejo castillo un aura fantástica; la leyenda de experimentos monstruosos y conocimientos sacrílegos que el propio Jacob Grimm le confió un día a la traductora de sus cuentos, Mary Jane Clairmont, sin saber a dónde llevaría ella ese relato.

Porque ese es uno de los misterios de esta historia: que no sólo ignoramos para dónde va sino que a cada giro todo en ella se mezcla con todo, y los protagonistas más apartados se juntan de pronto sin que nadie haya pretendido unirlos, como si todo obedeciera a una conjura secreta, a un plan oculto gobernado por alguien, que traza rutas secundarias en los planos del laberinto, que superpone sombras y transparenta espejos y duplica destinos, que anuda de repente los cabellos vivientes de la medusa.

De pronto resulta que la leyenda de Dippel, buscador de lo desconocido y profanador del Secreto, que mereció el alto honor de ser mencionado en los libros proféticos de Swedenborg, esa leyenda entre inquietante y pavorosa, alcanza a uno de los hermanos Grimm, que recogía cuentos populares en los campos de Alemania, y es éste quien la lleva hasta los oídos atentos de su traductora al inglés, Mary Jane Clairmont, para que ella, viuda ya, después de dar a luz a la temeraria Claire, sin saber por qué diablos, lleve esa historia al hogar de su nuevo marido, William Godwin, y de un modo que ignoramos se la transmita a la pequeña Mary, su hijastra.

Y el monstruo encuentra al fin la lengua que articulará para los siglos su nombre, encuentra el cerebro capaz de reconstruir o de inventar su historia, encuentra el corazón adolescente, valiente como pocos, que no tendrá temor de fijar la leyenda, de tejer desde el comienzo hasta el fin el relato sombrío y de

echar a volar el mito en el polen de las palabras.

Nunca nos asombraremos bastante de que Polidori y Mary concibieran sus monstruos la misma noche, en la misma casa y en los días más negros del año del verano que nunca llegó. Pero ¿por qué el inventor de *El vampiro* tenía que terminar bebiendo, cuando apenas cumplía veinticinco años, el azuloso veneno de Frankenstein? Temo que nunca tendremos respuestas para todas las preguntas que formula esta historia.

La leyenda

Era la edad extraña en que los jóvenes se levantaban del lecho del amor para ir impacientes a buscarse una tumba, y todavía nos impresiona comprobar que todos los hombres que estuvieron presentes en aquellas jornadas de Villa Diodati murieron en el curso de los ocho años siguientes.

“¿Por qué morían tan jóvenes?”, se pregunta Stefan Zweig hablando de aquella generación y de su lucha con el demonio. Novalis, quien, casi por su voluntad, un día cerró los ojos como un niño y mágicamente murió, decía en sus cuadernos que todos los humanos mueren maduros y en el momento adecuado, cuando han cumplido plenamente el aprendizaje que les corresponde. Ello significaría que Víctor Hugo, Goethe y Voltaire, que superaron los ochenta años, no vivieron más que Keats, que a los veinticinco dejó de oír al ruiseñor; ni más que Chatterton, quien después de crear un linaje de poetas, sus genealogías, sus obras, su correspondencia, su aparato crítico, sus biografías y su hermenéutica, se extinguió como una llama en su buhardilla a la edad de diecisiete años; ni más que el propio Novalis, que al morir, a los veintinueve, nos reveló que lo había vivido todo.

Matthew Lewis tenía 41 años en el falso verano de Villa Diodati y murió dos años después, de fiebre amarilla, en mitad del Atlántico, volviendo de su hacienda en Jamaica. Tristemente sabemos que Polidori, que tenía veintiuno cuando escribió *El vampiro*, huyó de este mundo cinco años después, envenenado por la incompreensión de Byron, por la sordidez de los editores, por los señuelos de la fama y por su propia impaciencia. Shelley se perdió seis años más tarde tras una misteriosa cadena de azares en la bahía de La Spezia, arrojado por su propia osadía en la boca de una tempestad. Y Byron, que había cumplido veintiocho años cuando ocurrieron los hechos de Ginebra, se rindió ocho años después a la fiebre y a las sangrías de los médicos en las

marismas épicas de Missolonghi.

No pude dejar de perseguir sus vidas y sus muertes, desde los barrios altos de Ginebra hasta mi apartamento ante los cerros oscuros del barrio bogotano de Santa Bárbara; desde las ventas de libros viejos junto al Museo del Prado hasta las avenidas tumultuosas y las plazas cubiertas de la City de Londres; desde los pueblos inundados de la Mojana hasta las fortalezas indestructibles de los nazis en el puerto de Saint-Nazaire. Cargado con un fardo de libros góticos, persiguiendo fantasmas en pantallas, bibliotecas, mediatecas y enciclopedias, agradecí al destino que me impusiera deberes y viajes, conferencias y ferias del libro, vanos encuentros literarios y rutinas editoriales, para que la obsesión se diluyera en otros asuntos y no sentir que estaba solo y embrujado, a merced de los poetas y de sus pesadillas.

Nada era más difícil que encontrar algún dato de la condesa Potocka. Ello me fue creando la sensación de que su presencia en Villa Diodati era uno de los elegantes misterios de esta historia. Si supiera algo más de ella, me decía, tal vez tendría la llave de otros enigmas del relato, podría al menos mirar los mismos hechos desde una perspectiva oriental, desde el norte de los Cárpatos y el sur del Báltico, con algo de la pasión de Milosz o con algo del escepticismo de Wislawa Szymborzka, pero la condesa se escondió como sombra, como la fuente de una risa en un bosque.

Cierto día, merodeando en la red donde mucha gente, día tras día, teclea por primera vez en los buscadores la palabra “Diodati”, sin saber que se inicia en una misteriosa servidumbre, encontré en una remota página de subastas de arte el intempestivo nombre de Anna Potocka. Alguien estaba subastando en algún lugar del mundo un plato de cerámica japonesa, llevado a Europa a finales del siglo XVIII, en el cual un artista desconocido pintó el retrato de una de las muchas amantes de Napoleón, una joven condesa, sobrina nieta del último rey de Polonia, que fue una de las mujeres más bellas de su tiempo.

Había un diario de la dama, que yo examiné ansioso, pero que hablaba sólo de la relación de Polonia con Napoleón durante su reinado, y se detenía a la caída del imperio. Escrito antes de las jornadas de Ginebra, no tenía luz que dar sobre la relación de ella con Byron y con sus compañeros en Suiza, ni sobre su presencia en la casa cerca del verano de los monstruos. Pero era ya un consuelo ver el rostro de uno de los seres más inaccesibles de esta historia, de modo que establecí esa imagen de Anna Potocka en un plato de porcelana japonesa como fondo de la pantalla. Ya que no conseguía saber nada de ella,

procuré que al menos su rostro estuviera presente día tras día en la escritura de esta historia.

Algo habrán dejado aquí su cabello castaño, el vuelo de sus rizos, la cinta azul que lo ata y que se pierde entre sus ondas, el rostro joven y soñador, la mirada perdida en lo alto, la piel muy blanca y las mejillas rosadas, el gesto de una tarde de una muchacha perdida en los siglos, que vio nacer esta historia en la tiniebla de unos días lóbregos en una casa legendaria, y nunca supo que terminaría formando parte discreta y misteriosa de la leyenda.

Las dos hermanas Godwin sobrevivieron mucho tiempo a las jornadas de Ginebra. Mary, que tenía dieciocho años cuando llegó a las orillas del lago Lemán, falleció de muerte natural, llamemos así a ese tumor en su cerebro, treinta y cinco años más tarde. Pero qué asombroso descubrir que la activa y enérgica Clara Clairmont, que fue a los diecisiete la manzana de la discordia por los salones de Villa Diodati, aún estaba viva sesenta y tres años después, cuando ya Frankenstein era una de las sombras familiares de este mundo, y el vampiro balbuciente de Ginebra había reencarnado, si el verbo es tolerable, en un conde transilvano.

Habían pasado ya muchos días cuando Clara se enteró de la muerte de su hermana casi por accidente, y escribió una carta amarga al hijo de los Shelley en la que se quejaba de que no se lo hubieran contado a tiempo. Cuánto había alejado la vida a aquellas dos niñas que fabulaban un futuro feliz en las penumbras de la casa de Godwin.

Un día todos los otros que estuvieron en la casa del lago aquel verano habían desaparecido, y sólo quedaba Clara con el recuerdo de los diálogos y los encuentros que ella había propiciado y que produjeron tantas consecuencias. Iba de una ciudad a otra, de un país a otro, con un pequeño tesoro que custodiaba con celo extraño: un manojo de cartas de Shelley, de Byron, de Godwin y de Mary, un embrujado montón de papeles amarillentos donde permanecían detenidos unos momentos mágicos de su pasado.

El mundo empezaba a interrogar la historia. Ahora muchos no se conformaban con vagos relatos sino que querían una memoria minuciosa de lo ocurrido. Empezaba a saberse que en aquella historia había muchos enigmas por descifrar. Clara supo como nadie que la posteridad intentaría entrar con sus linternas en las oscuras habitaciones, a explorar la tiniebla ginebrina del año del verano que nunca llegó.

Byron era ya una leyenda; Shelley, Mary, Polidori y Monk Lewis lo eran

también. Y no era el paso de las décadas lo que los había exaltado a esa condición: casi desde el comienzo todos se habían vuelto leyenda. Byron era un escándalo desde los veinte años, y ya era el hombre más visible de Inglaterra cuando ella consiguió seducirlo, pero después bastó que la fiebre y los médicos lo consumieran en Missolonghi, frustrando el deber de los fusiles, para que el hombre abominable, sacrificado por la causa de la libertad, se convirtiera en el héroe mayor de una edad del mundo, en el arquetipo del poeta romántico.

Y dos años antes de eso, ¿no bastó que su amigo Shelley muriera ahogado en una tormenta en la bahía de La Spezia, y que Trelawny y Byron quemaran su cadáver en una pira en la playa mientras leían poemas griegos y derramaban vino en la hoguera, para que el bello Ariel se convirtiera en el símbolo mismo de la poesía inglesa? ¿No bastó que Matthew Lewis muriera en altamar, de regreso de sus ingenios de azúcar, para que *El monje* se convirtiera en el símbolo de la novela gótica? Y si bien el pobre Polidori, apurada su ración de ácido prúsico, había permanecido por un tiempo oculto a los ojos del mundo, sus embrujados sobrinos hicieron irrupción finalmente en la escena literaria, y llenaron la época, y *El vampiro* se exaltó en una de las sombras de aquella edad del mundo, inspirando a dramaturgos y pintores y novelistas.

Clara sabía que ahora Bram Stoker, apoderándose del personaje de Polidori y mezclándolo con la leyenda negra de Vlad el Empalador, príncipe sanguinario de Transilvania, había creado a Drácula, un monstruo tan temible y fascinante como el que soñó su hermana Mary. Y sabía que a Mary le bastó su novela *Frankenstein* para pasar a la historia como la creadora no sólo de un personaje memorable sino de un nuevo género literario.

Todos tenían ya su altar en la catedral romántica, y casi se iban convirtiendo en criaturas de ficción. Así que muchos se habrían asombrado de saber que esa dama envejecida que caminaba por el Ponte Vecchio, o que pasaba al atardecer en una góndola bajo el puente del Rialto, había sido la madre de la más triste de las hijas de Byron, de la pequeña Allegra, el único ser humano que se gestó al mismo tiempo que los monstruos en los salones fantasmagóricos de Villa Diodati, y que murió a los once años, dejando a sus padres llenos de remordimientos.

¿Qué habrá sentido aquella anciana anónima, viajando por Rumania y por Rusia, viviendo en París o en Florencia, pasando por la Piazza della Signoria, ante el Perseo desnudo que sostiene en su mano la cabeza todavía viva,

enmarañada de serpientes, o volviendo a mirar a lo lejos, sobre el lago, en la colina, la villa de su propia tragedia, al sentir que el mundo empezaba a asediar con curiosidad y con superchería todo aquello que había sido suyo?

Clara entra en acción

Había una vez dos hermanos que viajaban por los campos recogiendo historias fantásticas, historias tan viejas que estaban ya cubiertas de musgo y retorcidas como raíces; entre esas historias oyeron también historias reales, cuya crueldad no estaba suavizada por la magia ni dulcificada por la fantasía, y no sólo les gustaba recogerlas sino contarlas en la noche a sus amigos.

El uno se llamaba Jacob y el otro se llamaba Wilhelm, pero los dos se confundieron tanto en su trabajo que al final no formaron para la conciencia del mundo dos seres distintos sino un solo ser casi invisible, una voz embrujada de nombre plural. Ya es otro de los nombres que le damos a la memoria de las generaciones, casi lo que antes nos decía la fantasmal palabra “Anónimo”, que firmaba cuentos y leyendas. Y fue Jacob el que le contó estas historias a la madrastra Clairmont, su casi anónima traductora al inglés, para que ella sin saberlo las llevara al lugar donde esas historias se ramificarían en otras, más perturbadoras y más terribles.

Pero ¿por qué razón los hermanos Grimm vuelven a aparecer en una historia como ésta? ¿No hemos dejado atrás la infancia? ¿No es hora de hablar de los terrores de los adultos? Y sin embargo es justo que los hermanos Grimm tengan su parte, así sea pequeña, en este relato. Aunque *Frankenstein* y *El vampiro* no pueden pertenecerles, ya que carecen del embrujo delicado de la magia infantil, y manejan un horror más sangriento y una fatalidad menos inocente, estos terrores modernos tienen su deuda con los cuentos de hadas, y no debemos olvidar que en la pluma de aquellos hermanos los cuentos terribles de la tradición popular, donde había más sangre en las zapatillas mágicas, más cadáveres arrojados desde los puentes, más madres que abandonaban a sus hijos en lo más espeso del bosque y más huesos convertidos en flautas que delataban crímenes, fueron limados y aligerados

para que pudieran ser leídos a los niños de la ciudad.

Fue Franz Kafka quien le dijo hace un siglo a Gustav Janouch que “no existen cuentos de hadas que no sean sangrientos”, y que “cada cuento surge de la profundidad de la sangre y del miedo”.

También estas nuevas pesadillas se nutrieron de esa densa selva germánica, sólo que las posee un temor más insidioso y una crueldad más hiriente: el dolor del que brotan es algo más cercano y más vivo. No los pulieron las largas vigilias de las generaciones sino el desvelo de unos muchachos que se anticiparon a vivir antes que nadie la soledad de una época no tutelada por la leyenda. Su culpa no está atemperada por la religión, su violencia no está martillada por la costumbre, es angustia pura destilada en el alambique de una carne mortal que se está yendo presurosamente al abismo.

Es hermoso que Clara parezca el ser más invisible de esta historia y acabe siendo tan determinante para todo. Fue porque su madre había escuchado de Grimm la historia siniestra del doctor Dippel y de sus investigaciones con cadáveres, y la contó alguna noche en las veladas hogareñas de Skinner Street, por lo que Mary terminó concibiendo su monstruo y dándole el nombre del castillo de Frankenstein. Ese nombre, prometido a un largo futuro, había llegado a Inglaterra en labios de los viajeros del siglo XVIII, y aparece en el segundo volumen de la edición de 1768 de la *Enciclopedia Británica*, pero sólo llegó a los oídos de Mary en labios de la madre de Clara.

Clara sí que venía de los cuentos de hadas. Esa muchacha que brota de ninguna parte y anuda y encadena los destinos de todos los demás, venía casi de la fantasía y, a pesar de su intensa realidad, todo lo precipitó de nuevo en la fantasía.

Yo la había dejado pasar, como ocurrió siempre en su vida. El resplandor de los otros la hacía casi imperceptible, pero un día me hice la pregunta de cómo sobrevivió Clara a las consecuencias de los hechos y a las primeras deformaciones de la leyenda. Entonces sentí necesario buscarla de nuevo desde el comienzo, y cuando por fin me detuve a mirarla me sorprendió no haber comprendido antes su lugar en la historia.

No es que su madre, la futura madrastra Clairmont, hubiera escuchado simplemente los cuentos y las leyendas de Alemania de labios de uno de los hermanos Grimm: fueron esas historias las que la acercaron a la casa de Godwin. Aquella mujer rolliza, murmuradora, insidiosa, parece el prototipo de la madrastra mala de los cuentos de hadas; vista desde los ojos de Mary, no

hay duda de que era precisamente eso: pero si uno mirara la historia desde otra perspectiva, desde otro ángulo, por ejemplo el de la pequeña Clara o el de la propia señora Clairmont, sería fácil comprender su distancia, su predilección por sus propios hijos antes que por las huérfanas de la rival difunta y gloriosa.

Godwin debía compararla todo el tiempo con esa esposa muerta, advertir el contraste entre una escritora legendaria, pionera de una de las luchas más ardientes de la modernidad, aventurera, amiga de poetas y visionarios, novia de artistas e iluminados, centro de los debates intelectuales, y otra que no pasaría de ser una modesta contadora de historias, mucho más limitada y doméstica.

Sin duda en guerra con ese fantasma exuberante, la pobre señora Clairmont se extenuaba; y aunque bien lo quisiera, no podía prestar atención ni brindar demasiado cariño a esas muchachitas estudiosas y engreídas en las que parecía reencarnar la difunta.

Pero fue por que Clara venía de Suiza y hablaba tan finamente francés por lo que el destino de todos tomó finalmente la ruta de Ginebra en vez de buscar otro rumbo. Y todo aquello sólo ocurrió porque Clara tomó la iniciativa delirante de seducir a Byron cuando éste acababa de perder a su esposa. Admitamos que sólo su tenacidad y su misterio le permitieron semejante hazaña, porque ninguna muchacha en el reino parecía menos destinada a ser amante de Byron, a quien tantas mujeres del gran mundo asediaban en vano, que aquella jovencita incolora de la clase media, y casi extranjera.

Pero Annabella era firme y arraigada como un lecho tallado en una encina, su prima Caroline Lamb era móvil pero de corto vuelo, y en cambio Clara unía la osadía al entendimiento y estaba dispuesta a seguir a Byron hasta donde nadie más lo seguiría. Cada uno de los protagonistas de esta historia llevaba su propio grado de predestinación, pero fue Clara la que movió los hilos que los fueron acercando unos a otros y los hicieron converger de un modo irreparable.

Hubo un factor principal que le ayudó a Clara a seducir al poeta lujoso. Se había enamorado de Shelley, éste la había favorecido con su amistad literaria, pero de repente Shelley la dejó por su hermana, así que Clara sólo tenía dos opciones: afantasmarse como la pobre Fanny, y terminar ahorcándose en un bosque siniestro o envenenándose en una posada de los caminos, arrojarse al fango como Harriet ante el abandono del ángel luminoso, o buscarse otro ser

sobrenatural, aunque ante ella fuera frío como un mármol y aunque arrastrara la pezuña como un demonio.

Y allí estaba en los periódicos de Londres, en las conversaciones, en los coches, la leyenda de aquel poeta bello y salvaje que había perdido el favor de la aristocracia, que estaba siendo odiado por cuantos lo veneraron, que acababa de ser abandonado por su mujer, que se estaría sintiendo solo y estaría necesitando una mujer que lo comprendiera, que no se estremeciera con sus desplantes, que no se horrorizara con sus incestos, que no se escandalizara con sus escándalos.

De algo servía haber venido del continente en llamas, ser hija de una inventora de fábulas, hijastra de un anarquista, amiga de un predicador del ateísmo, y tener la movilidad de la clase media, no la escayola de la formación religiosa ni el traje de telarañas de la aristocracia. Con todo eso, con unas cuantas cartas atrevidas y muy inteligentemente escritas, con una audacia inexplicable, y con sólo diecisiete años, la pequeña Clara logró lo imposible.

Clara al atardecer

En abril volví a España, y visité por varios días Santiago de Compostela, donde queridos amigos gallegos me llevaron a ver los litorales pedregosos y unas casitas serenas junto al mar. De regreso, en Madrid, Ana Pellicer logró, por no sé qué milagro de su carácter, que yo le contara en una larga conversación por los bares viejas historias de mi vida. No soy dado a confidencias y menos con amigos recientes, pero con Ana nos habían acercado muchas cosas, y a pesar de vernos poco y escribarnos menos teníamos la certeza de un vínculo secreto. Nos encontramos en la terraza junto al Círculo de Bellas Artes; caminamos por las calles de Chueca, una pareja casi anómala entre tantas parejas del mismo sexo; tomamos unos vinos por la calle del Diego y del Cock, un alto salón antes lleno de humo y de música donde ahora es posible ver a los contertulios, y terminamos en un bar de aficionados al canto, donde a medida que avanza la noche el piano retrocede en el tiempo desde las baladas paisajísticas de los años setenta, hasta los boleros inmóviles de los cincuenta. Le conté a Ana de mi visita a Santiago, y ella me habló con entusiasmo de sus abuelos gallegos.

Al día siguiente había quedado de visitar con Marisol Rozo el Museo del Prado. Marisol dirige en Madrid una sala de teatro: el año anterior había creado una pieza inspirada en el travieso cuento de Kipling *El gato que andaba a su antojo*, o, como dicen en España, *El gato que andaba a su aire*, y me contó cuánto había disfrutado reconstruyendo aquella fábula de la lejana domesticación de los animales, bajo la música de su novio, Ara Malikian, y de sus violines armenios. Hace años tenemos un proyecto pendiente: la adaptación del relato *Ondina*, de Friedrich de la Motte Fouqué. Siempre nos ha cautivado la historia de esa muchacha acuática, que seduce a un caballero germánico por las selvas de un sueño, y que acaba convertida en surtidor.

Después de interrogar las pinturas negras de Goya y de jugar con Marisol a encontrar escenas que nunca habíamos advertido en el tríptico inagotable de *El jardín de las delicias*, empecé a pensar obsesivamente en Clara Clairmont, y a sentir de pronto que esa muchacha casi invisible bien podía ser, si no el centro de esta historia, al menos uno de sus elementos más poderosos e indispensables. Salimos del museo, me despedí de Marisol frente a la fuente de Neptuno, y corrí a mi hotel a releer a Maurois, a examinar en el recuerdo el hogar de Godwin, a rastrear el modo como crecían en su jardín esas tres gracias que un día en silencio se disputaron la manzana de la discordia.

Y fue en el avión de regreso a Bogotá donde sentí la necesidad imperiosa de escribir unas páginas sobre Fanny, Mary y Clara, y me llegó como un torrente una parte inesperada de este relato. No hay sitio donde uno pueda estar más solo y más concentrado que en la cabina de un avión, a diez mil metros de altura.

En lo alto del cielo del Atlántico, la nave de Iberia prácticamente no se movió durante seis horas, y en esas seis horas yo pensaba en las paradojas del carácter de Godwin, en la incómoda condición de madrastra que le tocó en suerte a la fabulista Mary Jane Clairmont y la inevitable preferencia que debía mostrar por su hija, en la fatalidad del destino de Fanny Imlay, abandonada por su padre, por su madre y por sus dos hermanas, en la fortuna de Mary, que transformó la herencia radical de sus padres en una gran aventura creadora, que recibió en el jardín la manzana, que se quedó hasta el final con el príncipe encantado y con la manzana calcinada de su corazón de náufrago, y por último en el curioso carácter de Clara, que la hizo capaz de desencadenar todas las consecuencias.

Lo recibía todo para perderlo todo: sedujo pacientemente a Shelley pero éste, en el último momento, la dejó por Mary; sedujo laboriosamente a Byron, pero sólo obtuvo su desprecio final; concibió una hija de Byron sólo para que éste se la arrebatara enseguida y para siempre; propició el encuentro de los poetas pero quedó al margen de la magia de esa amistad. Nadie favoreció tanto, nadie hizo tan posibles las jornadas fantásticas de junio de 1816, pero es la única de todos ellos de quien no tenemos una historia, la única que no produjo un relato, siendo tan escritora como los otros.

¿Quién era en realidad Clara Clairmont? ¿Cómo es posible que cuando ya creemos saber quiénes fueron los protagonistas del relato sintamos de pronto que no sabemos nada de ella? Esta mujer, que los sobrevivió a todos, de

pronto se revela como el secreto impulso que los llevaba, la fuerza que los acercaba y los reunía. Tanto el demonio de Byron como el ángel de Shelley como la fuerza plutónica que había en Mary se vieron enredados en los hilos de esta jovencita encantadora que hablaba tantas lenguas y de la que sólo sabemos que tenía una voz memorable, que era entre ellos la criatura que sabía cantar.

Byron jugaba al diablo pero alguna vez dijo que entre todas las mujeres que conoció sólo Clara parecía tener algo demoníaco. ¿A qué podía referirse? ¿A las artes de la tentación y de la seducción? ¿Afirmaba que Clara era la sirena que los había embrujado a todos? ¿Y sabía ella que lo había hecho, o logró producir ese efecto desde una inescrutable inocencia? Tal vez los otros veían en ella algo que ella misma no podía ver ni entender. Entonces pensé otra vez en Ondina, y ya no me extrañó tanto que Shelley y Byron hubieran caído en la tentación de aquella muchacha, que ahora me parecía transparente, musical y casi indescifrable.

A diez mil metros del hombre y del tiempo, para parodiar una frase de Nietzsche, quien la acuñó para hablar de la paz de las altas montañas y no aceptaría que yo se la aplique a un pájaro de hierro estridente lleno de humanos entre las nubes de abril, embelesado indagando el destino de Clara Clairmont, me sentí interrogando el secreto de las Parcas mismas. ¿Había sido esa condición de hilandera sutil, de tejedora que tira de la madeja y va formando el hilo y lo corta, o más bien su inocencia, lo que le permitió sobrevivir a todos los otros?

El recuerdo de mi conversación con Ana Pellicer tuvo el efecto de un relámpago retrospectivo: Ana había logrado resucitar en mí un pasado escondido. Comprendí que nadie es capaz de reconstruir una historia si no hay hilos secretos que la enlazan con su propia vida. Y al cabo era verdad: también yo, como todos, había conocido a tres hermanas. El temor de estar, de repente, no en presencia de las tres muchachas encantadoras de Skinner Street sino de las propias Cloto, Láquesis y Átropo, me paralizó por un instante, pero procuré reponerme, mirar por la ventanilla el abismo azul del Atlántico en la vecindad de la isla de Barbados, no concederles tanta importancia a mis sinuosas especulaciones.

Acaso Clara no era más que una muchacha enamorada y entusiasta, con sed de aventura, que desencadenó con su amor, su imaginación y su belleza grandes y célebres acontecimientos, que no quedó atrapada en sus lazos y pudo

sobrevivir a todos ellos. Entonces volví a preguntarme algo más accesible: cómo vería ella desde el futuro, desde su vejez de muchos años, el abismo de aquellos recuerdos personales que ahora eran historia, y pensando en esas cosas llegué a mi casa de Bogotá, dispuesto a interrogar más su lugar en el relato.

Basta que nazca una pregunta para que lleguen en tropel las respuestas. Un dato de su biografía me reveló que la vida de Clara no se había borrado en la soledad y en la noche, que por su propio poder nunca extinguido, ella, al final de su vida, había logrado situarse otra vez en el centro del escenario, y que el más grande escritor de una nueva edad había hecho de ella la protagonista de otra obra inmortal.

Clara, la misteriosa Clara Clairmont, envejecida y empobrecida, viviendo sus últimos atardeceres en una vieja casa florentina, sesenta años después de los hechos del año del verano que nunca llegó, había conseguido entrar de nuevo en la literatura y despertar el viento de la leyenda. Como ante el surtidor de Ginebra, otra vez me veía ante el manantial inagotable de Villa Diodati.

Los papeles de Aspern

En cuanto supe que Clara Clairmont era la protagonista secreta de una novela norteamericana de finales del siglo XIX me precipité a la librería García Márquez a buscarla. Yo había leído otras novelas y muchos relatos de Henry James, pero nunca había hojeado *Los papeles de Aspern*.

Siempre es que las manzanas esperan el momento adecuado para caer sobre las cabezas. En los días siguientes la obsesión se convirtió casi en fiebre. No sé si otra persona habrá leído la novela de James con el sobresalto y la fruición con que yo me entregué a ella por varios días. Una cosa es encontrarse con un relato tan detallado y sutil sin estarlo esperando y otra cosa es ver en una trama perfectamente resueltas las preguntas que uno ha venido haciéndose durante meses. Fue como si el verano que ya no esperaba ver llegar limpiara de nubes el cielo, despejara de niebla los bosques, perfumara el aire y llenara los pulmones de lavanda y de anís saludable.

Nadie se ha acercado tanto al secreto de Clara Clairmont como James, que para llegar a ella tuvo que tomar el camino más oblicuo o elíptico. Porque Clara era como el agua, adherente y evasiva a la vez, siempre la misma y siempre cambiante, y se ocultaba en la transparencia.

Cincuenta y cinco años después de la muerte de Byron y más de sesenta después de los hechos de Villa Diodati, una tarde de los últimos años del siglo, Henry James conoció en Venecia a una sobrina de Teresa Guccioli, la encantadora amante veneciana de Byron, y se enteró de que la sobrina conservaba unas cartas que el poeta le había enviado a su tía muchos años atrás. Expresó su deseo de conocer aquellos documentos pero la sobrina se negó tajantemente a dejárselos ver. Y si eran motivo de tanta alarma y codicia las cartas de Byron a la amante sin misterio, cuya risa era como un cascabel de cristales, cómo habrán sido las cartas que los protagonistas de esta historia

dirigieron a Clara, la fuente de la tentación y de la discordia, que sabía lograrlo casi todo con cartas.

Poco después del incidente, James oyó hablar de Silsbee, un editor obsesionado con Shelley, quien se enteró en Florencia de que allí, en una vieja casa de la vieja ciudad vivía una vieja señora que, sesenta años atrás, había sido Clara Clairmont, la sirena del cuento, amante de lord Byron, madre de su hija Allegra, amante furtiva de Shelley, hermana libertaria y rival de Mary Wollstonecraft, hijastra ilustrada de Godwin, amiga de Polidori, seductora, cantante, políglota, la discreta Cordelia de Skinner Street convertida por la sombra del volcán en la serpentina Geraldine del poema *Christabel* de Coleridge, la araña tejedora de la leyenda gótica transformada en una anciana inaccesible que vivía con una sobrina también entrada en años, pero que conservaba intactos del naufragio del tiempo sus ojos deslumbrantes y muchas cartas llenas de secretos que podían iluminar como una lámpara los rincones oscuros de Villa Diodati y el laberinto de sus personajes.

Silsbee se había introducido como huésped en la casa de las viejas mujeres para estar lo más cerca posible de los documentos, que corrían el peligro de desaparecer con la cercana muerte de la anciana. Al morir Clara la sobrina le puso al editor, para acceder a los papeles, la condición onerosa de casarse con ella, lo que hizo que Silsbee huyera, abandonando sus pretensiones. Pero esa anécdota bastó para que James concibiera y ejecutara una de las novelas más hermosas y refinadas de la literatura del siglo XIX.

Nietzsche escribió que todo lo profundo ama la máscara: no puede haber profundidad sin superficie. Para ver mejor la historia de Clara Clairmont y de la sobrina que la acompañó en sus últimos tiempos, Henry James la enmascaró: la convirtió en la historia de la vieja señora Julia Bordereau, que en un desolado palacio veneciano pasa sus últimos días guardando los recuerdos del poeta al que amó en su adolescencia y protegiendo de la curiosidad del mundo sus pequeñas reliquias.

El hombre que se introduce con engaños en la casa de Julia y de Tina, el editor que convierte el patio seco en un jardín de rosas y hasta hace florecer las esperanzas de la vieja señorita Bordereau, no tiene nombre, pero sin duda es un símbolo de todos nosotros, los que asediamos la historia y perseguimos sus detalles, que profanamos las cámaras secretas y con un sobresalto de ansiedad y de miedo buscamos en la oscuridad el cofre con las cartas.

Nos arrojamamos con avidez sobre lo prohibido, decía Ovidio. Pero quién no

querría que el castigo de su impertinencia fuera, como en la novela, ver aparecer como una vieja luna a la mismísima Clara Clairmont, con un gesto terrible, dejando resplandecer en su rostro esos ojos que vieron a Mary desde niña, que vieron a Polidori mordido ya por el Vampiro; esos ojos que Henry James pinta bellísimos a pesar de su ancianidad, los ojos que vieron a Byron en la intimidad de las alcobas de Villa Diodati, pero sobre todo los ojos que vieron a Shelley.

Porque James no ignora que el hombre que se interna en la casa de esas viejas mujeres, a asediarlas con rosas y con caminatas galantes, que le ofrece a Tina Bordereau un viaje en góndola con vagas promesas desde los laberintos de agua de las orillas hasta el Gran Canal y hasta la plaza de San Marcos, a la sombra de los caballos de Bizancio, y hasta los violines del café Florián, pertenecía a esa especie de los arrebatados por Shelley.

En esos mismos años, Robert Browning acuñó los versos que mejor describen la emoción de la que Henry James se ocupa:

*Ah, did you once see Shelley plain,
And did he stop and speak to you?
And did you speak to him again?
How strange it seems, and new!*

*But you were living before that,
And you are living after,
And the memory I started at—
My starting moves your laughter!*

*I crossed a moor, with a name of its own
And a certain use in the world no doubt,
Yet a hand's-breadth of it shines alone
'Mid the blank miles round about:*

*For there I picked up on the heather
And there I put inside my breast
A moulted feather, an eagle-feather—
Well, I forget the rest.*

(Ah, ¿de modo que usted vio una vez a Shelley?, ¿Y él se detuvo y él le habló? ¿Y usted habló con él de nuevo? ¡Qué raro y sorprendente es todo! Pero usted había vivido antes de eso, Y usted pudo vivir después, Y el recuerdo que intento despertar... ¡Pero mi intento hace que usted se ría! Crucé una vez un páramo preciso, Con su nombre y sus usos en el mundo, Y sólo un palmo brilla en mi memoria Entre las blancas millas en redondo. Porque allí yo encontré en los matorrales Y la puse después sobre mi pecho, Una pluma silenciosa, una pluma de águila, Y bien, yo olvido el resto).

Que alguien que está vivo haya podido conocer a alguien que pertenece casi a la mitología; que alguien de carne y hueso haya visto alguna vez a Shelley, a quien cuesta imaginar por fuera de su vasta leyenda: ese asombro impregna el poema. Ante el desconocido que habló con Shelley tiempo atrás, Browning vive una emoción tan intensa, como si por un instante tuviera a Shelley mismo frente a él. A despecho de la muerte, siente la gravitación del poeta, y recuerda la pluma de un águila que encontró un día mientras cruzaba un páramo. Basta el contacto mágico. Sentir el rastro físico de Shelley es como recibir en las manos y poner sobre el pecho la pluma de un águila que se ha ido.

Y sin embargo Browning habría podido escribir un poema espléndido sobre el destino de aquella anciana. Y nosotros podríamos escribir un poema sobre algo que fue posible: que Robert Browning se haya cruzado más de una vez sin saberlo con Clara Clairmont y su sobrina por las calles de Florencia, ya que coincidieron allí en 1878, cuando sólo el hecho de estar vivos, como diría Virginia Woolf, los hacía parecer menos formidables.

Pienso en la impresión que solía causar Shelley en quien lo encontraba, esa conmoción que provoca en James o en Browning el mero rastro del poeta, y comprendo que ni siquiera Byron despertaba emociones de ese género. Bello, malvado y suntuoso, Byron, que era cruel y era cínico, la pezuña de mármol, no era en fin de cuentas mucho más misterioso que cualquier otro ser humano, en tanto que Percival Shelley es el misterio mismo.

Pero además en esa novela, con su plétora de antesalas silenciosas, su asfixia de flores, sus navegaciones contritas y sus espionajes inmóviles, lo que susurra James bajo la máscara de Julia Bordereau es que la anciana Clara Clairmont no protegía tanto los recuerdos de Byron, el seductor a quien ella sedujo y que la odió por ello, sino sus secretos con Shelley, su amor interminable por el príncipe encantado del final de su infancia. Y el oscuro palacio de Venecia que el escritor bostoniano inventa para revivir los últimos

días de Clara Clairmont, el último día de Clara Clairmont, más bien recuerda la cabaña del cuento, la vieja sala de Skinner Street, donde unas muchachas que se han vuelto fábula siguen soñando con el príncipe que pareció traerles la fortuna pero que en realidad les trajo su destino.

Era el amor de Shelley lo que inclinaba a Clara sobre sus reliquias: esos secretos que ni siquiera Mary conoció, y que la niña envejecida custodió como una guerrera hasta las puertas de la tumba. Y la sobrina, que habría podido ser su hija, también podía ser, para mayor asombro, la hija de Shelley y Clara, que tantos biógrafos buscaron en vano, que sospecharon en las idas y venidas de Clara por las colinas de Italia, y que al final sólo habrá existido plenamente en la ficción de un hombre de Nueva Inglaterra.

¿Eran Shelley y Byron lo profundo y la máscara? ¿Quién le dio como destino a uno el fondo del agua y al otro la piel del espejo? ¿Y qué nos quiere decir Henry James cuando cuenta que las mujeres son capaces de entregar el retrato pero niegan que existan los papeles o amenazan con quemarlos? Más bello que la evidencia es el misterio; más perturbadoras y conmovedoras que las muchas cartas publicadas de Byron y Shelley y Mary son las cartas de Julia Bordereau que nadie más podía leer, las cartas que unos hombres ansiaron y persiguieron casi hasta las puertas del crimen, y que son como los mensajes de los sueños, que aunque los tenemos ante los ojos no conseguimos nunca leerlos, los documentos prohibidos, los papeles de Aspern.

Las dos sombras

Ya sentía el deber de abandonar por un tiempo los desvaríos ginebrinos y concentrarme en mi novela pendiente sobre los primeros viajes al Amazonas, cuando volvió a caer en mis manos el hermoso libro que Alfonso Reyes escribió sobre Goethe por los días de mi nacimiento. “Este libro y yo tenemos la misma edad –me dije–, pero es evidente que es mucho más joven que yo”. Lo había leído con entusiasmo en otros tiempos, y volví a sentir que la prosa de Reyes es una de las más vivas y saludables de la lengua española. Esa combinación de conocimiento y de gracia que tiene el efecto de un licor suave, esa capacidad de reducir un destino complejo y cambiante a sus líneas esenciales cumple precisamente la misión que Reyes le atribuye al estilo de Goethe. Volví a leer las páginas que recuentan los dos años del viaje de Goethe por Italia, en el mediodía de su vida, y me pareció comprender algo que me había preguntado desde el comienzo de mi búsqueda: qué era lo que atraía hacia el sur a esos hombres del norte, lo que Italia aportaba al destino de aquellos románticos.

El Renacimiento había vuelto los ojos hacia Grecia como ahora el romanticismo volvía los ojos hacia Italia, primero como paisaje y como reino del arte pero en el fondo como espacio del presente y de la pasión. Goethe había necesitado, en mitad de la vida, abandonar las brumas septentrionales y buscar “la profundidad en la claridad”. Italia le sugería la sencillez del mundo, Italia lo hizo exclamar: “El mundo no podría subsistir si no fuera tan sencillo. Un poco de sol y un poco de lluvia bastan para hacerlo reverdecer en cada primavera”.

La distancia entre la realidad y el arte parecía reducirse en aquella tierra luminosa, y esos dos años llevaron a Goethe no sólo a mirar los mármoles y los edificios, las pinturas y los anfiteatros, las devociones y las fiestas, sino el

rumor de colmena de la vida despojada de toda rigidez, y a sentir, de un modo simplista, pero sincero, que la letra de Dios era menos legible en un rostro alemán que en un rostro italiano. Todo ello lo haría sensible a la influencia de Byron, porque también Goethe sucumbió, como el resto de Europa, a su hechizo.

Para entenderlo es preciso mirar a Europa como un todo, desde las nieblas del norte hasta los soles del sur, desde las tinieblas góticas de Newstead y los espectros germánicos de *Phantasmagoriana* hasta las claridades del baptisterio de Pisa y los reflejos fantásticos de la Giudecca. El Norte formulaba sus preguntas, Ser o no ser, Qué luz se abre paso por aquella ventana, Quién tan tarde cabalga por la ventosa noche, y el Sur era siempre la respuesta: Grecia bienaventurada, hogar de todos los dioses, Dolce color d'oriental zafiro, Ven a estas arenas amarillas.

Uno de los hilos poderosos que unieron esos mundos era Shakespeare, que desde las penumbras de su isla sabía cantar con voz napolitana, que escribió la más italiana de las obras dramáticas creando personajes verdaderamente latinos como Mercucio y como el pequeño Romeo. Pero si Shakespeare fue ese inglés capaz de sentir como un meridional, Byron fue capaz de vivir como un italiano, de reaccionar como un albanés, de morir como un griego.

Y nada iluminó tanto en Weimar el largo crepúsculo de Goethe como la figura solar de Byron pasando como una tormenta de Inglaterra a Turquía, de Suiza a Italia y de la bahía de La Spezia a los pantanos de Missolonghi.

Lo veía dejar por todas partes el rastro del pecado y de la contrición, de la audacia y del heroísmo. ¿Cómo no ver retratados en aquel destino increíble sus propias veleidades de donjuán y su sueño de aliar poesía y verdad, vida y pensamiento? Tuvo que sentir que Byron, saltando de los balcones a las góndolas, de las cabalgatas a las conspiraciones, del lecho codiciable de Teresa Guccioli a la proa de los barcos de guerra, había hecho caso como nadie a la recomendación más importante: *Acuérdate de vivir*.

Claro que también a Goethe le resultaba más fácil ver lo ajeno que lo propio. Creyó que el nuevo cielo romántico sólo tenía estrellas inglesas, y a pesar de su fama de sabio no supo tener ojos ni oídos para sus vecinos. En algún momento de sus conversaciones le dice a Eckermann: “¿Dónde encontrar en la Alemania de hoy tres nombres como los de Byron, Moore o Walter Scott?”. No se da cuenta de que por Alemania acaban de pasar Kleist y La Motte Fouqué, Novalis y Hölderlin.

Mientras Byron vivía y sufría, cantaba y disparaba, besaba y bebía la vida a grandes sorbos, aquel viejo titán se inclinaba sobre sus libros y alcanzaba a inspirarse en el muchacho para escribir su *Elegía de Marienbad*. Es conmovedor saber que del *Childe Harold* de Byron cayó la cascada bajo el arco iris que aparece al comienzo del *Segundo Fausto*, y que en esa misma obra el episodio de Helena fue alterado después de que llegó la noticia de los cañones de Missolonghi. Sentimos como si Byron fuera la encarnación de los sueños de Goethe, pero cuando leemos el *Hiperión* sentimos que Byron también es la encarnación de los sueños de Hölderlin, que el destino del héroe de Grecia había sido prefigurado treinta años atrás por los sueños de un joven de Tubinga, que lo que hizo Byron fue convertir en carne y en sangre los anhelos y los presentimientos de un mundo, y que Reyes tiene razón cuando dice: “Parecería que Goethe ha compuesto una música prohibida y Byron la está ejecutando”.

Esto les da un sentido adicional a las criaturas de Villa Diodati, porque no ignoramos que tanto el vampiro como Frankenstein son delirantes proyecciones de Byron. El héroe fáustico, de pie, proyectaba dos sombras sobre el mundo: una, deforme y fantástica, sombra del gólem de los cabalistas, una criatura de soledad y de resentimiento que se alza contra su creador y contra el mundo sintiéndose Caín y Satanás, y la otra, la sombra con alas de murciélago del bebedor de la sangre de sus amigos y de sus amores. El Calibán infrahumano y el Ariel sobrehumano, cargados de poder destructor y de magia y de música, tal como lo vieron Mary Wollstonecraft y John Polidori en los espejos velados de Villa Diodati, bajo la bóveda de un verano imposible, sin dejar de ser la estatua griega que fascinaba a Goethe en su largo y sedentario crepúsculo.

Una vuelta alrededor del Sol

Como si todo girara en redondo, en julio recibí otra vez una invitación para viajar en septiembre a la Argentina. Un encuentro de escritores en Mar del Plata me brindaba la oportunidad de cerrar aquel círculo, y acepté enseguida, porque en septiembre se cumplía un año del momento en que una tempestad me puso en Buenos Aires sobre el rastro de Byron y de Villa Diodati. Así que volví a Buenos Aires un año después, y pensé, por pura superstición, que allí donde me había invadido la obsesión de esta historia tal vez me sería revelado su desenlace.

Pero por primera vez en un año de viajes, de búsquedas y hallazgos involuntarios, nada en Buenos Aires me habló de este relato. Estuve oyendo tangos en San Telmo, comprobé que Néstor Kirchner, tan omnipresente en los muros un año atrás, era ahora una ausencia menos perceptible que la idolatrada Eva Perón, quien bailaba con su general en los afiches de la calle Florida, presidía manifestaciones en las portadas de los libros, parecía ser la bailarina en todas las artesanías sobre el tango y llenaba con inmensos rasgos de neón un aviso gigante en un alto edificio de la avenida 9 de Julio.

Viajé cinco horas inmóviles en un autobús por la llanura infinita, miré en Mar del Plata el horizonte triste de invierno desde un portal esculpido de leones marinos, traté de imaginar cómo serían esas largas playas en verano, las imaginé populosas, cálidas, inaccesibles. Recorrí durante cinco días los pasillos de un hotel desolado e interminable, y deshice el camino por la misma pampa de árboles solitarios y bandadas remotas, entrando entre grandes vallas de Cristina Kirchner a la ciudad de parques hondos, y me fui a cenar a Puerto Madero con Basilio Belliard y con Francisco Hinojosa, antes de visitar de nuevo El Ateneo.

Al día siguiente debía viajar a Quito, y me despedí de Buenos Aires

melancólicamente. La ciudad siempre me había dado algo memorable y siempre parecía quedarme debiendo algo mejor, pero en esta ocasión me dejaba partir sin revelación alguna, sin asombros ni alarmas. ¿Por qué siempre me digo que donde ha ocurrido algo insólito tiene que volver a ocurrir? Liberadoramente, Buenos Aires estaba contrariando mi superstición. Recordé las largas playas heladas en el último día de invierno, recordé una larga fiesta llena de gentes de América Latina en el Hotel Regente, recordé los diálogos de escritores en Villa Victoria, la vieja casona de Victoria Ocampo en Mar del Plata, y la confesión de la señora que administraba la tienda de la casa museo, confiándome que a veces se oye gente que habla en el segundo piso, en las salas vacías.

En el aeropuerto, había tres muchachas muy jóvenes delante de mí en la fila frente al mostrador de la aerolínea. Una era mulata, la otra era oriental y la otra rubia, llevaban las tres anteojos de marcos de colores y las cabezas rapadas, con dibujos. La falta de cabello les daba un aire de extraterrestres, pero a la vez las hacía más bellas, y los morrales a la espalda, los trajes de viajeras, las botas toscas de soldado y los tatuajes en los brazos y los hombros hacían sentir con intensidad que eran seres nuevos y libres.

No lo pensé en ese momento, pero después comprendí que tendrían la edad de las hermanas de Skinner Street, y que si Fanny, Mary y Clara vivieran hoy, seguramente tendrían ese estilo entre *punk* y gótico, ese aspecto andrógino, esa delicadeza femenina enfundada en una ruda apariencia. Como las catedrales, eran algo delicado y cristalino enmascarado en una corteza hostil, creaban algo bello con una hosca sustancia. No sé en qué estaba pensando cuando las jóvenes se alejaron y la muchacha del mostrador me pidió mis papeles para el embarque.

Lo que ocurrió enseguida me hizo olvidar tanto a las jóvenes que me precedían, que sólo mucho después volví a recordarlas. La mujer me pidió un documento que yo no tenía ni sabía necesario: un certificado judicial, sin el cual no me sería posible entrar en Ecuador. Tres años atrás, con el pretexto de exterminar a un poderoso jefe guerrillero, el ejército colombiano había bombardeado el territorio del país vecino; el presidente, ante los reclamos del gobierno ofendido, agravó la ofensa acusando a las autoridades ecuatorianas de estar aliadas con la guerrilla, y por unos días un clima de inminencia bélica se había instalado sobre nuestras cabezas. La exigencia de aquel documento era una de las consecuencias de ese bombardeo y de ese conflicto, y de

repente me vi varado en Buenos Aires, sin la posibilidad de viajar ese día ni a Ecuador ni a Colombia.

No sé por qué el hecho íntimamente me alegró. Cambié mi vuelo para el día siguiente, a Colombia, para tratar de obtener el papel estúpido y cumplir mi compromiso con la editorial El Conejo, y emprendí con una sospechosa sonrisa de satisfacción el regreso a la ciudad. Me negué a buscar hotel en el centro, en la zona alrededor del Obelisco donde se alzan las torres de los hoteles que ya conocía. Busqué en la guía turística hoteles por el barrio de Palermo, y encontré uno finalmente, a pocos metros de la vieja calle Serrano, que ahora se llama Jorge Luis Borges, y que desemboca entre restaurantes y vinerías y casas de modas en la pequeña plaza Julio Cortázar.

Unos versos afloraron en mi memoria:

*La manzana pareja que persiste en mi barrio:
Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga.*

Ahora estaba hospedado en un alejandrino de Borges, iba a dormir a cien metros de su infancia, y esa noche caminé sin rumbo por las calles viejas, entre altos árboles a los que yo, en recuerdo de Rega Molina, quería llamar casuarinas, y pensando en los cuchilleros de otro tiempo.

Mis pasos me llevaron hasta Santa Fe, y al llegar a Callao, movido por el verso inevitable, alcé de pronto los ojos y me encontré solo y baldío con una media luna de soledad y de septiembre. Entonces recordé que Freya Quintana me había escrito: acababa de enterarse de que yo estaba en Buenos Aires de nuevo. Una vez solo y cansado en la habitación del hotel acordé con ella que almorzaríamos el día siguiente en Palermo, y busqué por costumbre alguna noticia sobre Villa Diodati.

Ésta hablaba de un grupo de estudiantes de la Universidad de Texas que había viajado a Suiza tres meses atrás, a comienzos de junio, para realizar una investigación literaria. “Yo sé cuál es”, me dije; archivé el documento por si se me ocurría leerlo después, aunque no estaba seguro de querer saber más sobre otras gentes obsesionadas con Byron y Shelley, y dormí sin sueños toda la noche.

Al día siguiente almorcé con Freya antes de partir hacia el aeropuerto. No olvidé contarle que un año atrás, justo después de verla, bajo la lluvia posterior a nuestro almuerzo, había encontrado el tema de un libro. Freya

había sido la última persona con la que hablé, antes de ser embrujado por Villa Diodati.

Los colmillos del comodoro

Es curioso que los países tengan fecha de nacimiento como las otras criaturas. Yo pensaba que Argentina, donde comenzó mi obsesión, no había tenido relación alguna con Byron y con los hechos de esta historia, aunque como república nació por los mismos días en que nacieron las criaturas de Villa Diodati, en el invierno austral de 1816, cuando la noche del volcán cubría el norte, y los dos hemisferios planetarios estaban igualados por el frío y la sombra.

Las relaciones entre Argentina e Inglaterra fueron tensas toda la vida, a pesar de que numerosos ingleses inmigraron a la pampa riquísima en el siglo XIX, y que el propio Borges era nieto de la inglesa Frances Haslam, que sabía de memoria la biblia del rey Juan y que “pidió perdón a sus hijos por morir tan despacio”.

La razón de esa tensión fueron siempre los 12.173 kilómetros cuadrados de unas islas descubiertas por Américo Vespucio, a las que un hombre de la expedición de Magallanes, Esteban Gómez, les dio el nombre que tuvieron por siglos: las islas Sansón. Fueron frecuentadas por las dagas y las malas costumbres de piratas y corsarios franceses, holandeses e ingleses mucho tiempo; en sus playas el inevitable Francis Drake dejó cráneos y tibias humanas en 1580, y eran la estación última de aprovisionamiento para los barcos que venían de Europa y que intentaban alcanzar el Pacífico.

Unos franceses de Saint Maló, en 1763, bajo el mando florido de Luis Antonio de Bouganville, las bautizaron en honor de su puerto de origen con el nombre de islas Malouinas o Malvinas, pero oficialmente fueron un territorio español que los ingleses codiciaban desde 1711, cuando Albión concibió la idea de humillar a los españoles apoderándose de Buenos Aires y de la Patagonia.

Muy expresiva de lo que es este mundo fue cierta bahía de las Malvinas, que se llamaba La Francaise cuando la miraba Bouganville, que se llamaba Anunciación cuando la miraban los españoles, y que se llamaba Berkeley Sound cuando la miraban los ingleses. No es extraño que el monte más alto de ese archipiélago tan bautizado por todos sea precisamente el monte Adam, en memoria del hombre que primero nombró todas las cosas.

En 1982, durante la dictadura del general Galtieri, Argentina intentó rescatar por asalto las islas Malvinas, a las que los ocupantes ingleses llaman Falkland, pero el dragón lejano respondió con un celo de otro tiempo y allí comenzó una guerra desigual que en tres meses no sólo llevó a la rendición al ejército argentino sino que a la larga produjo el desprestigio y la caída de la dictadura. Ahora Cristina Kirchner, a quien yo veía sonreír en las vallas publicitarias, de regreso al aeropuerto de Ezeiza, estaba hablando otra vez de la necesidad de recuperar el archipiélago.

Grande fue mi sorpresa cuando descubrí, poco después, que el primer inglés que desembarcó en las Malvinas con el propósito de apoderarse de ellas y que plantó en sus playas la bandera británica había sido un viejo conocido nuestro: nada menos que el infausto Juan Borrasca, el profesional de las derrotas y los naufragios, el abuelo del poeta, el comodoro Byron.

El 23 de enero de 1765 el comodoro aprovechó la escasa vigilancia española de las costas, y con la misma cara de donjuán de su nieto, en la proa del bergantín Dolphin, de 24 cañones, seguido por el *sloop* Tamar, de 16 cañones, por el Florida, y con una tropa de 195 hombres, recorrió el archipiélago dando rienda suelta a su pasión por bautizarlo todo, poniendo sonoros nombres británicos a los cabos, las penínsulas, las bahías, los estrechos y las islas, hasta el punto de que fue él mismo quien designó todo el archipiélago con el nombre de Falkland Islands.

Todo esto ocurría en medio del Siglo de las Luces, pero recorrer la crónica del viaje del comodoro Byron lo hace sentir a uno en el clima fantástico de las expediciones del siglo XVI. Antes de llegar a las Malvinas, por ejemplo, los tripulantes avistaron en las costas patagónicas a ese pueblo de gigantes con el que estaban obsesionados los ingleses de entonces. El más pequeño tenía dos metros y medio y el más grande casi tres metros de alto, y para poderles poner los collares de cuentas el comodoro Byron tuvo que pedirles que se sentaran en el suelo. Las mujeres tenían los rasgos tan duros y toscos como los hombres, y al parecer todos se habían apeado de cabalgaduras enormes. Más

tarde nos es posible ver a una de las fragatas de la flota británica completamente llena de pájaros, y todavía más adelante en las páginas aparecen una serie de islas que, cuando el barco se dirige hacia ellas, una ráfaga de viento las desvanece.

Con el propósito de obligar a España a cumplir los compromisos que había adquirido por la devolución de Manila, en las Filipinas, el comodoro, que tenía memoria histórica, quiso cobrarle adicionalmente a la corona española una vieja falta, y llamó Egmont a uno de los puertos, en nombre del héroe flamenco decapitado injustamente por el duque de Alba en 1568, cuando las naves de España y de Inglaterra bogaban sobre mares de odio. Aquella vieja guerra, que le costó a España su Armada Invencible, todavía daba coletazos en el Atlántico Sur dos siglos después. Aún faltaban dos décadas para que Goethe escribiera su obra sobre Egmont el mismo año del nacimiento de nuestro Byron, y veinte años más para que Beethoven compusiera la música de la tragedia.

De modo que, aunque yo no lo imaginaba, los Byron habían dejado sobre el cuello argentino las huellas de sus blancos colmillos.

La diosa ausente

Salí de Buenos Aires con la sensación de no llevar nada nuevo para mi historia, aunque pronto cayó en mis manos la crónica del viaje del comodoro. Sólo después descubrí que algo importante me habían dado aquella media luna de Callao y aquel hotel tranquilo de Palermo.

Volé seis horas sobre el continente para estar en mi país y en mi casa por unas cuantas horas. Me acobardaba el riesgo de pasar un día entero haciendo trámites en oficinas públicas y fue un alivio saber que los representantes del Ecuador en Colombia habían solicitado especialmente el documento requerido, y yo sólo tenía que pasar a recogerlo en la embajada. Así que dormí una noche en casa y a la mañana siguiente pude tomar el vuelo a Quito.

Adolfo Guerrero me recibió como siempre en el aeropuerto. Me llevó como otras veces a recorrer la ciudad, y conversamos sin descanso sobre las faldas del Pichincha. Recuerdo también que una noche fui con Piedad Bonnett, con Javier Chiabrando y con Abdón Ubidia a comer en los restaurantes altos frente a la ciudad vieja, y que después cantamos boleros y pasillos ecuatorianos en una terraza ante las calles escalonadas del centro histórico, renacidas bajo la nueva iluminación metropolitana.

Siempre vuelvo a hojear el libro de los amores perdidos y no dejo de volver a mis obsesiones. Quería otra vez visitar la Virgen de Legarda, quizás la obra más bella del arte colonial suramericano, una talla en madera coronada de sol con doce estrellas y con alas de plata, el traje pintado de flores y el manto azul al vuelo también constelado, con el rostro mestizo, la larga cabellera ondulada y las manos más finas que hayan salido de árbol, que está de pie sobre la media luna, sobre el dragón y sobre la humareda, y preside como danzando el retablo central de la iglesia de San Francisco. Pero esta vez la reina estaba ausente: la habían retirado para restauración.

Quito es también para mí esa virgen alada, alta sobre un volcán que arroja humaredas y amenaza con hacer erupción: la imagen que Legarda talló inspirándose en unas muñecas birmanas que trajeron en el siglo XVIII los barcos de Oriente. Porque esa imagen que los sabios del arte identifican con la virgen alada del Apocalipsis, es también la diosa lunar de las montañas andinas, con las alas del cóndor y parada sobre la gran serpiente. Lamenté que no estuviera en su retablo la reina de los incas derrotados, la luz de sus alas de plata, la bestia de lenguas de fuego que se retuerce bajo sus pies. Y fue al volver al hotel cuando me atrajo de nuevo la noticia que había encontrado y archivado en el pequeño hotel de Buenos Aires. Creía saber lo que buscaba aquella misión de la Universidad de Texas en Villa Diodati, pero me equivoqué: no andaban rastreando los datos generales de la noche de los monstruos, sino un hecho preciso.

En el prólogo de 1831 de *Frankenstein*, Mary Wollstonecraft, hablando del momento en que concibió su criatura, escribió: “Abrí mis ojos con terror. La idea había tomado posesión de mi mente de tal forma que el miedo recorría mi cuerpo como un escalofrío, y quise cambiar la fantasmal imagen de mi fantasía por la realidad que me rodeaba. Lo veo todo aún: la misma habitación, el oscuro piso de madera, las contraventanas cerradas, con la luz de la luna luchando por penetrar a través de ellas, y la sensación de que el lago cristalino y las cumbres blancas de los Alpes estaban más allá”.

Estos viajeros querían saber si la mención que hizo Mary en su prólogo de un rayo de luna que entraba en su habitación después de la medianoche del 16 de junio de 1816, esa luna bajo la cual ella concibió la imagen inicial de su invención del monstruo, era apenas un recurso retórico de la escritora para rodear de un aura de prestigio y misterio la novela que entregaba a la luz, o si era un hecho verdadero.

No deja de ser novelesco que unos viajeros crucen el mar para ir a averiguar si en una noche de dos siglos atrás hubo luna llena sobre un lago junto a los Alpes. Si de la luz del Sol Newton obtuvo el iris, ¿fue de verdad de la luz de la Luna que Mary obtuvo como de un prisma aquellas imágenes iniciales: “El pálido estudiante de artes sacrílegas de rodillas junto a la cosa que había ensamblado”, “el horrible fantasma de un hombre tendido”, “la leve chispa de vida que él le había comunicado”, y la criatura que mira “con ojos amarillos, acuosos pero inquisitivos”?

Los jóvenes querían saber si aquella noche había habido luna, y si esa luna

podía filtrar un rayo en la precisa habitación de Villa Diodati que mira hacia el lago y hacia las cimas de los Alpes, donde a Mary la despertó la pesadilla. Los diarios del mundo recogieron esa semana la noticia: Mary Shelley no había inventado aquella circunstancia, la luna de Frankenstein era verdadera.

La ausencia de la Virgen de Legarda me hizo pensar más que su presencia en otras ocasiones. Ante la fumarola del Pichincha y un cielo todo rojo le conté a Adolfo algo que había aprendido sobre Legarda: que en la América española, dondequiera que hubo el culto indígena a una diosa lunar, tarde o temprano apareció una virgen cristiana, lo mismo la Virgen de Guadalupe en la laguna de México, la Virgen de Chiquinquirá, en Boyacá, donde estuvieron los santuarios de la diosa Chía y de Bachué, “señora del agua”, y la Virgen de Legarda en Quito. Y también le conté que fue en el culto de la Virgen María donde los románticos europeos encontraron el modo de deslizarse en el mito patriarcal cristiano lo que a ese mito más le repugnó desde siempre: la idea de una divinidad femenina.

Ha de ser la misma María romántica de las notas de Schubert y del poema de Walter Scott, la dama inalcanzable que protege a los extraviados. Es por esos parajes sombríos, lejos de las ciudades, donde una muchacha perdida en el poema de Scott alza los ojos al cielo y ve aparecer la señora todopoderosa que puede auxiliarla. Quizá lo que miden las notas sublimes de Schubert es ese abismo, la distancia que separa de la diosa a la muchacha despojada de todo, la verdadera distancia entre lo humano y lo divino, entre el desamparo y la ilusión, entre las burbujas de la Tierra y las hadas de la Luna, lo que tal vez intentó el culto de María en las rejas de hierro de la sociedad patriarcal.

Quizás antes de Mary Wollstonecraft estuvo la lucha ciega de esos artesanos, de esos mamposteros, de esos artífices del estilo gótico buscando su diosa en la piedra y el arco, en vitrales y en nichos, rescatando en el pavor medieval el misterio y la carne de las diosas paganas, ese misterio lunar cuyo abrazo enloqueció al pastor. ¿Quién nos dirá si cada catedral gótica no fue una lucha contra el despotismo del padre en el seno de unas sociedades sombrías, si ese vientre en penumbras donde todo parece flotar y las paredes dejan entrar la luz exterior, donde todo tiene algo de fisiológico, de visceral, como una voz de grutas y de aguas, no guarda bajo sus siete sellos poderosos secretos?

Entonces pensé en Notre Dame. Hacía mucho tiempo, porque estaban también restaurándola, no había vuelto a ver en mis viajes por París la fachada de la catedral, que había sido por años una de mis obsesiones. Al día siguiente

recorrimos de nuevo bajo el atardecer magnífico la hondura de los barrios que se encendían, y vimos un capricho de la ciudad, esa única calle de los cerros de Quito que se llena a lo largo de niebla mientras el resto de los barrios permanece despejado y visible. El volcán se perfilaba, poderoso y oscuro contra un cielo rojo, y, para mi alivio, la luna de alas de plata no brilló aquella noche en el cielo.

La luna en el cementerio de los ingleses

En diciembre viajé a Roma a participar en un encuentro latinoamericano, en una de las muchas ferias del libro que se realizan en la ciudad. Sentía de tiempo atrás la necesidad de visitar la bahía de La Spezia, la casa de los Shelley en Pisa, el palacio de Byron en Venecia, pero ahora sólo tendría una semana para caminar por Roma, para mirar desde allí las peripecias del más reciente año de mi vida, y para mirar entre los olivos de la casa de Santiago Gamboa y de Lía las metamorfosis del otoño.

Sylvia Amaya me había encontrado una pequeña pensión en un hotel de la calle Paissello, cerca de Villa Borghese, no muy lejos de la casa que compartía con Eliza, su hija. Una tarde, después de un delicioso almuerzo con mozzarelas de diversas texturas, les estuve contando a ella y a Eliza la historia de Villa Diodati. Me interesaba saber cómo recibía una adolescente de hoy ese relato de adolescentes de hace dos siglos, y pronto advertí que si el tema de los poetas y su vida desordenada le resultaba atractivo, el tema de los monstruos naciendo en una mansión apacible bajo las tinieblas del cambio climático podía ser incluso más fascinante.

Roma es un buen lugar para hablar de estas cosas: los jóvenes parecen más jóvenes en contraste con aquellas cosas eternas; los monstruos, más monstruosos ante tantas filigranas del canon, ante los equilibrios de Paladio y las simetrías de Rafael; lo sombrío y lo inestable más perturbadores ante la claridad y la firmeza de la Columna Trajana. Salimos de la casa, caminamos un rato sobre un suelo mullido de hojas ocres y amarillas. Frente a una puerta que se abría a un misterioso camino de encinas centenarias tomamos un tranvía que nos llevó a la Piazza de la República. Yo quería invitarlas a visitar las tumbas de los poetas, pero al descender Sylvia nos propuso visitar primero la basílica de Santa María de los Ángeles, para ver el péndulo de Galileo.

Diseñada por Miguel Ángel sobre una fracción de las termas de Diocleciano, la basílica es un reloj de sol. Un orificio en la cúpula deja entrar desde la mañana un rayo solar que a lo largo del día va recorriendo el suelo de la meridiana, una línea de bronce de 45 metros donde, desde Cáncer hasta Capricornio, desde el solsticio de verano hasta el solsticio de invierno, están dibujadas las horas con sus correspondencias en los zodíacos y las mitologías. Cada hora tiene su escorpión o su acuario, sus gemelos celestes, su balanza o sus peces, y los visitantes diminutos pueden sentirse como arenas de un reloj inmenso, o como pequeños tejidos sensibles en un sistema inexorable de ruedas cósmicas, en una danza magnética de husos y estrellas.

En una pared estaba el péndulo, que sostiene una mano de metal y que revela de qué manera la firme basílica, y el vasto mundo sobre el que estamos posados, rota incesantemente en el abismo cósmico. Uno aprecia por igual el rigor inhumano de los mecanismos y el colorido demasiado humano de las estampas con que científicos y artistas rastrean y celebran el prodigio.

Salimos mareados de cielo, y Eliza aceptó acompañarnos al cementerio de los ingleses, a visitar mudas tumbas a la sombra de unos cipreses polvorientos. En la antigüedad de Roma, unas tumbas de hace dos siglos son cosas de una actualidad casi ofensiva: cuando aquellos poetas fueron enterrados allí, ya había transcurrido toda la historia universal y más de una vez se había acabado el mundo.

Eliza recordó que a las cinco de la tarde habría un eclipse de luna parcialmente visible desde Roma. Le dije que a veces los eclipses eran más bellos y menos peligrosos vistos desde la periferia, y recordé un viaje en Colombia con Claudia Calderón muchos años atrás, a las colinas de Andalucía en el Valle del Cauca, cuando un eclipse total de sol ennegreció el cielo de las tres de la tarde y formó en los extremos del valle, al oriente y al occidente, tenebrosas cortinas crepusculares de un rojo marmóreo, mientras en las hierbas y en las lagunas grillos y ranas engañados empezaban a celebrar la noche. Quizá porque ese día remoto también pareció eclipsarse algo en nuestras almas, el recuerdo de aquel eclipse me había quedado grabado menos como un fenómeno celeste que como una mancha en un cielo interior, y recordarlo, de repente, en Roma, tantos años después, me devolvió por un instante a los veranos de mi juventud.

—Me parece oportuno ese eclipse —le dije a Eliza— porque esta historia que voy rastreando tiene algo que ver con la Luna.

Tomamos un taxi y le pedimos al conductor que nos llevara al cementerio de los ingleses. Mientras desfilaban por las ventanillas el Coliseo y el Arco de Constantino, procedí entonces a contarles que tres siglos atrás John Milton había visitado Italia y había sido recibido en Pisa por Galileo Galilei, quien se escondía de la Santa Inquisición.

Precisamente en Roma, cuatro siglos atrás, el emperador Carlos V había sido padrino de bautismo del hijo de una poderosa familia italiana, que en homenaje al emperador fue llamado Carlo. Eran tiempos de cismas. Años más tarde aquel Carlo entró en relación con los reformistas, se refugió en Ginebra, y allí nació su hijo Giovanni Diodati, que estudió en Alemania hebreo y arameo, se doctoró en Teología a los diecinueve años, fue catedrático de hebreo a los veinte, y consagró su vida a una misión peligrosa: ser el primer traductor de la Biblia al italiano, porque quería, como Lutero, que todos pudieran leerla.

Ese hombre laborioso no sólo revisó también la traducción francesa hecha por Olivetan, sino que fue el constructor en Ginebra de Villa Diodati, y su traducción, la Biblia de los calvinistas, fue considerada desde el comienzo por los jueces de Roma como una obra diabólica. Su lectura fue prohibida, y hasta la casa construida por Diodati en la pendiente de Coligny empezó a ser vista como un templo de rebelión. Uno de aquellos Diodati, Enzo, fue compañero de estudios de John Milton en Londres. Y por eso en 1638 Villa Diodati fue residencia de paso de Milton, quien venía de regreso de Italia, donde había conocido a Galileo.

Pero lo que me importaba contarles es que el sabio escondido aprovechaba el encierro para adelantar sus estudios sobre los movimientos del Sol y de la Tierra, utilizando un instrumento inventado por Jean Roget poco antes como arma de guerra, que había sido patentado por Hans Lippershey con el nombre de lente espía. Era un objeto de maderas cilíndricas y cristales pulidos, hecho para vigilar a la distancia los ejércitos enemigos, y Galileo produjo una revolución de la ciencia con el solo recurso de cambiar su orientación y dirigirlo hacia lo alto, para observar en detalle los cuerpos celestes.

Galileo invitó al poeta a mirar a través del telescopio una noche de luna clarísima, y Milton pudo ver, como casi nadie antes, esa cosa inmensa y misteriosa: el disco cristalino de la Luna llena de manchas y cráteres, de montañas y valles de polvo, un mundo delicado y fantasmal que flotaba sobre los silencios del mundo. Aquella visión persiguió a Milton en su viaje hacia el

norte. No podía olvidar el planeta fantasma lleno de relatos que ya no se parecía a las leyendas antiguas, donde la Luna era una diosa de la que se enamoraban los pastores o una reina con cuernos de sangre presidiendo ceremonias crueles en las selvas de la Edad Media, sino que era algo más increíble que las leyendas: un mundo blanco lleno de montañas flotando en el cielo.

Con esa imagen en el alma, Milton llegó en 1638 hasta Villa Diodati, y en una de esas noches junto al Lemán, dicen que tuvo un sueño, si no fue una visión: vio aparecer en el cielo, a la cabeza de un ejército de ángeles rebeldes, un ángel bello y terrible que traía en su mano derecha una espada en llamas y en su brazo izquierdo un escudo luminoso, pero el escudo era la Luna que Milton había visto en el telescopio de Galileo.

Y dicen que aquella misma noche Milton concibió su poema *El paraíso perdido*, la historia de la criatura que se rebela contra su creador, del ángel que se atrevió a alzar la mano contra Dios, que sedujo a la mitad de las tropas del cielo para que lo siguieran, y que, vencido por los ángeles fieles, fue precipitado al abismo en una caída que algunas mitologías miden en años y otras en siglos.

Les conté que para mí había sido aterrador descubrir que en ese mismo lugar donde nacieron el vampiro y Frankenstein había nacido también, dos siglos atrás, el Lucifer de Milton, el ángel bello que al caer en la tierra se convirtió en serpiente para que las criaturas humanas perdieran para siempre el Paraíso.

En ese momento, el taxi se detuvo. El viaje, que había sido largo, curiosamente había durado lo que duró el relato. El taxista, que había guardado silencio por todo el camino, desde Términi, pasando junto al Foro Imperial, y siguiendo hacia el sur hasta la pirámide de Cestio, en vez de decirnos que estábamos ante el cementerio de los ingleses, se volvió a mirarme y dijo exaltado, con grandes énfasis italianos:

“Professore: yo no sabía esas cosas de Galileo y de su telescopio, ni esa historia de la Luna, de Milton y del escudo de Lucifer. Gracias por todo lo que nos ha contado esta tarde”.

Comprendí que el taxista había ido demorando el viaje hasta que la historia terminara, y que no lo había hecho por malicia sino sólo por conocer el relato hasta el final. Entonces fui yo quien le dio las gracias por haber entendido todo lo que yo había ido diciendo en español sin advertir que él me escuchaba.

El eclipse había oscurecido un poco la tarde rosada de invierno: pero había

luz suficiente para visitar la tumba de Shelley.

El corazón en llamas

No quise remontar primero la cuesta rodeada de mármoles; preferí, como seguramente prefieren todos, desplazarme hacia la izquierda, viendo el perfil de la pirámide arriba, y llegar al confín del pequeño cementerio, donde está la tumba que no tiene nombre. *Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito en el agua.*

¿Quién sino el propio muerto escribió ese epitafio que habría debido corresponder más bien a Shelley? La tumba tiene una lira, y debería tener una urna griega llena de relieves, un grupo de jóvenes, una muchacha con su flauta, una música que no puede oírse y que sin embargo permanece y prosigue. Y sobre la tumba debería estar, suspendido en el aire, un ruiseñor. Allí está sepultado John Keats, cuya muerte a los veinticinco años conmovió tanto al joven Shelley, casi su contemporáneo, y lo llevó a escribir un poema que todos recuerdan: *¡Paz, paz! Él no está muerto, ni dormido, Del sueño de vivir se ha despertado.*

No podía saber Shelley, quien sólo tenía cuatro años más que Keats, que la ausencia sería muy breve, que la distancia que lo separaba de la eternidad en el momento de deplorar la muerte del poeta casi niño era de un año y medio. Volví a decirle a Keats lo que sin duda le dirán todos los visitantes, que no pasó por la vida en vano, que hizo más bello el mundo, que unas cuantas palabras dispuestas en un orden sublime bastan para la inmortalidad, que *una cosa bella es alegría para siempre.*

Después remontamos con Sylvia y con Eliza la colina y llegamos justo hasta la muralla, a la sombra misma de la pirámide de Cestio. Allí, bajo una hilera de cipreses, que acaso son todavía los cipreses que sembró Trelawny cuando compró las tumbas y cuando llevó las cenizas de Shelley para darles sepultura, estaban los pequeños mausoleos. Yo llevaba en mi morral el libro de

Trelawny que me regaló Andrés año y medio antes, y lo saqué entonces porque me pareció necesario oír de su propia voz el relato.

“No había más sepulturas alrededor. El lugar resultó de mi agrado, así que compré el nicho y espacio suficiente para plantar una hilera de cipreses. (...) Contraté albañiles enseguida para que construyeran dos tumbas. Al final, en una de ellas deposité la caja que contenía las cenizas de Shelley y la cubrí con una losa sólida en la que se leía un epitafio latino escrito por Leigh Hunt. Añadí unos versos de la obra favorita de Shelley, *La tempestad*:

*Nothing of him that doth fade
but doth suffer a sea change
into something rich and strange,*
(Nada suyo se ha perdido
pero el mar lo ha trasmutado
en algo rico y extraño).

La otra tumba, construida con la sola intención de llenar el espacio, fue recubierta del mismo modo, aunque vacía por dentro y por fuera. Sembré junto a las tumbas ocho cipreses. La última vez que los vi, en 1844, los siete que quedaban tenían treinta y cinco pies de altura. Llevé flores, cerqué el terreno que había comprado y así terminé mi tarea”.

La tumba contigua permaneció sesenta años vacía. En 1881, el hombre que la había construido, y que la había visitado por última vez treinta y siete años atrás, fue sepultado allí. Es sin duda lo que había querido desde el comienzo. A la muerte de Shelley, Trelawny lo había preferido a Byron, porque le parecía más grande y más sincero, y sobre todo se esforzó por impedir que el cráneo de Shelley cayera en las manos de Byron. “Byron me pidió que guardara para él el cráneo, pero yo sabía que antes había utilizado un cráneo para beber, y decidí que el de Shelley no sería objeto de semejante profanación”.

Me conmovió pensar que ese hombre que ahora reposaba junto al poeta fue el mismo que rescató su cuerpo, el mismo que lo incineró en una playa vertiendo vino sobre él y añadiendo aceite y sal a la hoguera. Trelawny contó crudamente que el cadáver de Shelley se había abierto en el fuego, dejando a la vista el corazón, que el hueso frontal se había partido y el cerebro bullía y hervía ante sus ojos. Byron, que estaba presente, no soportó el espectáculo. Y

lo que más sorprendió a Trelawny fue que, cuando ya el cuerpo era cenizas, y no quedaban más que fragmentos del cráneo, el corazón permaneciera intacto. Él mismo rescató del fuego esa reliquia, y se quemó la mano en el corazón de su amigo. Qué extraño que ahora estuvieran juntos, qué curioso que no fuera Byron el compañero de Shelley en la breve noche de la tumba. Que fuera otro corazón el que ahora reposaba junto al suyo.

Digo “la breve noche”, pues en Roma no se puede dejar de pensar en el verso terrible: *Porque también para el sepulcro hay muerte*. Pero Trelawny acertó en lo que hacía: enterrado en cualquier otra parte, el olvido ya habría venido a pastar de sus huesos, en cambio Shelley se parece a aquel que en las orillas del tormento tuvo poder bastante para prometerle el cielo a otro. Shelley, tan misterioso y tan poderoso, ha sido capaz de ofrecer un refugio en la memoria, de brindarle su protección y su amparo, su nicho en la leyenda y casi un aura de mitología, siglos después, al que arrancó su corazón de las llamas y pidió asilo bajo el arco de sus cenizas.

Salimos del cementerio cuando ya era de noche. Los gatos empezaban a pasear sobre las tumbas, a la sombra de la pirámide de Cestio; los pinos de Roma, con sus follajes redondos y oscuros, devolvían el tiempo, y sobre el confín de columnas rotas, en un ruinoso cielo de letras latinas, la Luna había vuelto a llenarse después del eclipse. Tal vez yo estaba alterado por el recuerdo de la tumba vacía y de la Luna en el telescopio de Milton, pero en ese momento volví a recordar la noticia que había recibido en Buenos Aires y leído en Quito, sobre los señores de la Universidad de Texas, y su descubrimiento de que en la noche del 16 de junio de 1816 sí había habido luna llena sobre Ginebra, y que Mary sí había visto un rayo de luna entrar por su ventana en el momento de concebir al monstruo.

El hecho podía ser curioso, pero en ese momento significó una revelación alarmante: yo, acostumbrado a registrar los azares de cada hallazgo, ahora veía algo nuevo en los hechos. Le había dicho a Eliza que esta historia tenía “algo que ver con la Luna”, pero en la pequeña habitación del hotel Paisiello me puse a revisar todo lo que había escrito, y casi me espantó la frecuencia con que la aparición de la Luna acompañaba algún momento de mi búsqueda. Y digo búsqueda sólo por darle un nombre, porque muchas veces sentí que era el tema el que venía buscándome.

Leí mucho rato en la noche: por todas partes, en esta historia de Villa Diodati, en la persecución de sus personajes y en mi propio rastreo por libros

y países,
rebrillaban las lunas de cáscara de huevo,
las grandes lunas llenas de silencio y de espanto.

Los amigos

Byron dijo alguna vez que la amistad es el amor pero sin sus alas: también pudo decir que la amistad es el amor pero sin sus tentáculos, un amor más capaz de abnegación y de desprendimiento. De los muchos seres que conocemos muy pocos llegan a ser nuestros amigos, y todavía menos se convierten en amigos entrañables, que enlazaron su vida con la nuestra y con quienes vivimos desde entonces un destino común.

Dos amigos son dos seres que no han podido escapar a la magia, a la fascinación de un encuentro, y yo nunca vi un ejemplo tan completo de amistad como el de Byron y Shelley. Se admiraban vagamente cuando se conocieron, pero a partir del encuentro sus vidas ya no fueron independientes, se necesitaban, se alimentaban con su diálogo, fortalecían su propio carácter contrastándolo con el del otro, y a menudo también se modificaron, se ayudaron a modelar cada uno su propio destino.

Es posible rastrear a partir de un momento en las obras de Byron, ingeniosas, diestras, desafiantes, el influjo de un pensamiento más complejo, de unas convicciones más firmes y de una claridad de expresión verdaderamente clásica; es posible rastrear en las obras de Shelley la irrupción de un espíritu de aventura, de un colorido mental y de una audacia nueva, cosas que surgieron del contacto con esa vida incandescente, viento de tempestades y caleidoscopio de pasiones, que era lord Byron.

Para advertir la dimensión trágica de aquella amistad hay que decir que Byron y Shelley no sólo se influyeron en términos filosóficos y literarios, y no sólo se dieron uno al otro una vida nueva, sino que habría que atreverse a decir que también se dieron la muerte.

Porque Shelley fue siempre un lector sedentario, un hombre que vivía en los libros y en el pensamiento, hasta cuando la proximidad de Byron lo hizo

inclinarse por las aventuras físicas: tal vez nunca habría tomado la decisión de comprarse aquel barco y emprender azarosas navegaciones si no hubiera estado bajo la influencia de Byron, bajo la gravitación de aquel espíritu aventurero.

Pero como era de temer, en un hombre como Shelley la temeridad recién conquistada se unía a la falta de prudencia de quien asume los riesgos con excesiva convicción, y esto lo llevó a hacer cosas que el mismo Byron no haría. El aventurero histriónico George Byron era en realidad un hombre calculador: su audacia no llegaba tan lejos como él mismo presumía. Shelley se abandonaba a las cosas en las que creía, y ya no calculaba los riesgos, y su naufragio en la bahía de La Spezia, en una tormenta a la que el propio Byron no se arriesgó, muestra de qué modo absoluto se entregaba al influjo del otro.

Ahora bien, Byron nunca habría pasado de su exhibida pose liberal a una actitud más decidida si no hubieran mediado la fuerza de carácter y la convicción de su amigo. Shelley encontró a un revolucionario de salón y lo convirtió en un héroe real. Muerto Shelley, Byron se vio de pronto en el corazón de una tragedia verdadera, su actitud política dejó de ser meramente escenográfica y se convirtió en una epopeya real, y tal vez nunca habría viajado a Grecia, ni habría sido soldado de la lucha por la independencia, ni habría muerto en los pantanos de Missolonghi convertido en el símbolo de una generación heroica, si no hubieran pasado por su vida el ardor verdadero, sin mancha de simulación, la entrega purísima a la causa de la libertad de alguien como Percival Shelley.

Y todo esto acaso significa que esos dos amigos entrañables y distintos no sólo se dieron involuntaria y recíprocamente la muerte, sino que llevaron su amistad a una dimensión mítica, pues en rigor cada uno asumió la muerte para la que el otro parecía predestinado.

Quizás la verdadera muerte de Byron ha debido ser el naufragio en medio de una tempestad, como lo exigiría el *contrapasso* dantesco, quizás la verdadera muerte de Shelley ha debido ser un final heroico en las trincheras de una nación que luchaba por su libertad, y ello hizo doblemente bella y significativa la muerte de ambos: el símbolo de una amistad tan profunda que llevó a cada uno de los dos a morir de la muerte del otro.

El suburbio del templo

Después de visitar el cementerio de los ingleses, de detenerme ante la tumba de Keats y de pasar un rato en silencio junto a las tumbas de Shelley y Trelawny, a la sombra de la pirámide de Cestio, fui por una semana de Roma a París, y otra vez me hospedé en casa de Tania, cerca de la plaza de la Bastilla. Una de esas tardes, después de escribir mucho rato, salí por fin a las calles frías de finales de otoño. Tania iba a estar trabajando en la casa hasta las siete, de modo que le prometí llegar después de esa hora, para conversar un rato con ella y con Arturo.

Mi único propósito era comer un *couscous* en algún restaurante norafricano, pero el día anterior había encontrado clausurado el Salamambo, un viejo sitio tunecino cerca de la fuente de Saint Michel, a donde en otros tiempos iba a menudo, y pensé que lo mejor sería buscar algo en los altos de Belleville. Tomé el metro en esa dirección, pero al llegar a la estación de République no pude esquivar el recuerdo de unos años queridos en que trabajaba en ese lugar vendiendo periódicos vespertinos.

“¿Por qué no descender en la plaza de la República –me dije–, por qué no remontar como hace treinta años la rue du Faubourg de Temple, que recorrí cada tarde durante más de un año, y comprobar qué cambios han obrado las décadas?”. Estábamos a mediados de diciembre; hacía frío en la plaza ante la solemne y enorme dama de bronce que simboliza la República. La calle se empina y se retuerce hacia el este, para perderse más allá, en regiones que llevan nombres llenos del radicalismo de otros tiempos: Colonel Fabian, Stalingrad...

Yo llegué a conocer cada comercio de esta calle, yo era una de las costumbres cotidianas de su gente. Muchas personas esperaban verme llegar con mi bolsa de tela de *France-Soir*, trayendo las noticias vespertinas. Volví a

verme llevando por esos barrios la noticia de que Ronald Reagan había sufrido un atentado, de que John Lennon acababa de ser abaleado en el edificio Dakota, junto al Central Park, y recordé también las veces en que la noticia me esperaba a mí. La señora de la venta de vinos, en el cruce del canal Saint Martin, a la vuelta de una floristería que custodiaban dos perros enormes, me recibió una tarde con el grito: “Ils ont tiré sur le pape!”. Lo dijo con tanta alarma y con tanta firmeza que casi creí que estaba señalando detrás de mí a los culpables del crimen. La televisión se me había adelantado.

No estaba la venta de vinos, no estaba la floristería, y recorrí la calle cada vez más melancólico. “Dirán que estamos tristes porque llueve”, decía una vaga canción en mi mente. Casi nada de aquel tiempo quedaba en pie: ni el viejo que reía ante la noticia de cada crimen, ni la rubia entrada en años que ostentaba su piel bronceada en los veranos de África, ni las carnicerías de judíos con la estrella de David estampada en los rojos espejos, ni la última mendiga francesa sostenida en sus dos muletas y su única pierna que todavía pedía no sólo en lengua antigua sino en moneda antigua, y no decía: “Dame un franco”, sino “T’as pas cent balles, jeune homme?”, ni los oscuros bares africanos, ni el muecín que llamaba a la plegaria desde un quinto piso, y finalmente ni siquiera encontré los mercados árabes llenos de música, de telas, de dátiles y de pasteles de nueces y miel.

Por supuesto, tampoco había dónde comerse el *couscous* que había ido a buscar, y a cambio de las viejas barriadas de inmigrantes del norte de África me encontré con extensos mercados de vietnamitas y de chinos. Conté en un sitio hasta catorce frutas y legumbres desconocidas, eso que por un instante nos parece la vegetación de otro planeta, y tuve que resignarme a un pato laqueado con el arroz más insípido, grumoso y ardiente del mundo, en un restaurante baldío y abierto al resplandor frío del atardecer, donde el único otro cliente era un colombiano cuyo rostro no vi, que hablaba por teléfono móvil, en un español críptico, de confusos negocios.

Cuando salí eran las cinco, pero ya oscurecía. Abatido por aquella intempestiva peregrinación al pasado, volví a tomar el metro y me deslicé hacia la Bastilla. Pero al llegar comprendí que Tania estaría ocupada todavía en la casa y que tenía tiempo de sobra para ir a mirar los comercios de la rue Saint Antoine. En el tiiovivo sin niños del Hotel de Ville, los caballos de madera giraban para nadie en la música. Decidí regresar caminando por el barrio entrañable. Recordé al pasar que en la rue de Birague, treinta años

atrás, con María José Durán y con Carlos Arellano leímos juntos la *Crónica de una muerte anunciada* dos veces el mismo día, cuando el libro llegó de Colombia; recordé que en la Place des Vosges, al fondo, nunca pude visitar la casa de Víctor Hugo, porque siempre llegué ya de noche a su puerta. Pero había en el vecindario una casa que yo descubrí sin que ninguna guía turística me la revelara, un día de verano en que vagabundeaba sin rumbo, en la rue François Miron, justo detrás de la iglesia de Saint Paul. Allí, donde hoy ondea la bandera de Francia porque es el nuevo edificio de los juzgados, por esos barrios jorobados anteriores a la revolución, estaba la casa que ocupó hace dos siglos y medio Wolfgang Amadeus Mozart: un balcón de madera entre flores asomado a un patio circular, donde convergen las miradas de muchos barbados y simétricos faunos de piedra.

La temperatura seguía descendiendo. Por entibiarme un poco, y por hacer tiempo, entré a un gran almacén que ofrecía artículos de escritorio y objetos de Navidad. No había avanzado mucho por sus pasillos y ya estaba ante los estantes llenos de libros de arte.

Me había prometido no comprar libros, porque había dejado en Roma una maleta llena y no quería llenar otra con las ocurrencias del viaje, de modo que caminé entre los estantes con ese sentimiento de invulnerabilidad: la certeza de no sucumbir a la tentación, y fue entonces cuando vi el nombre del monstruo, entre los anaqueles.

Al comienzo pensé que era una edición más del *Frankenstein* de Mary Shelley, pero pronto advertí que eran otros los nombres de los autores. Recorrí algunas páginas al azar y sentí un escalofrío familiar: era un libro que yo habría anhelado encontrar, de haber sabido que existía. Un par de autores húngaros habían rastrado por años todos los datos sobre el personaje de la novela, Víctor Frankenstein, sobre Villa Diodati, sobre Chapuis, la casa de los Shelley en Cologny, y sobre todas las cosas imaginables asociadas a esta historia. Mi obsesión y mi búsqueda azarosa no eran nada al lado de la minuciosidad y la laboriosidad de Radu Florescu y de Matei Cazacu: habían visitado todos los lugares de la historia, en Ginebra, en Lausana, en Nápoles, en Pisa, en Venecia; habían hablado con los dueños de las mansiones, con los descendientes de los protagonistas, con los vecinos de aquellos lugares; habían revisado las bibliotecas, y el libro, publicado en inglés en 1975 con el título *In Search of Frankenstein*, que había sido traducido al francés y publicado en Italia, no en Francia, dos meses atrás, con la estampa de un

castillo fantástico en la portada, se las había arreglado para llegar a aquel anaquel antes de que yo pasara por allí.

Sentí de nuevo el síndrome de Villa Diodati, esa fiebre de polen de primavera, confirmándome lo que tanto había pensado: que, como en el antiguo Ciclo de Rolando y en la Materia de Bretaña, el recuerdo de esos hechos ha ido formando un caldo de leyendas.

Pensé resignado que, como de costumbre, otros me habían arrebatado mi historia. Pero, como de costumbre, pronto sentí que, al contrario, lluvias nuevas venían a fecundar la tierra oscura, nuevas preguntas y conjeturas renovarían la emoción de mi búsqueda.

Una hora después, tras extraviarme un rato por haber tomado la rue des Archives en vez de salir a la rue Saint Antoine, llegué por fin al apartamento de Tania, y sólo en esa tibieza comprendí cuán frías estaban las calles. Entonces les conté a Tania y a Arturo mi peregrinación de la tarde, el modo como el recuerdo de años viejos vendiendo el diario vespertino me había llevado por los laberintos de París hasta un libro que era casi imposible encontrar porque yo ni siquiera sabía de su existencia. Pero la conversación dio un vuelco enigmático. “Qué raro que hables de *France-Soir*”, dijo Arturo. “Hoy, precisamente hoy, ese diario circuló en Francia por última vez”.

“Ya es difícil creer que el mundo tenga sentido”, dijo algún día Borges, “más difícil es que pueda tener dobles y triples sentidos”. Yo había vuelto a recorrer la ruta de mis años perdidos justamente el día en que el diario moría. Por un momento sentí que mi recorrido había sido gobernado por un designio secreto y que su fin desconocido era un libro; ahora, de repente, comprendí casi con temor que cosas más ocultas me habían llevado por las calles heladas de mi juventud. *Algo que ciertamente no se nombra / con la palabra azar, rige estas cosas*, dijo una voz en el fondo de mi memoria. Y me quedé mucho rato en silencio.

Los vasos de sangre

“Observando en sus telescopios manchas misteriosas sobre el sol, algunos astrónomos y astrólogos habían anunciado el fin del mundo para mediados de junio”, ha escrito Radu Florescu. Lo que llegó sobre el lago fue “un verano con vientos, tempestades, borrascas y tormentas eléctricas de gran intensidad”. El sol no aparecía, la oscuridad reinaba día y noche, los amigos pasaban las horas en su encierro, atrapados por la emoción del encuentro y por una fuerza misteriosa de la que el clima era apenas la sombra.

Como dice la crónica augusta, que todavía hoy siempre olvida a los criados, en los días centrales de junio sólo estaban en casa Byron, Shelley, Mary, Claire y Polidori. Por el diario de éste sabemos que Matthew Lewis se les unió a mediados de julio, y que la bella condesa Potocka los visitaba fugazmente. Pero ¿qué importa en qué momento entran y en qué momento salen de la casa? Ellos forman el vórtice visible de esta historia, aunque no sea siempre posible verlos ante las chimeneas inextinguibles de Villa Diodati.

Están en una ciudad que sólo hace dos años ha dejado de estar anexionada a Francia y que hace un año se ha unido a la Confederación Helvética. Sólo la derrota de Napoleón les ha permitido a estos poetas llegar hasta allí. Byron ha sido parlamentario, y habla de la Europa napoleónica y de la Santa Alianza, del triunfo y del fracaso de la revolución, de las máquinas y de los obreros que las destruyen, de la industria creciente y del humo que empieza a borrar el paisaje.

Shelley, que niega a Dios, quiere salvar al hombre de normas insensatas y dogmas intolerantes, quiere que el cielo cristalino de la poesía flote sobre un mundo diáfano como el canto de un pájaro, rebelde como el viento. En cuanto a Byron, uno nunca sabe si habla en serio o si procura deshacerse en desplantes porque hay gente ingeniosa a la cual deslumbrar. Polidori tiene

cosas serias que decir, proyectos que explicar, pero el tono de Byron lo obliga a intentar bromas o extravagancias. Y lo malo es que mientras las extravagancias de Byron son siempre malvadas y eficaces, el joven médico, un aprendiz apenas en el arte de la impostura, sólo sabe pasar de lo ingenuo a lo grotesco, dándole siempre a Byron la oportunidad de convertirlo en rey de burlas. La condesa Potocka lo sabe todo del gran mundo napoleónico y de la política de Europa Oriental, y vive como madame de Staël rodeada de aristócratas, de damas opulentas y de intelectuales revolucionarios, de modo que para Byron son una fiesta sus anécdotas y sus infidencias.

Si hablan de la era de los derechos, Mary no deja de recordarles que, apenas dos años después del libro de Paine sobre los derechos del hombre, una mujer inglesa tuvo el valor de escribir un libro proclamando los derechos de la mujer, y nadie ignora que esa mujer fue la propia madre de la chica que está hablando y llevaba su mismo nombre.

También a ella le importa la ciencia, pero sobre todo la preocupa. Con este auge de la arquitectura meramente práctica, con esta humareda de fábricas y esta revolución de la industria, con este sinfín de máquinas de vapor, de fábricas y de telares sincronizados, ¿terminará cambiando nuestro sentido de la belleza, nuestra fascinación por el universo natural? ¿Seguiremos sintiendo que hay cosas sagradas?

¿Y qué pasará con la educación? ¿Habrán que entregar los hijos a las instituciones civiles, como a veces lo afirma Byron, o al Estado, como lo pregonan los socialistas? ¿Se borrarán las diferencias sociales entre hombres y mujeres cuando la reproducción no sea el principal objetivo de la unión entre parejas? ¿Se abrirá camino, como predica Shelley, el sexo en común, acabando con la ilusión de la fidelidad, convirtiendo el adulterio en un drama abolido? ¿Y qué dice el doctor Polidori sobre la homosexualidad? A medida que la reproducción pueda ser voluntaria y controlada, ¿pesarán más los afectos y la libertad que la vieja monogamia que impusieron las iglesias y la costumbre?

Clara está enamorada. Clara está embarazada. Clara no se pierde en abstracciones. Piensa en la cena, en el té, en las galletas, en toallas y en paraguas, y tiene ironía suficiente para burlarse de los poetas. Al cabo, nadie como ella ha sido capaz de cautivar con sus cartas y con sus canciones a los dos poetas más altos de Inglaterra. “En esta casa uno no es nadie si no ha escrito una tragedia”, dijo una vez sonriendo, y siempre habla con indulgencia

de esos hombres que lo saben todo del cielo y del mundo pero casi nada de la realidad y del cuerpo. A veces rivaliza con su hermana, pero entiende que Mary es una criatura mucho más intelectual.

“Una cosa es amar y otra reproducirse”, dice la voz de Byron. Lewis les dijo un día que, según William Beckford, el sexo y el amor son felicidades distintas, que no siempre coinciden. Polidori intenta una broma, Byron se burla, Clara propone pasar a la mesa, Mary trae un florero con rosas frescas que nadie sabe cómo ha logrado rescatar de las pérgolas a pesar de la lluvia.

Y desfilan por el diálogo los personajes de la Biblia del rey Juan, que le enseñó a Shakespeare a escribir (Dios es para ellos apenas uno de esos personajes). Shelley vuelve a preguntarse si Dios no ha llegado todavía o si más bien ya se fue para siempre. Byron recuerda que mientras todo esté lleno de dioses nada será accesible a la razón.

Sin que ellos lo sepan, han entrado en el diálogo las viejas sombras que habitaron la casa: Rousseau, el educador que no supo ser padre; Voltaire, la risa que depuso a los reyes, y aquel viejo Diodati que apagó el latín y el griego en los labios de Jeremías y puso a Moisés a hablar en italiano.

A Rousseau, inventor de la sensibilidad de una época, más de una vez sus pasos lo trajeron por la orilla del lago hasta la gran casa de los bosques. A Voltaire, las fugas y los retornos lo empujaron muchas veces al lago Lemán desde su casa en Ferney y desde su refugio en Chamberry. Esos dos hombres enfrentados, que creían combatirse, engendraron una criatura común: nadie ignora que una de las muchas consecuencias de la obra de aquellos escritores que se odiaban fue la Revolución francesa. Y en este año desolado de 1816, aunque ya los dos han muerto, no sólo es posible ver las consecuencias benéficas de aquella conmoción histórica sino sus más crueles manifestaciones sobre el alma de los pueblos.

Los filósofos han engendrado un hecho glorioso pero también un monstruo, una criatura de ansiedad y de rebelión que por momentos parecía insaciable de sangre. Porque una revolución no puede reconocerse en ningún pasado: su fuerza deriva de negar la tradición y de combatir la memoria; es el Calibán que habita en una ciénaga humeante y el Ariel de ilusión y de música capaz de transformar el mundo. Los monstruos brotan del sueño de la razón, pero el arte sabe extraer formas de las percepciones más sutiles de la sensibilidad y de las más oscuras convulsiones del miedo.

Y si Voltaire soñaba con la demolición de una injusticia milenaria, y si

Rousseau anunciaba furioso un cielo nuevo y una tierra nueva, ambos profesaron el culto a la naturaleza y a las inclinaciones espontáneas de los seres humanos. Estos salones de Villa Diodati escucharon un día de labios de su creador el discurso del buen salvaje, y vieron el filo de esa sonrisa que sabía burlarse de todas las supersticiones. Fue aquí, frente al lago, donde ellos vindicaron al ser humano, a medias animal y a medias sobrenatural, y concibieron la vasta rebelión que se alzó contra todos los poderes. Desde aquí presintieron a lo lejos los cañones de la revolución y el ascenso de la marea de sangre que cambió el destino del mundo.

Ahora las viejas sombras retoman el diálogo en labios de estos poetas ebrios de pasiones republicanas. De los vasos de sangre de la revolución pasan a la hoja de acero triangular como instrumento extremo de la razón, a la libertad, al odio por los límites, al derecho de rebelión que defendía incluso Tomás de Aquino, al fétido París de casas contrahechas de 1795, insomne bajo el terror, a las resurrecciones de Bonaparte y a su combate final con las nieves de Rusia, a la lucha creciente de las colonias y al poder de las sociedades secretas. “¡Por las cabezas de los reyes!”, grita Byron alzando la copa. “¡Por el porvenir de la República!”. Y bebe un vino oscuro, tan oscuro como la noche que los mira por las ventanas.

Los fantasmas

El clima es catastrófico. Quién sabe si esta oscuridad no será el anuncio del fin del mundo. Esta es la noche que durará tres días, y no necesitamos haber estado allí para describir la realidad en que viven estos jóvenes. A mí me basta visitar hoy, dos siglos después, el 16 de junio de un año remoto, una exposición del arte del Romanticismo en un museo cualquiera de París o de Zúrich.

Ver los claros de luna en el agua, con sombras de ramas que rayan los caminos fangosos; mujeres que vuelan entre los árboles sobre una oscuridad donde arden ojos de lobo; la muerte tocando el violín con un fémur finísimo; el beso que le está dando la esfinge al muchacho desnudo, mientras clava las garras en su espalda; los riscos que se asoman al abismo como cabezas de bestias y el viajero solitario, ante montañas sucesivas inundadas de niebla; la barca en contraluz ante las ruinas que emergen del lago; carretas por caminos de barro bajo cabañas empinadas entre las rocas; la dramática luz del abismo vista desde lo alto de la montaña, y esos paseos susurrantes de grupos de amigos entre nubes de árboles; esfuerzos por vivir una vida normal en un mundo armonioso, por criar hijos y amar amantes y cultivar virtudes, sobre un fondo sangriento de cañones y ciudades en llamas.

Nuestra memoria quisiera escarbar más aún en la telaraña de los afectos. Saber, por ejemplo, si Shelley convive a la vez con Mary y con Clara. Porque Mary lo ha negado siempre, pero le escribe en sus cartas a Shelley “dame un jardín y *absentia claraiae*, y te agradeceré, amor mío, tantos favores”. Comprobar si Byron oscila entre los asedios de Clara y las insinuaciones de Polidori, sin dejar por ello de caer sobre las camareras; pero la vieja tía de Polidori no nos ha permitido saberlo. Averiguar si el joven doctor ama a Byron, o está apenas fascinado con su genio verbal y su temperamento

diabólico. Y saber qué influjo fatal obra sobre estos jóvenes el seductor Matthew Lewis, a quien podemos presumir tan persuasivo y torrencial, tan sorprendente y peligroso como su novela. Y advertir cómo discurre el amor abnegado y lleno de culpas de Shelley y Mary, quienes en el curso de estos meses han perdido una hija, han abandonado a una esposa con dos hijos y a una hermana solitaria, y no pueden ignorar que la hermana y la esposa están atravesando por su causa un puente irreversible.

Cada frase de Byron delata su carácter egoísta y malvado, siempre jugando a Caín y a Lucifer, que deja sin descanso seres maltratados por el camino. Pero es curioso que todos los seres a los que Byron abandona, salvo el confuso caso de Polidori, sabrán sobrevivir y amarán su leyenda, en tanto que el abandono de Shelley será mortal tanto para Fanny Imlay como para Harriet Westbrook. Cómo es verdad que en este mundo produce más desolación la fuga de un ángel que la partida de un demonio.

Los muertos no cesan de llorar a sus muertos. Y es conmovedor advertir de qué manera los vivientes volvemos a temer que los que ya murieron se nos mueran. Volvemos a sufrir con sus sufrimientos, como temiendo que aun en el refugio de nuestra memoria pueda pasarles algo. El terco pasado se resiste a partir: los fantasmas queridos se demoran aferrados como hiedra a los muros y a los corazones, y también las cosas se aferran al mundo: pirámides y templos, palacios, coliseos, bibliotecas y oscuras prisiones siguen encerrando y gobernando a los vivos.

Materia sensible y fugaz, criaturas hechas de linfa y de sueño, pasamos de prisa entre cosas de piedra y de hierro, donde un follaje muerto macera sus capas deshechas, destila en licores amargos sus fecundaciones, para embriagar las gargantas de un día.

El mundo está cruzado de fantasmas, los montes están llenos de sus voces, las arenas no olvidan sus ciudades fantásticas; todo rincón de este suelo ha sido cuna y cementerio, y en la noche, mirando las estrellas, casi entendemos esos abismos hechos de ojos. El desierto es apenas el vestigio de ciudades que amaron y se extenuaron antes del tiempo, y en planetas lejanos hallaremos ciudades devastadas mucho antes de que la vida floreciera en la Tierra.

Ginebra titila en la noche. No sabe que es la sombra de un volcán remoto lo que ha oscurecido sus lagos, y que hoy ha sido escogida para recoger el gemido del magma terrestre. ¿Qué queda en la arcilla del mundo sino las huellas de unas manos que ya no están, sonrisas detenidas un tiempo breve en

el papel o en la pantalla, chispas que dejan un rastro de fósforo sobre un tablero de pizarra?

Casi como una plegaria pensamos en las generaciones del futuro, que acaso están aquí, ahora, examinando nuestras palabras, leyendo nuestro aliento en el espejo, cruzando las salas y los pasadizos de nuevas ciudades, quizá husmeando en nuestros diarios, oyéndonos hablar en estas habitaciones cerradas, así como nosotros invadimos los salones cerrados de Villa Diodati en la penumbra de una noche que duró tres días, porque no queremos perder un solo gesto de Polidori o de Shelley.

Hemos entrado en el salón central de Villa Diodati, donde se agita el fuego de la chimenea, donde sólo están a esta hora Byron con sus desplantes y Shelley con sus silencios, Mary con su decisión huérfana de ser la madre abnegada de la humanidad, Clara con sus laboriosas intrigas y Polidori con la ambición de tocar con sus manos, un instante siquiera, el cielo falso de la literatura, y sentimos que el espacio está lleno de otras presencias indefinibles. El salón se ha ido llenando de fantasmas: cada día son más: algún día serán infinitos.

Los jóvenes nerviosos y valientes tienen que sentir que hay algo que los alarma y los vigila, que casi les impide respirar, aunque se crean a solas. Porque hay, en el mismo espacio que ocupan, y atravesándolos, una legión de criaturas terribles, con las que no podrían hablar sin morir en el acto, seres de otra sustancia, que ya han sido testigos de sus pesadillas y de sus muertes.

“¿Oyes?”, dice de pronto Percy Shelley en el oído de Mary. “Hay alguien más aquí”. “Nos están escuchando”.

No sabrán nunca, por fortuna, quién los vigila y casi sin querer los espanta. Y si esas extrañas presencias no consiguen asustarnos del todo, si no caminamos llenos de miedo, crispados por la muchedumbre de sombras que se agolpan, es porque finalmente, ay, esos fantasmas somos nosotros.

El salón

Todo lo que sabemos es que en medio de la tarde tormentosa Polidori recordó que había llevado entre sus libros un ejemplar de *Phantasmagoriana*, una colección de cuentos alemanes de fantasmas. Se lo contó a Byron, y éste propuso que dedicaran la tarde a leerlos.

Tiempo después, acusado de copiar en sus historias de horror la atmósfera de *Los cuentos de Hoffmann*, Edgar Allan Poe, que en estos momentos no es más que un muchacho de diez años asediado por las tinieblas diurnas de un colegio de Inglaterra, dirá a sus acusadores: “El horror no es de Alemania, es del alma”.

Pero dejemos a Poe, que será con los años uno de los principales herederos de la atmósfera sombría de esta sala de Villa Diodati, pero por ahora no imagina siquiera lo que está pasando en el sur, a la orilla del lago, a la sombra enorme de las montañas.

Querriamos saber qué cuentos son éstos que forman parte del libro *Phantasmagoriana*, y nunca he renunciado a la esperanza de que la Sociedad de Lectura de Ginebra me permitirá un día encontrar un ejemplar de ese libro perdido. Acaso, por qué no, el mismo ejemplar que Polidori llevaba en su baúl, y que bien pudo dejar abandonado en Villa Diodati o en algún otro lugar de Ginebra cuando se peleó con Byron y decidió seguir solo su breve camino hacia la muerte.

Hay otro volumen que quisiera buscar, sin duda más fácil de encontrar en la mansión de los libros: la vieja Biblia en italiano que tradujo Giovanni Diodati, ese libro condenado por la Iglesia católica, que percibió sin duda sobre sus páginas desde el comienzo la sombra de unas alas membranosas. Es difícil exagerar la importancia de esas biblias italiana y francesa, que hicieron hablar a Dios en las lenguas vulgares, en el surgimiento de la edad de la duda.

Recuerdo el momento en que paseando por la Sociedad de Lectura me enteré de que allí estaban, una junto a la otra, las salas de Teología y de Relatos Policiales, y me digo con asombro que acaso tendré que volver precisamente a las salas contiguas de *Le coin de Dieu* y *Le coin du diable*, a buscar esos textos perturbadores. Como esquivando algo me pierdo por las galerías paralelas de este relato, pero es que así se ramifica la historia: asciende como enredadera por las ramas gruesas del lenguaje, avanza como hiedra por las paredes de las fortalezas, desciende como musgo por las criptas, y lleva a todas partes su limo fragante, su humedad y sus flores.

Pero estamos en Villa Diodati, cae la tarde, las historias alemanas de fantasmas llenan el aire llameante frente a la gran chimenea y el miedo se ha ido apoderando de estos jóvenes que apenas empiezan a conocerse. Hay que recordar que Byron sólo hace unos meses ha conocido a Polidori y a Clara Clairmont, y hace apenas unos cuantos días ha conocido a Mary y a Percy, de quienes ya no sabrá separarse. Hay que recordar que Shelley y Mary, que se aman, es decir, que se conocen desde la eternidad, en realidad se encontraron hace apenas algunos meses. Explorar juntos los libros es también una manera de conocerse unos a otros. El clima de terror va en aumento, y nadie sabría decir con certeza de dónde brota el miedo que se ha ido apoderando de todos.

Parece que brotara del libro, pero bien podría brotar del clima que ha arrojado sobre los Alpes la noche dilatada de un volcán asiático; del modo como el agua del lago recibe la sombra del cielo y los colores enfermos del atardecer; del modo como la arcilla de los cuerpos responde a las agitaciones del magma terrestre. Algo despierta viejos días en la mente, anima seres muertos, revive la penumbra de esos niños que fueron, renueva pesadillas sepultadas bajo muchas capas de hojas, hace crujir huesos y burbujear charcos de sangre en la escondida memoria de las generaciones.

Y a la memoria de Byron viene un poema que le recuerda cosas de hace años, cuando era un pequeño ángel pobre y renqueante en los inviernos tenebrosos de Escocia. El bello y sombrío poema *Christabel*, de Samuel Taylor Coleridge... Y aquí está el poema resonando en la sala mayor de Villa Diodati, en el rojo espectral de los troncos secos que crepitan.

*Es medianoche en el reloj del castillo
y los búhos despiertan al gallo con su canto
¡Tu-uit! ¡Tu-ju!*

Byron imita el ulular de los búhos.

*¿Está la noche helada y negra?
Helada está, pero no oscura,
la fina nube gris que se extiende en lo alto,
cubre pero no oculta el firmamento,
y está detrás la Luna, y está llena.*

Byron tiene un afecto especial por el poeta Coleridge: el año anterior, para ayudarlo a publicar un libro, ha escrito precisamente un elogio de *Christabel* en un diario inglés. Pero ahora no es el afecto personal por el poeta sino el clima espectral de su poema lo que ha despertado este recuerdo.

Yo dudo que nunca un poema haya sido escuchado con más atención, con más aprehensión, con ese oído atento de los cazadores perdidos en el bosque que tienen que atender a los más tenues rumores, la atención con que los guerreros ponen su oído en la tierra para sentir los cascos de los ejércitos enemigos, con el silencio de esa muchacha que sale de su castillo en la noche para rogar entre los árboles por el amigo ausente, y de pronto oye el gemido de una mujer bellísima que está encogida junto a un tronco. Geraldine, la mujer que aparece, finge haber sido víctima de cinco salteadores y estar necesitando ayuda, pero en realidad es una criatura de la tiniebla y ha escogido a su víctima.

La voz de Byron no cuenta las cosas, las hace existir, y estos jóvenes llenos de imaginación y temor beben miedo y belleza con un fervor idéntico, se entregan tanto a la música de los versos de Coleridge que de verdad están en peligro. Mary está conmovida, porque esa historia de una muchacha huérfana que vive con su padre en un castillo se parece demasiado a su propia historia de hija huérfana de William Godwin; porque ese encuentro con un ser de fuerza casi sobrenatural se parece demasiado a su propia experiencia del encuentro con Percival Shelley, y la escena en que la mujer de ojos hipnóticos la convence para que le permita dormir en su propio lecho tiene el encanto doblemente perturbador de una historia de miedo y de un episodio de desnudez y deseo entre dos mujeres bellas que se abandonan en un cuarto en penumbras.

También Polidori está oyendo la historia y encuentra en ella otras cosas: el modo como un ser de increíble belleza y de inmenso poder hace caer su influjo sobre un ser frágil y confiado, y empieza a alimentarse de la energía vital de

esa criatura hospitalaria y llena de admiración. Mary escucha el poema desde su soledad femenina que interroga la vida y sus fecundaciones, Polidori parece sentir en su cuello unos colmillos helados.

Están jugando con sus nervios hasta el extremo. Y no sabemos qué está sintiendo Percy: no quedó escrito un testimonio de la poderosa impresión que le causa el poema, como sí lo tenemos para siempre en la pesadilla de Mary Wollstonecraft y en la novela de Polidori. Sin embargo, es Shelley quien va a estallar primero: su rostro se ha ido llenando de un sudor frío, y de repente, antes que Byron termine el poema, Percy se vuelve, asustado, a mirar a su querida Mary, buscando ayuda o protección, y lo que ve lo paraliza de espanto: allí no está Mary sino la siniestra Geraldine del poema, sus ojos de serpiente, su rostro blanco. El joven poeta lanza un grito de espanto y sale corriendo de la habitación.

Un momento después todo habrá pasado. Mary lo alcanza y lo consuela, enjuga el sudor frío de su frente y de sus mejillas; Byron seguramente deja el poema sin concluir, como ya lo había hecho de todos modos Coleridge, y acaso se felicita de haber logrado un efecto tan poderoso aprovechando el clima de terror que produjeron en estas almas jóvenes los fantasmas alemanes.

Ahora puede aligerar la tensión con unas cuantas bromas eruditas, con alegres sarcasmos que disimulen que él también estaba aterrado, y esa pausa le sirve para arremeter de nuevo, con más energía. Entonces propone a los presentes, hacia la medianoche, que cada uno se retire a solas a una habitación, para ver quién escribe la historia de horror más espantosa.

A la hora en que cada uno se va quedando solo

Estaban asustados y el desafío fue aterrador, pero eran tan jóvenes que no vacilaron en aceptarlo. Podían estar temblando de pies a cabeza, podían crujir sus dientes, podían presentir visiones más siniestras que la que acababa de dominar a Shelley: nada impidió que se abandonaran al peligro y fueran al fondo de la oscuridad.

Tal audacia mental puede darnos la medida del carácter de esos muchachos impulsivos y de esas muchachas delicadas, pero también del espíritu de la época. Veinte años atrás, unos jóvenes como ellos habían torcido o enderezado el rumbo de la historia, subieron a unas mesas de café a encender con discursos a las muchedumbres, derribaron prisiones infames, afilaron las hojas oblicuas de las guillotinas para igualar al ras a los hombres y obligaron a una nobleza milenaria a beberse en copas finísimas su propia sangre, lubricando las maquinarias de la esperanza con el aceite negro del terror. Y esta generación no era menos audaz y feroz.

En Byron, la vanidad podía más que el miedo: esa noche del 16 de junio se retiró a su aposento sintiendo que quien había propuesto el juego tenía un poco más de control sobre él. Su genio no produjo en esa sombra ninguna página sublime, ninguna fantasía que lo encadenara a un propósito, pero sólo él hizo posible la irrupción de los monstruos: también de él brotaba la tiniebla inquietante que se apoderó de la imaginación de sus amigos y los llevó a engendrar la pesadilla. Y claro que era Byron quien había concebido la idea del aristócrata sediento de sangre que Polidori llevó luego a la tinta, forjando el vampiro a imagen y semejanza del poeta.

Todo lo que tocaba Byron quedaba contagiado de inquietud, de pasión y de sombra. Cada vez que uno intenta seguir el rastro de alguien en quien él se haya detenido, encuentra siempre una consecuencia y algún lejano resplandor.

Así como siguiendo el rastro de Polidori encontramos la hermandad prerrafaelita, un día quise saber qué había sido de Ianthe, la bella muchachita de once años, lady Charlotte Harley, a la que Byron en un rapto de veneración le dedicó su libro *La peregrinación de Childe Harold*: la vi crecer, convertirse en Hebe, escanciando el vino para un águila en un cuadro de Richard Westall, casarse con el capitán Anthony Bacon, irse a vivir al otro extremo del mundo, darle su nombre a Charlotte Waters en Australia, tener hijos, vivir hasta una avanzada vejez, hasta el punto de que pudo haber leído setenta años después la dedicatoria que le había hecho Byron, y al cabo de cien años, y ya muerta, convertirse en la bisabuela del pintor Francis Bacon.

En los espectros que Byron proyectaba a su paso encontró refugio la fuerza que el fuego transmitía en vapor y cristal a la atmósfera, para que al final se convirtiera en espíritu, como de algún modo se lo había revelado Schelling a Coleridge. Aquella noche Shelley, a su vez, aunque padeció el poder del poema en los labios de Byron, volvió a su cielo de metáforas, donde ninguna criatura imaginaria podía resultar más fantasmal que su propio destino de duende y de ángel caído. Mary vivió sin duda el terror más profundo: condensó su vida de orfandad y de losas fúnebres, su obsesión por los fantasmas, tantas preguntas dolorosas, en un diamante negro. Y el pobre Polidori, encadenado al peñasco de Byron, concibió como Mary su criatura de espanto: los dos prolongarían por meses el trabajo febril de dar forma al horror en palabras.

Y ya se sabe que Clara nos deja siempre las preguntas sin contestar. Consiguió no ser alcanzada por el conjuro; cruzó libre la oscuridad que vencía a los otros o padeció más hondo la magia e hizo de ella la clave de sus años. Acaso el mismo poder que transformó a los otros en espectros gloriosos la sembró a ella en el suelo real: un laurel que asediaron por años los fantasmas. Tal vez lo que nos demostró Henry James es que el ser que no pertenece del todo a la historia es el único que pertenece de verdad a la novela, y que sólo en la gente sin historia está la clave de la historia.

Al paso de Dante en Ravena las gentes se apartaban susurrando que aquel hombre había estado en el infierno. Quizás al paso de Clara la gente adivinaba que esa mujer de ojos luminosos venía de las criptas de la leyenda. Ninguno de los huéspedes de Villa Diodati podía ser invulnerable al embrujo, y si el mito sigue vivo es porque todos sucumbieron al clima espiritual que reinaba en la casa o que era la casa: a la fuerza que puso una llama espectral sobre la

cabeza de cada uno.

Un joven médico y una adolescente le dieron cuerpo y rostro al espanto que llenaba sus almas, que no invadía sólo las estancias de Villa Diodati, las orillas del lago Lemán, las calles de Ginebra entre cierzos y antorchas vacilantes, los abismos de los Alpes y las llanuras centrales de Europa, sembradas de muchachos muertos, sino que envolvía todo el hemisferio norte del planeta en un callado abrazo de ceniza y de sangre.

Era el momento definitivo: todos se habían quedado solos después de medianoche, masticando el íntimo miedo y el terror persistente. Y en algún momento Byron tuvo que escuchar algo desde su habitación frente al lago: el rayo había caído, los fragmentos del caos se habían fundido de repente y abrían los ojos, algo deforme y anhelante se movía ya por los pasillos, una sed de sangre, unos colmillos blancos se alargaban entre la fría saliva.

Al fondo de las negras habitaciones, los monstruos se desprendieron de aquellos pechos jóvenes, y entraron en el mundo.

La criatura

Sólo entonces me volví a mirar de nuevo aquellas páginas en las que Mary relata el momento inicial de su inspiración, cuando el germen de Frankenstein surgió en su sueño, cuando el científico descubre de pronto que la criatura tenebrosa ha cobrado vida.

La escena ha impresionado al mundo, pero a mí me recordaba algo que no sabía precisar. ¿Dónde había visto esa escena? ¿Por qué tenía la sensación de haber sido testigo de ese inquietante despertar de la criatura inerte? Una noche, en mi apartamento de Santa Bárbara, que después de tantos viajes se había convertido para mí más en un sitio de paso que en una morada, me descubrí pensando en la fuerte amistad que unió a Mary Wollstonecraft, la madre, con el poeta visionario William Blake.

Conocer a Blake debió de ser en su tiempo una experiencia muy distinta de conocer a cualquier otro escritor, porque Blake “veía” cosas, era capaz de creer en ellas, y era capaz de hacer que finalmente todos las viéramos. Ese es el verdadero poder de un artista: convertir en experiencias compartidas de millones de seres humanos lo que pudo no ser más que unas alucinaciones privadas.

Recorrí un catálogo de los grabados de Blake y encontré lo que vagamente recordaba: la imagen del momento en que Dios anima a Adán del barro primigenio. No era el dios de Miguel Ángel que roza apenas la mano perfecta de Adán en una región de la luz; era el espíritu de la divinidad, como un viento de piedra, volando sobre la materia informe, sobre el magma que acaba de ser modelado pero por el cual ya serpentea un primer estremecimiento. Aquella imagen, brotada de las imprentas en las que trabajaba su madre, tuvo que serle familiar a Mary desde la primera infancia: el germen de la historia estaba escrito en sus nervios desde el comienzo.

A ella le habría gustado engendrar héroes y dioses, héroes como los que imitaba Byron, dioses como los que Shelley a la vez concebía y negaba, pero cada quien trabaja con la arcilla que le ofrece su época, y tal vez con los materiales de comienzos del siglo XIX no era posible engendrar más que fantasmas.

Pero *en ausencia de los dioses reinan los fantasmas*. El destino había puesto en manos de Mary no la sangre de los mitos solemnes sino una savia de oscuras pesadillas, y ella aceptó, con cierta humildad, no ser la madre de una epopeya grandiosa sobre la mujer del futuro ni de un tratado del mundo sin Estado, sino de una idea nueva de la monstruosidad, un fantasma sangriento y desvalido al que los seres humanos temen más por su debilidad que por su poderío, más por su desdicha que por su malignidad.

Así llegamos a la paradoja central de que haya sido engendrado por una mujer el hombre triste que no nació de mujer, el homúnculo hecho no sólo de carne mortal sino de carne muerta, el ser en quien no alienta un alma sobrenatural sino una descarga eléctrica, el hijo melancólico de esta edad que ya no tiene dioses sino apenas fuentes de energía. ¿Qué es lo que nos conmueve de ese ser sino su inermidad y su soledad espantosa? No haber tenido infancia, no poseer recuerdos, no haber sentido nunca la caricia de una mano materna que alisa sus cabellos al anochecer y lo serena frente a las tinieblas y le susurra que ya puede dormir, que habrá siempre alguien custodiando su sueño. La soledad de quien se sabe distinto para siempre de todos los otros, de quien sabe que no encontrará más que incomprensión y hostilidad. Miles de preguntas sobre la educación, sobre la maternidad, sobre el lenguaje, sobre el ansia de amor, sobre la fealdad y sobre el crimen pasaban como nubes por la frente de aquella muchacha exquisita que era capaz de las decisiones más arriesgadas y de los pensamientos más valerosos.

Ninguno de los otros habría sido capaz de engendrar la criatura que engendró Mary, porque ella se atrevió a ser la voz de un sueño, y no opuso al terror las barreras de la razón y de la indiferencia. Yo me atrevo a dudar de que las criaturas del ingenio de Byron estén tan cargadas de compleja humanidad como esta criatura del genio de Wollstonecraft. Byron jugaba al diablo, pero retrocedía asustado, deshaciéndose en bromas y desplantes. Ella supo respetar su propio horror, y aunque estaba contagiada por el espíritu mucho más místico y en el fondo inocente de su marido, y le permitió a él corregir su novela y atenuar algunas escenas, existe el misterio de la primera

versión, y ahora que ha sido restituido el texto original, muchos están de acuerdo en que ese texto dictado por la primera luna es más rudo y más valiente.

Shelley era un ángel anómalo esperando en vano a su dios, un hombre justo que tampoco poseía certezas y que se refugió en la belleza como única luz. Shelley no tenía instinto de supervivencia, y se abandonaba a la muerte con tanta docilidad que me sorprende que ella haya tardado tanto en darle el zarpazo. Con esa actitud, Byron habría muerto en plena adolescencia. Shelley llegó a los treinta porque sólo en sus últimos años vino Byron a acosarlo de aventura y de riesgo. Pero Byron apenas arriesgaba lo justo, calculaba las consecuencias, y Shelley era un Ariel sólo capaz de provocar la tempestad que lo destruiría.

El heroísmo de Mary es más sutil y más discreto, consiste no sólo en atreverse a pensar algo hasta las últimas consecuencias, sino en atreverse a sentir algo para lo que no nos había preparado el tejido de la tradición. El suyo era el arte de no obedecer a los cuentos de hadas, hechos para que saboreemos las dulzuras de lo conocido, incluso del horror conocido, sino de dejar aparecer un hecho nuevo de la mente y de la conducta. Fue ella quien supo ver las consecuencias de los vasos de sangre de la Revolución francesa, de las mujeres que huyen de la tradición y se asoman a la historia, las consecuencias de que un rayo hubiera sido atrapado en el cielo por la cometa de Franklin y con él estuviera naciendo la nueva fuente del movimiento autónomo: ella sintió qué podía significar el roce nuevo de la carne con la electricidad.

El modo como al contacto de unas manos luminosas una muchacha asustada hunde los pies en la tierra como raíces y ve brotar hojas de su pecho y ramas de sus brazos es también una historia muy antigua.

¿Seríamos capaces de controlar nuestro propio poder? ¿Qué pasaría si descubriéramos cómo producir la vida en laboratorio? ¿Terminaría pareciéndonos sucio y obsceno el método tradicional? ¿Renunciaríamos al contacto sexual? ¿Sería derrotado Macbeth por el hombre que no nació de mujer? Son preguntas aún más apasionantes que las que se hacían Shelley y Polidori. ¿Fabricaríamos un ejército de seres artificiales, sin memoria y sin alma, para proveer de repuestos a nuestros cuerpos fatigados? No era ella quien estaba fabricando el monstruo: era la época, la vasta colmena de laboratorios y de factorías que comenzaba a levantar sus humaredas sobre

llanos de carne macerada, sobre la carnaza sacrificada de la juventud europea; unos ojos almendrados de dieciocho años estaban viendo morir una época y nacer un mundo.

Para escapar de la pesadilla, estos jóvenes estaban construyendo una cripta, y era fundamental que no lo supieran. Sólo si lo ignoraban la cripta sería verdadera, fruto de la tensión de sus fuerzas y expresión del espíritu de su tiempo. Sólo la inconsciencia sabe producir resultados auténticos. Si Byron se hubiera llamado a sí mismo romántico, habría sido un farsante. Logró ser el mayor de todos los románticos porque aquella manera de vivir no era una pose, era algo que brotaba de sus vísceras, un impulso tan espontáneo y contundente como un puñetazo, un estado tan físico como una borrachera.

Y los vinos que todos bebían eran los adecuados: crímenes góticos de Shakespeare, baladas escocesas, relatos de aventuras y de viajes, novelas y cuentos de horror, desde las baladas líricas de Coleridge hasta los cuentos más oscuros de Hoffmann, la boda de los laboratorios con las fábricas, pero también licores más fuertes: la inminencia y el terror de crímenes verdaderos, un pasado violento que despierta en la sangre, viajes repletos de aventuras, el don de percibir la rareza del mundo y una imaginación que lo modifica sin tregua; y los fracasos de la maternidad, y los sobresaltos del amor escapando a las jaulas de la religión, y la necesidad de un creador a quien poder culpar de los males del mundo.

La arcilla y el conjuro

Todas esas cosas fueron la arcilla en la que Mary Wollstonecraft amasó esa criatura hecha de fragmentos que sería uno de los símbolos de nuestra época, y fueron también la vorágine de la que alzaron su vuelo las visiones de Polidori. Ese vestigio de una rebeldía celeste se multiplicó en los espejos del tiempo hasta llenar los libros de los adolescentes y las habitaciones de los niños. Tomó rostro en películas, llenó las salas de teatro, se infiltró en las canciones y las historietas, y declinó finalmente en un oleaje de disfraces y máscaras, en pueriles trajes de hule y en capas de silicona perfilándose a medianoche sobre las terrazas de los rascacielos, en alas indefinibles que se esconden en las humaredas nocturnas.

El libro que se había ido formando en la mente de Mary desde la infancia ya estaba, pues, en ese grabado de Blake con el espíritu volando sobre la arcilla que despierta, y en cuyas piernas que nunca han dado un paso se retuerce la serpiente de la futura rebelión; ya estaba en el diálogo mudo de la niña con su propio nombre tallado en un sepulcro; ya estaba en la herencia solitaria que ella tenía para su criatura: no haber tenido nunca una mano materna que ahuyentara de su frente la pesadilla. Por eso la inundaron soledades y esperas, esos fragmentos muertos que había que ensamblar para tener una noción de la vida.

Y aunque todos somos un mosaico de seres idos, nos queda el consuelo de haber tenido una infancia, una región de credulidad y de angustia donde las flores son templos y las semillas que vuelan son mundos, donde en un solo ser cabe toda la belleza, en un solo secreto todo el miedo y toda la voluptuosidad; un reino nocturno donde hay leones rojos en la Luna, salamandras en el fuego y relatos precisos en la continua mutación de las nubes.

Los monstruos de la leyenda se perdían en la niebla. Si para la gestación de

un ser vivo se necesitan dos vivientes, para engendrar un ser fantástico se necesitan sin duda millares de sueños. Pero si en la conciencia de Mary se daba ese desvelo por crear artificialmente un ser vivo, no hay que olvidar que también vivía la certeza de que a su alrededor, en el entorno de su afecto, había seres que se desintegraban: la muerte espiaba como una loba a sus pequeños, luchar contra la muerte era un imperativo de su mente.

La habían desvelado Wordsworth con sus niños solos por los bosques, Coleridge con sus mares fantasmas y sus amantes diabólicos, seres amamantados por las brujas y martirizados por las hadas. Y todo eso no era la vida sino una fracción de la vida, una danza de espectros detrás de las naranjas y la seda, de vajillas de porcelana y tazas de té, juegos felices en la nieve y noches tibias junto al fuego, los besos dulces de los amigos y los abrazos desnudos de las primas en los claros de luna. Pero la mayor parte del tiempo Inglaterra era demasiado oscura, los inviernos eran largos y crudos; la poesía la había vuelto demasiado sensible a los matices; los cielos negros de Londres eran sin fin paraíso e infierno, y morían demasiado las madres y morían demasiado los niños.

Tú no sabes, en el momento en que vives las cosas, para qué las estás cosechando: sólo al final, cuando las aguas desembocan en el gran río, cuando las experiencias se resuelven en sueños y los sueños cristalizan en libros o en obras de arte, puedes percibir de qué manera entraron en la amalgama todas esas materias diluidas y diversas.

Crees que estás gestando un ser, sientes los vértigos y los espasmos, algo consume tu energía, y no sólo absorbe tu linfa y tu sangre: se está nutriendo de tus pensamientos, rumiando tus sueños, y lentamente va encontrando su forma. Quizá la gestación obedece a un modelo secreto, dictado desde el fondo de las generaciones, porque toda criatura participa de las propiedades del árbol y del pez, del reptil y del pájaro, del escarabajo que raspa sus élitros y del cuadrúpedo que se desbanda sobre las praderas. Lo que engendras tiene algo del helecho y de la gasa con semillas que deriva en el viento, algo de las criaturas que se arremolinan en las cavernas y que penden del techo de piedra, algo de las fauces que se abren en la tiniebla líquida y de las antenas oculares que exploran el frío del abismo. Viene abriéndose paso entre lo inerte de la piedra, la simetría del cristal y la densidad de los metales, entre un agua de vegetaciones y plasmas que presiente la vida y ya es la vida, bajo el sistema arborescente de las percepciones; vuelan sombra y destello, la fluorescencia

de los pensamientos, las radiaciones de la fantasía, el polen de la imaginación, y entre los trazos de calcio que sostienen las grandes estructuras, entre paredes sensibles y columnas dolorosas, llegan fricciones cargadas de información, texturas abrumadas de códigos, amalgamas y desprendimientos, adherencias y combustiones. Todo entra en juego y se va condensando, quiere ser suficiente para sostener una aventura aislada, la elemental travesía de un instante a través de regiones sin nombre.

Y cuando crees haber creado con tu mente y tus sueños un ser vivo, en el momento en que descubres que no es una criatura plena sino un ensamble deforme de piezas contrahechas, que has producido apenas un remedo de vida, una sombra de ansiedad y de dolor que desvelará a las generaciones, descubres al mismo tiempo que Fanny se ha replegado sobre sí misma y se ha abandonado a lo informe, que tu largo experimento no pudo salvarla, que estabas pronunciando el conjuro sobre la arcilla equivocada.

Frankenstein

Después de tantas búsquedas y azares llegó el momento esperado, y me interné en las páginas del libro de Mary Shelley, casi olvidado desde la adolescencia. Era hora de escuchar su relato, de ver aparecer no sólo el libro sino el monstruo que lo habita. Pero cuando me acerqué a buscar al monstruo, en vez de un ser siniestro hecho de odio y de maldad me encontré con un niño asustado perdido en un cuerpo deforme: un desvalido ser sin recuerdos, sin madre, sin pasado, pidiendo comprensión a un mundo que sólo responde a sus propios terrores, y que es incapaz de aceptar lo distinto.

Bastó verlo en acción para recordar las palabras de Shakespeare: “Yo que carezco de la majestad del amor para pavonearme ante una lasciva ninfa contoneante, yo que estoy tan torpemente acuñado, enviado antes de tiempo a este mundo que alienta, y eso que aún tan renqueante y deforme que hasta los perros me ladran cuando me paro frente a ellos, no tengo placer con qué matar el tiempo sino mirar mi sombra al sol y entonar variaciones sobre mi propia deformidad”.

El rayo que cae de repente sobre un montón de fragmentos humanos que ya había abandonado el espíritu despierta en ellos otra vez la necesidad y el deseo, la soledad y el dolor. Lo monstruoso no es tanto la criatura sino la intención de suscitar la vida en una materia incapaz de afrontarla. Si algo le enseñaron a Mary el destino y la experiencia es que ya es bien difícil sobrellevar la vida en un cuerpo bien formado, en un cuerpo que pueda contar con la salud de Trelawny, con la audacia intelectual de Byron, con la gracia de Clara, con la tremenda lucidez de Godwin, con la alta moral de Percy Shelley o con la fortuna de Lewis o Beckford.

Pero basta tener la vida para merecerla, y las cosas que atormentaban a Mary en su pesadilla nocturna no eran las preguntas teóricas de Galvani o de

Dippel sobre la posibilidad de animar otra vez la materia muerta mediante descargas eléctricas, de hacer aflorar una chispa divina en lo inerte, sino preguntas que quizás sólo una mujer sabe hacerse sobre la virtud de los cuerpos para sobrevivir, para resistir el desgaste de los días y las noches, las tormentas de la imaginación.

Un lector puede discutir mil detalles de la novela, sobre la capacidad de aprendizaje que tendría un ser tan toscamente impuesto a la vida, su improbable evolución intelectual, el imposible refinamiento de su sensibilidad, de sus razones y sus conclusiones, pero qué importa todo eso ante la zozobra indudable que transmite esa criatura nacida de la imaginación de aquella muchacha, preguntas que no son burbujas intelectuales sino angustias vivas, flores de la conciencia, flechas al corazón del hogar y de la escuela, puñados de tiniebla en el pórtico de una civilización insensible.

De pronto recordé aquellas otras palabras que brotaron de los labios de Calibán y que expresan la rebelión de la criatura contra su creador: “Tú me enseñaste tu lengua, y mi beneficio con ello es que ahora sé cómo maldecir. Que la plaga roja caiga sobre ti por haberme enseñado el lenguaje”. Y vino a mí desde sus terrazas de lluvia la lucha de los hombres engendrados en laboratorios de genética que van a implorarlo a su creador unos días más de vida, los versos que un replicante improvisa en las últimas escenas de la película de Ridley Scott sobre la novela de Philip K. Dick; esa hora en que Rutger Hauer, improvisando frente a las cámaras, en su papel de gólem moribundo, aprende a balbucir cosas sublimes:

He visto cosas que ustedes los humanos no podrían creer. Naves de ataque en llamas perdiéndose por el hombro de Orión. He visto rayos C brillando en la oscuridad más allá de la Puerta de Tannhäuser. Y todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia.

Este deforme Adán que despierta ya adulto en medio de un paraíso donde nada se le parece tiene mucho también del Lázaro que se alza de entre los muertos, y de quien los evangelistas olvidaron contarnos cuánto temor causó entre sus vecinos, como causaría horror en cualquier parte que alguien después de muerto volviera a caminar entre los hombres. Y es el ocioso creador irresponsable que huye ante su criatura el que hace nacer en ella una desesperación destructora.

Como Próspero entre Ariel y Calibán, Mary terminaría viviendo entre el angélico Shelley y el deforme Frankenstein, entre el vuelo de la música y la

discordia de los elementos, recordada más por ellos que por ella misma. Cumplió su sombrío papel de mujer en la sociedad patriarcal: la hija de la gran feminista que no acaba de tener nombre propio, porque es el fantasma de la madre, la hija del anarquista, la esposa del poeta.

Pero sólo a los hombres les gusta jugar a no tener padres ni dioses: toda mujer sabe ser madre de sus padres e hija de sus hijos, lazo entre las generaciones y vínculo entre las tribus dispersas, y si alguna mujer causó guerras e hizo incendiar murallas, fue también ella la que ofreció a los hombres el filtro del olvido y del perdón, el signo de la alianza que puso fin a guerras y destierros y emparentó a las razas.

A la sombra de una tumba enigmática, Mary Godwin Wollstonecraft Shelley sigue guardando celosamente su enigma. Y basta ver su libro para descubrir con asombro que no es allí donde se encuentra el monstruo.

El vampiro

Entonces me fui a buscar *El vampiro*, de Polidori, y descubrí el nudo de azares y crueldades que convirtió en víctima a aquel joven médico lleno de ilusiones literarias. El hecho es complejo de explicar. Byron concibió en uno de sus frecuentes arrebatos fantásticos la figura de un aristócrata, lord Ruthven, que está vivo y muerto a la vez, que duerme en el día y deambula en la noche, y dejó escrito un pequeño fragmento. Bajo el imperio de la triple noche, Polidori se dejó inspirar por ese fragmento, desarrolló la historia del vampiro humano, y a lo largo del año siguiente estuvo escribiendo esa historia tormentosa de crueldad y de oscuridad.

Como tenía ya un contrato con el editor de Byron por el diario que había prometido escribir sobre el viaje, acordó enviarle también la novela *El vampiro*, y el editor la recibió y la publicó enseguida, pero el pobre Polidori, sujeto siempre a los cambios de humor de Byron, que hoy lo protegía y mañana lo hacía objeto de sus bromas sangrientas, descubrió tardíamente que el editor, por inadvertencia o por interés maligno, había puesto en la publicación como autor el nombre de lord Byron.

El mal estaba hecho. Lo único que no debía ocurrir ocurrió. El muchacho que por fin encontraba el modo de afirmarse como creador ante el peso despótico del poeta se vio de repente herido en su talón más vulnerable, el insoportable veneno de que la única obra en que podría afirmarse con fuerza frente a su tirano le fuera atribuida al tirano entró muy hondamente en su alma. En una contorsión agónica escribió al editor y le exigió que la ofensa fuera corregida: que el nombre del autor verdadero fuera reivindicado y el nombre de Byron borrado de aquellos libros.

Pero allí entraron en acción los colmillos del vampiro, porque Byron, que se había burlado continuamente del muchacho y que siempre negó su talento, no

pareció mostrar prisa alguna por corregir el equívoco, más bien pareció complacerse con aquella atribución, como si sintiera envidia de su pupilo, y dejó perversamente que las cosas siguieran su camino, porque en su vanidoso deleite con la publicidad no le importaba lo que estuvieran sintiendo los otros.

En una larga sucesión de escándalos y de maldades, tal vez nunca fue Byron tan maligno como en aquel momento, y casi sin darse cuenta. El corazón de Polidori estaba lejos de su vista, el sufrimiento del muchacho le importó lo mismo que el sufrimiento de Annabella o el de Clara Clairmont, chupó aquella sangre casi por instinto, y sólo tardíamente aceptó corregir un daño que él no había causado, pero que sí había permitido con una suerte de malvada negligencia.

Podía decir que no era suya la falta, pero harto conocemos la rapidez con que replicaba a todo insulto, la celeridad con que respondía a toda crítica, la agilidad de espadachín con que se esforzaba en corregir todo error atribuido a su nombre. ¿Por qué se demoraba ahora sino porque se complacía en el equívoco, y una vez más sentía el culpable deleite de que alguien estuviera sufriendo por su causa?

No sería tan pobre el talento de Polidori si Byron permitía sin objeciones que por un tiempo los lectores le atribuyeran su obra. En eso, al menos, Byron le estaba haciendo un homenaje, pero Polidori no obtuvo de ello ningún consuelo. Si la obra le hubiera parecido mediocre, Byron no habría tardado un segundo en rechazar la atribución de su autoría: con su silencio, por fin le estaba reconociendo a Polidori el talento que tanto le había negado. Pero así era Byron: sólo callando reconocía las cosas, y a partir de aquel episodio Polidori, mordido ya por el vampiro, fue un muerto en vida.

El relato del muchacho arrebatado a los cielos que después vaga por el mundo sin destino y se entrega a la muerte nos suena conocido, pero cada vez que vuelven los hechos vuelven con otro espíritu y producen otras consecuencias. ¿Al salir de Villa Diodati habrá llevado consigo el volumen de *Phantasmagoriana* que había desencadenado tantas cosas y que yo después he soñado con encontrar entre los anaqueles de la Sociedad de Lectura? Anduvo unos días por Suiza y otros por Italia, y Byron siguió asumiendo que el muchacho era la torpeza encarnada. Parece que, en su desesperación creciente, se había metido en problemas, y un día Byron tuvo que ir a rescatarlo de las manos de la policía italiana, pero se iba desdibujando y a partir de cierto momento nadie supo ya dónde andaba.

En realidad, había vuelto a Londres. Su libro se leía, su libro se abría camino, su nombre ya estaba en la portada, pero nada de ello traía consuelo a su corazón, nada borraba la huella de una herida al orgullo que creció con los meses.

Y esa es la historia de cómo Byron vampirizó a Polidori, la historia de amores y burlas, el modo como Byron concibió el tema pero Polidori lo hizo música, el modo como Byron apareció como autor de aquel libro y la fatal impresión de injusticia que causó en el joven médico ver su obra de escritor desconocido firmada por el autor más poderoso y célebre.

Ya no se repuso de ello. Después, oscuramente, encerrado en su casa de Londres, acudió a su poción de ácido prúsico, y ocultando las huellas de los colmillos en su cuello, apuró a los veinticinco años el veneno del doctor Frankenstein, y desapareció de la escena con pena y sin gloria. La familia se apresuró a borrar las huellas de aquel suicidio para proteger los pudores de un linaje extranjero que trataba de formar parte sin sombras del mundo inglés, ignorando que siempre se necesitan sombras para formar parte del mundo.

Todo habría quedado así para siempre, pero por fortuna había un diario guardado, como un esqueleto en el desván, una pregunta flotando sobre las ramas jóvenes de aquel árbol de inmigrantes, y un día la luz de la leyenda volvió a buscar al muerto maltratado y derrotado, que no había podido comprender en su breve vida que sus trabajos y sus desvelos le habían concedido la inmortalidad.

Polidori murió creyendo que había fracasado. Murió de la misma impaciencia italiana que Shakespeare había encarnado en Romeo, ese muchacho que aunque ve con sus ojos y dice con sus labios que algo está vivo en el rostro de Julieta, que toda su hermosura está aún rosada en labios tan queridos, y que todavía la muerte no izó su bandera, no se da el tiempo de comprobarlo y apura el veneno para reunirse con su amada en la muerte, sin ver que ella ya está abriendo los ojos a su lado.

El éxito que por un momento Byron usurpó fue inmediato; hay quien dice que la obra *El vampiro* vendió al comienzo hasta cinco mil ejemplares por día, pero el impaciente Polidori no alcanzó a disfrutar de su triunfo supremo, que tenía incluso un delicado sabor de venganza: el momento en que el propio Goethe, convencido de que la obra era de Byron, declaró que Byron nunca había escrito nada mejor.

Annabella

Ya todo ha concluido. Polidori se ha suicidado en Londres, Monk Lewis ha naufragado en el Caribe, Shelley se ha ahogado en la bahía de La Spezia, Byron ha muerto de gloria en los pantanos de Missolonghi, Mary custodia sus fantasmas ilustres, Clara lleva su cofre por las ciudades y los países y se va afantasmando en espera de su hora de esplendor y miseria. Ya el monstruo de historieta ha revelado su rostro real, ya los vampiros vuelan en bandadas. Todo está terminado... ¿O no? ¿No falta algo por interrogar? ¿No nos llevaba hacia más lejos aquel conflicto entre la razón y la pasión? Pronto volvió a aparecer Annabella en la historia.

En septiembre viajé a París a participar en el Festival América, que organiza la Mairie de Vincennes. Convergían escritores de todo el continente americano, y habían decidido dedicar el encuentro a las culturas nativas desde Alaska hasta la Patagonia. A pesar de haber vivido en París dos años, nunca estuve en Vincennes, y la vecindad del castillo blanco me conmovió, como cuando un campesino que ha vivido siempre en una cabaña del bosque cerrado va por primera vez a una colina cercana y descubre detrás de ella un valle lleno de cascadas: la súbita sensación de no haber sabido del todo dónde vivía realmente.

En uno de mis viajes a Cali, meses atrás, le había dado a leer el manuscrito de este relato a Alberto Guzmán. Con Alberto, que ahora dirige el Departamento de Música de la Universidad del Valle, nos fuimos de aventura a París al final de nuestra adolescencia, y compartimos la mucha luz y la mucha tiniebla de aquellos años jóvenes. Después de fatigar los bulevares y los suburbios yo regresé a Colombia, pero él permaneció varios años más en sus estudios musicales, antes de volver a Cali a recomenzar su vida en la universidad.

Una tarde en el pequeño hotel Don Jon de Vincennes, donde nos habían hospedado, supe que Alberto también andaba por Europa y le escribí para preguntarle si no sería posible vernos en París, recorrer treinta años después el mapa de nuestras aventuras. Me respondió que había pasado por París, que había recobrado nuestros recuerdos desde la barba de bronce verde de Carlomagno y la biblia de piedra de Notre Dame hasta los puentes altos de Bir Hakeim y los caballos dorados del puente Alejandro III. Ahora estaba en Alemania, donde su hijo Matías estudia Filología Alemana.

Había cruzado el Atlántico leyendo mi manuscrito de Villa Diodati, y ahora le asombró descubrir que yo estaba hospedado en París, sin saberlo, en el pequeño hotel donde él había trabajado después de mi partida, hace tantos años. Bastan cosas pequeñas para sentir la gravitación del misterio. Comprendí que este París ignorado del castillo y del bosque, y este hotel suburbano, habían sido los lugares de Alberto después de mi partida. ¿Por qué tenía que llegar yo precisamente allí habiendo tantos barrios y tantos hoteles? Yo conocía ese guiño cómplice de las estrellas, que significa algo sin duda, pero que nunca desciframos.

Le prometí a Alberto que lo visitaría en Cali al regreso, para hablar de nuestros recorridos, y me apliqué a leer de nuevo a André Maurois, buscando el relato del matrimonio de Byron, el tejido de desórdenes y locuras que convirtió su relación con Annabella Milbanke en una tragedia. Algo me había hecho comprender que había que volver al momento inicial de la historia, cuando Byron, a punto de casarse, se enamoró de su hermana Augusta; al momento en que Annabella comprendió que se había casado con un monstruo de pasión y locura, de desenfreno y de tortuosa imaginación, y decidió no sólo apartarse de su camino sino expulsar la pasión de su vida, protegerse de tanto desorden siguiendo su vocación más pura: las matemáticas.

Si es verdad que la pasión se había rebelado contra la razón, también ocurrió el fenómeno contrario: la razón a su vez reaccionó contra esa tempestad de pasiones sin freno, contra el romanticismo que nacía. Las mentes que se habían tranquilizado por fin ante la luz serena de la razón reaccionaron con espanto: esa exaltación de la individualidad, de la locura y del delirio, esa vindicación de la oscuridad y de la noche, el culto de lo deforme y de lo monstruoso, la nostalgia de reinos de superstición y de fábula, querían impedir que las luces triunfaran; eran como nubes y heladas que no dejaban llegar el verano.

Goethe dijo alguna vez que leer a Kant *era como entrar en una habitación muy bien iluminada*. Si los románticos retrocedían a la selva oscura, a las ruinas góticas, a las criptas y a las necrópolis, parecía necesario protegerse de toda esa tiniebla malsana, de esa sensibilidad enfermiza, y refugiarse en el *palacio de precisos cristales* de la razón ordenadora.

En esa encrucijada de la historia nació Ada, la hija de Annabella y de Byron, y Annabella Milbanke, horrorizada con su marido, con sus locuras y su neurastenia, con sus amores incestuosos y adúlteros, quiso proteger a la hija de tantos peligros y la convirtió en su secreto instrumento contra Byron: contra la poesía, contra el desorden y la arbitrariedad. El Romanticismo encontraba en su propia cuna una hermana gemela.

Terminado el Festival, visité varias veces a Arturo de Narváez en su taller, lleno ahora de pinturas de árboles caprichosos que parecen brotar de suelos verticales y encerrarse en sí mismos, árboles que no obedecen al antiguo imperativo de crecer hacia el cielo y de proliferar sino que parecen demorarse en pensamientos, detenerse y dudar. Le dije que cuando viniera a Colombia iríamos a ver los árboles fantásticos que él pintaba, pero plantados en el suelo real de las montañas andinas y en los abismos de niebla de los grandes volcanes.

La catedral

Cuando se acercaba mi día de regresar, una tarde quedamos de vernos en la fuente de Saint-Michel. Llegamos con Tania al atardecer a la isla de la Cité: un resplandor llenaba el cielo detrás de la caverna gótica. Encontramos a Arturo junto a la fuente, entre centenares de turistas que hacían fotos con sus móviles, y al volver al río, junto a los puestos todavía abiertos de grabados y de libros antiguos, muchas personas tomando fotografías a lo largo del muelle nos hicieron advertir la fuente de la claridad: la luna llena amarilla y solemne de septiembre se alzaba enorme detrás de las gárgolas de Notre Dame.

Nuestro propósito era cenar en un restaurante libanés que recordábamos haber visitado con Ómar Porras unos años atrás. Orgullo de la vieja ciudad, Shakespeare and Company parecía una cueva medieval forrada de libros viejos e iluminada como una lámpara; pero al frente los jóvenes patinadores hacían cabriolas inverosímiles en la explanada junto a la estatua de Carlomagno; y los reflectores de los barcos sucesivos inventaban para la memoria de los turistas una ciudad irreal de fachadas resplandecientes.

Nos internamos por callejones retorcidos, con viejas casitas indemnes de otros siglos y patios bendecidos de oscura hiedra. En el restaurante libanés, una boda llenaba todo el espacio, y preferimos entrar al frente en un tranquilo restaurante oriental. Esa noche Arturo me anunció que vendría a Colombia un mes más tarde. Al salir del restaurante volvimos a la orilla del río, vimos de nuevo a los patinadores asombrosos junto a la explanada de Notre Dame, y largamente miramos el frente de la catedral.

Recordé aquella noche en Quito, sobre las faldas del volcán, cuando me descubrí pensando en el misterio de las diosas lunares y del modo como resurgieron en la leyenda cristiana, en el modo como tal vez asumieron la forma mágica y casi inexplicable de las catedrales góticas. Uno de los

secretos de esas catedrales consiste en que las paredes no están hechas para sostenerlas sino para ser una suerte de conjuro exterior, que en sentido estricto son una piel y no un soporte, y que esa piel tiene una fisonomía, tiene ojos y oídos, tiene expresión. Lo que sostiene a la catedral está adentro, son las grandes columnas de las que se desprenden los arcos.

Toda catedral está construida sobre el plano de una cruz, y eso también significa que está construida sobre el esquema de un cuerpo humano: el templo reposa sobre la imagen del dios muerto, y es la *pietà*: la madre de piedra que sostiene el cadáver de su hijo. Y es muy significativo que esos templos medievales, a diferencia de las pequeñas capillas moldavas en las que sólo caben Dios y algún peregrino, hayan querido albergar la inmensidad, cobijar el abismo.

Yo había tenido alguna vez un sueño. Soñé que los peñascos de Cerro Bravo, del volcán que está arriba de mi pueblo natal, en las cumbres de la cordillera Central de Colombia, en el páramo de Letras, eran una inmensa catedral. Algún artífice demente había escalado esos riscos y había tallado en ellos arcos y columnas. La catedral se fundía con el peñasco, de sus paredes brotaban árboles que destilaban un agua incesante, sus raíces se perdían abajo en la niebla de los abismos y sus bóvedas se perdían arriba en el gris de las nubes de invierno.

Lo que estimulaba ese sueño era sin duda la contemplación frecuente de un altar a la virgen que los camioneros habían hecho, adornado de flores y de farolas de camión, en el paso más vertiginoso de la montaña, donde un río de piedras enormes parece suspendido del cielo, donde la niebla acecha y pierde a incontables viajeros, y donde la vegetación es más salvaje y el abismo más negro.

Era un sueño brotado de mis visitas tempranas a la montaña y a las iglesias de la montaña, atravesadas por raudales y golondrinas. Tal vez por eso, cuando llegué por primera vez a Notre Dame tuve la vaga sensación de haber conocido todo aquello mucho antes, porque lo que encontraba resuelto en columnas, en arcos, en vitrales y en gárgolas lo había vivido como atmósfera en los asombros de mi infancia, porque nací en los Andes, y *todos aquí bebemos el opio de las grandes alturas*.

Todavía hacemos templos pero ya nadie sabe si Dios habita en ellos. Y quizá nuestra época ya no quiere encerrar el infinito entre muros de piedra sino testimoniar ese otro templo cuyas columnas son peñascos, cuyo suelo es el

mar, cuya cúpula está de verdad tachonada de estrellas, y bajo el cual circula de verdad un fuego terrible, no el de los demonios de las estampas infantiles sino el del magma poderoso de las profundidades. Lentos por las laderas, los ángeles de la niebla ensayan cada día todas las metamorfosis.

También hay catedrales que se construyen en el tiempo, y aquella edad romántica obsesionada por las ruinas góticas era una de ellas. La sostenían Spinoza y Rousseau, Diderot y Voltaire, la iluminaron las obras de Kant, tenía en sus criptas reyes legendarios, féretros de paladines y de santos. En su tiniebla resurgían las brujerías y los fantasmas del pasado, Wordsworth la invadió con la brisa de los campos silvestres, Coleridge la llenó con sus músicas, Keats en sus naves nocturnas convirtió el canto del ruiseñor en un réquiem sublime y le ofrendó una urna cuyas figuras de mármol se mueven, y había en su fachada una romería de doncellas enfermas y viejos locos coronados de flores. Novalis cantó su tiniebla, Turner encendió sus vitrales, Blake pintó sus capillas. Y si Goethe fue su oficiante y Hölderlin su profeta, Shelley fue el ángel de su coro, Byron fue su demonio, y en lo alto sus gárgolas más visibles terminaron siendo Frankenstein y el vampiro. Y me gusta esta imagen de las gárgolas porque son ellas las que recogen y encauzan la lluvia del cielo.

Una catedral es una Biblia de piedra, y esta otra fachada también cuenta una historia, un relato monstruoso y sublime. En tiempos antiguos cada palabra significaba una cosa y su contraria, y dicen que la palabra *sacer* nombraba a la vez lo bendito y lo maldito, lo sagrado y lo repugnante. Acaso el conjuro bestial de las brujas no es una mera burbuja de la ciénaga sino la formulación de un enigma: *Lo bello es asqueroso y lo asqueroso es bello*.

Lo bello es asqueroso y lo asqueroso es bello, dicen las voces en la niebla. Y entendemos que las primeras décadas del siglo XIX empezaron a hablar de repente del poder benéfico de lo repugnante. Poe y Baudelaire venían en camino, ya los poetas se estaban haciendo la pregunta sobre el sentido verdadero de lo monstruoso.

¿Qué hay en la monstruosidad que al mismo tiempo repugna y fascina? Estos hijos del orden y de la razón traían la fascinación de la deformidad. Borges el ciego vio que todo laberinto tiene un monstruo en su centro, y si Shakespeare fascinaba tanto a los románticos es porque cubrió con el manto escarlata la joroba de Richard de Gloucester y puso la corona en su frente afiebrada y maligna. Porque prefiguró todo el horror romántico: la muchacha más bella

dormida entre huesos en una tumba gótica, el moro enloquecido por las insinuaciones de la serpiente, la médula musical de la tempestad, la fuente de la elocuencia en las burbujas de la lava hirviente. Hay un murciélago volando alrededor de las terrazas blancas; de la armonía de los templos brota una forma de mujer con cabellera de serpientes.

Pero es que vamos marchando tras las huellas de Byron, y nadie puede negar que la de su pie izquierdo era perfecta: la huella bien delineada de una bota inglesa por los campos, y en la arena del mar la huella de un pie griego con los cinco puntos de sus dedos coronando una planta armoniosa. Pero la huella de su pie derecho era algo más problemático, porque no era un dibujo sino un trazo, una pincelada con fuerza y sin forma, no la de un pie que se posa con firmeza en el mundo sino la de una extremidad que se arrastra, y el propio Byron se complacía en pronunciar a propósito la palabra “pezuña”. Presumía de ser un demonio, quería encabezar la lista de los endemoniados, y esto llenaba la imaginación de sus jóvenes contertulios de asociaciones fantásticas.

Detrás vendrían un hombre con una capa de tinieblas y una copa de pesadillas, un *dandy* fascinado por las flores de la oscuridad, un sátiro con alas de cisne y un atormentado muchacho de plantillas de viento, capaz de sentir en sí mismo *todos los tormentos de un barco que sufre*, pero fue gracias a Byron, y no a su obra sino a su vida, como entramos de lleno en la edad de los monstruos, hasta el punto de que ya ni vale la pena preguntar cuántos y cuáles estará engendrando el presente.

Basta saber que los primeros serán siempre los más misteriosos: tienen la naturalidad y el impulso de lo que es necesario y no el desgano de lo que ya es costumbre; son los horrores iniciales de la madurez, sin dejar de ser nunca las últimas pesadillas de la infancia.

Las cenizas de mundos ya juzgados

Un mes más tarde, ya en Colombia, cumplí con la promesa de invitar a Arturo a recorrer conmigo las montañas de mis abuelos en el norte del Tolima.

Primero estuve en Cali, donde por fin conversamos con Alberto Guzmán sobre Villa Diodati y también sobre nuestros recuerdos parisinos. Su hija Isabel, que a los trece años estaba apasionada con el piano, se había dedicado a la física, y acababa de explicarle que, según las tesis de la cuántica, una partícula puede estar a la vez en dos sitios distintos, o puede pasar de uno al otro sin recorrer la distancia que los separa. Le dije a Alberto que me parecía estar oyendo las tesis de Tomás de Aquino sobre el movimiento de los ángeles.

“Tomás de Aquino demostró en sana lógica que los ángeles no tienen cuerpos que les pertenezcan por naturaleza, sino que sólo asumen cuerpos para manifestarse a los humanos, aunque en esos cuerpos, como lo demuestra la leyenda de Lot en las ciudades malditas, ejercen funciones de vida. Y después de esa demostración se pregunta *si los ángeles, para ir de un sitio a otro, pasan por el medio*. Su respuesta es que los ángeles son criaturas totalmente espirituales, mucho más espirituales que nuestro intelecto, que está sujeto a un fardo material, que está anclado en la carne imperfecta; es decir, los ángeles son seres intelectuales tan perfectos que pueden ser llamados ‘los pensamientos de Dios’; ahora bien, si mi mente puede pensar en España e inmediatamente pensar en Turquía sin tener que pensar en Italia, cuánto más no podrá un ángel ir de un sitio a otro sin pasar por el medio. Como verás –le dije–, Tomás de Aquino intuyó hace ocho siglos lo que me estás contando, aunque sólo podía formularlo en el lenguaje que estaba a su alcance”.

Alberto me regaló, supongo que a cambio de esas noticias teológicas, una grabación de poemas románticos ingleses, en la que estaban *Christabel* y la

Balada del viejo marinero, y esas músicas verbales acompañaron después muchos momentos de mi búsqueda.

En el viaje me acompañaba Juan Diego Espitia, que cuando no estaba conduciendo el automóvil, estaba trepado en los árboles haciendo música para las estrellas en una armónica diminuta. Cruzamos el Valle del Cauca, a la hora más roja, conversamos a medianoche por las calles vacías de Manizales, y en una intensa jornada al día siguiente buscamos las cumbres de Letras.

Ahora íbamos de nuevo hacia un volcán, pero éste era el león dormido que había dado sombra a mi infancia. Desde que comenzó mi búsqueda de los seres de Villa Diodati, yo sentía que el hecho más casual del presente parece obedecer a sombras antiguas, que no hay circunstancia de nuestras horas que no esté cobijada por unas alas eternas. Lo que me obsesionó de este relato acaso había ocurrido ya en mi niñez, pues sólo ocurre lo que puede ocurrir, y sólo aquello que ya existía puede nacer. El que proyecta las sombras es también una sombra y nadie sabe dónde comenzó cada historia. Como un regalo interrumpió nuestro diálogo un espectáculo infrecuente: uno de esos atardeceres luminosos, con nubes altas de bordes dorados, que cubren el escenario inmenso de los páramos bajo un cielo de muchos azules.

Después apareció la catedral en bruto: los acantilados de Cerro Bravo, con sus inmóviles ríos de piedras, la corona de peñascos en la bruma sobre un precipicio que quita el aliento, y no pudimos hablar más porque una masa de niebla del tamaño de la cordillera venía avanzando por el abismo y cayó sobre nosotros, la ruta se hizo tan espesa y opresiva que ya el asfalto no era visible, tuvimos que dedicar todo el esfuerzo a discernir en la noche blanca los bordes de la carretera, para no precipitarnos en alguna curva al abismo, y el viaje se alargó angustiosamente, entre vegetaciones siniestras y cercas espectrales, de modo que en el último instante Juan Diego se animó a declarar que aquello, en otro siglo, habría sido considerado un embrujo.

Bastó que acabara de decirlo para que Padua apareciera en el siguiente recodo: el mismo pueblo de toda la vida como yo lo había recordado en Newstead, con sus caballos y sus cafetines, con sus grupos de muchachos y sus señoras viendo pasar la vida por las ventanas, con el estruendo de los camiones que llevan al centro del país las mercaderías que dejan los barcos en el puerto herrumbrado de Buenaventura. Mi pequeño pueblo tan lejano del mar y del mundo, atravesado cada día por las cosas del mundo y del mar.

Arturo había viajado hasta Mariquita para encontrarse con nosotros, y con él

volvimos al día siguiente a desafiar las montañas. La carretera nos dio otra vez todo lo suyo: los peñascos, las leyendas, los árboles, los pisos térmicos, el vértigo, una inmensa llanura completamente oblicua, las canciones, la niebla. Hasta jugamos billar en un viejo café que recuerdo desde la infancia, y le conté a Arturo mi proyecto de escribir una novela sobre Guaya canal, la tierra de mi bisabuelo, que comienza con la muerte a machetazos de mi tío abuelo Santiago a manos del Indio Alejandrino, y con la procesión de peones y parientes cargando al herido monte arriba, por las fincas escalonadas, hasta la carretera, para llevarlo, contra toda esperanza, a Manizales.

Al día siguiente viajamos por la tierra caliente: fuimos hasta Ambalema, entre arrozales de un verde encendido. Cruzamos la ciudad muerta de Armero y miramos el cañón del río Lagunilla por donde descendió en 1985 la avalancha que acabó con veinticinco mil vidas en una sola noche. Tal vez pensar en ese suelo lleno de muertos removi6 en mí el recuerdo de los campos napole6nicos llenos de cadáveres; tal vez la conversaci6n sobre el volcán Arenas, que desencaden6 esa tragedia, me llev6 de nuevo al volcán Tambora y me hizo preguntarme qué faltaría aún por contar de este relato. Tal vez la imagen casi en ruinas de la vieja casa de los ingleses, que dominaron el comercio del tabaco de Colombia a mediados del siglo XIX, y el recuerdo del cable aéreo que también construyeron ingleses en las montañas de mi infancia para bajar al río Magdalena la cosecha de la zona cafetera, me hicieron sentir de nuevo la gravitaci6n de esta historia.

Pensé en Diego Fallon, el hijo de irlandeses que le dio su nombre a uno de los pueblos de la cordillera, y que viendo sobre el cañón del Gualí alzarse una noche la luna llena, labró con ese sentimiento *La Luna*, el poema más famoso de la poesía colombiana de aquel siglo, y recordé el verso más poderoso de aquel poema, en el que el poeta dice que los Andes enlutados a lo lejos le parecen tumbas, tumbas donde se encierran

las cenizas de mundos ya juzgados.

Esas palabras parecen resonar sobre la ciudad muerta de Armero. Y todas estas cosas me hicieron pensar otra vez en la noche del volcán y en la locura de Byron. Al cabo, Diego Fallon vivi6 en el Londres de la primera mitad del siglo XIX, y si no alcanz6 a alternar con ellos, al menos sí creci6 bajo la nube de temores y preguntas de aquellos muchachos que inventaron la era romántica.

Lo cierto es que al volver a mi casa, junto al río Gualí, entré en la red con la

intención expresa de buscar algo sobre Villa Diodati, y me bastó encender el portátil para encontrar un *doodle* de Google dedicado a Ada Lovelace. Era el 18 de diciembre del 2012: el 197 aniversario del nacimiento de la hija de Byron.

El sueño de la razón

Así apareció finalmente Ada en mi historia, y con ella la última sorpresa en esta búsqueda de azares y de sombras. No habría imaginado que el personaje más invisible del relato vendría a completar el tejido. En Ada hasta el nombre de Byron había desaparecido, pero su influjo secreto se mantenía. Con los años se había convertido en la marquesa de Lovelace, y como buena mujer genial del siglo XIX no se sentía autorizada a destacarse en la ciencia a la que se había entregado desde niña.

Porque Anna Isabella Milbanke, la esposa burlada, huyendo de la pasión y de la locura que eran para ella emblemas de Byron, y de su vida tormentosa, decidió educar a su hija en las ciencias, en particular en las matemáticas. La Era de las Luces había producido una revolución política pero también una revolución científica y técnica. Si despertó en el mundo la pasión, la imaginación y la sed de justicia, despertó también el poderío industrial, la fiebre de los inventos y la voluntad multiplicada de acumular riqueza y poder.

Parte de esa búsqueda fue el telar de Jacquard, un invento que permitió cambiar a los hilanderos por máquinas, un sistema de instrucciones que a falta de poder ser memorizado podía ser repetido hasta el infinito, por medio de un programa con tarjetas perforadas que indicaba el dibujo que la máquina repetiría.

Inspirado en aquellos telares memoriosos, Charles Babbage concibió en Inglaterra una máquina de calcular, alta como un templo, una mole de mecanismos, cilindros con cifras, poleas y cadenas que permitiría hacer en breve tiempo lo que el cerebro de los hombres y sus manos tardarían años en calcular y con menos exactitud.

Pero la máquina analítica de Babbage era un sueño inacabado: el inventor, que consiguió recursos del Estado y de los particulares para perfeccionarla,

cada día le añadía nuevos complementos, y los patrocinadores sintieron que la máquina se convertiría en un engendro inmanejable. Los recursos empezaron a escasear y el sueño de Babbage comenzó a desdibujarse en el fragor humeante de la revolución industrial. Aquel mecanismo no era sólo el sueño de abreviar unas operaciones matemáticas: era el sueño de inventar una máquina que pudiera finalmente pensar por sí misma.

Al tiempo que Mary Wollstonecraft concebía la idea de una criatura a la que no da vida la simiente humana sino su inteligencia y su industria, alguien en Inglaterra estaba concibiendo el sueño de la inteligencia artificial. “El genio hace posible lo imposible y hace imposible lo posible, hace conocido lo desconocido y desconocido lo conocido”, dice un libro de la época. Frankenstein y la máquina analítica eran el mismo sueño: la obsesión de dar vida a lo inanimado.

Muchos se preguntaban lo mismo que Novalis: si los números son el molde de un auténtico idioma, si en ese idioma está cifrado el texto del universo, si al fin todas las letras acabarán convertidas en números. Si cada número puede representar a un dios, de modo que resulten divinos el cero y el uno, el tres, el ocho, el nueve, el infinito. Y no faltaría quien dijera que el Dios de Mahomet era el uno y el Dios de san Pablo era el tres, que el dios de Spinoza era el ocho y el dios de Buda era el cero. Ante la perfección de las cifras todo lo individual parece imperfecto, y el sistema numérico promete trascender las limitaciones de los individuos: mostrarse impersonal y universal.

Pero es posible todavía ir más lejos. Si las matemáticas, antes que una ciencia particular, son la mecánica misma del entendimiento, el sistema combinatorio de la mente proyectado fuera del cuerpo, pronto íbamos a pasar de las catedrales inmóviles a la fábricas de las magnitudes, a la objetivación del espíritu. Novalis lo escribió en su *Enciclopedia*: “Nuestro espíritu debe convertirse en una máquina sensorialmente perceptible, no en nosotros sino fuera de nosotros”.

Si con la escritura habíamos logrado descargar en los libros la memoria y la imaginación, y dejarlas viviendo en el mundo, ¿no lograríamos con los números poner a la materia exterior a pensar por nosotros?

El gran crítico del modelo industrial, Karl Marx, miraría con recelo las propuestas de Babbage: parecían dictadas por el deseo de prescindir de los seres humanos para que la industria pudiera ser operada por máquinas, que no hacen reclamos económicos, que no atraviesan su voluntad y sus exigencias en

medio del ciclo productivo: un modelo de producción que pudiera prescindir también de lo individual, de lo imperfecto, ser obediente, dócil, eficaz, incansable, infinito. Marx puso su grito en el cielo: “Toda nuestra invención y progreso parecen consistir en dotar a las fuerzas materiales de vida intelectual, y en degradar y embrutecer la vida humana como una mera fuerza material”.

Nuevos monstruos venían en camino, quizás los más deslumbrantes de todos, y pronto comprendí que Byron seguía siendo la piedra sembrada en el sitio donde se cruzan todos los rumbos, el rubí capaz de desviar el curso de los ríos.

Porque un día el modelo intelectual de la máquina analítica de Babbage llegó a las manos de Ada Lovelace, y con sólo verlo, Ada comprendió todo lo que la máquina de Babbage podía llegar a significar para el mundo. Escribió febrilmente unas notas como complemento a la descripción de la máquina analítica, unas propuestas para su funcionamiento, pero esas notas, más extensas que el texto original, fueron mucho más lejos de lo que el propio Babbage había soñado. Ada anunció que una máquina semejante podría componer música, elaborar gráficos complejos, y ser utilizada por científicos y por amas de casa.

Fue Ada quien descubrió cómo programar la máquina analítica, y abrió así el camino del computador contemporáneo. Y cuando el ordenador fue finalmente desarrollado, sus inventores descubrieron que Ada había sido la primera programadora de la historia, que Ada Byron había inventado el software, y con él, el rostro mismo de nuestra época, y le dieron su nombre al primer programa de computadores.

Al final de su estirpe, la hija de Byron había alcanzado la manzana: había hecho sonar esa música inquietante con la cual las máquinas anuncian que han despertado.

El gabinete del doctor Frankenstein

Y de pronto comencé a entender algo que siempre me había parecido un error: por qué la gente dio en llamar Frankenstein al ser terrible despertado a la vida, cuando en realidad ese era el nombre del científico que hizo el experimento.

Siempre me pareció una de esas simplificaciones o transposiciones distraídas en que abunda la humanidad. Pero en este error hay algo profundo: si le damos el nombre de Frankenstein al monstruo, si queremos recordar en el monstruo al ser que lo engendró, es porque sentimos que la monstruosidad es algo compartido. Si la criatura deforme hecha con fragmentos de cadáveres y animada por una descarga eléctrica es monstruosa, no lo es menos el hombre que concibió y ejecutó el experimento.

Pero decimos “Frankenstein” y no evocamos a los lémures ni a los zombis sino un laboratorio: mesas de operaciones, aparatos eléctricos, un nefando instrumental de quirófano, el terrible contacto de la carne con el metal helado del bisturí, una fusión del viejo laboratorio de alquimia lleno de alquitaras humeantes y braseros, de alambiques y tubos de ensayo, primero con los talleres de mecánica y las fábricas, y después con los sistemas electrónicos y la química de robots. Todo eso que nos evoca la ciencia ficción cuando habla de organismos modificados, androides que conjuntan la materia sensible y los mecanismos sintéticos, la sangre circulando por la máquina, el metal ensamblado en la anatomía, el *cyborg* de Frederick Pohl que en la tierra es un monstruo y es un ángel en Marte, que en la Tierra es un monstruo detestado y en Marte es un ángel solitario y sin cielo.

La sospecha, que surgió en el siglo XVIII y aún no se disipa, de que *el sueño de la razón produce monstruos*, de que hay algo espantoso en esta divina capacidad de alterar el diseño de las especies, de poner genes de peces

fosforescentes del fondo del mar en los conejos blancos de la fábula, de alterar el mapa interior de los gallos de Esculapio para producir sólo pechugas comestibles, de hacer brotar orejas humanas en el lomo de los conejillos de Indias, de producir de verdad, no en el hexámetro deleitable sino en el mundo atroz, caballos con alas y mujeres con cabellos de serpientes, muchachas con viscosas y olorosas colas de pez y muchachos sensuales con pezuñas de chivo, o por otro lado máquinas programadas para no dejarse modificar, sistemas de rigor tan perfecto que adviertan con rechazo nuestras imperfecciones, computadores traviosos con forma vagamente humana que limpien los hogares, oficien de electricistas y de plomeros, amenicen el tiempo largo de los solitarios, y hasta puedan seguir limpiando siglo a siglo las ciudades donde hace mucho tiempo dejaron de ser necesarios los humanos.

¿Era buscando esto que la historia se había trenzado de tal manera en aventuras y desventuras, en pensamientos, delirios y obras de arte? Quizás sólo de un modo aparente la pasión se rebelaba contra la razón, quizás sólo de un modo aparente la razón a su vez se rebelaba contra la pasión. Pablo había perseguido a los cristianos, pero eso hizo después más firme su fe; Tomás de Aquino creyó usar la lógica para fortalecer a la fe, pero en realidad no estaba resucitando el dogma sino abriendo el camino de la razón.

Recordé aquellas conversaciones sobre física cuántica, de la que nada entiendo, que hablaban de la posibilidad de que una partícula pueda estar a la vez en dos sitios distintos, de la posibilidad de que una partícula cambie de sitio sin desplazarse, pueda ir de un lugar a otro sin pasar por el medio. Y me dije que alguien descubrirá alguna vez las leyes del azar, encontrará el nombre verdadero de lo que todavía llamamos casualidad y nos enseñará por qué la historia es un tejido mucho más complejo de lo que nos enseñó la tradición, por qué la realidad obedece tan dócilmente al mito, por qué la intuición halla a ciegas lo que las lámparas más poderosas no pueden encontrar.

Incontables cosas que se necesitaban unas a otras, que se invocaban unas a otras, nos habían traído hasta esta encrucijada de pesadillas e invenciones con las que ahora juegan nuestras manos. Algo desconocido parece lanzar al vacío sin descanso sus viejas preguntas. Si “la diferencia entre Dios y el hombre es puramente cuantitativa”, si “al ser la matemática una fuerza ordenadora no aspira primero a ser filosófica, luego a ser poética, más tarde a ser moral y finalmente a ser religiosa”, si a través de los números profanos la humanidad está buscando el número sagrado.

“Qué edad asombrosa”, me dije. Se preguntó si creando la vida en laboratorios podríamos prescindir del amor, del enlace de los cuerpos, del intercambio de los fluidos y de las secreciones; se preguntó si no llegaría el día en que nuestras obras pudieran prescindir de nosotros, en que el sistema del pensamiento, convertido en máquina, decidiera renunciar a la imperfección, al individuo, y asumiera el papel de la divinidad.

Recordé el modo como una invitación de Juan Eduardo Fleming a Buenos Aires, que aparentemente yo no pude aceptar, me puso sin saberlo sobre las huellas del gólem, y desencadenó en secreto esta búsqueda obsesiva de poetas y de monstruos. Entonces por curiosidad busqué en internet la intervención de Juan Eduardo Fleming, embajador de Argentina en Praga, al convocar a la bienal sobre Borges y Kafka, y vi con alarma que desde el comienzo él había visto eso que yo sólo había encontrado al final. Estas eran sus palabras: “¿No serán la computación y la informática la contemporánea cábala?”, y “¿No serán la cibernética y la inteligencia artificial nuestro gólem actual?”.

Ada sólo alcanzó los 36 años, como su padre, y al llegar a esa edad enfermó, y fue sangrada como él por los médicos, y murió de la misma manera. Quizás en el último instante tuvo los mismos sueños y los mismos delirios. Pidió ser enterrada junto a su padre, al que no había conocido, y la razón y la poesía duermen juntos, hombro con hombro, y misteriosamente es una mujer quien encarna en ese lecho la razón y un hombre quien encarna la pasión, porque, como responderían los poetas antiguos, la razón es hija de la poesía, brotó como Palas Minerva de la frente de Zeus tajada por un hacha.

Y en ese momento me prometí hacer sólo dos viajes: uno para visitar la tumba del padre y de la hija en Inglaterra, y otro para escribir las palabras finales de este libro, en el prado Byron, en Ginebra, alguna tarde de luna llena.

En la otra orilla

Casi tres años después de haber comenzado mi búsqueda, emprendí el último de los viajes con los que me proponía seguir el rastro de esta historia. Mi intención era visitar de nuevo Nottingham, esta vez al final de la primavera, y conocer por fin la abadía de Newstead. Ahora sabía algo que ignoraba en mi primer viaje: que en ese lugar, no lejos de la abadía, al lado de los de su hija, reposan los restos de Byron.

Quería buscar también, y visitar un instante siquiera, Skinner Street, para rendir homenaje a lo que en mi imaginación es la cabaña del bosque de la infancia de las niñas Godwin. Después, y así se lo hice saber a María Gabriella Ascione, que vive en Rapallo con sus hijos, visitaría Viareggio, en la bahía de La Spezia, el lugar donde Trelawny rescató y quemó en una pira los despojos de Shelley. Desde Milán remontaría los Alpes, pasando por el lago de Como, para llegar finalmente a Ginebra, buscar un par de libros en la Sociedad de Lectura y, si todo salía bien, visitar el prado Byron y merodear por los muros de Villa Diodati bajo la luna de mediados de junio.

Nada salió como lo había calculado. Esas cosas sólo es posible programarlas en los itinerarios asépticos de las agencias de turismo, con todos los tramos previstos, los hoteles escogidos, rutas inexorables fijadas de antemano, y ese no era mi propósito: quería irme acercando, pero oyendo las voces del camino y sin esquivar los azares del viaje, dejando algún espacio a lo inesperado y a lo desconocido.

Entonces pude comprobar algo inquietante: si cuando no me lo proponía, los sitios y los hechos iban llegando incontenibles, bastaba proponérmelo para que los hechos se volvieran confusos y los sitios casi inaccesibles.

Pude sospecharlo desde el comienzo: en vísperas del viaje, mi participación en la Feria del Libro de Santo Domingo, a la que me había invitado Basilio

Belliard, me impidió hacer los trámites para obtener una visa inglesa. No había empezado el recorrido y ya había tenido que tachar de mi ruta la abadía de Newstead entre las flores de la primavera y la tumba de Byron ya redimida del rencor de su patria.

A mediados de mayo, cuando llegué a España, la temperatura descendió bruscamente y volvieron las lluvias. En realidad el clima parecía de febrero, las sierras estaban blancas, en la propia Barcelona llovía y hacía un frío invernal. Pero yo empezaba a obsesionarme con un relato sobre el modo como se formó el Mediterráneo, sobre la leyenda casi probada por la ciencia de que ese mar mitológico se ha secado ocho veces en la historia del mundo y se ha convertido en un cañón fantástico de cristales de sal de mil quinientos metros de profundidad, y la primera noche, en el hotel, la vecindad de esas aguas me trajo a la memoria la canción *Méditerranée*, de Georges Moustaki, que tanto me gustaba escuchar treinta años atrás.

Busqué la canción en el computador y enseguida apareció el bello pastor griego sonriendo en su barba boscosa, una mezcla de *hippie* y viajero del mar, con la serena manera de cantar de otra década. Esa misma noche le pregunté por él a Pere Sureda, lector infatigable y apasionado, y el más entusiasta editor que he conocido, que sabía de mis búsquedas byronianas desde hacía tres años. Pere había publicado un libro de relatos de Moustaki meses atrás. “Ya le pesan los años, pero está bien: no hace mucho hablé con él”, me contestó. No sé por qué me costaba admitir que aquel símbolo del cantor vagabundo hubiera envejecido. Al día siguiente Pere me envió una fotografía del lanzamiento del libro en Barcelona, y allí vi la evidencia: el pastor griego tenía la sonrisa cansada, el cabello y la barba completamente blancos.

No lo pensé entonces, pero después me dije que si algo no resulta imaginable para nosotros son Byron y Shelley cubiertos de canas y gastados por la edad. Algo en ellos representa el esplendor de la juventud, y ninguno de los dos habría sabido encarnar esa otra plenitud: la imagen whitmaniana del anciano salvaje, vigoroso y espléndido.

Viajé quince horas en tren de Madrid a París, y sólo comprobé que Europa estaba, como dos siglos atrás, en poder de la lluvia y la borrasca. Pasé por París sólo una noche. Mi cambio de planes había hecho que decidiera visitar a Ginebra primero y que dejara el viaje a Italia para los primeros días de junio. Ómar Porras me invitó a quedarme en su casa, y al llegar a la habitación que me había destinado, en su apartamento de la rue de l’Orangerie, encontré sobre

una mesita un libro sobre madame de Staël, y pasé la primera noche leyendo anécdotas del salón de aquella dama en las orillas del lago.

Siempre quise saber dónde estaba el castillo de Coppet, desde el cual los impertinentes espiaban las infidencias de Villa Diodati. El sector donde me encontraba ahora está en la orilla occidental del lago Lemán, donde hay barrios con edificios altos y laberínticos, calles recorridas por tranvías eléctricos, y esculturas que recuerdan que Ginebra es sede de todos los simposios y congresos y encuentros sobre la paz y los derechos humanos. En este costado del lago estaba el castillo de madame de Staël, brillante escritora, influyente cortesana y peligrosa política a quien Byron admiraba y Napoleón temía, hasta el punto de expulsarla de París y mantener una red de espías vigilando sus pasos por Europa.

Y allí me enteré de que Ginebra, por aquellos días de comienzos del siglo XIX, no sólo era el refugio de Byron y sus amigos. Madame de Staël hospedaba en su castillo ministros y artistas, músicos y escritores, aristócratas y conspiradores, y alguien dijo que en las orillas del lago Lemán, aquel verano, se encontraban las seiscientas personalidades más fascinantes de Europa. De modo que, huyendo de Londres, Byron no se había refugiado precisamente en el anonimato: Ginebra era un mundillo no menos agitado, público y murmurante que Piccadilly Terrace.

En la fría noche ginebrina recorrimos con Ómar parte de la ciudad vieja, caminamos por el borde del lago y entramos por los parques acuáticos hasta el faro. No había muchos viajeros nocturnos: sólo se oía el ajetreo de los patos y de los cisnes en la tiniebla, el entrechocar de las barcas, el rumor de miel helada del agua en las piedras grandes de la orilla. Y fue esa noche, al volver a la casa, cuando vi en las noticias que Georges Moustaki había muerto. No hacía una semana había oído su canción, no hacía cinco días Pere me había enviado su fotografía. Entonces me quedé mirando en penumbras mi adolescencia hasta que se me cerraron los ojos.

El largo camino junto al lago

Al mediodía siguiente decidí emprender la navegación por el lago. No dejé de recordar los versos inevitables:

*¿Y el incesante Ródano y el lago,
todo ese ayer sobre el cual hoy me inclino?
Tan perdido estará como Cartago
que con fuego y con sal borró el latino.*

En mi adolescencia, en Cali, yo adoraba esos versos, sin pensar que ese lago que Borges temía perder, y no perdió, llegaría a formar parte tan intensa de mi vida.

Desde la zona donde se alza el enorme surtidor blanco, que el viento desplazaba como una cortina de agua, el vapor Savoie recorrió el costado sur del lago, y yo empecé a escribir una carta para Olga Lucía Córdoba en la cubierta hasta cuando el vapor cruzó la cortina de agua y una capa de rocío cayó sobre la tinta de mi libreta. El agua no quería dejarme escribir, entonces preferí mirar los bosques de grandes árboles que se escalonan por las pendientes de Cologny.

Media hora más tarde estábamos pasando frente a la colina en torno a la cual daba vueltas mi espíritu desde hacía tres años. Serena y firme en lo alto, entre los rosales y junto al tapiz verde del Prado Byron, casi idéntica a las otras mansiones pero única e irreductiblemente misteriosa, apareció de nuevo la casa: esa casa que hace dos siglos dominaba a solas la pendiente, y que sigue alzándose sola en la memoria y en la imaginación de este mundo: la fragua de los sueños románticos, el vientre donde se gestaron los monstruos, el azogue lunar de la triple noche, Villa Diodati.

Terminé la navegación preguntándome qué criaturas desconocidas se encontrarían en todas las otras casas de la pendiente, o si es verdad que hay sitios escogidos que dialogan de un modo más complejo con los sueños de sus habitantes. Me había dicho por años que tenía que llegar de nuevo hasta la villa, siquiera para demostrarme que aquel no era, como dijo Belén la primera noche, “el sitio de irás y no volverás”.

Pero probablemente es verdad que algo en mí se resistía a llegar. Me pareció trivial y casi falso que uno pudiera tomar un taxi en la Gare Cornavin y descender media hora después junto al prado de Villa Diodati. Lo cierto es que no me fue posible comprar un billete de tranvía en ninguna de las estaciones que fui encontrando por el camino. Era la media tarde de una primavera fría pero luminosa, de modo que me dije que sería un placer caminar por las orillas del lago, ver de cerca el surtidor, el árbol blanco, irme acercando poco a poco a la vía que lleva a Cologny.

Perdido en mis pensamientos, pensando en Colombia, en mi amigo Mario Flórez, que ya conocía mejor que yo este manuscrito y con quien me habría gustado hablar en esos momentos, traté de identificar los árboles de los parques de la orilla, vi pasar por el lago los vapores de líneas azules, vi el vuelo bajo de las golondrinas y el revolar de las águilas sobre las largas avenidas que cruzan en carrera jóvenes deportistas, y no sé cuántas horas pasaron hasta que comprendí que me había alejado de todo sitio donde fuera posible tomar un transporte público, un autobús o un tranvía.

Estaba en la mitad de ninguna parte, una hormiga junto al lago inmenso, y también la ciudad era diminuta en la distancia. Vi una colina densa de bosques a mi derecha, a la que no había cómo entrar, y el cielo empezó a cerrarse de nubes oscuras. “Sólo falta que llueva –me dije–, y ni siquiera he visto el Club de Pesca donde almorzamos con Ómar y con Belén y su abogada hace tres años”. Me alegró haber recorrido a pie todo el camino, y comprendí que en realidad no estaba avanzando hacia una casa sino hacia un nicho secreto. Al volverme a mirar atrás comprobé que la ciudad ya estaba lejos. Las golondrinas cruzaban más veloces, las águilas parecían perseguirse en círculos por la avenida, sobre los vehículos que huían a toda prisa, y entonces comenzó la lluvia.

Varias cosas ocurrieron a la vez: abrí el paraguas, vi el Club de Pesca entre la hilera blanca de veleros, vi en una pared el grafiti de un ser de grandes ojos y alas de murciélago, y en el andén del frente, al otro lado de la autopista, se

mostró el camino de árboles que lleva a las pendientes de Coligny. En una placa, bajo la lluvia oblicua, se podía leer “Chemin Byron”.

Ya estaba demasiado lejos de la ciudad para devolverme, y tal vez demasiado cerca de Villa Diodati para abandonar la empresa. Pero empezaba a llover, y aunque estaba cansado después de muchas horas de marcha, era necesario remontar la pendiente. ¿Sería capaz de orientarme bajo la lluvia, entre los caminos cruzados del barrio boscoso? Con el agua rodando por las calles en pendiente, que anegaba los prados y chorreaba alrededor, remonté las colinas, perdí varias veces el rumbo por callejones ciegos, tuve que dar marcha atrás, y sentí que el mundo se ensombrecía aunque no era todavía la hora del anochecer, porque estábamos al final de la primavera. No podía oscurecer antes de las nueve.

En el momento en que comprendí con desaliento que no llegaría, dejé atrás el último muro y vi aparecer la verja inferior del prado Byron y los árboles grandes que dan sombra a Villa Diodati. Con el mismo asombro agradecido del primer día, de la primera noche, orillé el prado, me vi de nuevo frente a la gran piedra que preside el parque, y de pronto sentí que mi mano estaba recorriendo otra vez los surcos de la palabra “Byron”, en la roca jaspeada de musgo y de líquenes.

Entonces fui hasta el muro, dentro del cual los macizos de flores de primavera, rojos, rosados, amarillos, eran enormes, vivos y fragantes; pasé ante la vieja puerta de hierro, caminé junto al muro espiando entre los ramajes mojados para ver si sorprendía algún movimiento junto a la villa, entre las pérgolas, o más allá, por la pendiente que habíamos recorrido tres años atrás.

¡Cuántas cosas habían tenido que pasar en el mundo para que yo pudiera volver a aquel sitio! Yo, que nunca he podido llegar a cierto pueblo que queda a media hora de mi pueblo natal, aunque lo he intentado por años, estaba volviendo por tercera vez a la casa misteriosa que me había obsesionado bajo una tormenta en el otro extremo del mundo. Haber ido la primera vez fue un azar misterioso, haber ido la segunda y haber entrado en sus jardines fue un don de la amistad, pero llegar por tercera vez, bajo esta lluvia ahora más suave, bajo este cielo ahora más luminoso, ante este lago ahora más resplandeciente, era una dádiva secreta, y el cansancio de la tarde desapareció.

Junto a los muros húmedos de Villa Diodati pensé en mis viajes por las ciénagas colombianas, en mis andanzas por las calles de Buenos Aires, en mi

visita al cementerio de los ingleses en Roma, en el extravío por los barrios parisinos de mi juventud, en mis viajes por la niebla y los riscos del Tolima, a la sombra del Nevado del Ruiz, y hasta en mi viaje negro por el país de Juan el Loco, junto a la siniestra carrilera de Nottingham, aquella noche cuando la abadía de Newstead se fundió en la tiniebla. Todo había salido bien, y entonces recordé una frase que le oí decir a García Márquez en el teatro Carlos Marx de La Habana, cuando alguien le dijo que lo veía aliviado y feliz. “Entonces no me lo digas, chico, porque yo tengo una idea apocalíptica de la felicidad. Cuando todo está muy bien me digo: ‘Mierda, ¿y ahora qué irá a pasar?’”.

Sentí que algo iba a pasar. Alguien venía cojeando desde el interior de Villa Diodati, o yo tuve la sensación de que era así, pero no quise mirarlo. Había una moneda de un céntimo caída en el prado. Vi caer la lluvia sobre ella, y en esa moneda vi un signo secreto, como si alguien dijera que el tesoro verdadero no es el todo, sino la fracción más ínfima del todo; que lo que podemos averiguar del secreto es una mínima porción del secreto, que quizás el secreto no está para ser descifrado sino apenas para ser advertido. Lo nuestro no es el paraíso sino demorar ansiosamente su llegada. Estar un mediodía mirando las nubes, una noche contemplando las estrellas, una tarde viendo una moneda de cobre abandonada en un prado donde cae la lluvia, y sentir que en esa luna mínima cabe sin embargo el milagro del mundo.

Entonces fue fácil descender de nuevo la pendiente y volver a la orilla del lago, y nada fue más fácil que encontrar un tiquete de tranvía, encontrar el tranvía, encontrar la ciudad al final del camino.

Navegando en busca de Shelley

Y, sin embargo, yo quería que mi último gesto en esta historia fuera para Shelley. Quién sabe si él no era, de otra manera, el verdadero inspirador de toda la búsqueda. Ningún enemigo de Dios estuvo más cerca de la divinidad; era el amante de la libertad y el patrocinador de la anarquía; el apóstol del amor libre y el amigo de los elementos, y se habría arrojado al Etna como Empédocles para confundirse con el magma del mundo, así como finalmente se entregó a las sirenas del Mediterráneo.

Yo lo había visto en guerra con los elementos: arrebatado con su barco por el viento, hundido en las profundidades del mar, devorado por el fuego en una playa, hospedado por la tierra en una tumba romana. Y entregado al sueño de hacer que las palabras fueran tan poderosas como los elementos.

Eran los últimos días de una primavera de frío y de lluvia cuando tomé la decisión de viajar de nuevo a Barcelona, y embarcarme para Italia. Había encontrado en los prospectos una ruta de la Grimaldi Lines de Barcelona a Livorno, y me dije que no solamente sería grato navegar el Mediterráneo hasta las bahías italianas, sin la incomodidad de hacer por tren transbordos en Marsella y en Ventimiglia, sino que era más adecuado buscar la sombra de Shelley en un barco, dos siglos después, hasta las costas donde había naufragado el suyo.

Pero justo el día en que decidí embarcarme, un domingo resplandeciente que parecía el primer día del verano, no había barcos para la ruta de Livorno y sólo era posible viajar a Civitavecchia, en la costa de Ostia, cerca de Roma. “Lo mismo da –me dije–. En Roma puedo tomar un tren hacia el norte, veré el paisaje, el desfile de las ciudades italianas que se alargan sobre esas costas, que no sólo son las costas de Shelley sino de Polidori y de su linaje, donde el viejo Agostino les cantaba a los huesos, y hasta podré reencontrar el recuerdo

de la única vez que recorrí esta costa, viniendo del norte, cuando ese litoral que es una larga ciudad desde Génova me produjo una felicidad que no olvido. Aunque no la había visitado nunca, me pareció un recuerdo de infancia”.

Tuve que hacer una larga fila para conseguir el boleto. Una señora italiana, pequeña y sonriente, me contó en la fila, en un italiano que por extraña razón yo le entendía perfectamente, que iba a visitar a su madre en Sicilia. Mi trayecto resultaba corto comparado con el suyo: ella tendría que hacer no sólo el viaje de veinticuatro horas hasta Civitavecchia, y luego el viaje a Roma, sino otro de diez horas desde Roma hasta la costa sur, y otro viaje más en ferry hasta la isla.

El barco me produjo una suerte de alegría infantil. Me sentí libre de las ataduras de la tierra, y la sensación se hizo más intensa cuando comprobé que no había señal telefónica, que las cabinas de internet no funcionaban. “Seremos libres por un día –me dije–, podré dedicarme a leer y a ver el mar, a recorrer los pasillos, a subir y bajar escaleras, viendo esta ardiente juventud española que va a pasar su verano en Italia”. Recordé otro día, años atrás, cuando yo iba en la cubierta del Livorno, un barco veneciano, rumbo a Grecia, hablando de todas las cosas con Pilar Muñoz y con Arnulfo Valencia, un viaje que marcó mi vida.

Ahora el barco tardaba en salir. Vi marchitarse la luz sobre las playas, vi hacerse más intenso el sol en las terrazas de los edificios y los acuarios, y lo vi apagarse en los hilos dorados de los teleféricos lejanos. El camarote era a la vez estrecho y confortable; la ventana sellada grande y translúcida, y el espectáculo de la mole de agua resbalando hacia atrás, del gris al plata, del plata al azul metálico, y de nuevo al gris con estelas de espuma, era estimulante para la imaginación. Sólo faltaban los delfines de Píndaro, pero en la noche, a lo lejos, podía verse en lo alto el resplandor de las costas luminosas de Francia tiñendo el cielo oscuro.

Serían las diez cuando salí a la cubierta, y pude ver perdiéndose las últimas luces de España. La temperatura había descendido y una masa de niebla cayó sobre el barco. Tal vez no había debido salir a la cubierta sin abrigarme bien; volví a los pasillos, al restaurante lleno de muchachos bulliciosos, al camarote callado ante cuya lámpara leí un buen rato. Ignoro qué horas serían cuando me dormí, sobre mil quinientos metros de agua y de medusas, sobre las hondas praderas de posidonia oceánica del viejo mar latino.

Dormí, como de costumbre, con la luz encendida, pero al despertar ya

entraba por la ventana el resplandor de la mañana mediterránea. Escribí unas frases en la pantalla y cerré los ojos de nuevo. Al despertar, miré lo que había escrito: “Aquí, esta mañana de junio, mientras miro la estela de las aguas que pasan frente a la ventana del barco de Grimaldi Lines que me lleva hacia las costas de Italia, a buscar la playa precisa donde una tormenta hundió el barco de Shelley, y a visitar la playa donde la devoción de Byron y de Trelawny alzó una pira para el cuerpo del poeta...”.

El libro de Berlin sobre las raíces del Romanticismo yacía entre las sábanas; el día era gris. No había en el mundo, más allá del barco, nada más que el agua de Tales de Mileto. Sentí un pequeño dolor en la garganta: tal vez el frío de la noche me había afectado un poco. Volví a examinar en el mapa la ruta que pensaba seguir después del desembarco. Iría a Roma, tomaría un tren hasta Livorno o hasta La Spezia, pasaría un par de días en la bahía, visitando los sitios históricos, visitaría por fin a María Gabriela en Rapallo, y tomaría otro tren a Milán, para remontar los Alpes hasta el lago de Como.

Al mediodía la afección de la garganta era más fuerte. En el restaurante ya me costó pasar los raviolis y el pan italiano, me dolía hasta el agua por la laringe. Por fortuna, el viaje terminaría al atardecer. Ahora la exultación del momento de embarcarme empezaba a ceder su lugar a la impaciencia. “Al parecer, las bacterias no tienen por dónde descender del barco –pensé–, sólo pueden viajar en la garganta de los pasajeros”.

La afección era incómoda, porque no solamente me dificultaba comer y beber, también me hacía difícil hablar. Hasta la tibia saliva de la vida era un tormento en la laringe. Cuando llegamos a la costa italiana, sólo quería buscar un hotel donde dormir y descansar hasta que la afección hubiera pasado. Me había ocurrido otras veces: al día siguiente la inflamación cedería, podría comer de nuevo normalmente. Yendo a la estación de Civitavecchia, pasé frente a la enorme escultura policromada que han puesto junto al mar. Hasta ese beso resultó doloroso, y tomé mi billete para Roma.

Las puertas cerradas

En Roma también hacía frío, aunque estábamos casi a mediados de junio. Nunca me parecieron tan largos los muelles de Termini, ni más difícil encontrar la salida, y de pronto, dos años después, me vi en la misma plaza en cuyo fondo están las termas de Diocleciano.

Busqué en los alrededores un hotel cualquiera, y me vi regresando, como años atrás, a una de esas pensiones en que han despedazado los viejos palacios romanos. Las escalinatas de mármol todavía son enormes, las molduras todavía son de tiempos más grandes, pero los pisos están reformados para ser modestos albergues, apenas confortables, aunque es bello al abrir la ventana sentir que entran en tumulto la jerga de Roma, el bullicio de Roma, la locura de Roma, el olor de las pastas en los restaurantes callejeros, el reposo de la antigüedad sobre las urgencias del presente.

Sólo quería descansar y no me animé a llamar a Sylvia. Al día siguiente, cuando estuviera mejor, la llamaría. Habría quedado atrás el episodio de mi garganta, podríamos hablar, pasear, podría contarle de mis planes en las bahías del norte. Además, en aquel momento no podía siquiera hablar. Ella se sentiría obligada a visitarme, y ahora mi proyecto era dormir hasta el alivio. Sé que fue una decisión estúpida: Sylvia me habría acompañado a ver un médico enseguida, a lo mejor en unas horas estaría de verdad recuperado, pero el deseo de no molestar y la convicción de que el mal pasaría pudieron más que la sensatez.

A las once de la noche, sin embargo, comprendí que era preciso hacer algo. Era muy tarde y lo único que se me ocurrió fue salir a buscar una farmacia. Era domingo, y los domingos en la noche la pecadora Roma no existe. No había una farmacia de turno en toda la extensión de Termini, y con ese clima cambiante, en que podía llover en cualquier momento, no me animé a irme

caminando por la Via Nazionale. Ya iba a volver al hotel cuando me dije que la solución era tomar un taxi, pedir al taxista que me ayudara a buscar una farmacia y que me dejara de nuevo en el hotel.

El taxista era alto, casi calvo, tenía un bigote gris, parecía un romano ortodoxo de siete generaciones, y empezó a cavilar dónde habría una farmacia en la noche romana. No parecía muy seguro, o acaso estaba decidido a aprovechar mi condición de turista para beneficiarse de un largo viaje por Roma. La verdad es que no me importaba. Me costaría un poco, pero a lo mejor era el precio del alivio que cada vez necesitaba más.

Ya íbamos en marcha cuando recordé que mi anterior visita a Roma había tenido también su episodio en un taxi. No habría imaginado dos años atrás, yendo con Sylvia y con Eliza hacia el cementerio de los ingleses, una tarde de eclipse en que hablábamos de Galileo y de Milton, en qué condiciones haría mi siguiente paseo por Roma: mudo, con la garganta cerrada, con comienzos de fiebre, buscando en la noche una puerta improbable.

Tomamos por Santa María Maggiore, bajamos al Coliseo, pasamos frente al Arco de Constantino, tomamos la ruta del Foro Imperial: todo muerto a medianoche. Como en un escenario donde ha terminado la función, vi el monumento a Vittorio Emanuele apagado, busqué en vano siquiera un fragmento de la Columna Trajana y no alcancé a verla, pasamos junto al Palazzo Venezia, y pensé que el taxista tomaría por la calle de las Tres Canelas hacia la Via Nazionale, pero giró a la izquierda y enfiló rumbo al Tíber. Todas las farmacias que encontramos estaban cerradas. “No puedo creerlo –le dije–, si estamos en Roma”. “Estamos en Roma, no en Nueva York”, me contestó.

Vi flotar la cúpula dorada del Vaticano, vi el puente con ángeles y detrás el castillo de Santángelo, cruzamos el río, recorrimos viejos barrios de más allá del Tíber, y salimos a Cola de Rienzo. Ya sentía que había visto todo, que perdíamos Ara Coeli, que perdíamos Roma entera, cuando finalmente apareció un sitio con una cruz verde encendida. Compré un frasco con una solución verde para gargarismos, y ya no miré más la ciudad presurosa en la ventana hasta que el taxi se detuvo en Termini otra vez, y descendí de prisa, ansioso de un remedio que era apenas un vago consuelo. Allá al fondo, oscura a medianoche, estaba la basílica de Santa María de los Ángeles, y en su interior el péndulo de Galileo, y la mitad invisible del día.

Lo cierto es que, aunque esa noche conseguí dormir, cuando desperté, casi a las once, la garganta me dolía todavía más. Una mezcla de laringitis viral y

bacteriana me estaba cerrando la garganta, y la falta de líquidos estaba a punto de convertir una anécdota en una tragedia, porque desde veinte años atrás mi organismo estaba expuesto al riesgo de una insuficiencia renal. Entonces tomé la decisión desesperada de comprar enseguida un billete de avión de regreso a España. Le escribí un mensaje febril a Dasso Saldívar, pidiéndole que me recogiera en el aeropuerto y que me ayudara a conseguir un médico, pero sólo a la mañana del día siguiente podría deshacer por el aire en dos horas el viaje que había hecho por agua en veinticuatro. Pasé la tarde haciendo enjuagues con sal marina, y cuando me animé a escribirle a Sylvia era tan tarde ya que no podía esperar que leyera el mensaje.

En Fiumicino, mientras aguardaba el avión, comprendí que llevaba más de dos días sin comer ni beber, y le dije a algún dios que estuviera escuchándome que le cambiaba a Roma por un vaso de agua y un trozo de pan. He debido pensar en el céntimo que había visto en Villa Diodati bajo la lluvia, porque el mensaje otra vez era el mismo. No hay prodigio mayor que el más sencillo y simple, un vaso de agua en la garganta, y hay días en que cambiaríamos la esperanza del paraíso por una cabaña tranquila, con un poco de sol en la piel, y un ser querido que nos mira y nos acompaña.

Tuve mucho más que eso: Dasso y Reina y sus hijos me recibieron en una casa amiga, generosa en libros y en diálogos, y por una semana me olvidé de mi búsqueda. La misma noche de mi llegada visitamos un gran hospital donde bastó una inyección para devolverme la capacidad de hablar y la capacidad de beber. Pero lo que yo leía en el fondo de todo es que las puertas de esta historia se habían cerrado; aunque tardara en comprenderlo, lo que andaba buscando ya lo había encontrado. La baraja estaba completa, y la vida me estaba diciendo que no era necesario buscar más, o que esta no era una historia en la que sirviera de algo buscar. Sus secretos se daban a la devoción y a la curiosidad, pero intentar buscar algo era irremediabilmente extraviarse.

En las últimas fiebres soñé que en algún momento el barco de la Grimaldi Lines en que viajaba se cruzó en el tiempo con el barco de Shelley que iba rumbo a la tempestad, y que él otra vez perdió la vida para que yo sólo perdiera el rumbo. Al despertar sentí que una voz desconocida me había indicado lo que debía hacer, que mi lugar en ese momento no era Roma, y que era necesario regresar. Lo había hecho, y todo estaba bien. Eso no habría sabido explicárselo a Sylvia en Villa Borghese o a María Gabriella en Rapallo, pero un final tranquilizador basta como prueba de que el camino era

correcto.

La historia que me había perseguido por años ahora me abandonaba, las puertas que antes se abrían por sí mismas ahora se cerraban. Para el viajero que tantea en la penumbra es fácil entender cuándo el camino ya no ofrece nada. Si el viaje a Inglaterra se había frustrado, si el viaje a Italia había sido un fracaso, si incluso mi regreso a Villa Diodati había sido casi simbólico, era hora de decir adiós a los queridos personajes de esta historia, y de dejar que la vida se abriera “hacia otros cielos y otros amores”.

Ahora estaba allí, recuperado, y el verano parecía comenzar. ¿No volvería el invierno al día siguiente? Los diarios casi parecían prometerlo. Entonces decidí que al menos, en los tres días que me quedaban en Europa, volvería a París.

Con una hosca sustancia

Ya no me extrañó que el día de mi viaje fuera precisamente el 16 de junio. Yo salía de varios días de encierro, después de una navegación delirante, de intentar en vano visitar la bahía de La Spezia, de fracasar en mi intento por remontar los Alpes desde Milán, y de dos días de soledad y de fiebre en una pensión romana.

Sentía como si acabara de salir de una larga enfermedad, y de su amorosa convalecencia en casa de Dasso y de Reina, de modo que en aquel día que antes estaba marcado por Joyce, y ahora por los monstruos de Cologny, no tenía la intención de padecer ningún tormento mental, sino de dejarme vivir con fruición y con simplicidad.

Pero no pude tomar un avión directo de Barajas a París, de modo que hice de nuevo escala en Barcelona, y llegué a Orly al atardecer. Procuré demorar mi llegada a casa de Tania, por si ella estaba trabajando, pero la verdad es que Tania había tenido que ir al hospital, donde su padre agonizaba. Iván Olano me esperaba en el apartamento, y salimos a caminar y a cenar cerca de la Bastilla. Llevaba menos de un mes en París, estaba bebiendo la ciudad como un vino joven, sus ojos resplandecían de una suave embriaguez. Caminamos mucho rato en la noche, y disfruté oyendo sus aventuras en bicicleta por la ciudad en la inminencia del verano.

Es verdad que lo único que yo quería hacer era pasar un par de días en compañía de mis amigos. Al día siguiente hablé con Tania todo el tiempo: su padre había muerto, y ella tenía muchas cosas que recordar. Todo estaba misteriosamente dispuesto si yo había podido llegar sin saberlo a acompañarla en un momento difícil, y dejamos pasar las horas mientras abajo, en el Faubourg Saint Antoine, ya sin gorros ni bufandas ni abrigos ni botas, París empezaba a desnudarse bajo el sol poderoso, y llevaba su bullicio

reconfortante y humano entre el fragor de los automóviles y la alarma de las sirenas que se hunden en la distancia.

En la tarde decidimos salir a hacer algo en las calles. Iván me había hablado el día anterior de un concierto, pero yo le propuse distraídamente que fuéramos a cine, y salimos a buscar la película. Íbamos ya en el autobús por la isla de Saint Louis, cuando recordé de repente lo que Iván me había dicho, y a lo que no le había prestado atención. “¡El concierto! –grité–, hay que ir al concierto”. “¿Crees que tengamos tiempo todavía?”. “Habrá que correr un poco”, dijo Tania.

París siempre guarda cosas que uno nunca ha visto. La siguiente estación tardaba en aparecer. Bajamos del autobús, empezamos a buscar un taxi que nos acercara, pasamos por las grandes arcadas detrás del teatro del Odeón y finalmente un taxi nos recogió, y a la hora justa estábamos llegando al concierto, en plena tarde soleada de la isla de la Cité.

¿Cómo no había pensado en el sentido de ese día? Había que asistir, en París, el 17 de junio, al concierto de órgano en las propias naves de la catedral, para conmemorar los ochocientos cincuenta años de Notre Dame. Ya en nuestras sillas, en la frescura gótica, bajo las altas naves de piedra, en el silencio balsámico anterior a la revelación, otras cosas me sorprendieron. Desde el comienzo de este relato había puesto todas mis palabras bajo la tutela de unos versos de Osip Mandelstam sobre Notre Dame de París, y sin que yo supiera por qué, esta historia estaba terminando en París, en Notre Dame, a mediados de junio, antes de la llegada del verano, en un largo diálogo solemne entre la arquitectura y la música.

Mientras el órgano inventaba otra catedral invisible, recordé que Schopenhauer, en su teoría sobre la arquitectura, defendió siempre la sencillez que desnuda los elementos esenciales del arte. Si lo esencial en la arquitectura es el soporte y el peso, decía, no hay arquitectura más bella que el Partenón, que desnuda esos dos elementos en columnas y techo. La arquitectura gótica le parecía un error, porque en lugar de desnudar, ocultaba y mistificaba esos elementos. El joven filósofo detestaba los muros, que ocultan y limitan el espacio, y abominaba de los arcos, que disimulan el peso.

Miré el cielo de piedra flotando en lo alto, y sentí que la arquitectura gótica consiste en poner a combatir a las cosas consigo mismas, casi hasta hacerlas desaparecer. Hacer liviana la piedra, lograr que flote sobre nuestras cabezas, hacer translúcidas las paredes, que filtren y maten la luz exterior, son

depurados ejercicios de magia que escapan a la mera funcionalidad.

Tania permanecía absorta en la música. Me volví a mirar a Iván, que, a mi lado, parecía pensar en su tema favorito, las correspondencias entre las artes. Y recordé un fragmento de Chesterton que el propio Iván había citado poco antes y que parecía prefigurar lo que en ese momento estábamos viviendo: “Aquellos hombres se encontraban, así, solos frente al aspecto más terrible del gótico: la contradicción y la desproporción monstruosas, las perspectivas vertiginosas, la vislumbre de la grandeza de las cosas pequeñas y la pequeñez de las grandes: un torbellino de piedra en mitad del aire”.

Alguien dijo que en un edificio moderno uno se siente en el mundo, pero que en una catedral gótica uno se siente en el universo. La gran madre de piedra parecía respirar sostenida por aquella música sublime, la última luz de la primavera moría en los vitrales contando historias de oro y de sangre, y me dejé llevar por la música, persiguiendo una línea que había recibido muchos años antes, en las naves de la gran catedral: “Siempre llegué al amor por caminos de engaño”.

La extraña búsqueda había terminado.

Primer epílogo

El ciclo de Ginebra

Al comienzo tú crees ser el único que está obsesionado con la historia, pero con el paso del tiempo vas dándote cuenta de que Villa Diodati ha sido la obsesión de escritores y artistas y músicos y directores de cine, y cada vez más en las últimas décadas, y que tu propio rastreo de todo aquello no es más que una pequeña parte de la curiosidad de una época.

Terminará llamándose *La saga de Villa Diodati*, o *El ciclo de Ginebra*, y si crece como espuma en nuestro tiempo en libros, en películas y en piezas de teatro, en óperas, en álbumes iconográficos y en páginas virtuales, es porque palpitan en ella los temas de la época, porque sus pasadizos y sus símbolos nos dejan explorar nuestro propio paisaje mental.

El aleph de esta saga le muestra a cada quien una historia distinta, porque hay hechos del tiempo que cambiados en signos y en metáforas parece que pudieran ser todo para todos, cifrar todas las cosas. En *El médico de Byron*, de West, el protagonista es el joven poeta malogrado; en *Los papeles de Aspern*, de James, la forma visible es la de la anciana sobreviviente. Unas obras persiguen a las criaturas de la ficción, otras a los muchachos de la historia.

A lo largo de los meses había podido comprobar que somos legión quienes andamos como sabuesos tras las ágiles liebres de la historia. Cada quien busca algo tan personal en ella, que no existe el peligro de que estemos compitiendo por el mismo relato. Los hechos tienen tantas aristas, los personajes son tan ricos y diversos, y atraen a los buscadores de tantas maneras distintas, que todo buscador por el camino resulta un miembro útil y apreciable de una dispersa cofradía. No nos conoceremos, no buscamos lo mismo, por momentos se cruzan los caminos, acaso compartimos algún hallazgo, la historia coincide en un fragmento, en una reflexión, en un instante,

y cada quien desaparece por su propio camino.

Alguien podrá contarnos los hechos desde la mirada de los criados o de los periodistas, alguien lo hará a través de los comentarios de esos ingleses que vigilaban la casa con sus binóculos desde la otra orilla del lago; alguien logró conversar con los descendientes de los pobladores de las colinas, que encontraron una noche un zapatito de mujer abandonado entre la casa de un poeta y la de otro; alguien ha rastreado la historia del misterioso Dippel, que hacía experimentos con cadáveres en un castillo de Alemania y que ascendió a las páginas de Swedenborg. No hemos acabado de interrogar a Trelawny, a Augusta ni a Annabella; quizá no le hemos hecho a Ada las preguntas que nos permitan entender de qué manera la génesis de los lenguajes de la informática deriva de esta historia a través de la más invisible de sus protagonistas.

De todo hablan sus muchas variaciones. De la naturaleza y de la historia, del amor y del crimen, de religión y de filosofía, de la belleza y la monstruosidad, de la poesía y de la música, del centro y de la periferia, de la creación y de la imitación, de la piedad y del horror, de dios y del demonio, del heroísmo y de la locura, de los animales y del clima. Villa Diodati es como un prisma oculto en las tinieblas de una triple noche, al que de pronto entró un rayo de luna, un rayo de sol reflejado, y produjo sombríos colores.

Quizás este ciclo prueba que el mundo de comienzos del siglo XXI no ha podido escapar a la gravitación del Romanticismo, que la tiniebla que combatimos y amamos es aún la tiniebla que combatieron los hijos de la Ilustración y cantaron los *Himnos a la noche* del joven Novalis. Quizás prueba que el espacio que vertiginosamente recorreremos es todavía el mismo que mide el compás de Newton en un grabado de William Blake, y el que pobló de asechanza y zozobra la pluma de Piranesi; que la belleza que ansiamos y la monstruosidad que tememos son las que ya invocaban las brujas de Macbeth; que estos sueños acaballados sobre nuestros vientres son los del suizo Füssli, que nuestros designios políticos son todavía los de Godwin, que nuestra rebelión es todavía la de Mary Wollstonecraft, la madre, que caminaba con el vientre grávido entre el humo de las barricadas; que nuestra religión puede ser la de Shelley; que nuestras culpas son aún las de Byron; que Mary la hija puede darnos todavía una lección de heroísmo mental; que aún nos persiguen la angustia de Polidori, la desesperación de William Beckford y la indignación de Matthew Lewis; que estas ciudades desveladas no conseguirán huir de la noche triple y que nuestra nostalgia es la misma de la vieja señora

Bordereau, sola con sus fantasmas de papel en un vacío palacio veneciano.

Siempre me pregunté hacia dónde me llevaba la obsesión: qué era lo que estaba buscando con este rastreo desordenado de hechos que más parecían perseguirme. ¿Era una novela, un ensayo o un diario de viajes? Un día, volviendo a mirar cierto libro casi por costumbre, encontré algo que no recordaba haber leído. Hablaba de cómo es posible presentir un libro sólo por la intensidad con que el motivo inicial actuó sobre el espíritu: “La invención consiste en la capacidad de captar las posibilidades de un tema, y en el poder de moldear y vestir las ideas que éste sugiere”. Al final de mi búsqueda, de repente me sentí interpretado y casi justificado. Las palabras, no sobra decirlo, eran de Mary Wollstonecraft, y estaban en el prólogo de *Frankenstein*.

No hacemos más que intentar nuestra propia versión de los hechos. Mirar, como desde los desiertos de la Luna, el año del verano que nunca llegó.

Segundo epílogo

Las sibilas

Creí avanzar en la comprensión de un insólito parto de fantasmas, pero algo vino siempre a trastornar mis razones y a arrojarme de nuevo en la superstición. El nombre sugestivo de un castillo, el incesto de un poeta, la fuga de una pareja rebelde, la aparición de un joven médico, las cartas de una muchacha contrariada y el odio militante de una nación parecían casualidades cayendo en el caldero, como los ingredientes caóticos de las brujas. Los grabados de un visionario, un nombre cincelado sobre una tumba, un rayo atrapado en un experimento, una pesadilla capturada en un lienzo, un libro de relatos fantasmagóricos y un poema espectral ante el fuego, cosas que convergían y se unían en la trama.

Mi aventura no era distinta de la del maniático doctor Dippel reuniendo en la oscuridad un montón de fragmentos dispersos e inertes para tratar de construir con ellos un ser vivo. Esos encuentros inesperados, ese volcán que despierta, esa noche que cae sobre el mundo, sobresaltos científicos llenando las conversaciones y culpas persistentes trabajando en las almas, burlas que hieren profundo, rencores que destilan sus ácidos, un miedo laborioso germinando en la conciencia y la membrana negra de unas alas que se despliegan, cada cosa querría encontrar su lugar en la escena, como fragmentos muertos ensamblándose bajo el rayo de un desafío de medianoche.

Y siempre la Luna, brillando o eclipsándose, perfilando las cosas o delineando fantasmas; la luna con sus montañas blancas, sus cuernos rojos y sus monjes sin rostro, la Luna con sus liebres de púrpura moviendo las mareas y el ciclo de la sangre, y sobre los países el caldo de mil rebeliones, y bajo las ciudades una impotencia antigua azotando las rocas, una sed de justicia, lluvias de abandono o de olvido obrando en secreto sus germinaciones como el árbol madura sus frutos, como el telar del cielo teje dos cintas de colores

inversos y un arco de tiniebla entre ellas.

Que tantas cosas se cruzaran en Villa Diodati fue lo que aumentó mi desconcierto. Porque el misterio del lugar existe y es tal vez el más hermético de los misterios. La humanidad siempre supo que hay lugares sagrados, árboles donde se manifiesta lo divino, ramajes donde soplan mensajes cifrados, sitios sobre los cuales el firmamento se abre como un cántaro, regiones donde es más dulce el agua de las fuentes.

Y si es verdad que los monstruos escogen las cavernas donde quieren nacer, cuánto más no lo harán en su secreto los dioses. Buda escogió desde el cielo el vientre donde se proponía gestarse; Alejandro, que se apoderaría del Asia, nació la misma noche en que Eróstrato quemó el templo de Diana en el Éfeso; así que el viajero no necesita mirar bajo qué árbol se duerme, porque el sueño profético llegará si es preciso que llegue.

Mucho antes de que Roma fundara el centro del cristianismo en la colina Vaticana, ya esa colina era sagrada para las gentes: era la colina de los vates, que le dieron su nombre, el lugar de las profecías. Mucho antes de Shiva, ya el Ganges era un arco purificador. Sir James Frazer nos ha contado que el lugar donde nació Jesucristo no está lejos de las grutas de Venus, donde la diosa griega vio morir al joven Adonis, y que por ello es posible sentir en la leyenda de la estrella de Belén la presencia de una diosa pagana. Mucho antes de que Buda predicara en el parque de los Ciervos de Sarnath, ¿no habían pasado por allí otros de los avatares de Vishnú? ¿Acaso Nasurama, acaso Rama, acaso el propio Krishna, el dios de las espaldas azules y la flauta? ¿Y no dicen que, antes de la catedral, dos templos cristianos se habían alzado en ese mismo lugar de la isla de la Cité, una iglesia románica que duró cuatro siglos y la primera basílica de Saint Etienne, y antes de ella el templo de Júpiter que erigieron los soldados de César, y antes todavía un templo celta? ¿Cuándo comienzan realmente las cosas? ¿Es toda invención una reinversión, todo hallazgo un recuerdo, y la vida el cumplimiento de un relato que ya oímos de niños junto al fuego?

Entonces volví a preguntarme cuál era el secreto que llevaba tantos meses persiguiendo, qué monstruo o qué ángel intentaba suscitar con palabras, ensamblando al azar fragmentos de viejas historias y pedazos de mi propia vida descuadernados por el tiempo y por el espacio; rastreando tantos hechos que no parecían tener significado, monstruos de historieta y héroes de semanarios; y vino a mí el recuerdo de otro poeta de comienzos del siglo XIX,

que estuvo siempre escondido tras todas estas búsquedas, tal vez el más sincero y el más estremecido de todos los poetas de su tiempo, que alguna vez pudo cruzarse con Turner por las salas del Louvre antes de volver a su tierra alemana donde lo esperaban la desesperación y una larga locura.

Pensé que mientras Goethe interrogaba el iris de la historia y Schiller convocaba a la insurrección, que mientras Byron luchaba con sus demonios y Shelley sucumbía a la fatalidad y a la música, Hölderlin perseguía en vano a las sibilas para hacer la pregunta más profunda y más urgente de los tiempos modernos: ¿cómo se forman en los pueblos los mitos?

Y me volví a mirar las vastas criaturas de soledad y de rebeldía que brotaron de las pesadillas de Mary Wollstonecraft y de las angustias de John Polidori, y me dije con admiración, con veneración, con espanto, que si para engendrar a Frankenstein o al vampiro, pequeños mitos para conmover a dos o tres siglos, se habían necesitado la Ilustración y la Revolución, la cabeza de Carlos I y la cabeza de Luis XVI, los vasos de sangre de las turbas jacobinas y las carretas del terror, el anarquismo y el feminismo, los ángeles de Milton y los duendes de Shakespeare, los recorridos contrarios de los hermanos Grimm y de Napoleón, las existencias atormentadas de Byron y Shelley, de Mary Wollstonecraft y de Polidori, y una casa donde combatieron los ángeles, y la erupción de un volcán en Indonesia, y una nube tan grande como el cielo, ¿qué no se habrá necesitado en el tiempo para hacer surgir sobre la tierra a Shiva el Danzante, a Alá el de los 99 nombres, a Buda el Iluminado, o a Cristo el Crucificado, esas fuentes terribles de las que beben vida los milenios?

Versos

Hay bendiciones en esta suave brisa.

Oh there is blessing in this gentle breeze

Preludio. William Wordsworth

¿No ves que va la luna rodando por Callao?

Balada para un loco. Horacio Ferrer y Astor Piazzolla

Las estrellas de menta

Te hablo de las vastas noches alumbradas

Por una estrella de menta que enciende toda sangre.

Morada al sur. Aurelio Arturo

Esa fortaleza de muros de agua

That pale, that white-faced shore,

Whose foot spurns back the ocean's roaring tides

And coops from other lands her islanders,

Even till that England, hedged in with the main,

That water-walled bulwark.

El rey Juan. Shakespeare

Un monstruo hecho de ojos

Apocalipsis 4:6. Chesterton. Borges

La mañana llegó y se fue y llegó, y no trajo consigo el día

Morn came and went-and came, and brought no day.

Darkness. Lord Byron

El primer infierno verdaderamente atroz de la literatura

Sobre el Vathek de William Beckford. Jorge Luis Borges

Convertirse en materia irresponsable

*So setting Her free to become
Irresponsible matter.*

No, Plato, no. W. H. Auden

*¿Son rotas así las leyes del abismo?
Son le leggi d'abisso così rotte?
O è mutato in ciel novo consiglio,
Che, dannati, venite a le mie grotte.*

Commedia. Purgatorio, canto I. Dante

Una novela que no tenga un muerto me parece falta de vida
Chesterton

El hombre es un dios cuando sueña, y sólo un mendigo cuando piensa
O ein Gott ist der Mensch, wenn er träumt, ein Bettler, wenn er nachdenkt
Hyperion. Holderlin.

Por la ciénaga cubierta de anémonas moradas
Crónica de una muerte anunciada. Gabriel García Márquez

Entre la ramazón supersticiosa
De esta noche no sé qué me alucina / Será esa luna, lámpara medrosa / O ese
viento que zumba a la sordina / Entre la ramazón supersticiosa.
Nova et vetera. León de Greiff

Un atareado rumor de multitudes que se alejan
Creo en el alba oír un atareado
rumor de multitudes que se alejan.
Límites. Jorge Luis Borges

Y estamos aquí como en una sombría llanura,
rodeados por confusas alarmas de guerra y de fuga,
donde ignorantes ejércitos chocan de noche
And we are here as on a darkling plain
swept with confused alarms of struggle and flight,
where ignorant armies clash by night.
La playa de Dover. Matthew Arnold

En este oscuro mundo inmenso

*When I consider how my lighth is spend
Ere half my days in ths dark world and wide.*

Soneto 19. John Milton

Acuérdate de vivir

Wilhelm Meister. Goethe

*Aquí yace uno cuyo nombre fue escrito en el agua
Here lies one whose name was written in water.*

Epitafio de John Keats. Cementerio de los ingleses. Roma

*Paz, paz, él no está muerto ni dormido:
Del sueño de vivir se ha despertado
Peace, peace! he is not dead, he doth not sleep,
he hath awaken'd from the dream of life.*

Adonais. Elegía a la muerte de John Keats. Shelley

*Una cosa bella es alegría para siempre
A thing of beauty is a joy forever.*

Endymion. John Keats

Porque también para el sepulcro hay muerte

Soneto. Francisco de Quevedo

*Rebrillaban las lunas de cáscara de huevo,
las grandes lunas llenas de silencio y de espanto*

Morada al sur. Aurelio Arturo.

*Algo, que ciertamente no se nombra
con la palabra azar, rige estas cosas*

Poema de los dones. Jorge Luis Borges

En ausencia de los dioses reinan los fantasmas

Novalis

*He visto cosas que ustedes los humanos no podrían creer. Naves de
ataque en llamas perdiéndose por el hombro de Orión. He visto rayos C
brillando en la oscuridad más allá de la Puerta de Tannhäuser. Y todos*

esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia
I've seen things you people wouldn't believe. Attack ships on fire off the shoulder of Orion. I watched c-beams glitter in the dark near the Tannhäuser Gate. All those moments will be lost in time, like tears in rain.

Blade Runner. Rutger Hauer

Era como entrar en una habitación muy bien iluminada
Goethe me dijo un día que después de haber leído una página de Kant sentía como si acabase de entrar en un aposento lleno de luz.

El mundo como voluntad y representación. Schopenhauer

Por el álgebra, palacio de precisos cristales
Otro poema de los dones. Jorge Luis Borges

Todos aquí bebemos el opio de las grandes alturas
Nous fumons tous ici l'opium de la grande altitude.

Cordilliere des Andes. Henri Michaux

Lo bello es asqueroso y lo asqueroso es bello
Fair is foul and foul is fair.

Canción de las brujas en Macbeth. Shakespeare

Todos los tormentos de un barco que sufre
Je sens vibrer en moi toutes les passions
D'un vaisseau qui souffre.

La musique. Baudelaire

Si los ángeles, para ir de un sitio a otro, pasan por el medio
Suma Teológica. Tomás de Aquino

Las cenizas de mundos ya juzgados
La luna. Diego Fallon

El sueño de la razón produce monstruos
Inscripción en un grabado de Goya.

Contenido

[Biografía](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe \(I\)](#)

[Epígrafe \(II\)](#)

[1. En las tierras del oeste](#)

[2. En el Lejano Oriente](#)

[3. El volcán](#)

[4. En el sur](#)

[5. Los libros](#)

[6. Ginebra](#)

[7. La casa](#)

[8. Byron](#)

[9. Childe Harold](#)

[10. El verano](#)

[11. Los encuentros](#)

[12. Phantasmagoriana](#)

[13. Las lentas galerías](#)

[14. Un tributo de sangre](#)

[15. Obsesiones junto al lago Lemán](#)

[16. Una pausa en las ciénagas](#)

[17. Hacia los cielos negros](#)

[18. En el país de Juan el Loco](#)

[19. El salón de las piedras](#)

[20. Shelley](#)

[21. Voltaireana](#)

[22. El viejo](#)

[23. Skinner Street](#)

[24. Tres jovencitas](#)

[25. Mary](#)

[26. Los dos poetas](#)

[27. El doctorcito](#)

[28. El diario](#)

[29. Ganimedes](#)

[30. La leyenda](#)

[31. Clara entra en acción](#)

[32. Clara al atardecer](#)

[33. Los papeles de Aspern](#)

[34. Las dos sombras](#)

[35. Una vuelta alrededor del Sol](#)

[36. Los colmillos del comodoro](#)

[37. La diosa ausente](#)

- [38. La luna en el cementerio de los ingleses](#)
- [39. El corazón en llamas](#)
- [40. Los amigos](#)
- [41. El suburbio del templo](#)
- [42. Los vasos de sangre](#)
- [43. Los fantasmas](#)
- [44. El salón](#)
- [45. A la hora en que cada uno se va quedando solo](#)
- [46. La criatura](#)
- [47. La arcilla y el conjuro](#)
- [48. Frankenstein](#)
- [49. El vampiro](#)
- [50. Annabella](#)
- [51. La catedral](#)
- [52. Las cenizas de mundos ya juzgados](#)
- [53. El sueño de la razón](#)
- [54. El gabinete del doctor Frankenstein](#)
- [55. En la otra orilla](#)
- [56. El largo camino junto al lago](#)
- [57. Navegando en busca de Shelley](#)
- [58. Las puertas cerradas](#)
- [59. Con una hosca sustancia](#)
- [Primer epílogo. El ciclo de Ginebra](#)

[Segundo epílogo. Las sibilas](#)

[Versos](#)

[Contenido](#)